

# SIN COMPROMISO

## Curtis Sittenfeld

Siruela Nuevos Tiempos



# SIN COMPROMISO

## Curtis Sittenfeld

Siruela Nuevos Tiempos



Curtis Sittenfeld

**Sin compromiso**

Traducción del inglés  
de Rubén Martín Giráldez

**S**iruela

Nuevos Tiempos

[Índice](#)

[Cubierta](#)

[Portadilla](#)

[Sin compromiso](#)

[Primera parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Capítulo 64](#)

[Capítulo 65](#)

[Capítulo 66](#)

[Capítulo 67](#)

[Capítulo 68](#)

[Capítulo 69](#)

[Capítulo 70](#)

[Capítulo 71](#)

[Capítulo 72](#)

[Capítulo 73](#)

[Capítulo 74](#)

[Capítulo 75](#)

[Capítulo 76](#)

[Capítulo 77](#)

[Capítulo 78](#)

[Capítulo 79](#)

[Capítulo 80](#)

[Capítulo 81](#)

[Capítulo 82](#)

[Capítulo 83](#)

[Capítulo 84](#)

[Capítulo 85](#)

[Capítulo 86](#)

[Capítulo 87](#)

[Capítulo 88](#)

[Capítulo 89](#)

[Capítulo 90](#)

[Capítulo 91](#)

[Capítulo 92](#)

[Capítulo 93](#)

[Capítulo 94](#)

[Capítulo 95](#)

[Capítulo 96](#)

[Capítulo 97](#)

[Capítulo 98](#)

[Capítulo 99](#)

[Capítulo 100](#)

[Capítulo 101](#)

[Capítulo 102](#)

[Capítulo 103](#)

[Capítulo 104](#)

[Capítulo 105](#)

[Capítulo 106](#)

[Capítulo 107](#)

[Capítulo 108](#)

[Capítulo 109](#)

[Capítulo 110](#)

[Capítulo 111](#)

[Segunda parte](#)

[Capítulo 112](#)

[Capítulo 113](#)

[Capítulo 114](#)

[Capítulo 115](#)

[Capítulo 116](#)

[Capítulo 117](#)

[Capítulo 118](#)

[Capítulo 119](#)

[Capítulo 120](#)



[Capítulo 121](#)

[Capítulo 122](#)

[Capítulo 123](#)

[Capítulo 124](#)

[Capítulo 125](#)

[Capítulo 126](#)

[Capítulo 127](#)

[Capítulo 128](#)

[Capítulo 129](#)

[Capítulo 130](#)

[Capítulo 131](#)

[Capítulo 132](#)

[Capítulo 133](#)

[Capítulo 134](#)

[Capítulo 135](#)

[Capítulo 136](#)

[Capítulo 137](#)

[Capítulo 138](#)

[Capítulo 139](#)

[Capítulo 140](#)

[Capítulo 141](#)

[Capítulo 142](#)

[Capítulo 143](#)

[Capítulo 144](#)

[Capítulo 145](#)

[Capítulo 146](#)

[Tercera parte](#)

[Capítulo 147](#)

[Capítulo 148](#)

[Capítulo 149](#)

[Capítulo 150](#)

[Capítulo 151](#)

[Capítulo 152](#)

[Capítulo 153](#)

[Capítulo 154](#)

[Capítulo 155](#)

[Capítulo 156](#)

[Capítulo 157](#)

[Capítulo 158](#)

[Capítulo 159](#)

[Capítulo 160](#)

[Capítulo 161](#)

[Capítulo 162](#)

[Capítulo 163](#)

[Capítulo 164](#)

[Capítulo 165](#)

[Capítulo 166](#)

[Capítulo 167](#)

[Capítulo 168](#)

[Capítulo 169](#)

[Capítulo 170](#)

[Capítulo 171](#)

[Capítulo 172](#)

[Capítulo 173](#)

[Capítulo 174](#)

[Capítulo 175](#)

[Capítulo 176](#)

[Capítulo 177](#)

[Cuatro meses después](#)

[Capítulo 178](#)

[Capítulo 179](#)

[Dos semanas más tarde](#)

[Capítulo 180](#)

[Capítulo 181](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

Sin compromiso

*Para Samuel Park,*

*admirador de Austen y queridísimo amigo*

«Cuando llegue el fin del mundo quiero estar en Cincinnati,

porque allí siempre van con un retraso de veinte años».

Mark Twain

## Primera parte

### Capítulo 1

Mucho antes de que llegase a Cincinnati, todo el mundo sabía que Chip Bingley andaba buscando esposa. Dos años antes, Chip —graduado por el Dartmouth College y por la Facultad de Medicina de Harvard, vástago de los Bingley de Pensilvania, que durante el siglo XX habían hecho fortuna con el negocio de las piezas de fontanería— había aparecido, por lo visto con alguna reticencia, en el famosísimo *reality* televisivo *Tal para cual*. A lo largo de ocho semanas, durante el otoño de 2011, veinticinco solteras habían convivido en una mansión de Rancho Cucamonga, en

California, compitiendo por el corazón de Chip: celebraban citas en las que iban a jugar al *blackjack* a Las Vegas o a catas de vino en los viñedos del valle de Napa mientras se peleaban y se ponían a parir entre ellas delante del pretendiente y también a sus espaldas. Al final de cada episodio, le daba a cada una o bien un beso en los labios, lo que significaba que continuaba compitiendo, o bien un beso en la mejilla, que quería decir que tenía que volverse a su casa de inmediato. En el último episodio, cuando solo quedaban dos mujeres —Kara, una antigua animadora universitaria de veintitrés años con unos ojazos y una melena rubia rizada, profesora

de instituto en Jackson, Misisipi; y Marcy, una dentista morena de veintiocho años, hipócrita pero atractiva, de Morristown, Nueva Jersey—, Chip se puso a llorar como una magdalena y rehusó proponer matrimonio a ninguna de las dos. Ambas eran increíbles, extraordinarias, inteligentes y sofisticadas, afirmó, pero no sentía hacia ninguna de las dos lo que él llamaba «una conexión espiritual». En cumplimiento de las normas de la Comisión Federal de

Comunicaciones, la consecuente diatriba de Marcy quedó reducida a una serie de palabras interrumpidas por pitidos que a duras penas ocultaban su cólera.

—No quiero que conozca a las chicas por haber estado en esa chorrada de programa —le decía

la señora Bennet a su marido durante el desayuno una mañana de finales de junio. Los Bennet vivían en Grandin Road, en una amplia casa de estilo Tudor de ocho habitaciones en el barrio de

Hyde Park de Cincinnati—. Ni siquiera lo he visto. Pero estudió en la Facultad de Medicina de Harvard, ¿sabes?

—Eso me comentaste —respondió el señor Bennet.

—Después de todo lo que hemos pasado, no me importaría tener un médico en la familia.

Llámalo interés si quieres, pero yo más bien diría que es una cuestión de inteligencia.

—¿Interesada tú? —repitió el señor Bennet.

Cinco semanas antes, el hombre había pasado por una revascularización coronaria de urgencia;

tras una convalecencia complicadita, hacía pocos días que había recuperado su habitual actitud sardónica.

—Chip Bingley ni siquiera quería presentarse en *Tal para cual*, pero su hermana lo propuso como candidato.

—Entonces un *reality* no es muy distinto del Premio Nobel de la Paz, pues en ambos se requiere de candidatos propuestos por terceros.

—Me pregunto si está de alquiler o ha comprado la casa —dijo la señora Bennet—. Eso nos indicaría cuánto tiempo tiene pensado quedarse en Cincinnati.

El señor Bennet bajó su rebanada de pan.

—Teniendo en cuenta que hablas de un completo desconocido, tu interés en los pormenores de su vida me parece desmedido.

—Yo tampoco lo consideraría un desconocido. Trabaja en Urgencias en el Christ Hospital, lo que significa que Dirk Lucas debe de conocerlo. Chip es bienhablado, no como esos jóvenes vulgares que suelen salir en la tele. Y es muy atractivo, además.

—Pensaba que nunca habías visto el programa.

—Me tragué unos minutos de pasada mientras las chicas lo veían. —Miró malhumorada a su marido—. No deberías discutir conmigo; es malo para la recuperación. En cualquier caso, Chip

podría haber hecho carrera en la televisión pero decidió volver a la Medicina. Y se nota que viene de buena familia. Fred, estoy convencida de que el hecho de que se haya mudado aquí justo cuando Jane y Liz se encuentran en casa supone un resquicio de esperanza para nuestros problemas.

Las dos hijas mayores de las cinco hermanas Bennet llevaban una década y media viviendo en

Nueva York; a causa del susto motivado por la salud de su padre habían vuelto repentina, si bien temporalmente.

—Cariño, si una marioneta hecha con un calcetín, que tuviera herencia y un diploma de Medicina de Harvard, se mudase aquí, tú estarías convencida de que su destino era casarse con una de nuestras chicas.

—Búrlate todo lo que quieras, pero el tiempo no pasa en balde. No, Jane no aparenta los cuarenta que va a cumplir en noviembre, pero cualquier hombre que sepa su edad le dará vueltas

y vueltas a lo que ello supone. Y Liz la sigue de cerca.

—Muchos hombres no quieren hijos. —El señor Bennet le dio un sorbo al café—. Ni yo lo tengo claro todavía.

—Una mujer de cuarenta puede dar a luz, pero no es tan fácil como los medios de comunicación nos hacen creer. La hija de Phyllis y Bob ha probado toda clase de métodos y al final se tuvo que conformar con el pequeño Ying de Shanghái. —Se levantó y se miró el reloj de oro ovalado—. Voy a llamar por teléfono a Helen Lucas, a ver si puede organizar algo para presentarme a Chip.

## Capítulo 2

La señora Bennet era quien siempre bendecía la mesa en las comidas familiares —sentía predilección por las oraciones de la Iglesia anglicana— y, aquella noche, apenas hubo pronunciado la palabra «amén», anunció con entusiasmo incontenible:

—¡Los Lucas nos han invitado a su barbacoa del Cuatro de Julio!

—¿A qué hora? —preguntó Lydia, de veintitrés años, la pequeña de las Bennet.

Mary, que tenía treinta, le dijo:

—Hasta que no se haga de noche no puede haber fuegos artificiales.

—Nos han invitado a una prefiesta en Mount Adams —intervino Kitty. Ella tenía veintiséis, la más cercana tanto en temperamento como en edad a Lydia, aunque contraria a las conductas fraternales típicas; iban juntas a todas partes, y era la pequeña quien llevaba por el mal camino a la otra.

—Pero si no os he dicho quién va a estar en la barbacoa. —Desde su extremo de la larga mesa de roble de la cocina, la señora Bennet estaba eufórica—: ¡Chip Bingley!

—¿El llorica de *Tal para cual*? —dijo Lydia, y Kitty soltó una risita mientras aquella añadía—: Yo no he visto nunca a ninguna mujer llorar lo que lloró él en la temporada final.

—¿Qué es un llorica de tal para cual? —preguntó Jane.

—Ay, Jane —le dijo Liz—. Qué inocente y pura eres. Has oído hablar del programa *Tal para cual*, ¿verdad?

Jane entrecerró los ojos.

—Creo que sí.

—Pues él salía allí ahí hace un par de años. Era el tío que codiciaban veinticinco mujeres.

—Creo que no os imagináis el terror que ha de experimentar un hombre al verse así de superado en número —comentó el señor Bennet—. Yo muchas veces me echo a llorar, y eso que aquí solo sois seis.

— *Tal para cual* es degradante para la mujer —dijo Mary.

—Esa es tu opinión, claro —terció Lydia.

—Pero a la temporada siguiente van a ser una mujer y veinticinco chicos; eso es paridad —dijo Kitty.

—Las mujeres se humillan de una manera a la que no llegan los hombres. Están desesperadísimas —replicó Mary.

—Chip Bingley estudió en la Facultad de Medicina de Harvard —dijo la señora Bennet—. No es uno de esos ordinarios de Hollywood.

—Mamá, su ordinariez hollywoodiense es lo único que interesa de él aquí en Cincinnati —le dijo Liz.

Jane se volvió hacia su hermana.

—¿Tú sabías que estaba aquí?

—¿Tú no?

—¿A por cuál de nosotras quieres tú que vaya, mamá? —preguntó Lydia—. Es mayor, ¿verdad? Entonces doy por hecho que a por Jane.

—Gracias, Lydia —comentó aquella.

—Tiene treinta y seis, así que es tan adecuado para Jane como para Liz —contestó la señora Bennet.

—¿Por qué no Mary? —preguntó Kitty.

—No me parece el tipo de Mary.

—Porque es lesbiana y el tal Chip no es mujer —añadió Lydia.

Mary la fulminó con la mirada.

—Lo primero: no soy lesbiana. Y aunque lo fuese, prefiero ser una lesbiana a una sociópata.

Lydia sonrió con superioridad.

—Puedes ser las dos cosas.

—¿Lo estáis oyendo todos? —Mary se volvió hacia su madre, en un extremo de la mesa, luego a su padre, en el otro—. Lydia está fatal de la cabeza.

—Las dos tenéis la cabeza perfectamente —dijo la señora Bennet—. Jane, ¿cómo se llama esta verdura? Sabe distinta a otras veces.

—Son espinacas. Las he estofado.

—A decir verdad —intervino el señor Bennet—, hay un aspecto para el que no os funciona muy bien la cabeza. Sois adultas, tendríais que estar viviendo por vuestra cuenta.

—Papá, vinimos para cuidarte —respondió Jane.

—Pues ya estoy bien. Volveos a Nueva York. Tú también, Lizzy. Ya que eres la única que se niega a aceptar un centavo y, no por casualidad, la única con un empleo de verdad, se supone que debes dar ejemplo a tus hermanas. De lo contrario, te arrastrarán con ellas.

—Jane y Lizzy saben lo importante que es para mí el almuerzo —dijo la señora Bennet—. Por eso siguen aquí.

El acontecimiento al que se refería era el almuerzo benéfico anual de la Liga Femenina de Cincinnati, programado aquel año para el segundo jueves de septiembre. La señora Bennet era miembro de la Liga desde los veinte, aquel año era la presidenta del Comité de Organización del

acto y, lamentablemente (como recordaba a menudo a los integrantes de la familia), la enorme presión y responsabilidad de dicho papel le impedían cuidar de su marido durante la convalecencia.

—A ver: la invitación de los Lucas es para cuatro. Lydia y Kitty: tenéis tiempo de sobra para veniros con nosotros y llegar a vuestra fiesta antes de los fuegos artificiales. Helen Lucas va a invitar a unos cuantos jóvenes del hospital aparte de a Chip Bingley, así que sería una pena que os perdiérais la oportunidad de conocerlos.

—Mamá, a diferencia de nuestras hermanas, Kitty y yo somos perfectamente capaces de conseguir novio por nuestra cuenta —replicó Lydia.



La señora Bennet miró al otro extremo de la mesa, a su marido.

—Si alguna de nuestras hijas se casase con un médico, me quedaría satisfecha, sí. Pero Fred: me atrevería a decir que, si eso hace que se vayan de casa, tú también lo estarías.

### Capítulo 3

En el terreno profesional, el señor Bennet no había aportado a la familia gran cosa aparte de una tremenda pero menguante herencia, de modo que sus comentarios sobre la indolencia de sus hijas eran más que ligeramente hipócritas. No obstante, tenía razón. De hecho, a alguien ajeno a la familia se le podía perdonar que se preguntase qué hacían las hermanas Bennet con sus vidas día

tras día, año tras año. No era que les faltase educación: al contrario, entre los tres y los dieciocho habían asistido al colegio Seven Hills, una institución mixta acogedora pero exigente donde memorizaban canciones como «Fifty Nifty United States» y colaboraban —en el Seven Hills la

colaboración era primordial— con los compañeros de clase en la construcción de enormes estegosaurios o triceratops de papel maché. Más adelante leyeron *La Odisea*, ayudaron a organizar la feria anual de la cosecha y se fueron de viaje complementario de verano a Francia y China; y, durante todo aquel tiempo, jugaban al fútbol y al baloncesto. La factura acumulada por aquella educación progresista y de gran amplitud de miras ascendía a 800.000 dólares. Luego, las cinco habían ido a universidades privadas antes de embarcarse en lo que podríamos denominar de

manera eufemista «carreras sin afán lucrativo», aunque en el caso de algunas de ellas una definición más exacta sería «carreras sin afán ninguno». Kitty y Lydia jamás habían trabajado más de unos cuantos meses seguidos, de niñeras ocasionales o de dependientas en Abercrombie & Fitch o en el Banana Republic del Rockwood Commons and Pavilion. De la misma manera, habían vivido fuera de casa de sus padres durante breves temporadas, experimentos de cuasi independencia que siempre habían terminado en tremendas peleas con antiguas amistades

íntimas, vínculos rotos, y el enfurruñado trajín de pertenencias en una cesta de la colada y unas bolsas de basura de vuelta a la casa de estilo Tudor. Lo que ocupaba la mayor parte del tiempo a las hermanas Bennet eran los almuerzos en el Green Dog Café o en el Teller's, mensajándose o

viendo vídeos en sus móviles, y hacer ejercicio. Un año antes aproximadamente, Kitty y Lydia se

habían aficionado al *crossfit*, la intensa disciplina de fuerza y tonificación que combina levantamiento de pesas, pesas rusas, *battle ropes*, acrónimos crípticos, la privación de la mayoría de alimentos que no fuesen carne, y una actitud burlona hacia la masa débil e inculta que todavía creía que correr era ejercicio suficiente y que un *bagel* era un desayuno aceptable. Naturalmente, todos los Bennet excepto Kitty y Lydia formaban parte de esa masa.

Mientras tanto, Mary se aplicaba en su tercer máster *on-line*, esta vez en Psicología; los anteriores fueron en Justicia Penal y en Administración de Empresas. A pesar de ser la más sencilla de las

hermanas a primera vista, Mary consideraba la decisión de vivir con sus padres como prueba de su compromiso con una vida intelectual por encima de las propiedades materiales, además de un reflejo de su aversión al dispendio, dado que su dormitorio de la infancia estaría vacío de no ser porque lo ocupaba con su presencia. Siguiendo esta lógica, la reticencia de la chica a malgastar era verdaderamente ejemplar, pues apenas salía de su cuarto: se clausuraba allí dentro con sus estudios, se acostaba tarde y se levantaba a las tantas. La excepción era una excursión periódica los martes por la noche, pero, si se le preguntaba por aquella misteriosa salida semanal, Mary profería un «No es de tu incumbencia», o eso es lo que respondía cuando los miembros de la familia aún se lo inquirían. Por entonces, Lydia había comentado:

—¿Vas a una reunión de Alcohólicos Anónimos? ¿A un club de lecturalésbico? ¿A una reunión de lesbianas alcohólicas anónimas?

Jane y Liz siempre habían tenido empleo, pero, incluso a ellas, cierta consciencia de la red de seguridad que las protegía les había permitido priorizar sus intereses personales frente a la remuneración. Jane era monitora de yoga, una posición que le habría permitido pagarse el alquiler en una ciudad como Cincinnati, pero no así en Manhattan, y menos aún en el Upper West Side, al que llamaba hogar desde hacía quince años. Mientras que Liz también había pasado

la veintena y la treintena en Nueva York, ocupando pisos desangelados sin ascensor a las afueras hasta su reciente mudanza al barrio de Cobble Hill en Brooklyn. La excepción había sido el apartamento en la Setenta y dos con Amsterdam que habían compartido brevemente ambas hermanas después de que Liz se graduase en Barnard a finales de los noventa, un año más tarde

que Jane en la misma universidad. Aunque se habían llevado bien como compañeras de piso, la convivencia de las hermanas llegó a su fin cuando Jane se comprometió con un afable analista de

inversiones financieras llamado Teddy; el desasosiego que le producía a la señora Bennet que Jane y Teddy vivieran juntos antes de casarse se vio apaciguado por el título de Cornell y el lucrativo empleo que ostentaba. Ay, pero el descubrimiento incipiente de la atracción de Teddy por los hombres terminó descartando la posibilidad de una unión con Jane, si bien mantuvieron una buena relación y una o dos veces al año Liz y Jane quedaban con él y con su apetecible pareja, Patrick, para un *brunch*.

Liz se había pasado toda su vida profesional trabajando en revistas, ya que la contrataron al salir de la universidad para hacer de verificadora de datos en una publicación semanal famosa por su incisivo tratamiento de la política y la cultura. De allí saltó a *Mascara*, una revista femenina mensual a la que llevaba suscrita desde los catorce años, atraída a partes iguales por sus actitudes feministas a la par que por un entusiasmo desacomplejado por los zapatos y los cosméticos.

Empezó de ayudante de la editora, luego fue editora asociada, a continuación, editora de crónicas; pero al cumplir los treinta y uno, al darse cuenta de que su pasión radicaba más en contar historias que en editarlas, se convirtió en redactora de *Mascara*, puesto que todavía ocupaba.

Aunque escribir solía pagarse peor que editar, Liz creía que tenía el trabajo de sus sueños: viajaba con regularidad y entrevistaba a expertos (en ocasiones, famosos). Sin embargo, sus logros no impresionaban a su familia. Después de tanto tiempo, su padre continuaba fingiendo que no recordaba el nombre de la revista. «¿Qué tal van las cosas por *Pintaúñas*?», le preguntaba, o

«¿Alguna novedad en *Pintalabios*?». Mary le decía a menudo que *Mascara* reafirmaba los estándares de belleza opresivos y elitistas; ni siquiera a Lydia y Kitty, que no tenían ningún problema con los estándares de belleza opresivos y elitistas, les interesaba lo más mínimo la publicación, probablemente porque no eran aficionadas ni a revistas ni a libros y reducían su experiencia lectora a las pantallas de sus teléfonos.

Y aun así, por más que a sus allegados les importase un bledo el oficio de Liz, su naturaleza flexible era lo que le había permitido quedarse en casa durante la convalecencia de su padre, y la situación era parecida para Jane, que se había cogido una excedencia del centro de yoga donde estaba contratada. Cinco semanas antes, las dos hermanas habían viajado a Cincinnati con incertidumbre, y gran angustia, por el resultado de la operación del señor Bennet. Para cuando quedó claro que se recuperaría por completo, Liz y Jane estaban más que implicadas tanto en su

recuperación como en las tareas domésticas del día a día: iban a comprar a la tienda y preparaban comidas aptas para alguien afectado por una cardiopatía; se turnaban para llevar al padre a las consultas de los médicos, incluido el ortopedista que le trataba el brazo que se había roto cuando perdió el conocimiento y se cayó escaleras abajo en el rellano de la segunda planta durante el incidente coronario con el que comenzó todo (no podía conducir, porque todavía llevaba el brazo derecho enyesado). Además, aunque hasta el momento no habían logrado grandes progresos, Liz

y Jane pretendían adecentar las condiciones de abarrotamiento y suciedad en las que la casa de estilo Tudor había ido degenerando.

Si bien sus hermanas podrían, en teoría, haber llevado a cabo dichas tareas, las más jóvenes no

parecían estar por la labor. A pesar de andar también angustiadas por el incidente del padre, no se trataba de una angustia que las moviese a alterar sus horarios cotidianos: Lydia y Kitty continuaron con su *crossfits* y sus comidas de horas en restaurantes, mientras que Mary salía de su cuarto cuando menos se lo esperaban para liar a algún miembro de la familia en una discusión

sobre la mortalidad. Un día que estaba observando en la cocina, cómo su padre se bebía el líquido a base de hollejo de semillas de psilio en polvo que debía contrarrestar los efectos astringentes de los calmantes, Mary declaró que consideraba la visión cíclica de la vida de los indios americanos nativos mucho más avanzada que la proclividad occidental a buscar remedios imposibles, momento en el cual el señor Bennet había vertido el resto del brebaje en el fregadero, dijo: «Por Dios, Mary, cierra el pico», y se largó.

La señora Bennet expresó gran preocupación por el problema de su marido (de hecho, apenas

era capaz de hablar de la tarde en la que lo hospitalizaron sin echarse a llorar al recordar el susto

que se había pegado), pero no podía hacerle de enfermera ni de chófer a causa de sus muchas obligaciones para el almuerzo de la Liga Femenina.

—¿Y si le pides a otro miembro del comité que se encargue y tú eres la presidenta el año que viene? —le había preguntado Liz un día cuando el señor Bennet todavía estaba en el hospital. Su madre la miró horrorizada.

—Mira, no quiero ni oír hablar de eso. Lizzy: todos esos artículos que se ofrecen en la subasta silenciosa... Soy yo quien lleva el recuento.

—¿Y por qué no creamos una hoja de cálculo *on-line* que pueda ver todo el mundo, entonces?

—Como a la señora Bennet no se le daba muy bien la informática, la hija añadió—: Yo te ayudo.

—Ni hablar. También soy quien ha estado hablando con la florista, y quien tuvo la idea de hacer servilletas con la insignia de la liga. No se pueden delegar cosas así, a medio hacer.

—¿Es que mamá odia en secreto a papá? —le preguntó Liz a Jane al día siguiente mientras corrían—. Porque no le está prestando ningún apoyo.

—Yo creo que no quiere afrontar lo grave que podría haber sido el asunto.

Sin embargo, tras la vuelta del señor Bennet a casa, Liz se preguntaba no si se había equivocado en lo de la antipatía de su madre hacia su padre, sino si sería algo que llevara en secreto. Aunque sus padres reanudaron sus comidas juntos en el Club de Campo de Cincinnati tan pronto como

el señor Bennet tuvo energías, la pareja llevaba vidas tremendamente separadas dentro de aquella casa de estilo Tudor. De hecho, su padre ya no se quedaba en el dormitorio de matrimonio, sino

que dormía en una estrecha cama trineo en su despacho de la segunda planta, un arreglo que databa de antes de su estancia en el hospital. Cuando Liz le preguntó a Mary cuánto tiempo llevaban así, esta entrecerró los ojos y respondió:

—¿Cinco años? Lo mismo, no sé, ¿diez?

Para mayor consternación de Liz, a pesar de que el doctor Morelock había hablado de forma

explícita de la importancia de que el señor Bennet se ciñese a una dieta baja en carnes rojas, sal y alcohol, la señora Bennet había dado la bienvenida a su marido con un aperitivo consistente en whisky y Cheetos seguido de un filete de ternera. Cuando la cena de la siguiente noche fue un asado, Liz le pidió con discreción a su madre que se plantease hacer pollo o salmón.

—Pero es que a Kitty y Lydia les gusta el asado porque es comida de cavernícolas —protestó

ella.

—Pero es que papá ha tenido un ataque al corazón —replicó Liz.

A partir de aquella noche, Jane y ella se habían turnado para preparar la cena. También convinieron en quedarse en Cincinnati hasta el fin de semana después del almuerzo de la Liga Femenina. Liz no confiaba demasiado en que su madre fuese a tomar la iniciativa y se ocupase de

su marido llegado ese momento, sino que más bien esperaba que este, ya sin el yeso, cuando hubiese avanzado bastante en el tratamiento o lo hubiese terminado y hubiese recuperado la capacidad de conducir, fuese capaz de cuidar de sí mismo.

## Capítulo 4

—Toca el claxon para que tu madre sepa que la estamos esperando —dijo el señor Bennet.

En medio del gran camino circular de entrada a la casa de estilo Tudor, aguardaban para ponerse en marcha hacia la barbacoa de los Lucas, Liz al volante del Lexus de su madre, su padre en el asiento del copiloto y Jane detrás.

—Ya lo sabe —le respondió, y el señor Bennet se inclinó hacia delante y, con el brazo izquierdo, el que no tenía enyesado, tocó el claxon por su cuenta.

—Caray, papá. Ten un poco de paciencia.

Para desplazarse, los Bennet necesitaron nada más y nada menos que tres coches: Lydia y Kitty

iban en el Mini Cooper de Kitty, y Mary insistió en que cogería su Honda híbrido. «Así no hay

problema si papá se cansa y tiene que irse antes», había dicho la señora Bennet mientras deliberaba con Liz y Jane en la cocina sobre el bizcocho ligeramente aplastado, adornado con frambuesas y arándanos que había hecho esta última.

En la entrada, Liz se volvió hacia su padre.

—¿Ansioso por conocer al famoso Chip Bingley?

—A diferencia de vuestra madre, a mí me da igual con quién os caséis o si os casáis siquiera, francamente. No es una institución que haya hecho mucho por mí, bien lo sabe Dios.

—Bonita reflexión; gracias por compartirla. —Liz le dio unas palmaditas en la rodilla a su padre.

La señora Bennet apareció en la puerta de atrás de la casa con aspecto aturullado y gritó:

—Dadme un minuto.

Antes de que les diese tiempo a decir nada, se esfumó de nuevo.

Liz le echó una mirada a Jane por el retrovisor.

—Jane, ¿tú estás nerviosa por ir a conocer a Chip?

Jane miraba por la ventanilla; tenía un semblante tan sosegado que a veces costaba discernir si estaba disgustada o simplemente pensativa. En cualquier caso, nunca había participado de buen grado en las bromas que tanto gustaban al padre y al resto de las hermanas.

—Supongo —respondió, mientras la señora Bennet salía de la casa.

—Qué detalle por tu parte que te vengas con nosotros —le gritó su marido por la ventanilla abierta.

Liz puso en marcha el motor mientras su madre se metía en el asiento de atrás.

—Ha sonado el teléfono y era Ginger Drossman, que nos invitaba al *brunch*. Por eso he tardado tanto. —Se inclinó hacia delante para echar una ojeada al asiento delantero y un matiz de preocupación endureció su semblante—. Lizzy, yo creo que, si corres, te da tiempo a ponerte una falda.

En la adolescencia o a los veintitantos, una insinuación así la habría irritado, pero a los treinta y ocho, a Liz le parecía que pelearse con su madre por la vestimenta era ridículo. Contestó animadamente:

—Qué va, estoy cómoda.

Aunque su madre no fuese capaz de reconocerlo, los pantaloncitos que llevaba eran extremadamente elegantes, al igual que la blusa blanca sin mangas y las sandalias de esparto.

Jane hizo un comentario cuando empezaron a recorrer el caminito que llevaba a la carretera:

—Yo creo que Lizzy va guapísima.

## Capítulo 5

Mientras que, técnicamente, no era desacertado decir que Liz y Jane estaban solteras, la cosa podía matizarse un poco. Después de su temprano e improductivo compromiso, Jane había conocido a un hombre llamado Jean-Pierre Babineaux, un educado economista francés, y habían

sido pareja durante casi una década. A pesar de que ella daba por hecho que se casarían, sus conversaciones al respecto siempre estuvieron impregnadas de un toque agrídulce que, en retrospectiva, reconoció como una especie de advertencia. No era que no sintiesen afecto el uno

por el otro; era más bien que las circunstancias de la vida los hacían incompatibles: él era quince años mayor que ella, divorciado y padre de unos gemelos que tenían doce años cuando Jane lo conoció. Viajaba a París con frecuencia, y Jane, si bien no podía reprocharle aquellos desplazamientos, pues se quedaba en el apartamento que él pagaba en el VI Distrito de París, no quería vivir tan lejos de su familia ni, desde luego, de manera permanente; en cambio, el plan de Jean-Pierre a largo plazo era volver a su ciudad natal. Es más: mientras que Jane tenía muy claro que deseaba tener niños, Jean-Pierre se había hecho la vasectomía cuando los gemelos tenían dos años.

La ruptura de Jean-Pierre y Jane no por decorosa y prolongada fue menos devastadora. A sus treinta y siete, volvía a estar soltera; y siguió estándolo durante los siguientes dos años. Poco después de cumplir los treinta y nueve, tras valorar minuciosamente una multitud de candidatos anónimos, Jane se tumbó en camión de hospital en una clínica de la calle Cincuenta y siete Este a la espera de la inserción, vía jeringa sin aguja, del semen de un donante en su cérvix. Aunque siguió las recomendaciones para crear unas condiciones favorables al embarazo —dejó de beber alcohol, dormía ocho horas y hacía meditación a diario—, no hubo fecundación ni en aquel ciclo ni en ninguno de los múltiples intentos posteriores. Si bien estadísticamente no constituía una anomalía —pocas mujeres lograban quedarse embarazadas mediante inseminación artificial de inmediato—, aquel estancamiento resultaba desmoralizante, además de caro, y el seguro médico no cubría los 1.000 dólares mensuales que costaba el tratamiento. Previendo la desaprobación de sus padres, no les había desvelado su intención y, por lo tanto, no estaba recibiendo dinero extra aparte del correspondiente al alquiler, que el señor Bennet pagaba en su nombre. Por lo tanto, por primera vez en su vida adulta, Jane se vio evitando restaurantes, absteniéndose de ir a la peluquería y alejándose de la calle de su tienda de ropa favorita con sus elegantes faldas de tubo a medida de 400 dólares y sus suntuosos jerséis de 300. Era consciente de que aquellos sacrificios no contaban como privaciones según el baremo de mucha gente, pero en su interior se le había revelado un nuevo tipo de austeridad.

No habló de sus esfuerzos por ser madre con nadie más que con Liz. Su ginecóloga había sugerido que se lo contase a sus padres antes incluso de la primera inseminación, pero ella consideró que si al final resultaba que no era capaz de quedarse embarazada tendría que padecer

el castigo por partida doble del inevitable melodrama de su madre y encima sin bebé. Y todavía tenía esperanzas de terminar casándose, aunque el matrimonio no era su objetivo inmediato.

A diferencia de Jane, Liz quería evitar la maternidad. El hecho de salir con un hombre casado hacía que tuviese lógica, aunque ni ella misma podía asegurar si era simple casualidad o se había

guiado por su subconsciente. Cuando se conocieron, a finales de los noventa, Liz y Jasper Wicks

se habían caído genial al instante cuando entraron a trabajar en el departamento de verificación de datos de la misma prestigiosa revista: ambos se aguantaban la sonrisa cuando el redactor literario, de Delaware, pronunciaba la palabra *memoir* como *memuá*; almorzaban juntos varias veces a la semana en un tailandés barato y se repartían rutinariamente las tareas cuando tocaba verificar información en artículos pesados (comenzaron trabajando con conexiones esporádicas a internet,

en la época en la que verificar datos suponía visitar la biblioteca pública o esperar angustiados a que les devolviesen llamadas).

Cuando Liz y Jasper se conocieron, él tenía novia, como era de suponer: tenía ojos castaños oscuros, el pelo rizado, enmarañado y rubio, y era a un tiempo listo e irreverente, juvenil y atento, con las proporciones justas —en opinión de Liz— de neurosis y lascivia como para que

fuese interesante hablar con él, receptivo al chismorreó, dispuesto a analizar el comportamiento y la personalidad de los demás sin por ello perder su apariencia de virilidad. De hecho, el único defecto de Jasper, según Liz, aparte de la novia, era que llevaba un anillo de la Universidad de Stanford, su *alma mater*; a Liz le daba igual tanto la bisutería masculina como la ostentación académica, pero la verdad es que la alegraba haber identificado lo único que cambiaría de él, porque era como darse cuenta de que te has olvidado de meter algo en el equipaje y, cuando ves

que se trata solo de perfume y no del carné de conducir, te sientes aliviada.

De entrada, Liz pensó que su emparejamiento con Jasper era solo cuestión de tiempo; era tal la

inclinación del hombre a confiarle la cantidad de obstáculos que estaba experimentando con su novia Serena, que supuso que ni siquiera tendría que persuadirlo de nada. Mientras seguía con Serena, Jasper había dejado caer bombas conversacionales como «A ver: hablo contigo con más

franqueza que con ella» y «A veces pienso que tú y yo haríamos buena pareja, ¿no se te ha ocurrido?». Liz sabía que había dicho aquellas cosas porque, aunque ya no llevaba diario, las había anotado tal cual junto con la fecha en un folio no pautado de papel para impresora que guardaba en su mesilla. Además, después de contarle un día que de niña la llamaban Ninny o Nin, él empezó a llamarla por este último mote.

Ocho meses después de conocerse, o sea, siete meses y ocho semanas de estar tremendamente

pillada por él, durante una ventisca que tuvo lugar un sábado de febrero, estaban corriendo juntos en Central Park con la nieve casi por los tobillos mientras iban cayendo copos. El ritmo de Jasper, unido al lecho formado en el suelo hacía de aquella excursión el mayor esfuerzo físico que había experimentado ella, así que al segundo kilómetro ya no podía más. Se detuvo, se agachó con las palmas de las manos apoyadas en las rodillas y dijo entre jadeos:

—Me rindo. Tú ganas.



—¿En serio? —Jasper estaba a unos pocos metros de ella y la miraba medio girado, sonriendo con la cabeza embutida en un gorro negro de lana—. ¿Cuál es mi premio?

El premio soy yo, pensó Liz.

—Ganas el derecho a fanfarronear y una bebida caliente en el primer bar que encontremos abierto —dijo ella. Acto seguido, se arrodilló y se dejó caer de espaldas en la nieve.

Jasper volvió sobre sus pasos y se tumbó a su lado. Se quedaron en silencio mientras los copos revoloteaban y giraban por el aire a su alrededor; encima el sucio cielo blanco; debajo el cojín helado de la nieve. Jasper sacó la lengua para atrapar un copo y Liz hizo lo mismo. La tormenta amortiguaba los ruidos habituales de Manhattan, y Liz se sentía completamente feliz. Entonces Jasper se volvió hacia ella.

—Resulta que anoche corté con Serena —le dijo.

La alegría que inundó el corazón de Liz fue casi incontenible. Se dijo que ojalá sonase tranquila al decir:

—Tiene lógica, supongo.

—¿Tú crees?

—Es que da la impresión de que habéis tenido un montón de problemas.

—El caso es que está furiosa. Dice que le he tendido una trampa.

Aunque no era tan guapa como Liz, Serena era mucho más firme a la hora de ponerlo difícil y más exigente en lo que se refería a apaciguamiento y reconciliación.

Liz le preguntó:

—¿Te sigue apeteciendo la fiesta de esta noche en casa de Alex o crees que pasarás de ir?

Se trataba de la fiesta anti San Valentín que celebraba un compañero de trabajo, pero si Jasper prefería no ir podían pedir algo de comida para llevar, ir al cine y pasar una noche tranquila, pensó Liz.

—Igual voy.

Entonces algo húmedo y grumoso golpeó a Liz, una sustancia que se rompió al entrar en contacto con su nariz y que le llenó los ojos y las fosas nasales.

—¡Au! —se quejó—. Pero ¿qué coño...?

Y, tal como lo decía, lo entendió. Todavía no sentía del todo el impulso de devolverle una bola de nieve y Jasper ya estaba sonriendo. Cuando la pelota le rozó el hombro del impermeable, dijo:

—¡Ay, Nin, tienes tanto que aprender!

¿Cuánto tiempo se imaginaba Liz que iban a tardar en verse envueltos en una relación romántica? Seis o siete semanas; tal vez, lo suficiente como para digerir la ruptura con Serena; y

«digerir» era la palabra que había usado Jasper para referirse a sus propias emociones, a diferencia de cualquiera de los demás novios universitarios que ella había tenido. Liz no se sintió obligada a vigilarlo de cerca durante la fiesta, con lo que todavía fue más descorazonador cuando se marchó con la hermana del anfitrión, Natalie, una primeriza en la Universidad de Nueva York.

Es un parche, se dijo. De lo más natural, y quizá incluso sea mejor para que se saque la espinita.

Desde luego, lo que era obvio para Liz —y también para otros; en la revista había una editora más mayor que ella que hasta le susurraba de vez en cuando: «Jasper y tú estaríais monísimos juntos»— pronto se volvería visible para Jasper.

Ay, Jasper y Natalie fueron pareja durante dos años, y a las pocas semanas de cortejo Liz recuperó sus hábitos de la Era Serena: era su compañera de almuerzo, su pareja esporádica de *footing*, su pared de frontón profesional —revisaba y corregía las argumentaciones que él redactaba con la esperanza de lograr un artículo de portada en la revista—, además de su confidente, quien lo ayudaba a analizar sus preocupaciones sobre la inmadurez de Natalie o el enfado con su compañero de piso, que cuando andaba emporrado se comía sus tortitas y su mantequilla de cacahuete. Un miércoles por la noche, una vez que Natalie estaba visitando a sus

padres en Fénix, Liz y Jasper se tomaron un montón de cervezas en un bar de mala muerte cerca de Times Square y ella, incapaz de aguantarse más, le soltó:

—Pero ¿tú y yo qué? ¡Yo pensaba que nos veías en plan pareja!

Jasper pareció sobresaltarse.

—¿Es eso lo que tú quieres? —le preguntó.

—¡Pues claro! —le respondió Liz.

—Una parte de mí también. —El tono de Jasper era más de dolor que de tonto—. Pero lo nuestro es verdaderamente especial, y no sé si estoy preparado para esto. Eres una amiga tan importante que no quiero arriesgarme a perderte.

Cuando salieron del bar, antes de separarse en Port Authority, se quedaron en una esquina de

la calle Cuarenta y dos con la Séptima Avenida y siguieron hablando; siempre tenían infinidad de temas que tratar, diseccionar, reflexionar, burlarse y recordar. Era una noche ventosa de marzo, y los mechones de la melena castaña de Liz, que se le habían soltado de la coleta, revoloteaban alrededor de su frente y de sus mejillas.

De repente, Jasper dijo:

—Hoy tienes el pelo alborotadísimo.

Se adelantó hacia ella tendiendo una mano, pero, al mismo tiempo, Liz alzó el brazo y se recolocó el pelo, de modo que Jasper dejó caer la mano y dio un paso atrás. Ella se pasó un sinfín de horas (o quizá más aún: semanas y días) reviviendo aquella no-acción, aquella ausencia de contacto. Porque ella tampoco tenía el pelo tan alborotado, se le escapaba de la coleta muy a menudo, así que estaba claro que su intención era tocarla, a lo mejor incluso besarla y convertirse en su novio y en el amor de su vida. ¿Lo había interceptado por reflejo, porque era su pelo y su cabeza? ¿Porque no le iba lo de besar al novio de otra? ¿O porque, de una manera instintiva, pretendía sabotear su propio destino?

La noche en que él no la tocó, ambos tenían veinticuatro años. No se besaron a lo largo de los siguientes seis años; incluso durmieron dos veces en la misma cama, una vez en casa de la tía de un amigo en Sag Harbor y otra vez durante un viaje en coche para visitar a la hermana de él en la Universidad de Virginia. Mientras tanto, Jasper fue teniendo otras novias —después de Natalie vino Gretchen, y después de Gretchen vino Elise, y después de Elise vino Katherine—, y Liz salió con otros chicos un poco porque sí pero nunca más de unos pocos meses. Jasper le pedía todos los detalles sobre ellos, y en una ocasión en que le dio por probar con las citas *on-line*, quedaron en que Elise y él fuesen a tomar una copa al bar donde Liz se iba a encontrar con su

candidato de internet, de manera que pudiesen interrogarlo sobre la marcha; de antemano les pareció una idea muy divertida, pero tuvo una ejecución del todo desastrosa. Evidentemente, Jasper no había avisado a Elise y, por lo tanto, fingió que se los encontraban por casualidad, y Liz no estaba segura de si el hecho de que la otra pareciera creerse aquella farsa empeoraba o no las cosas.

Para entonces ninguno de los dos trabajaba ya en la revista en la que se habían conocido, pero

Liz seguía en el mismo edificio y Jasper se pasaba por allí para almorzar en la cafetería, que había sido diseñada por un arquitecto famoso y recordaba a una serie de acuarios, a causa de sus particiones de cristal tintado de azul. A lo largo de todos aquellos años, la atracción de Liz hacia Jasper y la, en apariencia, menor pero no inexistente atracción de Jasper hacia ella habían sido algo a lo que aludían jocosamente (por ejemplo, tras visitar el Guggenheim, ella levantó su entrada partida y dijo con lo que esperaba que sonase como inconfundible sarcasmo: «Igual si duermo con esto bajo la almohada esta noche te enamoras de mí»), y él sonrió y contestó: «Igual

sí»). Con menos frecuencia, pero con regularidad, tenían enfrentamientos emotivos aumentados

por el alcohol que siempre iniciaba Liz.

—Es ridículo que no estemos juntos. En muchos sentidos, prácticamente soy tu novia —le dijo una vez.

—Cómo me jode estar haciéndote daño —le respondió Jasper.

—Soy idiota. Cualquiera que me viese pensaría que soy idiota.

—No eres idiota. Eres mi mejor amiga.

¡Si le hubiese dejado colocarle bien el pelo!

Por temporadas, Liz ponía punto final a aquello; le decía a Jasper: «Esta relación es enfermiza», y se entregaba por un tiempo al yoga, que odiaba, a pesar de su lealtad a Jane; pero su círculo de amistades coincidía de tal manera que en una semana o un mes se topaban el uno con el otro en una fiesta o jugando al *frisbee*, y entonces se ponían a charlar y charlar de todo lo que se habían estado guardando mientras no se veían.

Cuando tenían treinta y uno, Jasper anunció su compromiso con una vivaz y agradable socia de un prestigioso gabinete de abogados, una mujer llamada Susan por quien Liz experimentaba un sentimiento tan ambivalente como por las novias anteriores. Después de una sesión de *footing* juntos le pidió que fuese su padrino de bodas; al fijarse en la expresión usada, añadió: «O madrina, lo que sea». Cuando Liz se echó a llorar le preguntó: «¿Qué pasa? ¿Qué pasa?», y ella salió corriendo y se pasó cinco años sin hablarle; aunque todavía se cruzaban en eventos relacionados con los medios de comunicación, ni asistió a la boda ni mucho menos participó en la ceremonia.

Un sábado de la primavera de 2011, Liz y un oboísta que había conocido en una cita a ciegas se toparon con Jasper y Susan en el High Line; él iba empujando un cochecito con un bebé dormido.

Susan la saludó con efusividad —al igual que Elise, siempre había parecido extrañamente poco recelosa con ella, lo que hacía que Liz se preguntase cómo explicaba su amistad exactamente Jasper — y terminaron tomando el *brunch* los cinco juntos; el niño, Aidan, se despertó y se echó a llorar de manera tan inconsolable que Liz perdonó un poco a Jasper. Al día siguiente él le envió un correo electrónico: «Estuvo genial verte. De verdad que echo de menos nuestra amistad».

Tras un intercambio de mensajes, almorzaron juntos entre semana y charlaron sobre artículos recientes que les habían encantado o soliviantado, y luego Jasper le confesó la presión económica que sentía ahora que Susan había decidido dejar la abogacía y quedarse en casa con Aidan. Los últimos años habían sido duros, por lo visto: de recién nacido, el niño había tenido cólicos; desde el

principio, ella se había empeñado en darle de mamar y ahora no se decidía a dejar de hacerlo; y se pasaba una cantidad de tiempo tremenda en internet tratando de determinar qué sustancias potencialmente tóxicas contenía el producto que usaban para limpiar la moqueta del edificio.

Mientras tanto, Jasper se quemaba las pestañas en el trabajo. Sabía que era capaz de dirigir una revista —seguía siendo editor sénior más que editor ejecutivo, que solía ser el puesto trampolín para convertirse en editor jefe—, y escuchó de buen grado qué publicación pensaba ella que le convendría más para un continuado ascenso en la carrera profesional. El enorme respeto de Jasper por sus ideas y opiniones, su deseo de compartir impresiones a propósito de cualquier tema, incluso a propósito de lo raro que era que su mujer todavía amamantase a un niño de diecinueve

meses, fue a un tiempo la actitud más halagadora e insultante que había experimentado Liz en su vida. Pensó que, de ser posible, habría conectado un cable entre sus cabezas, o igual se habría descargado el contenido de su córtex cerebral para dárselo y punto.

La siguiente vez que se vieron tras aquella interrupción de cinco años fue para tomar unas copas, y, después de la tercera ronda, Jasper le contó que Susan y él habían llegado a la dolorosa conclusión de que su matrimonio se había agotado y que, si bien ambos habían actuado con la mejor intención, cometieron un error al escogerse como pareja. Lo malo era que, si ella o cualquiera de sus hermanas se divorciaba, la abuela (profundamente católica), una rica, rencorosa y sorprendentemente sana mujer de noventa y ocho años que vivía en el Upper East Side, la quitaría del testamento y Aidan no podría optar a una educación privada. De modo que, aunque

tenían el permiso del otro para embarcarse en las relaciones extramaritales que gustasen, iban a seguir viviendo juntos hasta que la abuela muriese. Después de comunicarle esto, Jasper tragó saliva, la miró con aquellos ojos castaños bañados en lágrimas y le dijo:

—Siempre has sido tú, Nin. La he fastidiado bien, pero siempre has sido tú.

En algunos momentos a lo largo de aquel silencio de cinco años, Liz había fantaseado con que

Jasper se presentase en su oficina o en su apartamento —posiblemente, como en las películas, tras haber corrido bajo la lluvia— para declararle enardecido su amor. En esas escenas tal vez decía

justo «Siempre has sido tú». Pero no seguía legalmente casado con Susan; y, desde luego, no era

padre de un niño de diecinueve meses. Y aun así, entre los suaves vapores de los tres *gin-tonics* que se había tomado, Liz consideró que aquellas circunstancias comprometedoras le daban a la situación cierta credibilidad: no era demasiado bueno como para ser verdad. No tenía que sentir

la inquietud de lograr todo lo que había deseado en la vida.

De vuelta en su apartamento, la consumación de lo que fuese aquello suyo tampoco fue un sueño hecho realidad —desde luego, catorce años de expectativas y más de media docena de cócteles entre los dos no ayudó—, pero fue adecuada, y después, cuando Jasper se quedó dormido

abrazándola, Liz pensó que ojalá su yo de los veintidós años pudiese saber que al final lo conseguirían. El embeleso de su yo de los veintidós años habría sido menor cuando Jasper se despertó a los cuarenta minutos, se dio una ducha rápida y corrió a casa con su esposa y su hijo; a pesar del acuerdo conyugal, al día siguiente le tocaba a él levantarse con Aidan a las cinco de la madrugada.

En una semana, Jasper hizo tres visitas más a Liz y se quedó a dormir en dos ocasiones; se habían establecido unas pautas. Los inconvenientes de aquella relación saltaban a la vista de una manera tan obvia —dado que los miembros de la extensa familia de Susan leales a la abuela vivían en Manhattan, era necesario actuar con discreción, así que no salían a cenar, ni tampoco se reunían para desempeñar juntos labores relacionadas con el trabajo— que casi no valía la pena darle más vueltas. Por otro lado, podía disfrutar de una cercanía genuina, así como de intimidad física, con alguien a quien conocía bien y por quien se preocupaba muchísimo, a la vez que le quedaba tiempo para trabajar, correr, leer y ver a sus amigos; tal vez, de hecho, más tiempo que cuando se había dedicado a explorar webs o se pasaba tres horas del tirón analizando su soltería con Jane o con cualquier otra. Unos pocos amigos sabían lo de Jasper, además de su hermana mayor, y sus reacciones escépticas eran suficientemente disuasorias como para explicarles en profundidad aquel extraño acuerdo; era demasiado fácil que sonase como si Jasper estuviese poniéndole los cuernos a su mujer y nada más.

Un viernes de finales de mayo por la tarde, dos años después de la reconciliación con Jasper,

Liz se encontraba en el apartamento de Jane; esta estaba cortando berza para una ensalada mientras la hermana abría la botella de vino tinto que había traído.

—¿De verdad me vas a hacer beber sola otra vez? —le preguntó Liz.

—Estoy propiciando un entorno uterino acogedor —le replicó Jane.

—O sea, que sí. Me la bebo sola.

—Lo siento. —Jane puso cara de circunstancias.

—No te disculpes. —Liz sacó una copa de la estantería de Jane—. Y mira: cualquier feto sería afortunado de ocupar tu vientre. Apuesto a que tienes el Ritz de los úteros. —Alzó la copa llena

—. Por la reproducción. —Jane chocó su vaso de agua contra la copa mientras Liz añadía—: ¿Te acuerdas de Sandra, de la oficina, a la que le costó tres años quedarse preñada? Me contó que fue a un acupuntor que...

Le empezó a vibrar el teléfono en el bolsillo y se preguntó si sería Jasper; por lo visto, Jane pensó lo mismo, porque le dijo, sin disimular del todo su desaprobación:

—¿Es él?

Pero no era él; era su hermana Kitty. Liz sostuvo el móvil para que Jane pudiese ver la pantalla antes

de contestar:

—Ey, Kitty. Estoy aquí con Jane.

—Es papá —dijo Kitty; estaba llorando—. Está en el hospital.

## Capítulo 6

Media hora después de quejarse a la señora Bennet de un ardor de estómago que atribuía a la ternera *cacciatore* que había hecho para la cena, el señor Bennet había subido las escaleras desde el rellano de la primera planta de la casa de estilo Tudor hasta la segunda y se había derrumbado,

jadeando sin resuello. Lydia lo oyó caer, Mary llamó al 911 y se lo llevaron en ambulancia al Christ Hospital.

Tras recibir la llamada de Kitty en el apartamento de Jane, Liz se puso a buscar vuelos como

una loca mientras Jane recogía la comida; resultó que los últimos vuelos de la noche a Cincinnati desde los aeropuertos de LaGuardia y JFK ya habían salido. Liz volvió a su apartamento después

de hacer las reservas para la mañana siguiente temprano, echó ropa en una maleta, durmió mal un

par de horas y se reunió con Jane de nuevo pasado el control de seguridad de la terminal D de LaGuardia a las seis de la madrugada. Para entonces, su padre había salido del quirófano tras seis horas de intervención quirúrgica, y estaba entubado e inconsciente en la Unidad de Cuidados Intensivos.

A pesar de que estaba despierto y le habían quitado el tubo respiratorio, cuando Liz y Jane llegaron al hospital directas del aeropuerto, se le veía increíblemente apagado y parecía más pequeño vestido con aquel camisón que con su habitual uniforme de pantalones caquis, camisa y

americana azul. Al verlo, Liz contuvo las lágrimas, mientras que Jane se echó a llorar abiertamente.

—Mi querida Jane... —dijo el señor Bennet, pero no añadió nada más; no hizo ninguna

payasada para tranquilizarlas. El amasijo de cables que monitorizaba sus constantes vitales siguió pitando con indiferencia.

Se pasó una semana en el hospital, pero al segundo día después de la operación lo trasladaron

de Cuidados Intensivos a la Unidad de Cuidados Intermedios, y su salud había mejorado de forma considerable. Más que de forma paulatina, avanzaba a trompicones, pero, en cualquier caso, volvió a subirle el color, su energía aumentó, recuperó su mordacidad y pareció que de verdad se recuperaría.

Mientras tanto, las hermanas mayores adoptaron ciertas rutinas. Dormían en dos camas en el

cuarto de la tercera planta que había pertenecido a Liz cuando eran pequeñas. Esta programaba la

alarma del despertador para las siete en punto, se levantaban y salían a correr juntas antes de que empezase a hacer calor: iban por la curva de Grandin Road, pasando por delante del bulto que formaba el Club de Campo de Cincinnati, directas a Madison Road y de nuevo a Observatory Avenue, luego cuesta arriba por la primera loma de Edwards Road, cuya subida era suavemente gradual pero interminable, y por la segunda, que era corta y empinada. De vuelta en casa desayunaban cereales, se duchaban una detrás de la otra y decidían qué había que dejar arreglado aquel día.

Descubrieron, minimizado por la enfermedad del padre pero cada vez más insistentemente reafirmado a medida que el hombre iba mejorando, que la casa de estilo Tudor, construida en 1903, se encontraba en un estado de profundo deterioro. A lo largo de los últimos veinte años, Liz y Jane habían ido a ver a la familia en visitas de tres días, por lo general en época de vacaciones, y Liz se daba cuenta al rememorarle de que su madre debía de haberse pasado semanas

preparándose para su llegada. Esta vez que la señora Bennet no estaba en absoluto lista, el correo se amontonaba en pilas en la mesa de mármol del recibidor, el lavabo del servicio de la tercera planta tenía moho, colgaban telarañas de las bombillas y de los rincones del techo, y las dos hermanas compartían dormitorio porque la cama y la mayor parte del suelo de la habitación contigua, que en su día perteneció a Jane, estaba atestado de cajas, unas llenas solo de plástico de burbujas de embalaje pero otras sin abrir todavía, enviadas por varios vendedores de artículos de lujo a la atención de la señora de Frederick M. Bennet. El día antes de que a su padre le dieran el alta, Liz abrió con la hoja de unas tijeras tres paquetes que contenían, respectivamente: un cojín de felpa de color crema cubierto por un bordado que representaba una piña, un juego de toallas

de baño en azul ultramar con las iniciales de la señora Bennet y doce platitos de postre con un

Yorkshire terrier pintado (ya puestos, hay que decir que los Bennet jamás habían tenido un terrier, ni perros de ninguna otra raza).

Que su madre dedicaba una atención desmedida a los artículos del hogar no era nada nuevo; el

impulso habitual que la hacía llamar a Liz a Nueva York era el de preguntarle si le venía bien, pongamos, una tetera de porcelana con un motivo de hiedras que costaba 260 dólares pero estaba

de oferta por 230. Siempre, sin abordar siquiera el tema de quién pagaría la tetera en cuestión, Liz declinaba muy a su pesar; seguro que era, pero tenía tan poco espacio, y además, le recordaba a su madre, no es que bebiese demasiado té. Una vez, años atrás, la convencieron para que aceptase de regalo una gran fuente de filos dorados —«¡Para cuando tengas invitados a cenar!, le dijo la señora Bennet alegremente—, pero al enterarse de que dieciocho meses después su hija no había

dado ni una cena, le insistió para que se la devolviera. Enviársela por correo le costó 55 dólares.

Así que no, no era ningún secreto que su madre hacía de toda clase de elementos decorativos un fetiche, pero la tremenda cantidad apilada en la antigua habitación de Jane, más el hecho de que



tantas cajas estuviesen aún por abrir, obligaron a Liz a preguntarse si no tendría aquello algo que ver con alguna clase de patología.

Mientras tanto, con una frecuencia casi diaria, la casa de estilo Tudor iba revelando sus deficiencias: grifos que goteaban, baldosas quebradas, bombillas fundidas en candelabros de tamaños inusitados. En muchos casos, Liz no tenía claro si tal o cual problema, como la mancha

de humedad de un metro cuadrado en la pared del lado este del salón, era nuevo o si sus padres y sus hermanas se habían limitado a hacer la vista gorda durante meses o años.

La casi hectárea y media que rodeaba la casa presentaba sus propias complicaciones, incluida una hiedra venenosa gigantesca detrás del edificio y un hongo en el enorme plátano bajo el cual

Liz había celebrado pícnicos con sus muñecas. Por lo que ella veía, su padre llevaba bastante tiempo haciendo poco más que pasar el cortacésped, y desde que se había puesto enfermo, ni eso.

Un día, mientras esperaba al teléfono a que le dieran el presupuesto de una empresa de jardinería, se le ocurrió que la casa de sus padres era como una persona tremendamente obesa incapaz ya de

ver, tocar o mantenerse autónoma físicamente, y que estaba —estaban todos ellos— agotada y flácida.

Durante las horas que se reservaba para trabajar cada día, Liz abría su portátil sobre el escritorio de formica rosa que sus padres le compraron en 1987 y respondía preguntas de los editores de *Mascara* sobre algún artículo reciente suyo, programaba o llevaba a cabo entrevistas y rechazaba o aceptaba publicistas. Además de participar en temas diversos, escribía tres minibiografías mensuales para la ya tradicional columna de la revista titulada «Mujeres osadas»: una cabo en Irak, una monitora de aerobio ciega o una directora de un colegio de Wichita que salvó a sus alumnos de un tornado, por ejemplo. A pesar de que Liz se refería para sus adentros a aquello como «Mujeres osadas, atractivas y estrosas», dar con ellas y entrevistarlas era su parte preferida del trabajo.

Jane, en cambio, no intentaba trabajar desde Cincinnati. Un par de veces por semana asistía a una clase de yoga en un local de Clifton, pero en calidad de alumna, no de monitora. Aun así, para ambas, los días pasaban sorprendentemente rápido, como un ciclo de carreras matutinas, citas médicas, recados y preparativos de comidas y cenas familiares. Mayo había dado paso a junio enseguida, y junio a julio.

Jasper y Liz se mandaban mensajes de móvil constantemente, a veces cada hora. Uno de él, acompañado de una foto del enturbantado vendedor de bocatas de la esquina de la Cincuenta y cinco con la Sexta decía: «Estoy segurísimo de que este tío te echa de menos».

Liz había vuelto a Nueva York por una noche después de que a su padre le diesen el alta, un viaje en el que pudo reunirse con su editora, coger más ropa de casa y del apartamento de Jane,

tirar los yogures abiertos de la nevera, regalar su bambú y dejarle copias de las llaves a una dependienta de la Oficina de Alojamiento y Vida Residencial de la Universidad de Barnard, una mujer que les procuró, pese a haber sido avisada con tan poca antelación y con muy buena actitud, unos estudiantes que se quedarían subalquilados en las viviendas de Liz y Jane, respectivamente, hasta el 31 de agosto. Una vez cumplidas aquellas tareas pero antes de volver al aeropuerto, Liz quedó con Jasper en su apartamento a las once de la mañana de un martes; cuando llegó, Susan y Aidan se marchaban a una clase de gimnasia. Aunque no se habían visto desde su encuentro en el High Line dos años antes —en ese intervalo, Aidan había pasado de ser un niño grandote a una persona en miniatura—, Susan la saludó con la misma normalidad que quien se dirige a un vecino:

—Ey, Liz.

Pero, una vez se hubieron marchado y Liz y Jasper se quitaron la ropa en el dormitorio (no tenían demasiado tiempo y, de todas maneras, ya habían pasado de largo la etapa de la seducción laboriosa), ella experimentó una desazón que, sin pillarla del todo por sorpresa, fue, aun así, inesperada. Le preguntó:

—¿Susan y tú seguís durmiendo juntos en esta cama?

—Cuando dormimos juntos es en plan hermanos. Y solo porque el sofá es muy incómodo. No olvides que tiene novio.

Desnudo, Jasper se metió en la cama, que estaba deshecha, con las sábanas beis y las mantas de algodón lavanda retiradas hasta los pies. Por un instante estuvo a punto de bloquearse..., haber visto a Aidan, junto con el entorno de domesticidad cotidiana de Jasper y Susan, a pesar del acuerdo entre ellos, era demasiado raro. Pero allí estaba él, con la prueba fisiológica de su disposición bien evidente; y era un hombre atractivo; y ella tenía que llegar al aeropuerto; y la realidad era que también ella quería sexo, hacía tiempo desde la última vez y más que iba a pasar.

Se desabrochó y se desembarazó del sujetador, que era la única prenda que llevaba ya encima, y se reunió con Jasper en la cama. Cinco horas después su avión aterrizaba en Cincinnati.

## Capítulo 7

Resultó que la señora Bennet no tuvo que insistir demasiado a la señora Lucas para convencerla de que lo arreglase para que sus hijas y Chip Bingley se conociesen. Al recibir la llamada de la señora Bennet, la señora Lucas afirmó que nada la satisfaría más ni supondría mayor halago en

Cincinnati que la asistencia de los Bennet, con sus preciosas chicas, a la barbacoa que celebraban para dar la bienvenida a varias incorporaciones recientes al Christ Hospital, donde el señor Lucas era especialista y ejecutivo de alto nivel a un tiempo.

La señora Lucas compartía con la señora Bennet la aflicción de tener una hija adulta soltera, aunque en su caso la decepción, en lugar de dividida entre cinco, estaba encarnada en una sola persona. Charlotte Lucas, que fue compañera de clase de Liz y su mejor amiga en el Seven Hills a lo largo de quince años, también estaba sin novio, era brillante, ocupaba un puesto fijo de directora de recursos humanos en Procter & Gamble y había cogido como unos treinta y cinco

kilos de sobrepeso desde la graduación. A ojos de la señora Bennet, este hecho colocaba la desgracia de la señora Lucas en una categoría aparte de la que padecían sus hijas, si bien igual de frustrante. Obviamente, Charlotte no se había casado por su peso; por lo tanto, lo único que tenía que hacer era ponerse a régimen. Para sus hijas, sin embargo, que no tenían ningún defecto físico ni de carácter a primera vista (salvo el engorroso espíritu casero de Mary), no había un remedio claro.

La señora Bennet (a quien la corpulencia no le era ajena, que digamos) se había preguntado si la señora Lucas consideraba a Charlotte candidata al afecto de Chip, pero la inclusión sin vacilaciones de sus hijas en la barbacoa le confirmó que su amiga no abrigaba esperanzas poco realistas en lo que a Charlotte se refería. Así que, a pesar de no haber sido capaz de emparejar a ninguna de sus hijas tras afanarse activamente durante dos décadas, la señora Bennet se hacía auténticas ilusiones.

Los Lucas vivían en Indian Hill, un barrio residencial a veinticinco kilómetros del centro, hogar de la clase de habitantes de Cincinnati aficionados a los caballos o como mínimo a los perros de raza, que podían pasearse por propiedades de varias hectáreas. La casa de los Lucas era una amplia edificación colonial de ladrillo con una terraza encima de la entrada principal y el tejado de pizarra. En la cocina, varios Bennet abrazaron a varios Lucas, Jane entregó su bizcocho y Liz se acercó a la ventana para contemplar a la decena aproximada de invitados que ya charlaban en el patio embaldosado.

—Jane, ven a ver a tu futuro marido —instó alegre a su hermana.

Jane se le puso al lado.

—Doy por hecho que Chip Bingley es ese alto, moreno y guapo, ¿no?

Charlotte Lucas respondió:

—No, Chip es el de los pantaloncitos de sirsaca. El alto, moreno y guapo es su amigo Fitzwilliam Darcy, que entró a trabajar de neurocirujano en el Departamento de Neurología de

la Universidad de Cincinnati el año pasado. Se rumorea que también está soltero, pero es un poco retraído. Fueron juntos a la Facultad de Medicina. —Charlotte se volvió hacia Jane—. ¿En serio

que no veías *Tal para cual* cuando salía Chip?

—Nunca ha visto *Tal para cual* —intervino Liz—. Es como un unicornio.

—Ay, pues la temporada de Chip fue fantástica —dijo la otra—. Hasta hubo una pelea a tortas de verdad, con arrancamiento de extensiones incluido.

Mary, que había aparcado junto al coche de su madre en el caminito de entrada, dijo:

—A mí *Tal para cual* me parece degradante para las mujeres.

—Eso me comentaste. —Liz le echó una mirada a Charlotte—. Dices que el amigo de Chip se llama Fitzwilliam. ¿Ha venido navegando en el *Mayflower* o qué?

—Se hace llamar por el apellido. Aunque tampoco estoy segura de que Darcy sea mejor —contestó Charlotte con una sonrisa.

En los últimos años, Charlotte y Liz no habían pasado demasiado tiempo juntas, aparte de las fiestas de Navidad o las comidas de rigor durante las visitas de esta última a casa desde Nueva York, pero seguían sintiéndose tremendamente a gusto juntas. De hecho, uno de los puntos álgidos del regreso temporal de Liz a Cincinnati había sido reanudar la amistad sincera con Charlotte como adultas y descubrir que disfrutaba de aquella mujer tanto como cuando era adolescente. Especularon medio en broma sobre si serían las únicas dos personas solteras de su

clase del instituto, aunque Liz se preguntaba si Charlotte llevaba peor aquella distinción: vivía en Cincinnati, donde su madre podía incordiarla sin ningún esfuerzo; no tenía el pase de una hermana mayor a la que supuestamente se le hubiese pasado el momento de casarse aún más que a ella misma; quería ser madre; y no tenía un novio en secreto.

—Chip es más bajito de lo que parecía en la tele, ¿no? —comentó Charlotte—. Pero hay que decir que es mono. Ese del cuello de pico, Keith, es otro médico de urgencias recién llegado —el hombre en cuestión era negro, la única persona no blanca de la fiesta—, y la del vestido a rayas es una interina. A su lado está el marido, y ese niño es de ellos.

Además de estos invitados, había una atractiva rubia que Liz no conocía y dos parejas más mayores a las que había conocido en la celebración de Año Nuevo de los Lucas; los hombres eran ambos médicos en el Christ Hospital.

—¿Keith también está soltero? —preguntó Liz—. Porque si es así, Jane, prácticamente puede decirse que tienes un bufet masculino donde escoger.

—Será mejor que os recuerde —interrumpió el señor Bennet preparándose como quien no

quiere la cosa un *gintonic* en el mueble bar— que no estáis viendo a esos hombres a través de un cristal espejo. —Alzó una mano y el doctor Lucas le devolvió el saludo.

—Dudo que sepan leer los labios —dijo Liz.

Jane se giró hacia Charlotte.

—¿La rubia es médico?

—Esa es Caroline Bingley, la hermana de Chip. Vive en Los Ángeles, pero le está ayudando a instalarse.

—Es guapo, este Chip —dijo Jane, y Liz y Charlotte se miraron divertidas.

—Entonces vamos fuera y te lo presento.

## Capítulo 8

Tras el ajetreo de los saludos, Liz terminó hablando con Keith, que era simpático y, como descubrió enseguida, estaba prometido a una mujer a punto de acabar su periodo de residencia médica en San Diego. Para cuando las pechugas de pollo estuvieron asadas y sacaron la ensalada

de patata y col y los rollos, los dos habían agotado ya los temas del tiempo en San Diego, el tiempo en Cincinnati y el famoso chili de Cincinnati, que Keith aún no había probado. Fueron

pasando al interés de él en el golf, y entonces Liz se fijó satisfecha en que Jane parecía ensimismada en una conversación con Chip Bingley; dicha conversación prosiguió mientras ambos cogían comida y se sentaban juntos en el duro mortero de un muro de contención, donde

pronto se les unió la hermana de Chip.

Cuando Liz se hubo preparado su plato de comida, se encaminó hacia la mesa de cuatro del patio donde Fitzwilliam Darcy estaba sentado con el marido de la interina y uno de los médicos

más mayores. El médico veterano y el marido charlaban sobre cómo les estaba yendo a los Reds

la temporada y, dirigiéndose a Fitzwilliam Darcy (o Darcy a secas, se recordó), Liz señaló la silla vacía.

—¿Está ocupada?

—Sí —contestó Darcy. No suavizó el desaire con disculpa alguna, y Liz dio por hecho que no lo había oído bien; debía de haber entendido que le preguntaba si el asiento estaba libre.

—¿Sí está ocupada?

—Sí —repitió Darcy, igualmente inflexible—. Lo está.

A pesar de la advertencia de Charlotte a propósito de la aparente antipatía del hombre, Liz quedó tan desconcertada que se sintió tentada de decirle «Discúlpeme por pensar que era digna

de sentarme a su mesa». De modo que había asistido a la Facultad de Medicina de Harvard, de modo que era neurocirujano: pues nada de eso le daba carta blanca para ser un maleducado. Antes de marcharse, le sonrió de una manera que esperó que comprendiese que era falsa.

Como localizó a Kitty y Lydia cerca, fue hacia ellas y se sentó en una mullida otomana a los pies de Kitty. Sus hermanas pequeñas comentaban el momento ideal para llegar a su siguiente fiesta, que por lo visto daba el dueño de su gimnasio de *crossfit*. Lydia señaló el rollo del plato de Liz.

—¿A ti el cangrejo no te hace sentir pesada?

—Todo es bueno con moderación.

Había muchos motivos por los que el entusiasmo de sus hermanas por el *crossfit* y la dieta paleolítica se le antojaba irritante, además de que ella misma había flirteado con ambas cosas mucho antes y había escrito un artículo sobre aquel deporte en 2007. Otra fuente de irritación era que las dos estaban fantásticas; siempre habían sido atractivas, pero desde que practicaban *crossfit* prácticamente resplandecían de fuerza y energía.

Cuando el teléfono empezó a vibrarle dentro del bolsillo, Liz estaba a punto de acabar de comer y se sentía todavía más vejada por el desprecio de Darcy que antes, porque la silla que tenía al lado había seguido vacía todo aquel rato. Aprovechó la oportunidad para entrar, lavarse la salsa barbacoa de las manos en el fregadero de la cocina y mirar el mensaje.

«Desmadre de cojones en Southampton», leyó que le había escrito Jasper.

«Venga, aguanta. ¿Cuándo son los fuegos artificiales?».

«Bien sabe Dios que no serán más brillantes que tú», respondió Jasper.

«¿Alusión a mi brillante personalidad o a mis cubrepezones de lentejuelas?»., escribió ella.

«Ahí la has dado».

Allí de pie tras la puerta trasera, mirando el teléfono, Liz empezó a captar una conversación que se estaba desarrollando al otro lado de la puerta de malla; tras concentrarse unos segundos, se dio cuenta de que quienes hablaban eran Chip Bingley y Fitzwilliam Darcy.

—... mejor de lo que esperaba —decía Chip—. Cuando le conté a la gente que me venía a Cincinnati, casi me daban el pésame, pero ni por asomo está tan mal.

—Lo dice un hombre que se ha pasado una hora hablando con la única mujer guapa de toda la fiesta —replicó el otro—. Sin contar a tu hermana, evidentemente. —Liz oyó el entrechocar de cubitos de hielo; entonces Darcy añadió—: Seguro que se esfuerzan cuanto pueden, pero estos de Cincinnati son terriblemente provincianos.

Liz sonrió en la cocina. Era extrañamente satisfactorio ver confirmado el esnobismo de aquel hombre.

En un tono amigable, Chip le dijo:

—Ahora que llevas un año aquí, ¿no has conocido a ninguna chica de la zona que esté a tu altura?

—No se me ocurre nada menos tentador que una chica de aquí —le replicó Darcy.

Chip soltó una risita.

—Me han dicho que Liz, la hermana de Jane, también está soltera.

—Supongo que es poco caballeroso decir que no me sorprende.

Liz se quedó boquiabierta; de repente, aquel espionaje había dejado de ser gratificante. ¿Quién se creía que era aquel hombre y qué tenía en contra de su personalidad? Al presentarlos apenas habían intercambiado ni diez palabras.

—Mira: te cuento lo que sé de la gente de esta ciudad hasta el momento —siguió diciendo Darcy—. Dividen por categorías a las mujeres. Si dicen de una que es sofisticada significa que una vez, durante la universidad, estuvo en París; y si dicen que es guapa significa que tiene siete kilos de sobrepeso en lugar de dieciocho. Y están obsesionados con emparejar a todo el mundo. Se comportan como si te estuviesen haciendo un favor cuando te reclutan para tomar café con la maestra de escuela de su congregación en las dos únicas horas de tiempo libre que tienes quizá en toda la semana. He perdido la cuenta de cuántas esposas de colegas han intentado hacerme de casamenteras. Contigo, que has salido en la tele, deben de estar frotándose las manos.

—¿Sabes qué? —le dijo Chip—. Voy a hacer que mi misión en Cincinnati sea procurarte una

vida social, y no me vengas con que eso es un oxímoron. Si no tienes más que dos horas libres a la semana, que sean dos horas fabulosas.

Su tono afectuoso, consideró Liz, no era garantía de nada: no solo ni se sentía impelido a defenderla de las calumnias de su amigo, sino que, por lo visto, ni se le había pasado por la cabeza que aquellas palabras pudiesen resultar ofensivas.

—Si esto te gusta, mejor para ti —le dijo Darcy—. Y no lo digo con segundas. Pero tengo curiosidad por saber qué piensas dentro de un año.

Cuando Chip estaba a punto de responder, Liz empujó la puerta de malla y con voz exageradamente amistosa dijo:

—¿Qué tal? —Les echó una mirada a uno y otro, hizo contacto visual con Darcy y la sostuvo un poco más—. Estaba ahí dentro pensando en qué categoría me pondría yo. He llegado a la conclusión de que me pondría un sobresaliente, pero he oído que aquí las categorías van en diagrama de curvas, así que a lo mejor soy, no sé..., ¿un aprobado, por lo de las dos costas? ¿O un aprobado raspón? Cuando tengan un momento para dirimirlo, me avisan.

Sin esperar respuesta, pasó de largo, deseosa de repetir los comentarios de Darcy a tanta gente y con tanta rapidez como le fuese posible.

## Capítulo 9

Al día siguiente Liz y Jane salieron a correr, como de costumbre, y acababan de dejar atrás Edwards Road cuando la segunda dijo:

—Pues resulta que Chip me mandó un mensaje antes de que me acostase para ver si cenábamos mañana.

—¿Ya te ha mensajado? ¿A cenar? ¿Un sábado por la noche? Jane, lo tienes comiendo de tu mano.

—No sé.

—¿Qué es lo que no sabes? Prácticamente tuvimos que separarnos con una palanca cuando nos fuimos de casa de los Lucas.

—Es muy agradable —dijo Jane—. Y atractivo, obviamente. Pero todo está tan planeado... Él ha salido en la tele y mamá se lo ha montado para conseguir que nos presenten. ¿No te parece que eso lo convierte en algo ridículo?

—No tengo ni la más mínima duda de que tarde o temprano encontrarás al hombre de tus sueños. Si



resulta que es alguien a los brazos del cual te ha lanzado mamá, oye, pues mira: hasta un reloj averiado da bien la hora dos veces al día.

—El hecho de que desde que empecé la inseminación *in vitro* no haya conocido a nadie con quien me apeteciese salir hacía las cosas bastante sencillas. Porque ¿qué digo ahora en una cita?

¿«Me gustas, pero, por cierto: una vez al mes me inyectan semen de desconocidos en el útero.

Espero que esto no estropee las cosas»?

—No adelantemos acontecimientos. Ve a cenar con él y punto.

Jane se quedó en silencio, y Liz añadió:

—Te oigo darle vueltas: ¿qué?

—Sé que no tendría que darle tanta importancia a una cita —empezó la hermana lentamente—.

Pero no puedo evitar echar cuentas. ¿Y si empezamos a salir, duramos tres, seis o dieciocho meses, y luego rompemos? Para entonces tendré cuarenta o cuarenta y uno.

—Aquí no te están inseminando, ¿no? —Liz miró a Jane, que asintió.

—Comenzar el proceso en una nueva clínica es complicado.

—En ese caso, dale una oportunidad a Chip mientras estemos en Cincinnati. Ten un rollo de verano. El tío te gusta.

Pasaban por delante de Corbin Drive, y Jane dijo en voz baja, tan baja que Liz apenas pudo oírla:

—Es verdad. Me gusta mucho.

## Capítulo 10

—No dejo de darle vueltas —le dijo Liz a Mary— a qué día llega Mervetta. Porque la casa se está poniendo asquerosa.

Mervetta, una visitante habitual cada dos meses desde la infancia de Liz, limpiaba los cuartos de baño de los Bennet, pasaba la aspiradora por las alfombras y cambiaba las sábanas; una vez, cuando Liz tenía diez años, la mujer le contó que ellos eran las únicas personas blancas que conocía que comiesen gachas.

La expresión de Mary fue a un tiempo incómoda y divertida, como si Liz hubiese hecho un chiste ofensivo que le gustaría que no le hiciese gracia. Le dijo:

—Mervetta murió.

—Ay, Dios. Nadie me lo había contado.

—A lo mejor es porque antes de eso mamá la había despedido. La pilló sentada en la cama de Lydia viendo la televisión.

Liz se quedó pasmada.

—Entonces, ¿quién limpia la casa ahora?

Mary se encogió de hombros.

—Nadie.

Las dos hermanas estaban de pie en la cocina; Liz acababa de almorzar con Charlotte Lucas.

—¿Alguna fue al funeral de Mervetta?

Mary volvió a encogerse de hombros.

—Yo no.

## Capítulo 11

—Vuestra madre me acaba de dar una trágica noticia sobre vuestro primo Willie —dijo el señor Bennet cuando la familia estuvo reunida para cenar—. Viene a visitarnos.

—Te has lucido, Fred —le dijo la señora Bennet.

Jane le recriminó:

—Papá, eso ha sido de muy mal gusto.

El señor Bennet sonrió como si le estuviesen haciendo cumplidos por partida doble.

—Como todas sabéis, mi hermana ha cogido un vuelo para venir la semana que viene a comprobar si todavía me late el corazón y, en el caso de que no sea así, tomar posesión de la cubertería de plata de vuestra madre. Por razones que se me escapan, su hijastro ha decidido acompañarla.

Liz se tragó una cucharada del gazpacho que había hecho Jane y dijo:

—Sé que os va a costar creerlo, pero el primo Willie es más o menos una lumbrera.

—Y, si yo padeciese insomnio —terció el señor Bennet—, estaría encantadísimo de oír cómo

me explica por qué.

—A lo mejor nos puede decir por qué en casa internet va tan lento —dijo Kitty.

—O igual puede enseñarle a mamá a usar un móvil —insinuó Lydia.

—Sus *start-ups* han ganado millones de dólares —dijo Liz.

—Y, sin embargo, no sabe ponerse los pantalones —replicó el señor Bennet.

—Eso fue en 1986 —le contestó Jane.

Y así había sido: el verano antes de que Liz empezase sexto, los Bennet habían ido a California a visitar a la hermana del cabeza de familia, Margo, y a conocer al hombre con quien acababa de prometerse, un viudo con un niño de tres años. Alguien (ni el señor ni la señora Bennet se consideraban responsables) decidió que sería una juerga hacer todo el trayecto en coche, de modo que salieron de Cincinnati en su pequeña furgoneta y recorrieron una media de ochocientos kilómetros diarios durante cinco días seguidos; en aquella época Liz tenía once años, Mary tres, Kitty no había salido del vientre materno y Lydia ni siquiera había sido concebida. En el recuerdo de Liz, el viaje consistió en un borrón de colinas que pasaban por delante de la ventanilla, se convertían en praderas llanas, las praderas llanas se convertían en vastos terrenos ganaderos y agrícolas, y estos terrenos se convertían en un desierto salpicado aquí y allá de maleza. En Utah, un desvío para ver la región terminó como el rosario de la aurora a causa de las crecientes tensiones familiares; los asientos traseros de la furgoneta se habían convertido en un caos de tirones de pelo, pedos y chillidos de niña que distraía a Liz de su tremendo deseo de llegar al final de la chabacana historia de amor que estaba leyendo, donde un cheyene taciturno

insertaba los dedos en la cavidad más íntima de una joven heredera británica mientras cabalgaban juntos en el mismo caballo. Estaba tan enganchada al romance de Colt y Jocelyn que se obligó a ignorar una náusea cada vez mayor que acabó imponiéndose mientras exclamaba «¡Voy a vomitar!» al tiempo que regurgitaba sobre Mary una McMuffin con huevo, buñuelos de patata y ketchup a ochenta kilómetros al noroeste de Sacramento. Lo cierto era que Liz se preguntaba a veces si la relación con su hermana había logrado sobreponerse a aquel incidente, y en el caso de que no fuese así tampoco podía reprochárselo.

Para cuando los Bennet aparcaron en el camino de entrada de la casa del prometido de la tía Margo en Sausalito, la furgoneta estaba cubierta de envoltorios de comida, calcetines y libros de pasatiempos, y no solo apestaba a vómito, sino que se oía como un raspado por la parte derecha de atrás del chasis que no se sabía qué lo producía; las antipatías mutuas de los Bennet eran de una variedad tan íntima que casi terminaban siendo afecto. Salieron disparados del coche y subieron el

camino enladrillado de un adosado bien cuidado, pero antes de que les diese tiempo a llamar al timbre se abrió la puerta de entrada y un chavalín pelirrojo se plantó ante ellos desnudo por completo.

—¡Papá, están aquí! —gritó.

Tenía unas extremidades de alabastro y un pene minúsculo que a Mary, en concreto, le pareció desconcertante.

—¡Mirad para otro lado, chicas! —chilló la señora Bennet, haciendo que a Liz y Jane se les escapase una risa tonta. Aquel era, obviamente, el primo Willie y ahí estaba la pilula de Willie al aire.

Con el paso de los años, los Collins y los Bennet se vieron de forma intermitente y, en algún momento, quedó claro que el primo Willie era una especie de prodigio de la tecnología. Aprendió a programar por su cuenta a los trece, a los quince comenzó a asesorar a empresas locales sobre cómo reforzar su presencia en la red y abandonó la Universidad de California durante el primer año tras vender una empresa que había desarrollado una patente para pasar datos entre servidores y aplicaciones web (una empresa de la que ninguno de los Bennet era capaz de comprender nada, hay que decir) por 20 millones de dólares, según se rumoreaba. Willie, ya con treinta años, estaba poniendo en marcha su tercera o cuarta compañía de desarrollo de *software*. Y, sin embargo, todos los Bennet salvo Liz y su madre se negaban a verlo de otra manera que como un niño de tres años desnudo. A la señora Bennet le intrigaba claramente su dinero, y una vez le hizo a Liz una serie de preguntas de tanteo a propósito de cómo había recibido el pago a cambio de su primera empresa, preguntas para las que Liz no tenía respuestas. Y la propia Liz se había cruzado con Willie en una conferencia de tecnología en Las Vegas a la que asistía como periodista y había almorzado con él en una velada sorprendentemente agradable; a pesar de que la conversación había consistido casi en un monólogo del hombre, fue un monólogo interesante, y fue la primera persona que le habló de Twitter.

Una vez sentados a la mesa, la señora Bennet dijo:

—Jane, supongo que tú estarás ocupada con Chip Bingley, pero Liz puede entretener a Willie cuando llegue.

—¿Por qué va a estar Jane ocupada con Chip Bingley? —preguntó Kitty.

La señora Bennet respondió con entusiasmo:

—Porque mañana cenar en el Orchids.

Jane le preguntó a su madre, vacilante:

—Mamá, no me habrás estado leyendo los mensajes del móvil, ¿verdad?

Lydia comentó alegre:

—¡Si no sabe cómo!

La señora Bennet no parecía arrepentida.

—Lo comentó Helen Lucas.

Jane frunció el ceño, cosa que en ella reflejaba auténtico enfado.

—¿Y cómo iba a saberlo la señora Lucas?

Liz carraspeó.

—Creo que se lo dije yo a Charlotte. Pero de pasada...

—Puede que, después del sábado, Chip y yo no nos volvamos a ver. —Se ruborizó—. Así que, por favor, que nadie le dé más importancia de la que tiene, ¿vale? Mamá, tendré todo el tiempo del mundo para el primo Willie.

—Es obvio que Chip te encuentra absolutamente encantadora, Jane —le dijo la señora Bennet—. Y bien que hace. Pero tienes que enterarte de por qué no se mete en la medicina privada. Con eso de trabajar en urgencias debe de tratar con gente muy poco atractiva.

Liz, que se sentía un poco responsable del disgusto de su hermana, comentó:

—Me pregunto si a Willie le interesará visitar el Freedom Center.

—Para que lo sepáis todos: yo tengo que entregar un trabajo a finales de la semana que viene, así que no tendré demasiado tiempo para Willie ni para la tía Margo —dijo Mary.

—Me muero de pena —le replicó Lydia—. Yo no sé si serán capaces de recuperarse de tamaño trauma.

—Bueno, pues yo tengo ganas de verlos a los dos —dijo Jane.

Desde la presidencia de la mesa, el señor Bennet soltó:

—Pues serás la única.

## Capítulo 12

Después de cenar, Liz siguió el rastro del olor a pintaúñas, que le llevó (como de costumbre) hasta Kitty; estaba sentada en el lavabo del cuarto de baño que compartía con Lydia, con la puerta abierta, pintándose un dibujo bastante impresionante en las uñas de los pies con una laca color crema con brillantina dorada.

Liz puso en marcha el ventilador de pared.

—¿Lo de que papá duerma en el estudio es por el tema judío? —le preguntó.

Sin levantar la mirada, Kitty le respondió:

—Igual sí.

—¿Tú crees que es por eso?

Kitty miró a los ojos a Liz por fin.

—Pregúntaselo a ellos.

Liz no tenía ninguna intención de preguntárselo a ellos. Los dos grandes temas de interés del señor Bennet eran la historia y la genealogía (cuando se valía por sí mismo, se pasaba muchas tardes entre las pilas de documentos de la Biblioteca Mercantil del centro), y en algún momento de la década anterior les anunció divertido que había descubierto que la abuela materna de la señora Bennet era judía; de hecho, antes de casarse, Ida Conner se llamaba Ida Rosenbluth.

Aunque no fuese abiertamente antisemita, la señora Bennet tendía a hacer afirmaciones sobre casi cualquier minoría religiosa o étnica que a menudo resultaban incómodas a quienes las oían. «A los judíos les encantan los frutos secos», le había dicho en más de una ocasión a Liz, y cuando esta tenía diez años se negó a comprarle un vestido de fiesta que consistía en un corpiño negro de lentejuelas y una falda negra de terciopelo porque «tenía pinta de judío».

Como era de esperar, no fue demasiado receptiva a la exposición de su marido a propósito de su linaje religioso. Para acabar de rematarlo, a Lydia y a Kitty les dio por referirse a su madre, en su presencia y a sus espaldas, como «la judía»; de hecho, una vez Lydia hizo llorar a su madre al recomendarle que celebrase su Bat Mitzvá, aunque fuese un poco tarde. Con el tiempo la broma había ido decayendo, tal vez sustituida por el incordio de Lydia a propósito de la orientación sexual

de Mary. Pero a lo mejor, pensaba Liz, las consecuencias del descubrimiento genealógico aún duraban.

Allí, en el cuarto de baño le dijo a Kitty:

—Tú no crees que papá y mamá se vayan a terminar divorciando, ¿no?

La pregunta más pertinente, que Liz no hizo, era «¿Crees que deberían?».

Kitty soltó un bufido desdeñoso.

—Son demasiado vagos.

### Capítulo 13

El sábado por la noche, justo antes de que Chip Bingley la recogiese, Jane estaba delante del espejo que había encima del escritorio de Liz poniéndose colorete. Al sorprender el reflejo de Liz, le dijo:

—¿Debería haber visto la temporada de *Tal para cual* en la que salía Chip? ¿La gente sabe cosas de él que yo no sepa?

Liz se sentó ante su mesa, donde tenía pensado pasarse las siguientes horas trabajando (sus padres almorzaban en el club de campo con los vecinos, Lydia y Kitty se marchaban, Mary estaba

en su dormitorio con la puerta cerrada), aunque ya de entrada, tan accidental como

aterradoramente, se había visto metida en una página web sobre lémures caníbales. Teniendo en

cuenta que estaba investigando para el próximo artículo de *Mascara* sobre cómo pedir un aumento de sueldo, le costaba decir exactamente cómo había acabado ahí.

Apartó la silla y colocó los pies en el borde del escritorio de una manera que su madre le había estado censurando durante tres décadas.

—¿En casa de los Lucas, le contaste que no habías visto el programa?

Jane asintió.

—Entonces eso debe de parecerle parte de tu encanto. Quedó como un buen chico, te lo prometo. Se pegó el lote en directo como el que más, pero no fue ruin.

—Me contó que a veces los pacientes le piden un autógrafo. —Jane parecía más preocupada que complacida—. ¿Tú te crees?

—Yo solo desconfío de él en un punto, y no es gran cosa pero vale la pena pensarlo: es eso de

que él no quería entrar en *Tal para cual* y su hermana lo convenció. Eso es mentira, digo yo. La gente solo se mete en un *reality* porque quiere meterse. Leí no sé dónde que en esos programas todos pretenden llegar a Hollywood.

Jane cerró la cajita del colorete y se volvió hacia Liz.

—¿Tú crees?

Liz se encogió de hombros.

—No sería el primero.

—¿No fuiste tú quien me animó a que saliera con él esta noche?

—Puede que viese *Tal para cual* como una manera de pasárselo en grande y se dijese ¿por qué no? Cuando hablé con él no percibí nada de egocentrismo. La cosa es que no acabo de tragarme su historieta.

—Pues ahora casi me da miedo contarte esto, pero ¿sabes que su hermana Caroline se ha quedado unas semanas aquí?

—La vi en casa de los Lucas, pero apenas hablamos.

—Es su representante —dijo Jane.

Liz entrecerró los ojos.

—¿A qué te refieres?

—Supongo que desde que salió en *Tal para cual* le van ofreciendo que promocione productos o participe en causas benéficas. Ella le lleva esas cosas.

Liz se esforzó en no esbozar una mueca de desagrado; el Cuatro de Julio, Caroline Bingley se reveló casi tan poco simpática como Fitzwilliam Darcy. Cuando Caroline, su hermano y Darcy estaban a punto de marcharse, esta le confió a Liz que le costaba recordar si estaban en Cleveland, Cincinnati o Columbus, y acto seguido se lamentó de lo difícil que era encontrar *sushi* como Dios manda y clases de yoga. Liz se planteó recomendarle Modo Yoga, que era el local que frecuentaba Jane, pero decidió ahorrarse el detalle.

A esas alturas ya había contado a otros asistentes los comentarios de Darcy, animada por una indignación vehemente e impetuosa. Charlotte Lucas se rio, la señora Bennet se sintió profundamente insultada y Jane especuló con la posibilidad de que Darcy supiese que los escuchaba y hubiese estado bromeando, cosa que en opinión de Liz era mucho suponer.



Liz le dijo a Jane allí en su dormitorio:

—A lo mejor conseguís que os paguen a los dos por dejaros ver juntos saliendo por ahí de noche. Sería divertido.

—Ahora me estás mandando mensajes contradictorios, Liz.

Liz sonrió traviesa.

—Contengo multitudes. —Y añadió—: Perdona. Pásatelo bien y ya está, olvídate de lo que he dicho.

## Capítulo 14

Liz todavía estaba sentada al escritorio, aunque ahora trabajando de verdad (estaba leyendo un discurso de presentación pronunciado por Kathy de Bourgh, una famosa feminista que esperaba entrevistar para su artículo sobre el aumento de sueldo), cuando Lydia entró en el cuarto y le preguntó:

—¿Has visto mi móvil?

Liz negó con la cabeza.

—Mierda. Necesito mandarle un mensaje a Ham para ver a qué hora quedamos, pero solo tengo su número en el móvil.

—¿Quién es Ham?

—Ham Ryan.

—¿Se supone que tengo que conocerlo? —le preguntó Liz.

—Es el dueño del espacio al que vamos.

«Espacio», para gran irritación de Liz, era como a los adeptos al *crossfit* les gustaba denominar a sus gimnasios.

—¿Es tu novio?

Lydia le dedicó una expresión desdeñosa. Le replicó sarcásticamente:

—Vamos, ¿en serio? ¿Tú crees que me dará su chaqueta del equipo universitario?

—Disculpa por atreverme a intentar charlar contigo después de que irrumpas en mi cuarto.

—Tienes una araña en la pared.

Al principio, Liz se preguntó si sería alguna clase de insulto en clave que usaran los *milenials*, pero cuando se giró vio una araña de verdad, marrón y del tamaño de una moneda. Se levantó para coger una sandalia y cuando la estampó contra la pared hizo saltar un trozo de pintura.

—Qué asco —comentó Lydia—. Si ves mi móvil, me avisas.

Antes de que saliese del cuarto, Liz ya había abierto una ventana en su explorador de Windows y tecleaba «Ham Ryan Crossfit Cincinnati».

Por supuesto, era guapo: el pelo castaño claro y corto, levantado con algún producto en un amasijo de púas brillantes; los ojos azules y una perilla bien recortada. Se llamaba Hamilton, por lo visto, y era de Seattle.

A Liz no le importaban gran cosa ni el *crossfit* ni los amantes de Lydia (cambiaba de pareja con tanta frecuencia que no valía la pena prestar atención), mientras que el discurso de apertura de Kathy de Bourgh sí le parecía interesante de verdad; sin embargo, se pasó los siguientes cuarenta minutos explorando hasta el último recoveco de la web del espacio de Ham Ryan, e incluso se sintió medio tentada de probar una receta de paleopastel de cangrejo si no fuese porque a sus hermanas les iba a repatear.

## Capítulo 15

Casi a medianoche, cuando estaba apagando el ordenador, Liz oyó que alguien subía la escalera

de la tercera planta; para su sorpresa, era Mary y no Jane. Esbozaba una sonrisa de superioridad que no se esforzaba en disimular.

—Mira —le dijo pasándole su móvil.

En la pantallita aparecía un texto de una web de cotilleos de famosos, que Liz habría pensado

que era mucho más del gusto de Kitty y Lydia que del de Mary, donde se leía un titular que decía:

«Macizorro Ceporro: puede que el soltero de *Tal para cual* aprobara por los pelos la carrera de Medicina en Harvard». Debajo había una foto de Chip Bingley de esmoquin, brindando con champán con una de las guapas finalistas de su temporada. Liz leyó en diagonal la entradilla, que consistía en un único párrafo («Antiguos compañeros afirman que Bingley era más conocido por su afición a la bici que a los libros...»), y devolvió el teléfono.

—¿Y? Aprobó los exámenes, evidentemente.

—Si te cortases un dedo, ¿te gustaría que te lo cosiese él?

—Que no fuese el primero de su clase no significa que sea un incompetente.

Mary enarcó las cejas con recelo.

—Ya sabía yo que tenía que haber gato encerrado para que un licenciado en Medicina por Harvard terminase en un centro de urgencias de Cincinnati. Probablemente fue el único puesto que consiguió.

Aquella parecía una opinión más bien impertinente viniendo de alguien que no había trabajado en su vida.

—No se lo enseñes a nadie —le dijo Liz—. Aun en el caso de que sea verdad, es irrelevante.

## Capítulo 16

A las cinco y media de la madrugada, Liz se despertó al oír el roce de sábanas que produjo Jane al meterse en la cama de delante.

—Caray —murmuró—, supongo que la cita ha ido fenomenal.

—Ay, Lizzy —respondió Jane—. Chip es maravilloso.

## Capítulo 17

Después de cenar en el Orchids, Jane y Chip habían ido a Bakersfield a tomar unas copas. (Todo esto, Liz no lo supo hasta la tarde, porque Jane no solo se pasó durmiendo la hora de hacer *footing*, sino que también se saltó la misa de la iglesia presbiteriana de Knox a la que Mary y la señora Bennet asistían cada domingo, a la que Liz y Jane asistían cuando estaban en la ciudad, y que el resto de la familia evitaba salvo en Navidad). Después de las copas («¿Pero tú bebiste o estabas otra vez con lo de cultivar un entorno uterino acogedor?», preguntó Liz, y Jane dijo que se había tomado una copa de vino con la cena y otra en el bar), se fueron los dos al apartamento de Chip en Oakley, donde aprovecharon la oportunidad para descubrir que eran una pareja verdaderamente compatible en todos los sentidos.

—¿Crees que soy facilona? —le preguntó Jane a su hermana.

—Tienes treinta y nueve años. Tienes que hacer lo que te apetezca. ¿No fue raro, sabiendo que su hermana estaba allí?

Jane negó con la cabeza.

—Su dormitorio está en la otra punta del apartamento. —Seguía echada mientras le relataba los acontecimientos, y Liz estaba sentada en la otra cama—. No tuvo nada de raro tampoco con Chip, y no estábamos borrachos ni uno ni el otro —añadió—. De verdad que me gusta. La cosa es

que..., me siento como hacía mucho que no me sentía. Y tiene poco que ver con lo atractivo que es. Es atractivo, claro, pero yo estaba comodísima. Es auténticamente amable y nada egocéntrico.

Estoy convencida de que no es un aspirante a actor. Me contó que los productores de *Tal para cual* se pusieron en contacto con él hace poco para que participase en un programa especial de reencuentro y se negó.

—Entonces retiro lo dicho.

—También estaba avergonzado por que oyese lo que dijo Darcy en casa de los Lucas. Quiso que te dijese lo mucho que lo lamenta y que no comparte la opinión de Darcy sobre Cincinnati para nada.

Liz sonrió.

—Por lo menos, en lo que a las mujeres de por aquí se refiere, yo diría que es obvio.

—Pero lo decía en serio. —La expresión de Jane era grave—. Chip dice que Darcy puede ser brusco, pero que en realidad es muy buena persona y un cirujano de primera.

—Con un ego de primera, por lo visto. Solo para que estés preparada: mamá está abajo casi babeando. Sabe que anoche volviste tarde.

—No le has dicho cómo de tarde, ¿verdad?

—No, pero no puedo asegurarte que no estuviese espiando por la ventana cuando Chip te dejó aquí.

—¿No es curioso? Porque piensa en los quebraderos de cabeza que tuve que sufrir durante el instituto por volver de una cita a las cinco de la mañana. Y solo veinte años después, mira: mamá igual está incluso emocionada.

## Capítulo 18

—Tengo que hacerte una pregunta que no hace falta que repitas a ninguna de tus hermanas —le dijo el señor Bennet.

Estaba con Liz en la consulta del ortopedista, a la espera de que le quitasen la escayola del brazo, algo que Jane le había dicho a Liz que no creía ser capaz de soportar. «Me temo que vomitaría», dijo; a lo que Liz preguntó: «¿Por la sierra?». Jane había sacudido la cabeza: «Por el olor».

—El asunto este de si Mary es homosexual —prosiguió el señor Bennet—. ¿Tú crees que hay algo de cierto?

Sorprendida, Liz preguntó:

—¿Por qué?

—Porque a tu madre no le gustaría, evidentemente. Pero cómo es eso que se dice, que la gente haga lo que le plazca siempre que no lo haga en plena calle ni dando el cante, ¿no?

—Madre mía, papá. ¿Es que te has vuelto del partido demócrata?

Su padre dio un respingo.

—Ni por asomo. Pero ¿dónde va Mary los martes por la noche?

—Se lo podrías preguntar. Que adónde va, me refiero, no que si es lesbiana. Bueno, eso también se lo podrías preguntar, aunque no sé si te lo aconsejo.

Hacia algunos años que Liz había llegado a la conclusión de que Mary no era lo

suficientemente interesante como para ser lesbiana. Todos los gais que conocía ella en Nueva York, tanto hombres como mujeres, sobresalían un poco de la media (eran un poco más considerados, elegantes o divertidos), aunque tal vez, reflexionó, era Nueva York en sí y no la homosexualidad lo que les confería aquel atractivo extra.

—Si Mary tiene un amigo o una amiga que no se atreve a traer a cenar, sería una pena —

comentó el señor Bennet—. Porque su pareja se merece sufrir tanto como el resto de la familia.

Miraba directamente a Liz, y ella se esforzó en mantener la compostura. ¿Estaba hablando de

Mary solamente, o aludía a Jasper y ella?

—Tendrá sus razones. Tú mismo acabas de decir que a mamá le horrorizaría.

—Tu madre se horroriza muchas veces al día.

—Ahora, por lo menos, tiene a Chip Bingley para depositar sus esperanzas. ¿Sabes que anoche salieron por segunda vez? Fueron al cine.

Antes de que al señor Bennet le diese tiempo a responder, se abrió la puerta y apareció un enfermero con una bata cyan y la sierra de plástico con la hoja radial; el aparato no era mucho más grande que un cepillo eléctrico.

—¡Fred! —dijo, a pesar de que era la primera vez que se veían—. ¿Cómo estamos hoy?

El señor Bennet leyó el nombre en la solapa del enfermero y respondió con entusiasmo fingido:

—¡Bernard! Pues aquí estamos: llorando la muerte de los buenos modales y el auge de los tratamientos de excesiva familiaridad. ¿Y tú qué tal?

## Capítulo 19

—¿Te acuerdas de Allen Bausch? —le preguntó la señora Bennet cuando Liz estaba desayunando sola, sentada a la mesa de la cocina.

Miró con curiosidad a su madre.

—¿La pareja del baile de fin de curso de Mary?

—Deberías buscarlo por el ordenador y enviarle un mensaje de parte de Mary. Eso ahora se hace mucho. Las parejas se reencuentran por ordenador después de mucho tiempo de haber perdido el contacto, y luego se casan.

—A lo mejor está casado.

—No. Su tía está en la Liga Femenina.

—Igualmente, ¿por qué voy a perseguirlo yo? ¿No debería ser cosa de Mary?

—Es que ella puede ser tan tozuda...

—¿Pero Mary y Allen llegaron a ser pareja? A lo mejor fueron al baile solo como amigos.

—Es abogado en Atlanta, y es muy activo en la iglesia a la que va. Si esa no es la descripción perfecta de alguien que busca esposa, tú me dirás.

## Capítulo 20

Charlotte Lucas llamó a mitad de semana.

—Estoy organizando una partida para el viernes. ¿Puedes venir, y se lo dices también a tus hermanas?

—Te acuerdas de que Lydia hace trampas, ¿no?

—¿Se pueden hacer trampas jugando a las charadas?

—Uy, seguro que se las arregla para encontrar la manera —le dijo Liz—. Creo que el viernes

Jane sale con Chip de nuevo, por tercera vez, ¿quién lo iba a decir? Pero cuenta conmigo seguro, e intentaré convencer a Mary o a Kitty.

—Que Jane se traiga a Chip. ¿O es mejor que lo invite yo?

Liz dudó. Por un lado, era tentador tener la oportunidad de observar a Chip con su hermana en persona. Por el otro, si Chip asistía a la partida (y es que a Liz le encantaban aquellos juegos nocturnos sin rubor alguno, como a una jovencita), igual se traía a su hermana, o peor aún: a Fitzwilliam Darcy. Pero ¿quién era ella para excluir a nadie?

—Claro —le contestó a Charlotte—. Llama a Chip.

## Capítulo 21

A Liz la había incomodado y deprimido tanto la noticia a propósito de Mervetta que al buscar nuevas asistentas prefirió agencias que enviaran un equipo rotatorio de tres personas en lugar de una con la que la señora Bennet pudiera pelearse.

Liz llamó a la puerta del despacho de su padre con los presupuestos de servicios de limpieza y cuidado del jardín. Cuando este respondió «No estoy», empujó la puerta.

El escritorio del señor Bennet, detrás del que se encontraba, estaba orientado hacia el centro de la habitación, de manera que Liz veía el reverso en lugar de la pantalla del ordenador. Aparte de este elemento, el estudio tenía la misma apariencia que cuando sus padres compraron la casa en

1982 por una suma que ascendía a un dólar, el mismo año que vendieron su residencia de verano en Petoskey, Michigan, a su hermana Margo por el mismo precio. De hecho, era más que posible

que el despacho del señor Bennet, con su cama trineo, sus cortinas marrones de terciopelo, el escritorio con el protector de cuero (el cuero era de color rojo vivo con el borde repujado en pan de oro) y una lamparita de porcelana con la pantalla a rayas, llevarse así desde los tiempos en que los abuelos de Liz se mudaron allí en 1927.

Durante la adolescencia, Liz había creído que su padre era un importante hombre de negocios, un inversor (todas las mañanas cogía el coche y se iba a una oficina de dos salas en Hyde Park

Square, donde tenía contratada una secretaria de apellido Lupshaw), y solo con el paso del tiempo se dio cuenta de que las inversiones que supervisaba únicamente eran las de la familia inmediata y, aún más, no se dedicaba a otra cosa que a dicha supervisión. Aquella toma de conciencia fue

tan gradual hasta el primer año de universidad que no sintió una punzada de desagradable familiaridad hasta un día que una amiga comentó a propósito de un hombre mayor con el que salía:

«Hace como que trabaja, pero creo que es uno de esos que se limitan a mover de aquí para allá montones de dinero de la familia». Una década después, cuando su padre se hubo «jubilado», a Liz le habría gustado no preguntarse cruelmente «¿Jubilado de qué?».

Entró en el despacho.

—He encontrado gente para limpiar la casa y cuidar el jardín —dijo. Le echó un vistazo a la libreta de periodista que llevaba en la mano—. Estoy pensando que haré que vengan los dos cada dos semanas, aunque está claro que después del verano usaréis menos el jardín. Cuando la señora Bildeier se pasó a traernos pan de plátano, me dio el nombre de la empresa de limpieza que tiene contratada y dice que es fantástica.

Su padre tenía los ojos fijos en la pantalla del ordenador cuando dijo:

—Tu madre limpia la casa y yo corto el césped.

—Eso será en teoría, pero tú todavía no tienes movilidad total, y mamá está concentradísima en el almuerzo de la Liga Femenina.

Después de que le quitasen la escayola el día anterior, el señor Bennet tenía el brazo pálido, encogido, costroso e (incluso después de una ducha) todavía conservaba el hedor a podrido que

Jane había predicho; cuando Liz le preguntó al doctor Faciano cuánto tendría que esperar su padre para volver a conducir, este le dijo que cuatro o seis semanas.

—Tampoco es que la casa de Nancy Bildeier sirva de ejemplo de nada —continuó el señor Bennet—. Igual no tiene solo un mueble que no esté cubierto de pelo de perro.

Liz no esperaba que fuese a haber resistencia. Dijo vacilante:

—¿Y si pago yo las primeras veces?

En aquel momento tenía 13.000 dólares en su cuenta de ahorros, una cantidad que la tranquilizaba en comparación con el capital inexistente de sus hermanas, pero que también daba

la sensación de ser inexplicablemente bajo teniendo en cuenta que sus ingresos anuales ascendían a 105.000 dólares, nadie dependía de ella y, aparte de vivir en Nueva York, no despilfarraba.

—Eso no es darle buen uso a tu dinero. Ni al mío. La respuesta es no.

—Pero ¿no te parece que la casa está hecha un desastre? Y el jardín, lo mismo.



El señor Bennet dijo con despreocupación:

—Todo tiende a la entropía, cariño. Es la segunda ley de la termodinámica.

## Capítulo 22

Para gran sorpresa de Liz, tanto Lydia como Kitty se entusiasmaron con la invitación a la cena con charadas de Charlotte.

—Espero que tengáis claro que os voy a dar una paliza —dijo Lydia.

—¿A base de hacer trampas, quieres decir? —le replicó Mary.

—¿Y si nos toca en el mismo equipo? —le preguntó Liz—. ¿Tus palizas están restringidas a tus oponentes o son indiscriminadas?

—Tú no pierdes oportunidad de soltar palabrejas, ¿verdad? —le espetó Lydia—. ¿O es que te crees que los circunloquios magnifican siempre la cordialidad de la vida?

—No está nada mal —le respondió Liz—. Sobre todo para alguien que sacó una nota tan baja en la parte oral del examen de acceso a la universidad.

—Dejad de discutir, chicas —intervino la señora Bennet—. Es de mala educación.

—No son capaces de hablarse de otra manera —dijo el señor Bennet.

—El viernes salgo con Chip —dijo Jane—. De no ser así, me habría encantado ir.

—Charlotte lo va a invitar también a él —le contó Liz.

La señora Bennet terció:

—Seguro que Chip prefiere estar a solas con Jane. Una pareja reciente necesita espacio.

Lydia se volvió hacia su hermana mayor y le preguntó con tono chisposo:

—Jane, ¿tú crees que perderás la virginidad con Chip?

El señor Bennet se puso en pie, dejó caer la servilleta sobre la mesa.

—Por más interesante que me resulte esta conversación, me ha surgido un asunto importante.

Necesito una hamburguesa.

Liz y Jane hablaron al unísono:

—Papá, no puedes conducir.

—Papá, no puedes comer carne roja.

El señor Bennet hizo un gesto hacia su plato, en el que había una ración de potaje de lentejas y una ensalada que Jane y Liz le habían preparado respectivamente.

—Esto es tolerable —dijo él—. No soy un animalillo del bosque. Lizzy, nos vamos a Zip's.

—Papá, el doctor Morelock es quien te recomendó una dieta basada en hortalizas, no nosotros

—insistió Jane.

—El hierro de la hamburguesa te irá bien, papá —dijo Kitty—. No te comas el pan y punto.

—Eso sería como asistir a un espectáculo de *burlesque* con un ojo cerrado —respondió el señor Bennet.

—Puj —dijo Mary.

El señor Bennet señaló hacia la puerta.

—Rápido, Lizzy.

Liz miró a Jane, que dejó escapar un suspiro audible. La primera se lo tomó como un permiso tácito y también lo comprendió; la verdad era que las lentejas, por desgracia, habían quedado bastante sosas.

—¿Alguien quiere algo más? —preguntó.

Todos excepto Jane querían (pidieron hamburguesas, hamburguesas con queso y patatas fritas), aunque en el último momento, justo cuando el señor Bennet y Liz salían por la puerta, les dijo levantando la voz:

—Bueno, venga. Traedme unos aros de cebolla.

## Capítulo 23

—¿Sigues planteándote quedarte ahí en Cincinnati hasta septiembre? —le preguntó Jasper por teléfono—. Porque no sé si puedo esperarte tanto.

—Estaba pensando que deberíamos quedar en algún sitio un fin de semana de agosto —

respondió Liz—. ¿En cabo Cod, por ejemplo?

—Lo que yo me pregunto es lo siguiente. Entiendo que el guateque de tu madre es lo más grande que le ha pasado en la vida, pero cuando dice que se pasa el día entero organizando, ¿qué es lo que hace literalmente? Porque el evento se celebra en un hotel que se encarga de cocinar y se preocupa de la organización, ¿no?

Aunque Liz se había preguntado exactamente lo mismo, no tenía claro que Jasper conociese lo suficiente a la señora Bennet como para haberse ganado tal derecho.

—Está con las demás mujeres, intentando conseguir donativos para una subasta silenciosa. Y las ganancias van a parar a adolescentes sin hogar. Tampoco es que sea todo una pamplina de club femenino.

—Muy bien. Ahora estás haciendo que me sienta mala persona. Pero ¿tu madre no se da cuenta de que necesito a mi Nin?

Liz sonrió.

—Sabes que estoy aquí por mi padre, no por mi madre. Además, te pasaste catorce años esperándome. Seguro que puedes esperar dos meses más.

—¿Qué clase de gilipollas tendría esperando a Liz Bennet catorce años? —respondió Jasper—.

Como me encuentre un día con ese tío, lo dejo K. O. de un puñetazo.

## Capítulo 24

Cuando Caroline Bingley y Fitzwilliam Darcy entraron por la puerta del apartamento de Charlotte en el centro, a Liz la turbó más de lo que habría querido reconocer.

—Lo siento. ¿Te parece bien? —murmuró Jane cuando los recién llegados pasaban a la cocina a que les sirviesen unas copas.

Al final Chip y Jane habían decidido comenzar la noche en casa de Charlotte. Liz se encogió de hombros.

—Por supuesto.

Pero el comentario de Darcy en la barbacoa de los Lucas a propósito de su presumible soltería («Supongo que es poco caballeroso decir que no me sorprende») se le había estado repitiendo como

un eco durante toda la semana. Tal vez había sido un intento espontáneo de hacerse el ingenioso. ¿O era que en su breve encuentro con ella había tomado nota de algún rasgo desagradable de su aspecto (mal aliento, pongamos) que nadie más, ni siquiera Jane, se habría atrevido a señalarle? En Nueva York, Liz se obsesionaba con los pormenores de su vida romántica muy rara vez, pero en Cincinnati la irregularidad de su arreglo con Jasper había pasado a un primerísimo plano. Dependiendo de lo que tardase en morir la abuela, podían pasar varios

años antes de que Jasper y Susan pudiesen divorciarse oficialmente y, daba por hecho Liz, ellos dos se fuesen a vivir juntos. Al final se terminarían casando en alguna ceremonia poco ostentosa.

Parecía plausible que fuese la última de las hermanas en pasar por el altar, pero ella no compartía la perspectiva de su madre del matrimonio como una carrera. Después de todo, ya tenía un compañero con el que hablar en confianza y un cuerpo contra el que acurrucarse en la cama, ¿y

no eran esos los auténticos beneficios del matrimonio?

Y, sin embargo, en lo que a Jasper se refería, Liz no tenía una fe a prueba de bomba. En la boda de un compañero, o cuando rellenaba un cuestionario que le pedían para declarar su estado civil o identificar un contacto de emergencia (siempre ponía el nombre de Jane), o si, en cambio, se veía obligada a afrontar la prueba de que ya había elegido sin darse cuenta... eran situaciones que le

daban que pensar. En las últimas semanas se había ido topando continuamente con antiguos compañeros de clase o con amigos de la familia de toda la vida; estaba clarísimo que los demás

habían elegido otras cosas. Pocos días antes había quedado con Charlotte para tomar una copa en

Don Pablo's, que en su tiempo era el restaurante favorito de ambas y, mientras sorbía su margarita de granada, se dio cuenta de que en la mesa contigua, se levantaba para marcharse su

compañera de Seven Hills Vanessa Krager, un hombre calvo que parecía ser su marido y cuatro

niños entre los cinco y los doce años que debían de ser su descendencia. ¿Cómo era matemáticamente posible aquello? ¿Y acaso no había ahí, en la ávida reproducción de Vanessa, algo indecoroso, una especie de narcisismo o de agresión? Por lo general a Liz le resultaba menos chocante que veinte años después del instituto continuase siendo en esencia la misma persona, el yo que había sido mientras crecía, libre de responsabilidades conyugales o maternas, que el hecho de que casi todos hubiesen cambiado, evolucionado y se hubieran multiplicado. Después

de una serie de saludos moderadamente efusivos, presentaciones y puestas al día (Vanessa trabajaba a media jornada de contable para un quiropráctico; la familia se dirigía al recital de piano del de diez), Vanessa le preguntó:

—Liz, leí la entrevista que le hiciste a Jillian Northcutt. ¿Tú crees que Hudson Blaise le puso los cuernos?

Cinco años antes, tras la disolución de uno de los matrimonios hollywoodienses más en boga

del momento, Liz había sido la primera periodista en entrevistar a la actriz Jillian Northcutt después de la ruptura. Que aquel continuase siendo su artículo más conocido era un poco embarazoso para ella (la totalidad de la entrevista, que tuvo lugar en la *suite* de un hotel, había durado dieciocho minutos, y estaban presentes también la ayudante de la publicista, una manicurista silenciosa y un pedicurista igualmente callado). Si bien el encuentro había dado sus frutos en forma de conversaciones en cócteles nocturnos y hasta le había valido la aparición en

varias entrevistas televisivas, lo cierto era que se sentía mal por Jillian Northcutt a causa del nivel de lascivia que inspiraba.

Le contestó a Vanessa:

—Creo que los únicos que saben lo que salió mal son ellos dos.

Vanessa dijo insistentemente:

—¡Pero como un mes después Roxanne DeLorenzo y él ya estaban juntos!

En ese momento, el marido comentó:

—Uve, tenemos que irnos.

Y Charlotte dijo:

—Encantada de haberte visto, Vanessa.

Y la familia se marchó en medio de una conmoción que incluyó la caída de un envase de poliestireno lleno de arroz para llevar, lágrimas y violencia entre hermanos.

Una vez se hubieron ido, Charlotte y Liz se miraron y dijeron exactamente al mismo tiempo:

—¡Gracias a Dios que no soy yo!

Charlotte dijo:

—¿Debería congelar mis óvulos o qué?

Y Liz replicó:

—¿Toco madera?

Cuando Charlotte soltó la carcajada (la otra no estaba muy segura de que se fuese a reír), Liz se acordó de nuevo de lo mucho que le gustaba su amiga.

Pero si su aversión a tener hijos no le planteaba ninguna duda, tenía menos claro su estado amoroso.

A veces se preguntaba por qué nadie aparte de Jasper le había arrebatado el corazón realmente, o quizá era más adecuado preguntarse por qué ella no se lo había arrebatado a otros.

Porque de la media decena de hombres con los que había ido saliendo no demasiado en serio la habían dejado tantas veces como ella los había dejado a ellos, y no habían parecido ni por asomo desolados cuando ella había precipitado la ruptura.

Aquellos eran los inquietantes pensamientos que daban vueltas en la mente de Liz mientras los diversos invitados a la cena de Charlotte cogían bebidas y se saludaban. Además de las hermanas

Bennet y del contingente Bingley, Charlotte había invitado a un amigo suyo de Procter & Gamble que se llamaba Nathan; este traía consigo a su novio Stephen. Al principio, Liz se las arregló para charlar solo con Nathan y Stephen, a los que ya conocía de antes, pero tras veinte minutos seguidos sin mirar hacia donde estaba Darcy, se encontró justo al lado de Caroline Bingley.

Caroline la observaba con lo que a Liz le pareció una mirada descarada; dado que aquella era la hermana del nuevo pretendiente de Jane, se aguantó el impulso de devolverle la mirada con la misma grosería. Sonriendo, le dijo:

—Liz Bennet. La hermana de Jane. Nos conocimos el Cuatro de Julio.

Las bonitas facciones de Caroline (ojos azules, unas ligerísimas salpicaduras de pecas, una nariz delicada y levemente respingona) se contrajeron un poco.

—¿Ah, sí?

Dios mío, venga ya. No me extraña que Darcy y tú seáis amigos, pensó Liz.

—Fue de pasada —respondió—. Cuando me dijiste que te costaba recordar si estabas en Cincinnati, Cleveland o Columbus. Estás en Cincinnati, por cierto.

La otra respondió con tono antipático:

—Sí, ya me he dado cuenta.

Se sucedió una pausa y entonces Liz añadió:

—He oído que eres la representante de Chip. ¿Tienes otros clientes o solo trabajas para él?

—Soy muy selectiva con a quién acepto. Tengo a una actriz de diecinueve años con un talento asombroso que ha salido en algunas películas independientes y ahora una cadena está interesada en crear una *sitcom* para ella. Esa es la clase de gente con la que trabajo, no con cualquier pringado

que salga por la tele de repente haciendo malabares con cachorritos.

—Entonces, estrellas de *reality*, pero solo de la más refinada calidad.

Caroline se quedó pasmada y muda, y Liz le preguntó:

—¿Cómo se llama?

Caroline pareció no entender.

—La de diecinueve. ¿Cómo se llama? A veces escribo sobre famosos, así que igual sé quién es.

—Ah. Ella Brandy.

—¿Y dónde ha salido?

Caroline sacudió la cabeza y a Liz no le quedó claro si el gesto era condescendiente o evasivo.

—La peli, que está recibiendo gran aceptación, se ha proyectado en festivales, pero todavía no se ha estrenado en los cines. —No le preguntó a Liz dónde escribía sobre famosos; en cambio dijo —: Pero, vaya, que, cuando aquí en Cincinnati le digo a la gente que soy representante, dan por hecho que vendo lavadoras a domicilio.

—Ah, lo dudo —replicó Liz—. Aunque siempre me he preguntado qué es lo que hace un representante. Lo que hace un agente lo pillo, y lo mismo el publicista, pero el representante es como, no sé, ¿un consejero?, ¿un amigo imaginario? —Caroline entrecerraba los ojos, suspicaz, y

a Liz se le vino a la cabeza si tal vez habría sobrepasado los límites de la hipocresía social. Añadió

—: La primavera pasada, estuve en Los Ángeles...

Pero entonces Charlotte golpeó con un tenedor su copa y la sala se quedó en silencio.

—Me ha pedido que dividamos los equipos entre las hermanas y el resto —anunció.

Se oyeron risitas y Mary dijo:

—A mí no me parece justo.

—Pero es injusto a tu favor, seguramente —comentó Darcy. Estaba a unos tres metros de Liz, donde había estado de charla con Chip y con Jane—. Porque las familias tienen sus claves privadas.

No es que fuera mentira; más bien era el tono en el que hablaba lo que lo hacía tan repelente.

Liz dijo en voz alta:

—Por mí bien: los Bennet contra los demás.

Charlotte sonrió:

—Pues adelante.

## Capítulo 25

Después de que Charlotte hubiese repartido papel y lápiz a los presentes, los equipos recién organizados se retiraron cada uno a un rincón de la sala de estar para elaborar sus frases entre susurros.

— *Tal para cual* —propuso Kitty de inmediato, y Liz negó con la cabeza.

—Demasiado fácil. ¿Tom Cruise?

Esta vez fue Lydia quien le echó una mirada de reproche a Liz.

—Tom Cruise es viejo y da repelús.

—¿Frida Kahlo? —dijo Mary.

Lydia, enseguida:

—¿No es lesbiana?

—Igual mejor que escojamos una película —dijo Jane.

— *Dirty Dancing* —añadió Kitty.

—Perfecto —respondió Liz.

Sería un gustazo, pensó, que Darcy se viera obligado a representarlo. Después de que Jane arrancase el trozo de papel donde había escrito «*Dirty Dancing*», pudieron decidir las demás frases sin tanto rifirrafe.

El otro equipo no fue tan eficiente, aunque tal y como había señalado Darcy no se conocían tan bien. Además de él, el equipo lo componían Caroline, Chip, Charlotte, Nathan y Stephen.

Cuando ambos equipos se reunieron alrededor de la mesa del salón, Chip tiró una moneda para echar los turnos a cara o cruz y salió que el Equipo Bennet empezaba. Mary escogió un trozo de papel doblado de la pila de la mesa, lo leyó y frunció el ceño.

—Ni siquiera tengo claro qué es esto.



—Nada de hablar —dijo Caroline.

Y Liz:

—Empieza ya, Mary, que el tiempo corre.

Mary alzó una mano abierta y con la otra cerrada hizo el gesto de rodar con una cámara de cine mudo.

—Película —gritaron al unísono Kitty y Lydia.

Mary enseñó tres dedos.

—Tres palabras —dijo Jane—. Lo estás haciendo de coña.

Mary se paró a pensar.

—La madre que te parió, Mary. Decídetete —le pidió Lydia.

Volvió a sacar tres dedos y Liz dijo:

—La tercera palabra.

Mary meneó las manos alrededor de la cintura como si estuviese espantando un enjambre de insectos.

—¿Una falda de hierba? —aventuró Liz—. ¿Elvis Presley? ¿«Blue Hawaii»?

Mary negó con la cabeza y repitió el gesto.

—Ganas de mear —gritó Kitty—. ¡Pis por todas partes! ¡Cagarse en las bragas!

—¡Diarrea explosiva! —chilló Lydia—. ¡Fortasec! ¡Estar con la regla!

Mientras Mary negaba con la cabeza tercamente y las hermanas pequeñas se partían de risa, Liz

comprendió de repente la naturaleza de la incomodidad que había estado martilleando en su cabeza desde la llegada de Caroline Bingley y Fitzwilliam Darcy: lo que habría sido una noche de payasadas sin más ahora se estaba desarrollando ante la mirada crítica de unos desconocidos. De

modo que el juego se parecía a un *casting* en el que la mala impresión que Darcy y Caroline tenían de Cincinnati quedaría confirmada o desmentida. Pero ¿tenían que esforzarse todos los presentes por ganarse una opinión favorable de aquellos dos simplemente por su arrogancia? O

no todos, desde luego: Lydia y Kitty no; y, si la indiferencia de las benjamins humillaba a Liz, era su propia humillación lo que la ponía furiosa. ¡Que Caroline y Darcy pensasen mal de Cincinnati o de

sus habitantes! ¿Por qué iba a importarle? Pero, por alguna razón inexplicable, le importaba.

Mary agitó una mano como para borrar los gestos anteriores y acto seguido levantó un dedo.

—Primera palabra —dijo Jane.

Mary levantó tres dedos.

—Tres sílabas —dijo Liz.

Mary volvió a levantar un dedo.

—Primera sílaba.

Mary se llevó una mano a la oreja derecha.

—Suena como... —dijeron Jane y Liz a la vez.

Mary hizo el gesto de ordeñar a una vaca.

— *Vacaciones en Roma* —dijo Jane.

—Vacas flacas —dijo Liz al mismo tiempo.

Mary negaba con la cabeza. Insistía en el gesto de ordeñar con más energía, y Kitty empezó:

—Ordeño y mando. Tetas.

—¡Tetazas! —gritó Lydia.

Por suerte fue entonces cuando se les agotó el tiempo, y entonces Mary dijo en un tono que indicaba que consideraba el fracaso más culpa de sus hermanas que suyo:

— *Leyendas de pasión*.

—¿Eso qué coño es? —dijo Lydia.

—Es una película —explicó Liz—. En realidad, es un libro, pero en la peli sale Brad Pitt.

—¿Y por qué no has empezado por Brad Pitt? —le dijo Kitty a Mary—. Haber hecho como si silbases con un pito.

—No. Es que era difícil —comentó Jane—. No creo que la hubiéramos adivinado ni aunque hubiésemos tenido tiempo.

—Todavía no entiendo por qué hacías como si tuvieses diarrea —soltó Lydia.

Y Mary dijo irritada:

—Eran los ardores de la pasión.

Liz evitó mirar a Darcy y a Caroline mientras Nathan, de Procter & Gamble, se levantaba y cogía un trozo de papel del montón de su equipo. Lo abrió y se puso a hacer el mismo gesto de darle a la manivela de una cámara que había hecho Mary.

—Película —dijo Charlotte.

Nathan levantó un dedo.

—Una palabra —dijo Chip.

Nathan cerró los ojos, apretó los puños y los blandió a la altura de las orejas al tiempo que abría la boca fingiendo chillar.

Con voz monocorde, Darcy dijo:

— *Psicosis*.

—Eh, no está mal —contestó Nathan.

Chip soltó una risita.

—¿Seguro que no eres un profesional infiltrado, Darcy?

—¿De verdad? ¿Ya está? —preguntó Caroline encantada.

—Ya está —respondió Nathan—. Un hurra por... ¿cómo se llama el equipo, por cierto?

—Los Conquistadores —propuso Charlotte—. ¡Chupaos esa, hermanas Bennet!

A Liz no le molestaba el espíritu competitivo de Charlotte (percibía el afecto por debajo de sus palabras), pero se fijó en Caroline Bingley, cuyo semblante no reflejaba la misma efusión.

—Pues, por lo visto, tampoco era para tanto el entendimiento familiar —comentó.

El juego prosiguió más o menos como había comenzado, con Lydia y Kitty intentando adivinar a fuerza de intentos tan ordinarios como disparatados; cuando la respuesta era *Sonrisas y lágrimas* gritaron: «¡Lecharazo!», «¡Mamada!»; para Condoleezza Rice, «¡Consolador!» y «¡Arroz en un condón!». La vulgaridad de sus hermanas pequeñas no sorprendió a Liz; de hecho, ella era capaz de apreciar un buen chiste guarro mejor que Jane o Mary. Sin embargo, la diferencia

entre Liz y sus hermanas pequeñas era la falta de adecuación al contexto. Entre desconocidos, Liz jamás se habría comportado de una manera tan torpe y tremendamente burda,

pero Kitty y Lydia siempre se comportaban igual con independencia de las circunstancias, de una

manera que a ella se le antojaba a un tiempo lamentable y admirable. Hablaban de vello púbico en la mesa, se mensajeaban en la iglesia, se referían a sus resacas con el desparpajo que habría adoptado Liz para aludir a un golpe en el dedo del pie. Tal vez, pensó, aquella despreocupación

ante la opinión ajena y las consecuencias era el resultado de la mayor indulgencia con que el señor y la señora Bennet las habían tratado; cuando Liz y Jane eran niñas, sus padres se habían preocupado aún de los horarios para acostarse, de los toques de queda, las notas, los recados y las tarjetas de agradecimiento. Mientras que una noche, hacía poco, Liz le pidió a Lydia si podía dejarle papel, sobres y demás para escribirle con retraso a un publicista que la había invitado a comer en Nueva York la semana antes de que el señor Bennet se pusiese enfermo, y Lydia repuso

que no tenía nada de eso. «Entonces ¿cómo mandas agradecimientos a la gente?», le preguntó Liz,

y Lydia preguntó: «¿Agradecimientos de qué?».

Pero el aspecto de la tosquedad de Lydia y Kitty que más le llamaba la atención a Liz era la

indiferencia ante la posibilidad de verse salpicadas por eso mismo. Eran unas chicas tan guapas, con la melena rubia, como Jane (Liz y Mary eran morenas), y tenían unos cuerpos soberbiamente

tonificados gracias a su dedicación al *crossfit*. Además, todavía eran jóvenes, tenían la piel sedosa y los ojos brillantes, por muy tarde que llegasen a casa muchas noches. ¿Acaso no se planteaban si andar pegando gritos sobre zurrasas podría deslucir de alguna manera su belleza o dar lugar a

una imagen irreal y profundamente desagradable en las mentes de sus interlocutores? Por lo visto no.

No obstante, aun cuando el bochorno atenazase a Liz, también sentía todo lo contrario: una especie de resignación liberadora. Sus hermanas eran de las que no dejan pasar la ocasión de hablar de sexo, mierda, o de ambas cosas a la vez; si su familia horrorizaba a Darcy y a Caroline, pues perfecto. Solo se sentía mal por Jane, por si la noche estropeaba la impresión que Chip tuviese de ella.

Fue durante la tercera ronda del juego cuando, en el turno de Jane, la indecencia llegó a su apoteosis. La solución resultó ser «Dulce Navidad»; sin embargo, Lydia se puso a gritar a pleno

pulmón: «¡Coprofilia! ¡Coprofilia!». Liz la ignoró y, junto con Mary, terminaron adivinando la

respuesta, pero, al terminar el turno, Stephen dijo:

—Casi que mejor ni pregunto.

Lydia y Kitty empezaron a partirse de risa. Liz se puso en pie.

—¿Alguien quiere otra bebida?

Stephen le decía a Lydia:

—¿Me lo cuentas al oído?

—Vamos, por favor. Nada de secretos. Suéltalo ya.

Liz puso los ojos en blanco al pasar entre Lydia y Kitty de camino a la cocina; allí, tras abrir una botella de vino y llenarse la copa, miró el móvil. No había recibido ningún correo interesante y no tenía mensajes. *Sporty* salía el lunes, así que sabía que Jasper se pasaría buena parte del fin de semana trabajando.

—Creo que Caroline está tomando Cabernet —dijo una voz masculina—. ¿Tú qué crees?

Cuando Liz levantó la mirada, Darcy había entrado en la cocina y estaba junto a la encimera con un par de botellas abiertas en cada mano.

—No tengo ni idea. —Lo contempló mientras servía y entonces añadió—: Lo cierto es que debía de estar bebiendo del otro, porque esta acabo de abrirla yo. Trae. —Se adelantó, cogió la copa que sostenía Darcy y se la bebió entera de un trago. Cuando el líquido hubo desaparecido,

dejó la copa en la encimera—. Problema resuelto.

—Esa era mi copa —dijo Darcy.

—Ups. ¿Tienes miedo de que te pegue mis gérmenes de aprobado raspón de Cincinnati?

Darcy se volvió a llenar la copa, se quedó mirando a Liz, le dio un sorbo y respondió sin sonreír:

—Confío en mi sistema inmunitario. —Le sirvió a Caroline de la otra botella mientras proseguía—: Mejor que recuerdes que eres tú quien se otorgó un aprobado por los pelos, y no yo.

—Por commiserarme con tu sufrimiento, por mirar el mundo desde tu perspectiva.

—Ya veo.

Todo en él (cada inflexión de la voz, cada gesto) rezumaba altanería.

—Por si acaso: mis hermanas no representan a toda la población de Cincinnati. Resulta que Lydia y Kitty son excepcionalmente maleducadas.

—Ya me he dado cuenta de que tus hermanas son excepcionalmente maleducadas —replicó

Darcy, y Liz se arrepintió al instante de haberse excusado por ellas.

—¿Y tú de dónde vienes, que estás tan por encima de todo esto?

—Yo me crié a las afueras de San Francisco. Aunque insisto: estás poniendo en mi boca palabras que no he dicho...; yo jamás he dicho que esté «por encima».

—Pero casi. Y, mira, para que quede claro: sea lo que sea lo que pienses de la gente de por aquí, tu opinión dice más de ti que de la ciudad. Porque no sé qué crees que tienen otras ciudades que no tenga esta, pero ¿combinados de 15 dólares hechos con ingredientes cultivados aquí mismo?

Los tenemos. ¿Grupos de música *indie*? Los tenemos. ¿Especialistas en *reiki*? También. A lo mejor hay que buscar un poco más de la cuenta, pero tenemos de todo, y lo mismo con un montón de cosas más, como casas antiguas preciosas perfectamente asequibles, un parque fabuloso a la orilla del río, equipos deportivos clasificados a nivel nacional, un transporte público eficaz y una buena mezcla de razas y etnias. En Cincinnati puedes tener una gran calidad de vida.

Sin lugar a dudas, aquella era la loa más apasionada que le había hecho a su ciudad natal (de hecho, no estaba segura de creerse todo lo dicho), pero Darcy se limitó a contestar:

—Eres afortunada de ser tan entusiasta con el sitio donde vives.

—Ah, no vivo aquí. Vivo en Nueva York.

Al oír esto, Darcy hizo algo que ella todavía no le había visto hacer: sonrió.

—No es que no se me ocurra vivir aquí —apostilló rápido, aunque tampoco tenía claro si lo decía de veras—. Pero es que no tiene sentido, dado mi trabajo. Soy redactora en la revista *Mascara*, pero he venido porque a mi padre lo han operado del corazón.

—¿Un *by-pass*?

Ella asintió.

—Se va recuperando.

Dio unos golpecitos pensativos en el armario de madera.

—¿Lo operaron en el Christ?

Ella asintió de nuevo.

—Tienen un buen departamento cardiorácico.

—¿Es que estáis fermentando las uvas? —dijo entonces alguien; Liz y Darcy se volvieron y descubrieron a Caroline—. En serio: lleváis aquí como veinte minutos.

Y por debajo de aquel tono despreocupado Liz percibió una inconfundible territorialidad. Qué casualidad, pensó, que sus obligaciones de representante la hubiesen llevado a Cincinnati.

—Liz me estaba contando que es redactora en una revista... ¿*Mascara*, me has dicho?

—Ay, qué bueno —comentó Caroline—. ¿Escribes artículos en plan «Veinte consejos para ser una leona en la cama»?

—*Mascara* no va de eso —protestó Liz.

—Estoy harta de charadas, ¿quieres que nos vayamos? —le dijo Caroline a Darcy.

Levantando la voz, Liz dijo:

—Sé en qué clase de revista estás pensando, y te digo que *Mascara* no es así. Nosotros escribimos sobre sexo, evidentemente, pero no de una manera cursi.

Caroline observó a Liz.

—¿Que no qué?

—*Mascara* se centra en asuntos serios. El año pasado fui a Arabia Saudí para hacer un artículo sobre relaciones entre géneros en Oriente Medio.

Hubo algo desafiante y extrañamente acusatorio en el tono de Caroline cuando le preguntó:

—¿Tuviste que cubrirte el pelo?

—Llevaba una abaya y un pañuelo para la cabeza en público.

Caroline sonrió levemente.

—Pues felicidades por tu cosmopolitismo. —Volvió a centrar la atención en Darcy—.

Charlotte propone encargarse de la comida, pero yo prefiero marcharme.

—Pues nos vamos —dijo Darcy.

Liz estaba bastante segura de que el juego no había terminado, aunque no pensaba insistir en que lo alargasen.

Darcy se giró hacia ella.

—Propondría que la Cámara de Comercio de Cincinnati te contratase, pero supongo que te pillaría un poco lejos.

Estaban los dos a punto de salir de la cocina cuando Liz comentó:

—¿Acabas de hacer un chiste? No sabía que tuvieses sentido del humor.

## Capítulo 26

Ni el señor ni la señora Bennet subían a la tercera planta casi nunca, así que por eso Liz se sorprendió hasta cierto punto cuando vio a su madre a la puerta de su dormitorio. Llevaba en la mano una cajita de cartón con las lengüetas de la tapa colgando abiertas. Le dijo en tono despreocupado:

—Pensaba que era para mí.

El timbre de la casa Tudor sonaba varias veces al día, y generalmente se trataba de un amigo de la familia que traía un guiso u otra comida con el objeto de reconfortarles durante la convalecencia del señor Bennet o una entrega de FedEx o de UPS. Como tres cuartas partes de los envíos eran para la señora Bennet (se acumulaban sin abrir en el recibidor y en la sala de estar) y el resto eran productos surtidos e informes que los publicistas le enviaban a Liz a *Mascara* y que la revista le reenviaba: batidos de proteína en polvo y muestras de líneas de calcetines de famosos, revelaciones inminentes, nuevas clases de pintalabios...

—Gracias. —Liz se levantó y cogió la caja.

Con cierta pompa, la señora Bennet comentó:

—No tengo ni idea de quién es.

Cuando su madre dio media vuelta y se marchó, Liz miró la etiqueta con el logo de *Sporty* y el nombre y apellidos completos de Jasper encima en una caligrafía perfectamente legible. Rebuscó

dentro de la caja, apartó el papel de embalaje y sacó un cuaderno de *Sporty* en el que Jasper había escrito un «¡NO DEJO DE PENSAR EN TI!». Debajo del papel había un picardías de un rojo

vivo y un tanga a juego. Estos artículos, que a pesar de estar bien hechos se veían endebles, eran claramente baratos, pero ni así se libraban de un aire medio ridículo al que se sumaba la humillante posibilidad de haber sido examinados por su madre. O por la humillante certeza, pensó. Pero si la señora Bennet no iba a preguntarle por el regalo, Liz no pensaba darle ninguna explicación.

Llamó a Jasper por el móvil y cuando este contestó le dijo:

—Mi madre ha abierto tu paquete. Dice que te alabe el buen gusto y la discreción.

Jasper se rio.

—¿Sabrá que abrir el correo de otro es una infracción federal? Eh, se rumorea que a finales de esta semana van a mandar a la mierda a Noah Trager. ¿No te parece que yo sería un buen editor



jefe para *Dude*?

—Pues la verdad es que sí.

—Edward van Pallandt copresenta esta noche una velada benéfica para el disidente birmano.

Las entradas se han agotado, pero seguro que me las arreglo para entrar. ¿Crees que es precipitado comentarle a Van Pallandt que estoy interesado en *Dude*?

Noah Trager era el actual editor jefe de *Dude*, una revista masculina; Edward van Pallandt era su director creativo, un vividor que una vez (en uno de los momentos cumbre de su vida) elogió

los zapatos de Liz cuando subían en un ascensor (unos escaarpines en reja de ante color beis, y lo mejor de todo: se los había comprado por 30 dólares en un T. J. Maxx de Cincinnati). En cuanto al disidente birmano, Liz no sabía quién era.

—¿Hasta qué punto es seguro que vayan a despedir a Noah? ¿Quién te lo ha contado?

—Se lo he oído a un par de personas.

—Yo creo que está bien que asistas al acto y hables con Edward van Pallandt para que se acuerde de quién eres, pero no mencionaría *Dude* en concreto. Queda un poco trepa. ¿Tienes el currículum actualizado?

—Te lo enviaré y así le echas un vistazo. ¿Sabes qué me puedes mandar tú? Una foto en ropa interior.

—¿Con o sin mi madre de fondo?

Jasper contuvo una risilla.

—Ya sabe que eres adulta, Nin.

—Yo no estaría tan seguro. —Liz apoyó los pies en el escritorio y empujó la silla hasta que quedó en equilibrio sobre dos patas—. ¿Quién es el disidente birmano? ¿Un artista?

—Mmmm —respondió Jasper—. A lo mejor debería enterarme de cuál es la respuesta a eso antes de salir esta noche.

## Capítulo 27

La tía Margo y el primo Willie llegaron el martes a la casa de estilo Tudor a tiempo para el aperitivo; además, por primera vez, Chip Bingley iba a almorzar en casa de los Bennet.

—Creo que nos viene bien que estén aquí tía Margo y el primo Willie, porque así distraerán a

mamá —le comentó Liz a Jane en la cocina mientras echaba almendras en un cuenco—. Igual así no le da tanto la vara a Chip.

—¿No debería suponerte menos presión que papá y mamá ya lo hayan conocido en casa de los Lucas? —dijo Jane—. Eso me he estado preguntando.

—Ah, la cuestión no es si le darán el visto bueno. Aunque si Lydia y Kitty no lo han espantado después de jugar en casa de Charlotte, entonces ya te digo que te quedes tranquila. —Liz dobló el extremo abierto de la bolsa de almendras y le puso una pinza—. Por cierto, me da la sensación de que Willie ha contratado a un estilista. Tiene mucha mejor pinta.

Jane sonrió.

—¿No crees que haya sido capaz de acicalarse él solo?

—No es por ser cruel, pero no. Esos pantalones que lleva están a la última.

Y, sin embargo (todavía más cruel), desde el momento en que lo abrazó desmañadamente en la terminal del aeropuerto donde había ido a recoger a los visitantes, estuvo convencida de que, con independencia del vestuario, la torpeza inherente de Willie permanecía intacta. Liz lo consideraba de forma inconsciente el torpe más autoconfiado entre los torpes autoconfiados que había conocido en su vida. De mediana estatura, con una complexión regordeta y el pelo rojo ahuecado, seguía con su tendencia a hablar de sus proezas profesionales sin escatimar detalles, algo que solo la impericia de sus interlocutores para comprender lo que explicaba le hacía dosificarse un poco.

Cuando Liz y Jane entraron en el salón donde sus hermanas, padres, tía y primo estaban reunidos, Willie parecía embarcado en pleno monólogo.

—Tenemos treinta millones de visitas al mes —iba diciendo, y cuando Liz hizo contacto visual con su padre, que estaba sentado a pocos metros del que hablaba, este dejó caer los párpados. Liz desvió la mirada—. Si lo comparamos con la competencia, ni se acercan. Jig-Jig tiene diez millones; doce, como mucho. En cuanto salvemos nuestros piques, les haremos morder el polvo.

—Igual no tenéis queso y galletitas, ¿no? —dijo la tía Margo.

La señora Bennet y Lydia dijeron simultáneamente:

—Mary, saca el *cheddar* de Vermont.

—Las casomorfinas del queso son casi tan adictivas como el opio.

En tono molesto, la madre comentó:

—Últimamente todo el mundo tiene opiniones muy tajantes sobre lo que comemos.

—Lizzie —dijo Willie—, me he fijado en que siguen imprimiendo números de tu revista en árboles muertos.

—Así es como mucha gente prefiere leer. Ya me he dado cuenta de que no es tu caso.

La señora Bennet interrumpió:

—Willie, si hay algo especial que quieras hacer en Cincinnati, Liz es la que está más desocupada. Jane anda ahora pillada con su nuevo pretendiente, que comerá hoy con nosotros. —

Se volvió hacia su cuñada—. Se llama Chip Bingley, y se ha mudado aquí para trabajar en el Christ Hospital. Se graduó en Harvard.

—¿Bingley, dices? —Willie entrecerró los ojos—. Me suena ese nombre.

Satisfecha, la señora Bennet explicó:

—Su tatarabuelo fundó Bingley Manufacturing, que se ha dedicado durante años a fabricar lavabos y demás.

—Y cuando dice lavabos, mamá quiere decir váteres. Estamos todos con los dedos cruzados a ver si Jane se convierte en la reina de los cagaderos —terció Lydia.

Jane intervino en voz baja:

—Solo hemos salido un par de veces.

—Va muy en serio contigo —le dijo su madre—. Oye: ¿la familia sigue siendo dueña de Bingley Manufacturing o la vendió?

—Pues no ha salido el tema.

—¡Ojalá existiese una red global de ordenadores donde uno pudiese buscar esa clase de información! —comentó Willie, y soltó una risita mientras se sacaba el teléfono.

Liz dijo:

—Willie, ¿tú ves *Tal para cual*? Porque Chip salió ahí hace un par de años.

—Eso fue por hacer la tontería. Para descargar un poco después de la residencia.

Pero Willie levantó la mirada del móvil al reconocerlo.

—¡Es el que se echó a llorar en el último capítulo! Ya sabía yo que me sonaba el nombre.

—No sabía que veías *Tal para cual* —le dijo la tía Margo.

—Como todos, ¿no? Salvo Jane —respondió Liz.

—Estuvo bajo mucha presión. —Jane carraspeó y alzó la voz—. Lo del llanto..., uno de los productores le contó que una de las mujeres había estado al borde del suicidio al rechazarla él, así que se sintió fatal. No es que llore más de lo normal.

No fue tanto lo que decía como el tono deliberado y protector de su comentario lo que llamó

la atención de Liz. Tal vez, por improbable que pareciese, Chip Bingley iba a ser el final feliz de Jane. Qué maravilloso sería, y cuánto se lo merecía su hermana.

El primo Willie fue pasando el texto de la pantalla de su móvil con el pulgar.

—En 1986, la familia Bingley vendió Bingley Manufacturing a la empresa industrial

multinacional L. M. Clarkson. No dice por cuánto, pero, Jane, no es arriesgado afirmar que tu chico cuenta con un buen colchón si un día lo denuncian por mala praxis. —Miró de soslayo—.

Lizzy, me encantaría que me enseñases la ciudad. En el avión, Margo y yo hemos calculado que

hacía catorce años que no venía por aquí. Durante todos esos años, papá y yo teníamos intención

de venir cuando alguna de vosotras se casase. —Hablaba con suavidad, fingiendo que no advertía

lo delicado del tema, acto seguido añadió—: Según un tuit, el zoo y el museo del Metro de Cincinnati son visitas impepinables.

El señor Bennet dijo:

—O, si quieres una buena recomendación, puedes preguntarle a alguien que ha vivido aquí durante sesenta y cuatro años.

—Papá, tú ni siquiera has ido nunca al Freedom Center —le replicó Kitty.

—No, pero salí con Harriet Tubman, eso sí.

Liz le dijo:

—Papá, mañana a las nueve te llevo al fisioterapeuta, ¿de acuerdo? Luego a las doce tengo que

hacer una llamada. Pero, Willie, después puedo enseñarte la ciudad. O, no sé, Mary, igual quieres hacerlo tú.

—Yo tengo demasiado trabajo.

Mientras Mary negaba con la cabeza sin fingir siquiera que le supiese mal, Liz se acordó de su teoría: como Mary no era muy guapa, se daba por hecho que era más inteligente o virtuosa que ella, según su experiencia. De hecho, a Liz le caía peor Mary que Lydia, y desde luego peor que Kitty, aunque quería a todas, evidentemente, por obligación y costumbre. Pero quien creyese que animar a Mary en sus supuestos intereses académicos era una aceptación amplia de miras del prójimo, o que apoyar su sencillez era compasivo, se equivocaba; Mary era la prueba, concluyó Liz, de lo fácil que era ser poco atractiva y desagradable.

—Mañana tengo un montón de reuniones para mi almuerzo de la Liga Femenina —le contaba la señora Bennet a la tía Margo y a Willie—. Las chicas os lo pueden decir: llevo tiempo trabajando hasta reventar. Pero podremos comer todos en el club de campo. —Se inclinó hacia delante, como para transmitirles una información confidencial, y susurró—: Margo, seguro que te acuerdas de lo deliciosa que hacen allí la ensalada César.

—¿Eso de la pared es una mancha de humedad? —La tía Margo se puso en pie y atravesó la habitación—. Dios mío, Fred, no se te ha derrumbado la casa encima de milagro.

—Yo no pierdo la esperanza —replicó el señor Bennet.

—Eso salió la semana pasada, durante una tormenta —comentó la señora Bennet y, aunque Liz no consideraba a su madre una abanderada de la verdad, aquella mentirijilla proferida ante nada más y nada menos que seis personas que podrían haberla contradicho, le pareció de un descaro inusitado—. Pero, ahora que me lo recuerdas, Margo, me aseguraré de llamar al de mantenimiento —añadió alegremente.

## Capítulo 28

Comieron en el salón en lugar de en la cocina. Antes de que llegaran Willie y la tía Margo, se les había pedido a Lydia y a Kitty que movieran cajas del recibidor y de la mesa del comedor al antiguo dormitorio de Jane (sin contar el *crossfit*, aquella fue la primera vez durante su estancia que Liz vio a sus hermanas pequeñas hacer un esfuerzo), y la señora Bennet había puesto, además de la vajilla de porcelana más elegante, tarjetas (seguramente para asegurarse de que Chip Bingley se sentaba a su lado). Este se había presentado con un ramo de flores y, a pesar de que un jarrón con hortensias violetas ocupaba el centro de la mesa, la anfitriona ordenó a Liz que se deshiciese de ellas

y las sustituyese por las flores de Chip, como si el hombre fuese a interpretar la existencia de otro ramo como una afrenta personal.

Tras mucha discusión entre Jane y la señora Bennet, el menú consistía en salmón frío escalfado, patatas asadas, ensalada verde y tarta de frutos del bosque. Debido a la suprema importancia de aquella velada, la señora Bennet había aparcado sus responsabilidades con la Liga Femenina, y madre e hija habían pasado el día entero adecentando la primera planta y preparando la comida.

Llevaban solo uno o dos minutos sentados cuando Kitty preguntó:

—Chip: ¿te pagaron para que entrases en *Tal para cual*?

—Eso mismo me estaba preguntando yo —dijo el primo Willie.

—Virgen santa. Chip no quiere hablar de eso. Dime, Chip, tus padres viven en Filadelfia, ¿verdad?

Chip, que acababa de meterse comida en la boca, masticó y se limpió la boca con unos toquecitos de una servilleta blanca de hilo.

—Viven en Main Line. Barrio residencial, aunque he intentado convencerlos de que se compren un apartamento en el centro. El centro ha experimentado un auténtico renacimiento en los últimos años. —Le echó una mirada a Kitty, al otro lado de la mesa—. No me importa hablar del programa. —Se volvió hacia la señora Bennet—. Si a usted no le molesta, claro. No quiero ofenderla si le parece impropio.

¿Le habían dirigido alguna vez palabras más dulces a la señora Bennet? ¡Y nada menos que provenientes de un acaudalado pretendiente que cortejaba a su hija mayor! Prácticamente ronroneando, la mujer colocó una mano en el antebrazo de Chip y le dijo:

—Adelante.

Chip paseó la mirada entre todos los presentes y comenzó:

—Doy por hecho que esta conversación es extraoficial. Pero sí, al protagonista de cada temporada le pagan. Creo que la cantidad varía según las negociaciones del abogado o el agente que tenga cada cual: en mi caso, se trataba de un abogado del mundo del espectáculo, porque no tenía agente, pero fue una suma considerable.

—¿De seis cifras? —preguntó Lydia.

Y su madre le reprochó:

—¡Por Dios, Lydia! ¿Y tus modales?

Chip sonrió juguetón.

—Dejémoslo en considerable.

—¿Lo que estás diciendo es que a ti te pagaban y a las mujeres no? —le preguntó Mary.

—Me temo que ese era el caso, aunque no respondía a una cuestión sexista. Pasa lo mismo cuando el protagonista es femenino y los pretendientes son hombres. De todas maneras, creo que

todo el mundo gana algo por día.

—¿Cuánto tardó en grabarse? —preguntó Liz. Estaba en la otra punta de la mesa, entre el primo Willie y su padre.

—Menos de lo que creeríais. Ocho semanas.

—Todo está guionizado, ¿verdad? —intervino Mary—. Todo el mundo lo sabe.

—Sí y no. Está claro que los productores te pinchan para que tires por un lado u otro. O sucede algo espontáneamente pero las cámaras no lo captan bien, o igual alguien estaba bostezando en el fondo, y entonces hay que repetirlo tres veces. Y obviamente la mayor parte de metraje jamás se emite. Graban varios centenares de horas que reducen a los ochenta minutos de cada episodio.

Pero, aun así, creo que aparece lo esencial de la personalidad de la gente. Para empezar, muchas de aquellas chicas eran un poco estafalarias. —Miró a los comensales—. ¿Los he aburrido ya lo suficiente, señora Bennet?

—No más de lo que nos aburrimos en cualquier almuerzo. Siga.

Chip sonrió.

—El otro motivo por el que las cosas se ponen dramáticas es porque el alcohol corría sin cesar, y no solo por la noche. Servían bebida desde la hora de la comida, y si había manera justificada de ofrecerlo antes, como un Bloody Mary en el *brunch*, por ejemplo, pues adelante.

—La verdad es que ahora empieza a sonar civilizado —señaló el señor Bennet.

—Lástima que estés casado, ¿eh, papá? —le dijo Kitty.

—Te graban y te endosan un micro desde que te levantas por la mañana hasta que te acuestas

por la noche. —Chip seguía con el tenedor flotando por encima del plato sin metérselo en la boca

—. Te quitan el móvil y te prohíben los ordenadores, la música, incluso los libros y las revistas (en parte para evitar problemas de derechos de autor, pero también porque con eso no se consigue buena televisión). ¿Quién quiere ver a gente leyendo? O si estás escuchando música, luego al editor le cuesta cortar la escena. Pero eso significa que estás aburrido, que no tienes intimidad, y te han separado de tu apoyo habitual. Es una conjunción de circunstancias perfecta

para estallar. Supongo que se podría decir que la gente es ella misma, pero a la vez tampoco es ella misma, no sé si me explico.

—¿También llevas micro cuando vas a cagar? —le preguntó Lydia.

—Lydia —la reprendió Jane.

Chip no pareció inmutarse.

—Ese es el único sitio donde tienes intimidad.

—¿Cómo es Rick Price?

La pregunta, curiosamente, provenía de la tía Margo. Rick Price había sido el presentador a lo

largo de los últimos once años, lo que en lenguaje televisivo equivale a dieciocho temporadas: un tipo de aspecto afable nacido en Phoenix, Arizona, que había comenzado como meteorólogo.

—Era buena gente. Era el mismo delante y detrás de las cámaras. Tiene que ser un trabajo extraño, porque un día normal supongo que consiste en cuatro o cinco horas de plató, pero luego

algunos desafíos y ceremonias duraban literalmente toda la noche. O se venía con nosotros a Barcelona. Una de las cosas que no podía perder yo de vista era que, a pesar de ser majó, parte de su cometido era azuzarnos. Los productores y él eran como marujas de barrio. Todo el tiempo

andaban con «Tal o cual chica le va diciendo a esta o a la otra que tú le dijiste que no sé qué».

—Tu hermana te convenció de que participases en el programa, ¿verdad? —le preguntó la señora Bennet—. No fue idea tuya.

Desde ambos extremos de la mesa, Liz y Jane cruzaron miradas.

—Cuando Caroline me propuso que me presentase, no había visto *Tal para cual*. Ella grabó el vídeo donde yo hablaba unos pocos minutos. Pero yo rellené los formularios. Me pareció una chorrada, pero lo hice para seguirle la corriente.

—¡Lo sabía! —exclamó la señora Bennet.

—Eso sí, tengo que admitir —añadió Chip— que antes de que te seleccionen te hacen pasar un



control de antecedentes muy intenso. Hay una batería de pruebas psicológicas y físicas que deben de ser tan exhaustivas como las que atraviesa un candidato a la vicepresidencia. Los productores no se andan con chiquitas. Así que sería hipócrita hacer como si me hubiese despertado un día y me hubiera encontrado de repente en la televisión. Podría haber renunciado a lo largo del proceso.

El primo Willie preguntó con tono cordial:

—¿Y sacaron a relucir algún punto oscuro de tu pasado?

Chip negó con la cabeza.

—Para bien o para mal, soy un tío bastante aburrido. Pero se pusieron en contacto con mis compañeros de piso de la facultad, con mis antiguos jefes, con mis padres (que, por cierto, no estaban muy ilusionados con mis planes). Sospecho que se sintieron como se sentirían el señor y la señora Bennet si cualquiera de sus encantadoras hijas anunciase que va a aparecer en un *reality* televisivo.

—Salir en *Tal para cual* tiene que ser un coñazo —opinó Liz—. Como periodista, sé cómo son los entresijos del mundo del espectáculo y la verdad es que no es nada glamuroso.

—He entrevistado a tantísima gente famosa —dijo Lydia imitando, por lo visto, a su hermana.

—¿Os he contado alguna vez que he estado tres veces en la televisión? —se sumó Kitty.

Liz le explicó a Chip:

—Entrevisté a Jillian Northcutt después de que se separara de Hudson Blaise. Desde luego, espero que eso no sea la cima de mi carrera, pero fui a algún programa a hablar de ella y mi impresión de los productores con los que traté fue que son gente astuta, amable y completamente

despiadada a la hora de conseguir que digas lo que ellos quieren que digas ante la cámara.

—Totalmente de acuerdo —convino Chip.

Liz esperó no sonar beligerante al preguntar:

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

La expresión de Chip era extraña, o tal vez solo se lo pareció a Liz por no conocerlo demasiado; no tenía claro si estaba avergonzado u orgulloso, pero cuando habló quedó claro que

era tremendamente sincero. Miró a Jane antes de decir:

—Lo hice para encontrar el amor.

## Capítulo 29

Después de la cena, Jane volvió con Chip al apartamento de este, que la dejó de nuevo en la casa de estilo Tudor a las seis de la madrugada, cuando le tocaba irse al hospital. Aunque Liz se dio cuenta de que su hermana intentaba no hacer ruido al entrar en el baño de la tercera planta, se alegró de tener oportunidad de hablar con ella. Decidieron adelantar la hora de correr (se esperaba que la temperatura alcanzase los treinta y pico grados al mediodía), así que bajaron las escaleras de la casa en silencio y semipenumbra; el resto de la familia dormía.

En el caminito de la entrada, estiraron.

—Tú no crees que mamá esté intentando emparejarme con el primo Willie, ¿verdad? —

preguntó Liz extendiendo la pierna izquierda, con el talón apoyado en el asfalto—. Por más desesperada que esté, espero que el incesto suponga un límite para ella.

—Técnicamente no es incesto, dado que es nuestro primastro.

—No, pero técnicamente sigue dando repelús. —Señaló hacia la calle—. ¿Lista?

Cuando echaron a correr por el camino de entrada a la casa, Jane dijo:

—Si no quieres que la gente te trate como si fueses soltera, ya sea mamá o cualquier otro, podrías decirles que no lo eres.

Aquella conversación no era nueva; Jane consideraba que por lo menos sus padres debían enterarse de lo de Jasper, sobre todo teniendo en cuenta que la señora Bennet podía empatizar con las delicadas circunstancias que rodeaban a la acaudalada abuela política de aquel.

—¿Quieres decir que debo ser tan franca como tú con la inseminación *in vitro*? —Cuando miró a su hermana, Jane había adoptado una expresión sombría—. Sabes que estoy de broma,

¿no? En fin, creo que la inseminación anoche fue más que bien con Chip.

Permanecieron en silencio mientras las adelantaban tres SUV en distintos tonos de color plata,

luego Jane dijo:

—Quizá Chip es el hombre adecuado en el momento inadecuado. ¿Tú te vendrías a vivir a Cincinnati? Para siempre, digo.

Liz sofocó una carcajada.

—Un momento, ¿estás entre romper con él o quedarte a vivir aquí para siempre y casarte?

—Hay otras razones aparte de Chip para vivir en Cincinnati.

—Dime una. Y no me digas que Cincinnati es más barata, porque cualquier sitio es más barato que Nueva York.

Jane sonrió.

—No obstante, a ti te cabreó que a Darcy no le gustase. —Se estaban acercando al club de campo, y Jane prosiguió—: En Nueva York todo es una batalla a contracorriente. Y, aunque antes

sentía que no podía vivir aquí porque sería imposible tener mi propia identidad (solo podría ser la hija de Fred y Sally, o «una de las hermanas Bennet»), ahora creo que igual me equivocaba. El otro día, charlando con las enfermeras de papá en el hospital, o la noche que asistí a la conferencia del templo hinduista..., ahora veo que hay muchos Cincinnati distintos. Suena hasta tonto decirlo, porque es obvio, pero la mayor parte de la ciudad no tiene nada que ver con Seven Hills, ni con Hyde Park, ni —hizo un gesto hacia la derecha— con el club de campo.

—Entonces, ¿dónde vivirías? ¿En Over-the-Rhine?

Jane hizo una mueca de incomodidad.

—Bueno, lo que tengo claro es que viviría en Hyde Park. No puerta con puerta con papá y mamá, pero igual en un adosado por Erie Avenue.

¿Habría estado mirando por internet ofertas inmobiliarias? ¿Sería una traición si Liz miraba el historial de búsquedas de su propio portátil, que Jane usaba de vez en cuando?

—Si yo me mudase aquí de nuevo, estoy segura de que encontraría un sitio genial donde vivir.

No tendría que hacer una reserva para asistir a una clase de *spinning* ni hacer cola hasta para entrar en la charcutería. Pero luego, un día, miraría alrededor y me quedaría en plan: «Pero ¿qué coño he hecho?».

—Pues me sigues recordando a Darcy. Y hablando de Darcy: Chip está organizando una cena y quiere que vengas. Pero ya te aviso: irá Darcy, y Caroline también, por supuesto.

—Me encantará ir. Estoy dispuesta a pasar por alto el espantoso gusto de Chip para escoger amigos solo por haber sido lo bastante listo como para enamorarse de ti.

—La verdad es que Caroline es amable cuando nos vemos en el apartamento.

—Que sí, seguro.

—La única noche que tiene libre Darcy esta semana es la del domingo. ¿Le puedo decir a Chip que vendrás?

—No es solo que vaya a ir, es que me haré pasar por una agradable dama de exquisitos modales.

## Capítulo 30

—Ven aquí —susurró Kitty. Estaba delante de la puerta abierta del cuarto de invitados de la segunda planta y le hizo un gesto con el dedo para que se acercara.

—¿Qué? —preguntó Liz a un volumen normal, a lo que Kitty le chistó.

Al llegar al lado de su hermana, Liz oyó un zumbido rítmico, como el de un ventilador. Al asomarse a la entrada de la habitación se topó con la estampa del primo Willie durmiendo despatarrado bocarriba en una de las camas individuales, con la colcha apartada y sin nada más

que unos calzoncillos blancos y ajustados. Tenía la boca abierta y roncaba a todo volumen. Junto a Liz, Kitty temblaba desternillándose en silencio.

Entonces fue cuando apareció por detrás de ellas Lydia, que por lo visto había ido a coger su móvil. Lo levantó en el aire con la cámara apuntando hacia Willie, o eso intentó hasta que Liz le arrebató el teléfono y se lo metió bajo la axila.

—No —dijo de nuevo, sin bajar la voz.

—Devuélvemelo —siseó Lydia adelantándose hacia ella.

—Si lo dejáis en paz.

La opción de Liz en estos breves era evitar llegar a las manos con sus hermanas, aunque cuanto más tiempo pasaba en Cincinnati más remota le iba pareciendo la posibilidad.

—Dámelo —dijo Lydia.

—Ni siquiera se va a enterar —dijo Kitty.

—Exacto. Como os vuelva a pillar grabándole a una u otra os tiro los móviles por el váter.

—Que te follen —le espetó Lydia, pero cuando intentó arrancarle de nuevo el teléfono, Liz la dejó agarrarlo.

Se alejaron a zancadas y Liz miró en el cuarto de invitados. Esperaba que el escándalo hubiese despertado a Willie, pero seguía roncando tan tranquilo. Con suavidad, le cerró la puerta.

## Capítulo 31

Tenía que entregar el artículo sobre pedir aumentos de sueldo a finales de semana y aún no había

logrado entrevistar a Kathy de Bourgh, la famosa feminista. Le había enviado correos a su publicista en diversos tonos según la ocasión: desenfadados e informales, tercos, obsequiosos y desesperados. Había estado releendo *Revoluciones y rebeliones*, el clásico donde Kathy de Bourgh hacía una crónica de su etapa en el movimiento femenino desde principios de los sesenta

en adelante: las marchas, las sentadas y los arrestos, su declaración ante el Comité Judicial del Senado en nombre de la Enmienda de Igualdad de Derechos (este detalle había despertado la curiosidad de Liz cuando leyó el libro por primera vez en la universidad), que tuvo lugar el mismo día que anuló su boda con el tremendamente atractivo fiscal general de Nueva York. Sin

embargo, por más que estuviese disfrutando de la lectura de *Revoluciones y rebeliones* esta segunda vez, sabía que a su editor no le haría gracia que emplease citas de un libro de hacía décadas en lugar de observaciones recientes de una entrevista.

Escribió un último correo electrónico a la publicista: «Soy más que consciente de su atestada agenda, pero si hubiese posibilidad de charlar con ella unos minutos por teléfono sé que nuestros lectores estarían encantados de conocer su postura. Le recuerdo que en *Mascara* seguimos considerando a la señora De Bourgh parte de la “familia”».

Antes de convertirse en una activista profesional, Kathy de Bourgh había sido reportera en *Mascara* dos años; fue la jefa de Liz quien en 1961 publicó el todavía legendario artículo sobre la semana que se pasó De Bourgh haciéndose pasar por bailarina en un club nocturno de Times Square.

Acababa de clicar «Enviar» cuando su madre entró en el cuarto. La señora Bennet echó un vistazo alrededor, como para asegurarse de que no hubiera espías, antes de susurrar:

—¿Lydia está saliendo con un culturista?

Vacilante, Liz preguntó:

—¿Te refieres a ese tal Ham?

La señora Bennet parecía consternada.

—Los gimnasios son sitios muy sucios. En los aparatos hay una barbaridad de gérmenes.

—Yo creo que a Kitty y Lydia se las ve muy sanas.

La madre se adelantó un paso.

—¿Me puedes buscar al culturista en el ordenador?

Liz se miró el reloj.

—Tengo que salir en un minuto para llevarme a Willie de excursión.

—Solo un momentito de nada.

Liz suspiró y dio con la misma página con la foto de Ham que había encontrado la otra vez. Su madre se inclinó sobre la pantalla.

—Vaya, es muy guapo. —Parecía sorprendida y complacida—. Y mira: sí que fue a la universidad.

Así que ese era el origen de su preocupación.

—¿Cómo te has enterado de que existía siquiera?

—Oí algo. Ay, cariño. —De nuevo estaba leyendo del ordenador—. ¿Estudiaría en el ROTC porque sus padres no se podían permitir la matrícula?

—Da igual, porque el *crossfit* es muy popular y seguro que ahora tiene estabilidad económica.

—Espero que no tome esteroides. Encogen los huevos, ya sabes.

Intentando ignorar la desagradable sensación de oír a su madre pronunciar la palabra «huevos»,

Liz dijo:

—No creo que los esteroides hagan buenas migas con el *crossfit*.

—¿Tu amigo Jasper está casado o soltero?

Liz se puso tensa. ¿Le había tendido una trampa con toda aquella cháchara sobre gérmenes de gimnasio y testículos? Con la mirada puesta al frente, no en su madre, contestó:

—Está casado.

—Ahora no me acordaba —le dijo la señora Bennet, y Liz pensó: «Sí, claro».

Puso su ordenador en hibernación y lo cerró.

—¿Quieres venir a ver la ciudad con Willie y conmigo?

—No, que yo sobraría —le respondió su madre en tono confidencial—. Seguro que tenéis un montón de cosas de las que ponerlos al día.

## Capítulo 32

Al final, fue el primo Willie el que hizo esperar a Liz; todavía siguiendo el horario del Pacífico, se había quedado dormido, y al mediodía (la hora a la que habían acordado salir) estaba en la ducha.

A pesar del calor, Liz salió fuera de la casa, se sentó en las escaleras de la entrada y sacó el móvil; mirarlo solo la puso de peor humor, porque leyó un correo de la publicista de Kathy de

Bourgh diciéndole que estaría disponible en los siguientes diez minutos. Todavía no era del todo imposible aprovechar la oportunidad, aunque lo hubiera preferido; pensó que ojalá hubiese visto el mensaje cuando ya fuese demasiado tarde. Porque, aunque podía correr escaleras arriba, encender su grabadora digital y hacer unas preguntas ansiosas esperando que Kathy de Bourgh no

la oyese jadeando, no se sentía en aquel instante con fuerzas. No se sentía como una periodista

profesional veterana; allí sentada en pleno calor en camiseta, con unos pantaloncitos no demasiado estilosos y con chanclas, esperando al zoque de su primo, se sentía, en cambio, como una adolescente sudorosa y cascarrabias. Escribió en su móvil un mensaje a la publicista. «Lo lamento muchísimo pero a punto de entrar en una reunión. MUY frustrada y de verdad consciente de la deferencia de la señora De Bourgh al buscar tiempo para conversar. ¿Posibilidad de reprogramar para esta tarde?».

Por irritada que se encontrase, Liz reconoció que el primo Willie no tenía la culpa, y en cuanto este se sentó en el asiento del copiloto del Cadillac de su padre hizo un esfuerzo por sonar animada.

—He pensado que podríamos empezar por visitar la ribera. Da gusto recorrerse Bicentennial Commons paseando, aunque haga un calor abrasador. Y luego podemos ir al Freedom Center, y después hacemos un almuerzo tardío en el Skyline Chili.

—Fenomenal. Siempre me lo paso muy bien contigo, Lizzy.

—Recuérdame en qué estabas trabajando —le pidió Liz, y después de eso no hizo falta mucho más, porque Willie se embarcó en un monólogo que duró todo el camino hasta que llegaron a su destino: habló de equilibrio de cargas, estrategias de crecimiento, uso de CPU, certificados SSL y del mantenimiento de Windows o de la ausencia del mismo. Finalmente, cuando estaban dejando el coche en el aparcamiento de Pete Rose Way, lo interrumpió y le preguntó—: Bueno, ahora háblame de las mujeres más punteras de Silicon Valley que me pueda echar a la cara.

Willie pareció confundido.

—¿Punteras en qué sentido?

—Las que manejan el cotarro. Las que cortan el bacalao. ¿Quiénes van a ser alguien dentro de dos años?

—Si pretendes escribir un artículo de discriminación positiva sobre empresarias, lo tienes más crudo que para encontrar un campo lleno de tréboles de cuatro hojas.

Ligeramente descolocada, Liz terció:

—A ver: ¿quién va a ser la próxima Nancy Nelson?

Nelson era la directora general de una de las empresas más grandes de *software* del mundo.

—Lo que te decía. La contrataron para ese puesto dos años antes de la oferta pública de venta.

Es una ejecutiva, no una visionaria.

—Entiendo que no es una programadora, pero tiene un currículum impresionante. —Luego, para cambiar de tema, añadió—: ¿Has estado yendo a un estilista?

Lo soltó como una pregunta objetiva, pero Willie pareció complacido.

—Una mujer de Nordstrom llamada Yvette me ha estado echando una mano. Significa mucho para mí que te hayas dado cuenta, Lizzy, teniendo en cuenta dónde trabajas.

—Bueno, yo no estoy en el departamento de moda. Pero gracias.

Tras un breve silencio, Willie le preguntó:

—No tienes novio, ¿verdad? Doy por hecho que si lo tuvieses me habría enterado.

Liz vaciló antes de decir:

—No exactamente.

—¿Quieres tener hijos?

Era extraño, pero no ofensivo (desde luego, menos ofensivo que su comentario sobre las mujeres empresarias), que le preguntase de forma tan directa. En su familia, a aquellas cuestiones se aludía de manera indirecta, más que abordarlas. En cierto modo, el hecho de que las cinco estuviesen solteras convertía la circunstancia en un fenómeno, curioso o desastroso, dependiendo del punto de vista, aunque en cualquier caso rara vez se tenía en cuenta la individualidad de cada una de ellas.

Pero, aun así, Liz prefería no contestar sinceramente.

—No estoy segura. ¿Y tú?



—Por supuesto. Y, Liz, tú serías una madre estupenda. Para alguien como tú, con la calidad de tus genes, no tener hijos sería un desperdicio.

No había duda de que creía estar haciéndole un cumplido.

—¿Y tú estás con alguien?

—Francamente, muchas de las mujeres con las que ando son cazafortunas. Hace poco fui a cenar con una chica y resultó que era una buscona.

Willie no soltó aquella información con tono jocoso, de modo que ella intentó no reírse.

—¿Cómo lo averiguaste?

—Terminó trayendo a colación el precio.

Liz se apretó el dorso de la mano contra la boca, cosa que no disimuló como debiera una risa contenida.

—Perdona. No... Debiste de quedarte horrorizado. Pero ¿cómo..., cómo lo planteó?

¿«Perfecto, ahora págame»?

—Fuimos a cenar, y yo pensaba que nos lo estábamos pasando bien. Le pregunté si le apetecía tomarse una copa de vino en casa y me dijo: «Vale, son 1.000 pavos».

—Dios mío. Me he equivocado de rama laboral.

Liz ya había aparcado; se bajaron del coche y recorrieron el sendero que llevaba al río.

—No hubo penetración. Solo una mamada. Espero que eso no me degrade ante tus ojos, Lizzy.

Caminaban uno al lado del otro, así que Liz esperó que Willie no notase la repulsión que le cruzó el semblante. No se le había pasado por la cabeza que aceptase la propuesta de la prostituta bajo ningún concepto, pero tampoco podía negar que ella había motivado que llegasen a aquel punto de la conversación.

—Estoy convencida de que a muchísimas mujeres les encantaría salir contigo gratis.

—Liz. —Le tocó el codo—. Eso de pagar a cambio de sexo... Jamás lo había hecho. Pero es que... no tengo demasiada experiencia. No soy virgen, pero sí lo era a los veintitrés.

—No me tienes que dar explicaciones. En serio.

—Por favor, no se lo cuentes a Margo.

—Por supuesto que no —le contestó Liz—. No volvamos a hablar de ello.

### Capítulo 33

El Skyline Chili de Oakley no era el que quedaba más cerca del Freedom Center, pero sí el favorito de Liz, el que los Bennet habían frecuentado durante su infancia, mucho antes de que fuese consciente de que la famosa combinación de espaguetis, carne de ternera picada marinada

en canela y cacao, cheddar rallado y *crackers* de ostra desmenuzadas era comida basura. Eran las dos pasadas y el restaurante estaba casi vacío cuando entraron. Liz lo vio de inmediato: sentado en la barra, solo en apariencia, estaba Fitzwilliam Darcy. Llevaba un polo azul y se estaba comiendo un tres carriles, que, por lo visto, se llamaba así porque consistía en fideos, chili y queso; un cuatro carriles incluía además o judías o cebollas crudas; y un cinco carriles iba con las dos cosas.

Fingió no verlo. Willie pidió dos *coney*s con queso y Liz un cuatro carriles con judías, y, mientras Willie emprendía un extenso análisis de Bitcoin, se sintió agradecida al recordar que uno de los pros del Skyline era la eficiencia de su servicio; no habían pasado ni cinco minutos cuando la camarera les entregó sus platos ovalados bien llenos.

—Partamos de la base de que el cliente nunca está donde se necesita una interfaz vis a vis —le estaba diciendo Willie mientras ella desmenuzaba galletitas de ostras y espolvoreaba las migas por encima del chili—. Pero tampoco está lejos. ¿Por qué haces eso?

—Hazlo y no preguntes. Esto es parte del Skyline.

—¿Es obligatorio?

—Sí, y si no obedeces la policía del chili te arresta. —Se quedó descolocado y Liz le dijo—: Estoy de broma, Willie. Tú haz lo que te apetezca.

Él cogió una galletita entre el índice y el pulgar.

—Haz así. —Liz agarró un puñado, las estrujó en la mano y dejó caer el polvo de las galletas sobre el chili—. No te lo pienses más de la cuenta.

—No tenía ni idea de que dabas tutoriales privados —dijo una voz, y Liz supo sin alzar la mirada, aunque terminó haciéndolo, que era Darcy.

Con un gesto hacia el otro extremo de la mesa, respondió:

—Mi primo Willie no es de aquí.

—Fitzwilliam Darcy —dijo Darcy, y le tendió la mano al otro.

Willie se puso en pie y se presentó:

—Will Collins.

Medio sarcásticamente, Liz le preguntó a Darcy:

—¿Frecuentas mucho este sitio?

—Intento no venir más de una vez por semana. —Se palmeó la zona abdominal, plana—. Con moderación todo es bueno.

—Nunca habría adivinado que eras un aficionado al Skyline. Tenemos que intentar que los foráneos lo prueben, pero generalmente a quien no se ha criado en Cincinnati no le gusta.

La expresión de Darcy era altiva.

—Creo que estamos de acuerdo en que hay muchas cosas que no sabes de mí.

Se despidió de Willie con un gesto de la cabeza y dijo:

—Buen provecho.

Y se esfumó de inmediato.

## Capítulo 34

Muchas noches, después de cenar, la señora Bennet y una combinación variable de sus hijas se reunían en la salita que había tras la escalera de la primera planta para ver la televisión. Aquella noche en concreto, la matriarca de la familia se unió a Liz, Mary y también a la tía Margo; Jane se había ido al apartamento de Chip, y Kitty y Lydia estaban en la fiesta de cumpleaños de uno de los compañeros del gimnasio (el pastel —Liz no había podido resistirse a preguntarlo— iba a ser de harina de almendra y cobertura de aceite de coco).

Así como hay gente que disfruta tejiendo delante de la televisión, a la señora Bennet le agradaba hojear catálogos de menaje; de hecho, el ruido de las páginas al pasar, aquel rápido hojear cuando nada captaba la atención de la mujer y las pausas cuando sí, el ocasional lametón

funcional en el dedo, eran sonidos esenciales de la infancia de Liz. Este hábito era, en apariencia, lo que permitía a la mujer mantener la creencia de que no había «visto» una gran cantidad de programas por más que estuviese en el mismo cuarto durante episodios y, en algunos casos, temporadas enteras.

Un *reality* de cocina iba por la mitad cuando Willie asomó la cabeza en la sala.

—Me preguntaba, Liz, si te apetecería salir a dar una vuelta.

—¿A mí?

—Parece que hace bueno.

Liz estaba apoltronada en el sofá con la espalda contra la otomana, y echó una mirada por encima del hombro primero hacia su madre y luego hacia su tía Margo. Qué irritante, pensó, que

más que dar por finalizada su obligación con él, la visita por Cincinnati la hubiese convertido a ojos de Willie en su colega especial.

—Liz y Jane corren por las mañanas —dijo la señora Bennet—. Deberías ir con ellas mañana, Willie.

—Salir a correr tres es un poco raro —repuso Liz, y se sintió malvada de inmediato—. Pero podemos dar un paseo rápido ahora. ¿Quieres venir, Mary?

Mary negó con la cabeza sin esforzarse en ser cortés.

Temió que Willie pretendiese sacar de nuevo la conversación que habían mantenido sobre la prostituta (a lo mejor quería asegurarse de que no se lo contaba a nadie), pero en cuanto estuvieron fuera dio la sensación de que no tenía nada en mente.

—Espero que no te estés aburriendo aquí —le dijo al doblar la esquina por Grandin Road—.

Me temo que Cincinnati está mejor para vivir que para visitarla.

—Ya veo —respondió él y, dado que simplemente le estaba dando la razón, Liz intentó no ofenderse de nuevo—. Mañana tengo que trabajar un poco, y me preguntaba si me recomiendas

alguna cafetería. La banda ancha de tus padres es de risa.

—Hay un sitio en Hyde Park Square que se llama Awakenings. —El calor del día se había disipado, y la verdad era que se estaba a gusto en la calle; a su alrededor chillaban las cigarras—.

El verano en que me gradué en la universidad volví aquí unos meses antes de mudarme con Jane a

Nueva York. Mary y yo estábamos un día jugando a las veinte preguntas mientras esperábamos el

pedido para llevar de un chino. Era antes de que tuviésemos móviles. El caso es que me tocaba

adivinar a mí y el personaje era alguien que vivía en Cincinnati. Llegué a la pregunta número veinte y todavía no sabía de quién se trataba. Y a mí se me da bien jugar a las veinte preguntas. —

Soltó una risita ante su propio impulso de presumir de algo tan común, pero Willie no—. Mary

me dijo que era yo. Era yo la persona en la que ella estaba pensando, y no lo había adivinado. Me cogí un cabreo... «¡Yo no vivo en Cincinnati! ¡Vivo en Nueva York!». Y ella me contestó: «Pues

casi me engañas». —Liz y Willie pasaron por delante de un castillo en miniatura (incluso para ser una versión modificada, medía como medio metro) cuando ella añadió—: Supongo que soy una oportunista de Cincinnati. En Nueva York juego la baza de la chica íntegra y honesta del Medio Oeste, pero cuando vuelvo me considero una forastera bien chic.

Incluso antes de que Willie respondiese, Liz sintió la tristeza de haberle confiado algo íntimo a una persona a quien le daba igual. Aun así, cuando su primo habló, todavía le resultó más decepcionante de lo que esperaba.

—El chili ese que nos hemos comido... no estuvo mal, pero todo el rato me va subiendo otra vez el sabor con los eructos.

—Le pasa a todo el mundo. Lo llaman «repetirse la comida».

## Capítulo 35

Ni Liz ni Jane llevaban móviles cuando hacían *footing* por la mañana, así que la primera no recibió los mensajes de Jasper hasta después de desayunar y subir a ducharse. «Lámame: he tenido una idea genial», decía el primero, seguido de otro: «¿No quieres que te cuente por qué soy un genio?». Entró en el cuarto de baño y se sentó en el borde de la bañera, todavía con el *top* y los *shorts* antitranspirantes.

Jasper lo cogió al segundo tono.

—Cincinnati es el cuartel general del *squash*, ¿no? —le espetó sin saludar—. El deporte, no los calabacines.

—Pues sí, te sigo.

—Cada año envían una barbaridad de chavales a jugar en colegios de la Ivy League, pero ¿por qué Cincinnati?

—Buena pregunta.

—¿No crees que está pidiendo a gritos un artículo?

En menos de dos segundos, Liz pensó: pero yo tengo que escribir el siguiente «Mujeres osadas»

en cuanto termine el artículo sobre pedir aumentos de sueldo; y a continuación: pero sería divertido y espontáneo plantear un artículo en Cincinnati; y enseguida: y, dado que apenas he escrito sobre deporte, podría ser un reto bien chulo. No jugó al *squash* durante la infancia, pero había conocido a chicos del Seven Hills que sí.

Jasper le dijo:

—Aunque, lo más importante: así tengo excusa para ir ahí y follarte en la habitación de un hotel a cargo de la empresa. Un plan perfecto con chollo incluido, ¿no?

—Ah. Claro. —Al momento le pareció un poco bochornoso haber pensado que lo que él quería era encargarle el artículo a ella.

—Además, puedo dejarme caer para una de las famosas cenas de los Bennet. Y así veo la casa de tus antepasados.

Años atrás, Jasper había conocido al matrimonio Bennet y a unas adolescentes Kitty y Lydia durante un viaje que hicieron a Nueva York para ver las luces de Navidad del Rockefeller Center.

Para gran alarma de Liz, Kitty (que tenía entonces catorce años) parecía más interesada en sonsacarles a sus hermanas mayores cómo procurarse una receta para la píldora que en ver a las

Rockettes; Lydia, que en comparación todavía era inocente, estaba concentrada en comprar braguitas de Bloomingdale's con la inscripción bloomie's en la parte trasera. Como ya le había sucedido a menudo con Jasper a lo largo de los años, la experiencia de presentárselo a su familia durante el *brunch* se le había antojado una especie de facsímil insatisfactorio: «Aquí tenéis al chico que es casi mi novio». Eso no fue lo que dijo, evidentemente, y a las preguntas entrometidas de su madre insistió en que no era más que un amigo.

Dijo por el móvil:

—Bueno, te podrías haber dejado caer por aquí antes de enviarme lencería de fulanilla.

—Olvídate ya de eso, Nin. ¿Te suena el nombre de Cheng Zhou?

—No.

—Es un prodigio. Un chaval de once años, hijo de inmigrantes chinos, que está hinchándose a ganar títulos de *squash* como un loco.

—Interesante... Yo suelo asociar este deporte con gente rica.

—¿Ves? —respondió Jasper—. Ya sé más cosas de tu ciudad natal que tú.

## Capítulo 36

Liz entró en el despacho de su padre.

—¿Tú crees que mamá es compradora compulsiva?

—Sin ninguna duda.

El tono de su padre, tras el escritorio, era calmado.

—No estoy de broma —dijo Liz.

—Ni yo.

—¿Crees que deberíamos hacer algo al respecto?

—¿Algo como qué?

—No lo sé. Como buscarle un psicólogo.

—¿A ti te parece que tu madre accedería?

Liz suspiró y se cruzó de brazos. ¿Acaso su padre había alcanzado una especie de estado zen que amortiguaba el tumulto de la vida cotidiana años antes de que Jane se metiese en el yoga? ¿O era simplemente que no había manera de hacerlo reaccionar, tan aburrido estaba ya de las limitaciones que le imponían los miembros de su familia?

Se oyó la voz de la tía Margo desde la primera planta:

—Fred, ¿qué le ha pasado al espejo de mami que teníamos colgado en el comedor?

—Vete y cierra la puerta —siseó el señor Bennet—. Rápido. Dile que no sabes dónde estoy.

## Capítulo 37

En el último momento, Jane le había pedido a Chip si podía incluir al primo Willie en la cena.

Willie y la tía Margo volvían a California al día siguiente, y Liz sospechaba que Jane se sentía culpable por no haber pasado apenas tiempo con él.

Chip vivía en la octava planta de un edificio recién construido en Oakley, no demasiado lejos del Skyline Chili; la decoración, pensó Liz al entrar, era tan parecida a la de un lujoso hotel de aeropuerto (alfombra con dibujos geométricos, inofensivos cuadros impresos en las paredes, elegantes sofás y sillas de aspecto no particularmente cómodo) que se preguntó si lo habría alquilado ya amueblado.

—Pasad, pasad —dijo Chip saludando a Liz con un beso en la mejilla, y el gesto tuvo algo rotundamente cuñadil. A continuación estrechó de forma efusiva la mano de Willie diciéndole—:

Qué bien que hayas podido venir. —Con este comentario se ganó por primera vez a Liz—. ¿Os preparo una copa? Caroline ha hecho un poco de su famosa sangría, pero no os dejéis engañar por el dulzor: es letal.

—Se podría decir lo mismo de la propia Caroline —murmuró Liz a Jane. Al notar el semblante inquieto de su hermana añadió—: Perdona.

En el comedor había preparada una mesa de cristal con nueve cubiertos (dos asientos la presidían, seguramente a causa de la incorporación de Willie) y, de un mueble bar colocado sobre un aparador, Caroline le tendía una copa a Charlotte Lucas, además de a Keith, el otro médico de urgencias nuevo que Liz conoció en la barbacoa de los Lucas, y a una atractiva mujer, también negra, que supuso que sería la prometida afincada en San Diego. La suposición se vio confirmada

por las presentaciones, durante las cuales Liz hizo inesperado y forzoso contacto visual, a través de la puerta de cristal corredera cerrada que llevaba a un balcón de hormigón, con Fitzwilliam Darcy.

Darcy le daba la espalda a la calle que tenía debajo, apoyado con los codos en la barandilla del balcón con un vaso de sangría en la mano derecha. Parecía, pensó Liz, un modelo sacado del anuncio de unos grandes almacenes en un periódico; guapo, sí, pero con un aire malhumorado ridículo y fuera de lugar. Ninguno de ellos sonrió, ni ninguno de ellos desvió la mirada de inmediato. Se fijó en que estaba solo en el balcón. Qué hombre más extraño.

Algo la impelía hacia él, aunque no habría sido capaz de decir si se trataba de un impulso compasivo de rescatar a una persona sola en una fiesta o una pulsión de origen más antagónico;

abrió la puerta corredera y salió. El único mobiliario de la terraza consistía en dos finas sillas negras de hierro forjado.

—¿Disfrutando de la refrescante noche de verano? —le preguntó. Aunque eran más de las siete, se mantenía una humedad densa. Darcy se quedó descolocado y ella añadió—: Lo creas o

no, hay algo que siempre me ha gustado del verano en el Medio Oeste. Me gusta hasta el canto de las cigarras.

Darcy dio un sorbo de sangría.

—Pues claro.

—Te voy a contar una curiosidad sobre Cincinnati —le dijo Liz—. Producimos un número desproporcionado de campeones de *squash*. ¿Lo sabías?

—Sí, lo sabía.



—¿En serio? —Le lanzó una mirada inquisitiva.

—Jugaba al *squash* en el internado.

Incapaz de disimular una sonrisa maliciosa, Liz le preguntó:

—Cómo no. ¿A qué internado ibas?

—Se llama Exeter.

Con un punto de resentimiento, Liz replicó:

—Me suena, sí. ¿Y luego a qué universidad fuiste?

Tras una pausa, él contestó:

—Me volví a la zona de la bahía de San Francisco para la carrera.

—¿Berkeley? Stanford.

—Stanford.

—Nunca he entendido por qué hace eso la gente. O sea: «Estudié en New Haven», o «La carrera la hice en Boston». ¿Es que te crees que por revelar tu educación de élite me voy a desmayar de pura intimidación?

Darcy se encogió de hombros.

—Parece menos pretencioso.

—¿Es más pretencioso! ¿Sabes qué? No me impresiona tu título de Stanford. Yo fui a Barnard.

¿Y sabes otra cosa? Llevo veinte años viviendo en Nueva York, y Jane lo mismo.

—Sí, ya lo comentaste en casa de Charlotte —respondió Darcy con calma—. Durante la misma

conversación a propósito de cuando *Mascara* te envió a Arabia Saudí, donde llevaste una abaya y un pañuelo para la cabeza.

Que se acordase la dejó un poco perpleja.

—Ah. Igual ya te lo había contado.

—A lo mejor no te diste cuenta de que te estaba prestando atención.

—Mira: ¿en qué año te graduaste? Seguro que tenemos casi la misma edad.

—Terminé la carrera en el noventa y siete.

—Entonces estuviste en la misma clase que un buen amigo mío. ¿Conoces a Jasper Wick?

—Sí. —No pareció impresionado por la coincidencia.

—¿No te llama la atención?

—No especialmente.

—¿De verdad? ¿No te llama la atención que estemos aquí en Cincinnati, en 2013, y que tú hayas ido a la universidad en California a mediados de los noventa con quien es, básicamente, mi mejor amigo?

—Así funciona la estratificación socioeconómica. Seguro que tenemos más conocidos en común, aunque personalmente me resulta tedioso este juego.

—Vaya, discúlpame por aburrirte.

Darcy no le dijo que no lo estaba aburriendo; no dijo nada.

—Jasper viene pronto a Cincinnati a escribir un artículo sobre jugadores de *squash*. A lo mejor deberíais reencontraros.

—Dudo que mi horario me lo permita.

—¿No te cae bien o algo?

—No éramos amigos.

La nula tendencia de Darcy a explicarse, su aparente convencimiento de que no tenía que explicarse ni excusarse, era irritante en extremo. Y su gusto por esquivar las convenciones era incluso más fastidioso que si desconociese la etiqueta, lo que evidentemente no era el caso.

—¿Es que estabais enamorados de la misma chica? —le preguntó Liz.

—Ya me comentó Caroline tu gusto por los interrogatorios.

—Hay quien cree que hacer preguntas es señal de amabilidad y educación. Además, soy periodista.

—Tal vez eres periodista porque así tienes una justificación profesional para ser una cotilla. —

Darcy dio otro sorbo a la sangría y por un instante, antes de que se pasase la lengua, un rastro de líquido morado se le quedó entre los labios. Acto seguido dijo—: Discúlpame. —Se despidió con

una inclinación de cabeza y entró. Liz se quedó sola en el balcón.

La cena iba a consistir en *pizzas* individuales que los invitados prepararían a su gusto con un surtido de ingredientes cuidadosamente seleccionados: tomates secos, albahaca fresca, salami casero. A pesar de que Liz valoraba aquel menú informal y festivo, pronto vio que al llegar los

invitados Chip todavía no tenía la masa preparada, porque no sabía que tenía que reposar una hora antes de añadirle los ingredientes. Además, en su horno no cabían más de cuatro *pizzas* al mismo tiempo. De modo que cuando se sentaron a cenar eran las diez de la noche y la mitad de

las *pizzas* estaban frías.

Liz acabó sentada entre Willie y Jane; a saber por qué, a Jane le tocó al lado Darcy en lugar de Chip. Liz no tenía claro si en su conversación de un rato antes había quedado como una estúpida

con Darcy o no. Así que se abstuvo de iniciar otra.

—Hoy estás muy guapa —le dijo Willie en un momento dado, y ella estaba lo bastante bebida

(la sangría era fuerte, realmente) como para que el comentario le resultase encantador en lugar de raro.

—Gracias, primo Willie. Tú estás muy guapo también.

Al terminar el primer plato, Jane, Liz y Charlotte retiraron la vajilla y, cuando las dos últimas estaban en el fregadero, Charlotte le dijo:

—¿En la terraza estabais coqueteando, Darcy y tú?

—Dios mío, qué va. Todo lo contrario. Y estoy convencida de que sale con Caroline.

—¿De verdad? No lo sabía.

En la mesa, Caroline estaba al otro lado de Darcy y se había pasado la mayor parte de la cena

charlando acurrucada contra él como una hiedra venenosa. Apareció un postre consistente en *brownies* y helado de Graeter's, y entonces Jane le susurró a Liz:

—Chip me ha comprado una bici de montaña. —No parecía contenta.

Liz la miró.

—Es un detalle bonito por su parte.

En la cena en casa de los Bennet, Chip había comentado que ya había explorado varias rutas de la zona.

Jane negó con la cabeza.

—Me ha parecido cara.

—Bueno, seguro que no la habría comprado si no se lo pudiese permitir. Lo siento, Jane, pero creo que está loco por ti.

—Igual ese es el problema. Igual sus expectativas son demasiado altas.

Liz se rio.

—¿Tú crees que por regalarte una bici cara estás obligada a entregarte? Porque, si no me equivoco, lleváis en ello semanas.

—Es que me parece demasiado pronto para un regalo tan extravagante.

—¿Quieres relajarte y disfrutar del cortejo? No es un anillo de diamantes.

—Mira, pues eso tengo claro que no lo aceptaría —replicó Jane. Tras una pausa (al otro lado de la mesa, Keith, su prometida y Chip charlaban sobre un apéndice «bien sexi» que el primero había visto el día anterior), añadió—: ¿Tú crees que hago bien quedándome la bici?

—Sí. Ve a pasear con él. Diviértete.

Willie, que volvía del lavabo, se sentó de nuevo entre ellas y señaló una tarrina de helado:

—El famoso helado de frambuesas negras con virutas, ¿no?

Liz se lo acercó.

—Cuando a Cincinnati fueres, haz lo que vieres —le dijo.

A pesar de su plan de no empezar ninguna conversación de nuevo con Darcy (no aquella noche, desde luego, y a ser posible nunca más), Chip y los ocho restantes terminaron en la terraza y ella se vio sentada a pocos centímetros de la persona que trataba de evitar. Para bien o para mal, era de las que rellenaba los silencios y sonreía a los desconocidos. Así que le preguntó a Darcy:

—¿Cómo estaba tu *pizza*?

—El canto de la cigarra que tanto te gusta —dijo este— lo hacen los machos contrayendo los músculos abdominales.

En aquel instante se dejó oír el canto de las cigarras, por debajo de las conversaciones simultáneas que se desarrollaban en la terraza.

—¿Eso lo aprendiste en la Facultad de Medicina?

El le dedicó una de sus infrecuentes sonrisas.

—Lo miré en la Wikipedia, nada más. Es un canto de apareamiento.

—Qué romántico.

—Mira, para que quede claro: no le deseo nada malo a Jasper Wicks —dijo Darcy—. Todo el mundo tiene derecho a dejar atrás su pasado.

Liz le clavó la mirada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Doy por hecho que sabes que lo echaron de Stanford.

«¿Qué?», pensó Liz. Se quedó callada, y Darcy, que pareció sorprendido de verdad, añadió:

—¿No lo sabías?

—Pues la verdad es que nunca había salido el tema.

Se miraron en la sombría noche de verano.

—¿No me has dicho que era tu mejor amigo?

—¿Por qué lo expulsaron?

—No soy yo quien debería contártelo —le respondió Darcy—. Pero tampoco es que sea un secreto. Supuso una conmoción en el campus.

—¿Fue por drogas? ¿Por hacer trampas en un examen?

El semblante de Darcy era de impaciencia; si entre ambos había habido algún malentendido, el efecto ya había pasado.

—Eso tendrás que preguntárselo a Jasper —le contestó.

## Capítulo 39

—Lizzy, vengo a despedirme —dijo el primo Willie—. Ha sido genial volver a entablar contacto contigo.

Liz estaba sentada a su mesa, escribiendo un correo a la publicista de Kathy de Bourgh, que había ignorado sus súplicas desde la llamada fallida durante aquella oportunidad de diez minutos de disponibilidad días antes.

—Lo mismo digo —le contestó.

Gracias a Dios, Mary había convenido en llevar a la tía Margo y a Willie al aeropuerto, y su marcha inminente hizo que se mostrase generosa con su primo.

Willie se detuvo a pocos metros de donde estaba sentada; tenía el semblante serio y parecía nervioso.

—¿Pasa algo? —le preguntó Liz.

En lugar de hablar, se inclinó rápidamente sobre ella y le plantó un beso en los labios. La sorpresa del beso todavía se agravó cuando quedó claro que Willie no pretendía que fuese fugaz;

abrió la boca y, al meter la lengua, Liz apartó la cabeza horrorizada.

—Ay, Willie...

Estaba asombrada, pero no del todo; estaba consternada, pero también le parecía gracioso; se sintió cruel y distante como si se tratase de un momento que estuviese describiendo ya cómicamente a Jane o a Jasper en lugar de experimentándolo. Aun así, tenía que concentrarse para salir del paso con dignidad o con elegancia.

—Soy consciente de que no soy un príncipe azul —dijo Willie—, pero nos llevamos bien. Nos conocemos, ya sabemos lo que hay. Y tú tienes casi cuarenta.

—Jane es la que tiene casi cuarenta. Yo tengo treinta y ocho. Pero, Willie, por Dios, si somos primos.

—No de sangre. No es que nuestros hijos fueran a verse estigmatizados.

Le molestó que Willie sacase a relucir unos hijos hipotéticos que no quería tener con ningún hombre; menos aún con él.

—Mira —siguió él—: tú y yo somos personas prácticas. Nunca le he visto el sentido a lo de los bombones y las rosas, y diría que tú tampoco. Pero yo te sería fiel. Respetaría tu trabajo, y sé que tú respetarías el mío. No quiero estar con una mujer que me eche la bronca por trabajar tantas horas. Creo que intentarlo es algo que nos debemos a nosotros mismos.

—Solo por curiosidad —dijo Liz—, ¿has venido a Cincinnati con la idea de ligar conmigo?

—Tú y yo siempre hemos sido compatibles. Margo y tu madre piensan que hacemos muy

buena pareja.

Willie le puso una mano en el hombro; ella se la apartó de inmediato, se puso en pie y cruzó los brazos.

—No somos pareja. Y, si tienes la impresión de que yo quiero que así sea, estás equivocado. —

Suavizando el tono, añadió—: Cuando dentro de uno o dos años conozcas a una mujer maravillosa, estarás contentísimo de no haber acabado conmigo.

—¿Cómo puedes tener tan claro que voy a encontrar a alguien si tú no has encontrado a nadie?

Liz ignoró el retintín de la pregunta y le dijo:

—Hay muchas cosas que no sabes de mi vida.

Willie suspiró; parecía más irritado que herido.

—¿Tanto te preocupa lo de ser primos? De niños apenas pasábamos tiempo juntos.

—Sí, me preocupa.

—Estoy dispuesto a darte unos días para que te lo pienses. Te llamaré a finales de semana, cuando ya esté en California.

—No, Willie, y ya te digo ahora que pierdes el tiempo si piensas en intentar lo mismo con cualquiera de mis hermanas.

Willie puso los brazos en jarra.

—¿Tú sabes la pasta que tengo?

—Mejor que te vayas. —No pensaba darle un abrazo de despedida; su obstinación había terminado siendo ofensiva.

Él la miró con curiosidad. Tal vez, pensó Liz, se acababa de dar cuenta de que tenía una identidad y una voluntad distintas de las que él se había empeñado en presuponerle. Al final, Willie dijo:

—Es gracioso que creas que hay mucha diferencia entre tener treinta y ocho y tener cuarenta.

## Capítulo 40

Jane, que era la primera persona con la que Liz quería comentar lo que acababa de suceder, estaba en clase de yoga. Jasper era la segunda, pero seguía descolocada después de lo que había sabido la noche anterior sobre su supuesta expulsión de Stanford. De modo que, tras atrincherarse en el cuarto de baño de la tercera planta (porque el primo Willie todavía anduvo por la casa de estilo Tudor unos

minutos), fue a Charlotte Lucas a quien envió un mensaje con el móvil sentada en el suelo embaldosado: «¡¡¡Mi primo Willie me acaba de besar puaj!!!».

Menos de un minuto después, sonó el tono de mensaje al llegar la respuesta de Charlotte:

«Espera pero un beso BESO???».

«Sí. sta tarado o que? O soy yo?».

«Es RARO de la leche. Es mono en plan informatico pirado, pero si sois primos!».

A los pocos segundos todavía llegó otro mensaje de Charlotte. «A tomar algo de todas todas esta noche».

«¡¡¡Sí!!!», respondió Liz. «¿En Zula? O en otro sitio. Di la hora».

Entonces llamó a Jasper.

—¿Me quedo en el Cincinnatian o en el 21c? —preguntó este—. Fiona está reservándome el billete para Cincinnati justo ahora.

—¿Sabes que mi primo Willie, el niño geniecillo de Silicon Valley, estaba de visita? ¡Pues me acaba de entrar!

Jasper soltó una risotada.

—El incesto sí que mola, ¿eh? Podéis ser como los faraones egipcios.

—No estoy de coña. Me ha metido la lengua.

—¿Y te ha gustado?

Liz no tenía pensado espetarle lo que dijo acto seguido; simplemente le salió así.

—No te expulsaron de Stanford, ¿verdad?

Se hizo un largo silencio, un silencio inmediatamente amargo, y al final Jasper preguntó:

—No me jodas. ¿De dónde sacas eso?

—Lo siento. —Hasta aquel momento, Liz no se lo había creído realmente; había pensado que Darcy confundía a Jasper con otra persona—. No debería..., conozco a un tal Fitzwilliam Darcy, y di por hecho que vosotros...



Antes de que le diese tiempo a terminar, Jasper la interrumpió:

—¿Darcy vive en Cincinnati? ¿Qué coño hace ahí?

—Es cirujano en un pequeño centro de urgencias coronarias de aquí.

Jasper se rio con rencor.

—¿Cómo no! El tío tiene complejo de Dios desde los veinte años. Menudo mamón. —Era muy

raro ver a Jasper ofendido a tal nivel; a pesar de ser un quejica, sus quejas tendían a ir acompañadas de cierta levedad hasta cierto punto encantadora—. Seguro que no te ha contado que gran parte de lo que sucedió en Stanford fue culpa suya.

Y así era, en parte porque Jasper y ella jamás habían hablado de lo sucedido en Stanford, y punto; Liz estaba segura. De hecho, siempre había tenido la impresión de que la universidad y aquella época representaban para él una especie de norte emocional. Además del anillo de oro de

Stanford, a veces, los fines de semana de otoño, llevaba un jersey bastante descolorido de la universidad; tenía en el salón una fotografía enmarcada en la que aparecía junto con otros miembros de su fraternidad, una hilera de guapos y atléticos hombres-niño de corbata y americana azul, aunque de repente le llamó la atención no haber conocido nunca a ninguno de los

de aquella foto. Nueva York estaba llena de antiguos compañeros de facultad de Barnard, pero no le había extrañado que sus amigos de la universidad viviesen todos en la Costa Oeste.

—Te contaré la historia entera en Cincinnati —le estaba diciendo Jasper—. Solo de pensarlo ya me pongo de un humor de perros.

—Mejor que te quedes en el 21c. No he estado nunca, pero se supone que es de lo mejorcito.

—Espero que no seas amiga de Darcy. Yo no dejaría ni que me lamiese los zapatos.

Era un alivio sentirse unida en lugar de separada de Jasper.

—No te preocupes, yo pienso lo mismo.

## Capítulo 41

El único consuelo de la desagradable dirección que había tomado la conversación con Jasper era que la había distraído de su encuentro con Willie. Después de colgar, sin embargo, el encuentro combinado con la confirmación de la expulsión de Stanford de Jasper le provocaron una agitación

aún mayor. Sin pedir permiso y sin un rumbo concreto en mente, cogió el coche de su madre y se fue; a los pocos minutos frenaba en el aparcamiento de Rookwood Pavilion con la idea de hacerse la manicura y la pedicura, y salió del local más de una hora después con diez centímetros menos de melena y un escalado que estaba casi segura de que no impresionaría a sus colegas de *Mascara*.

Lydia y Kitty estaban en la mesa de la cocina en ropa de deporte comiendo anacardos y cecina orgánica de ternera. Cuando Liz entró en la casa por la puerta trasera, Lydia dijo:

—¿Es que has entrado en el Programa de Protección de Testigos para escapar de la lujuria del primo Willie?

—Me gusta tu peinado —dijo Kitty—. Hace años no te habría quedado bien, pero a medida que te haces vieja se te van marcando los pómulos.

Liz miró a Lydia.

—¿Quién os ha contado lo de Willie?

—Mamá está cagándose en todo. Para que te enteres.

En cuanto Lydia acabó de decir aquello, se oyó la voz de la señora Bennet desde el otro lado de la puerta batiente que separaba la cocina del comedor.

—¿Es Lizzy? ¿Ha vuelto Lizzy?

La puerta se abrió de golpe hacia el interior de la cocina y apareció la señora Bennet, roja y fuera de sí.

—Lizzy, pero ¿cómo puñetas se te ha ocurrido? Ahora a ver, igual lo has dejado tremendamente tocado.

—Mamá, por favor, no me digas que crees que debería salir con el primo Willie.

—Es listo, tiene éxito, y a ti se te va a pasar el arroz si te sigues andando con remilgos.

—Es mi...

—Es tu primastro, Elizabeth. No me vengas con que sois familia, porque no es así.

—En Ohio no es legal casarte con un primo hermano —respondió Liz. Durante la pedicura había buscado aquella información en el móvil, con la esperanza de reafirmar su consternación con hechos;

no comentó que en California el mismo matrimonio era legal—. Así que, pongamos que nos enamoramos, cosa que no sucederá jamás. Si quisiésemos hacerlo oficial tendríamos que contratar a un abogado.

—Anda que no molaría que te metiesen en la cárcel por casarte con Willie —dijo Lydia—. Es que me partiría.

—¿Tienes algún otro pretendiente? —le preguntó la señora Bennet, y su tono acusatorio le hizo pensar enseguida en el picardías rojo—. Porque, si es así, me gustaría saber quién es.

## Capítulo 42

—A ver, no me mates —comenzó Charlotte en Zula—, pero he estado dándole vueltas y creo que Willie podría ser un buen novio.

—¿Has charlado alguna vez con él?

—Estuve un rato hablando con él en la cena en casa de Chip. Fue amable.

—Si nos olvidamos por un momento de lo de que somos primos, cosa que es imposible, el tío es increíblemente pretencioso. Y, a pesar de ser listo, muy conveniente no es, porque no le interesan los demás. Ahora que me paro a pensarlo me doy cuenta de que las únicas preguntas que me hizo fueron las que formuló cuando me estaba evaluando como novia en potencia.

Charlotte miró con cautela a Liz.

—¿Estás segura de que entre Darcy y tú no hay TS?

—Segurísima. —TS, la abreviatura que las dos amigas usaban desde su época de instituto, significaba «tensión sexual». Liz se inclinó hacia delante—. Aunque resulta que Jasper y Darcy fueron juntos a la universidad y no se caen bien. —Pensó en contarle lo de la expulsión de Stanford, pero sin conocer las circunstancias no lo veía claro. Lo que dijo, en cambio, fue—: Jasper viene a Cincinnati a escribir un artículo sobre *squash*. ¿Quieres conocerlo cuando esté por aquí?

—Pues claro. Espera, ¿acabas de decir que ha venido a escribir un artículo? —Puso los ojos en blanco—. Por favor.

Liz se rio.

—Y porque soy irresistible y no puede estar sin mí. También por eso.

—¿De verdad va a escribir un artículo o es la excusa que va a poner a los demás?

Liz bebió un sorbo de vino.

—Las dos cosas.

## Capítulo 43

Cuando Liz llegó a la casa de estilo Tudor a las diez, vio en el camino de entrada un SUV de color azul marino que no le sonaba de nada, de modo que dejó la luz de la cocina encendida, ya que no era la única despierta en la casa. Atravesó el comedor y llegó al vestíbulo de entrada, donde oyó voces susurrantes, pero, inconfundiblemente, de coqueteo, que venían de la salita de estar y que pararon en seco justo antes de que Lydia apareciese en la puerta.

—¿El beso de Willie te ha provocado un trastorno por estrés postraumático? —le preguntó.

—Pues igual sí —le respondió Liz.

—Ven aquí. —El tono de Lydia era inusualmente cordial—. Te voy a presentar a Ham.

Tal y como Liz había apreciado en su web, estaba en forma y era guapo de una manera más bien convencional, aunque cuando se puso en pie al entrar ella se fijó en que era bastante más bajito de lo que se había imaginado. Le tendió una mano.

—Hamilton Ryan. O Ham, como prefieras, igual que «jamón».

—Liz Bennet.

—Una de las hermanas de Nueva York, si no me equivoco.

—No está mal —contestó Liz—. Somos unas cuantas; no es fácil llevar la cuenta. —Señaló con

un movimiento de cabeza hacia la pantalla de la televisión, que estaba congelada en los créditos de inicio de una popular serie de agentes del FBI que daban por cable, y preguntó—: ¿Qué temporada es?

—Primera temporada, primer episodio —dijo Ham.

—Entonces vais a tener que esperar todavía mucho. O por lo menos hasta la tercera temporada, que es cuando comienza a desenmarañarse la cosa. Ham, ¿tienes un gimnasio?

—Eso es.

—Liz piensa que el *crossfit* es para «fanáticos». —Lydia dibujó unas comillas en el aire.

Ham replicó de buen talante:

—Es que lo es.

—Yo no he dicho eso —protestó Liz—. Simplemente, no era lo mío.

—Porque lo probó una vez hace seis años para escribir un artículo.

—Lo probé más de una vez.

—Es verdad, que trabajabas para una revista —dijo Ham—. Suena guay.

—Depende del día —contestó Liz.

—Liz, Ham es viejo, igual que tú —soltó Lydia—. Nació en los setenta.

Liz y Ham se miraron y se rieron.

—Ya decía yo que estabas para el geriátrico. ¿De qué año eres? —preguntó ella.

—Del setenta y nueve.

—Ah, pero si eres un pipiolo. Yo soy del setenta y cinco. Tú eres de Seattle, ¿no? —Ham asintió y Liz se dio cuenta de que acababa de soltar un dato que sabía a raíz de sus averiguaciones en internet y no por Lydia—. Y ¿cómo acabaste aquí, en Cincinnati?

—La versión abreviada es que me vine con una ex.

—Ya está bien de entrevistas —le dijo Lydia a su hermana—. Ya te puedes ir.

Para entonces, ella y Ham ya estaban sentados en el sofá, acurrucados el uno contra el otro.

—Caray, Lydia. Tú no te cortas, ¿eh? —comentó Ham. Pero le echó el brazo por encima mientras lo decía, y Liz tuvo la ocurrencia desconcertante de que tal vez su hermana había conocido a un tío agradable, normal y con los pies en la tierra. Qué tenía Lydia en común con

aquella persona era algo que le costaba imaginarse.

—En esta familia ya estamos acostumbrados a las sutilezas de Lydia. —Y Lydia levantó el dedo corazón en respuesta—. Encantada de conocerte, Ham.

## Capítulo 44

De nuevo le tocaba a Liz llevar a su padre al fisioterapeuta y, tan pronto como salieron al caminito de la casa de estilo Tudor, el señor Bennet dijo:

—Tu madre quiere que le des una oportunidad al primo Willie porque se piensa que su dinero

nos salvará. No le hagas caso.

—¿Cómo que nos salvará?

—Resulta que el tiempo que he pasado en el hospital nos ha salido tremendamente caro.

—¿Cuánto?

—No es que sea de tu incumbencia pero, ya que preguntas, te lo digo. La cirugía costó 122.000

dólares, sin contar la anestesia. La estancia en ese elegante hotel de cinco estrellas conocido como Christ Hospital costaba 300 al día. Y luego está la menudencia esa del salario del médico, que son otros 7.000. ¿Sigo?

—¿Y el seguro no te cubre la mayor parte de eso?

—Tu madre y yo no tenemos seguro médico. Hasta ahora ni ella ni yo habíamos tenido ningún achaque grave.

—¡Ay, Dios mío! ¿No tenéis seguro médico? —Liz estaba verdaderamente atónita, e incluso se le ocurrió frenar, pero ¿para qué? Eso no cambiaría nada y, además, llegarían tarde al fisioterapeuta.

—Para que quede claro: si Willie se ofreciese a pagar todas nuestras facturas al instante, no sería incentivo suficiente para soportar su compañía.

A pesar del pánico creciente de Liz, el señor Bennet parecía despreocupado.

—Lydia, Kitty y Mary tampoco deben de tener seguro médico, ¿verdad? Siempre he dado por hecho que estaban dentro del vuestro. —Aunque, ahora que se paraba a pensarlo, se dio cuenta de que igual las hermanas eran demasiado mayores para eso. Al incorporarse de Dana Avenue a la interestatal 71, dijo—: A lo mejor deberías hipotecar la casa.

—Cariño: la casa está hipotecada.

—Yo tenía entendido que el abuelo y la abuela os la vendieron por un dólar.

—De eso hace treinta años, y somos siete en esta familia. Llevo muchísimo tiempo malcriando a tus hermanas y a tu madre.

—¿Cuándo la hipotecaste?

—¿Hará ocho años? ¿Diez? —El señor Bennet pronunció el número con tono neutral, como si

intentase acordarse de cuánto tiempo hacía desde que visitó Europa por última vez.

—¿Tenéis un asesor de inversiones?

—Soy yo el asesor de inversiones.

—¿Y qué hace entonces el señor Meyer?

—Nos lleva las declaraciones de impuestos, y no con demasiado acierto, pero hemos soportado su incompetencia durante tantos años que parece una deslealtad cambiarse con otro.

—Entonces por lo menos habéis ido pagando los impuestos.

—Un dineral.

—¿Cuánto pagáis de hipoteca al mes? ¿Cuántos ahorros os quedan?

—No hay necesidad de que te preocupes por eso, Lizzy.

—¿Y aun así, mamá cree que tengo que salvar a la familia entregándome, como quien dice, a

Willie? Solo como hipótesis: si ahora lo llamo y le digo que he cambiado de opinión, ¿qué? Le

digo: «Y, por cierto, ¿te importa hacerme una transferencia de 100.000 o 400.000 dólares o lo que sea a la cuenta de mis padres»?

—No creo que tu madre lo haya pensado con mucha claridad. Lo que a ella la atrae es la proximidad al dinero de Willie en abstracto.

—¿El plan lo han montado mamá y tía Margo juntas?

—Margo no sabe nada de nuestros apuros económicos, y tus hermanas tampoco, y no se lo cuentes a ninguna. No estoy de humor para melodramas. Pero, sí, a Margo le gusta la idea de que

Willie y tú estéis juntos. Hicieron oídos sordos a mis protestas.

—¿Y qué vas a hacer con las facturas?

—Cuando uno es tan viejo, sabe que los problemas terminan por solucionarse solos.

—Espera: ¿cuándo entra en vigencia tu seguro médico del Estado?

—Al cumplir los sesenta y cinco. Es una lástima que no se me ocurriese programar mi infarto de miocardio hace seis meses, ¿verdad?

Liz suspiró.

—Odio sugerirlo siquiera, pero podríais pedir una segunda hipoteca.

—Ya la tenemos.

De nuevo, su padre dejó caer la información como quien no quiere la cosa; cuando ella lo miró le pareció menos avergonzado de lo que había previsto.

—Caray, papá.

—Yo estaría dispuesto a que un asesino a sueldo acabase conmigo, pero nuestro seguro de vida ha expirado, de modo que no sería de más ayuda muerto que vivo.

—Tiene que haber alguien en el hospital que nos pueda echar una mano —dijo Liz—. Es imposible que seas la primera persona que atienden sin seguro médico. —Su padre se quedó callado y ella añadió—: Porque, corrígeme si me equivoco, pero tenéis que estar prácticamente a punto del desahucio.

—No vale la pena preocuparse.

—Casi estoy pensando que debería salir con Willie.

Con determinación, el señor Bennet dijo:

—Antes nos veamos en la miseria y mendigando por las calles.

## Capítulo 45

Según Jane, Caroline Bingley había descubierto por fin un restaurante de *sushi* en Cincinnati que se adecuaba a sus expectativas y la había invitado a comer allí. «Solo nosotras 2, sin ninguna de tus hermanas», le especificaba en el mensaje que le envió por la mañana y que Liz había leído mientras Jane se duchaba, cosa que la obligó a luchar contra el doble insulto de ser excluida por alguien que no le importaba lo más mínimo.

—Me pregunto si quiere ponerte a prueba como cuñada —le dijo al pasarle a Jane las llaves del coche de su padre.

Si así era, pensó Liz sin verdadero optimismo, a lo mejor Chip era quien salvaba a la familia

Bennet de la ruina económica. Aunque seguía tocada por la conversación con su padre y no encontraba la manera realista de respetar el deseo de este de que le guardase el secreto incluso ante Jane, aquel no parecía el momento idóneo para contársela.

—Estoy más que convencida de que Caroline solo quiere salir por ahí —respondió Jane. Las



miradas de las dos se cruzaron y entonces añadió—: Lizzy, anoche me dijo que me amaba.

—¡Ay, Dios mío! ¡Lo sabía! ¿Y tú le dijiste que también?

Jane pareció tímida, pero complacida. Asintió. Todavía en susurros, dijo:

—Menuda locura, ¿no? Solo hace unas semanas que nos conocemos.

Por debajo de la alegría que sentía por Jane, experimentó una punzada de envidia; Jasper y ella

no se decían que se querían ni después de dieciséis años. Una vez, hacía más de una década, durante una agitada conversación tras meses de no hablarse, Jasper le había dicho: «Te quiero en mi vida», a lo que ella replicó: «Y yo en la mía». Fue un momento espantoso y triunfal que no se repitió.

Liz le dijo a Jane, tratando de sonar desenfadada:

—Cuando lo sabes, lo sabes.

## Capítulo 46

Talia Goldfarb, la directora ejecutiva de *Mascara*, le había enviado a Liz un correo con el asunto

«¿Mujeres osadas?». Un enlace la condujo a un artículo sobre la primera mujer china astronauta

(por lo visto, conocida como «taikonauta») y, debajo del enlace, Talia había escrito: «¿Qué tal la entrevista/K. de Bourgh?».

Tras enviar otro correo más a la publicista de Kathy de Bourgh, Liz buscó los precios de varios

procedimientos médicos y calculó que la factura del hospital de su padre ascendía, redondeando,

a unos 240.000 dólares. Lo siguiente que tocaba, pensó, era encontrar un contrato de hipoteca por algún sitio, determinar cuántos ahorros tenían sus padres y concertar una reunión con alguien del Departamento de Administración del Christ Hospital. Mientras bajaba las escaleras hacia la segunda planta para ver si era buen momento para husmear en el despacho de su padre, le empezó

a sonar el móvil. Se apresuró de nuevo escaleras arriba hacia el escritorio donde había dejado el teléfono, vio que era Jane y lo cogió:

—¿Qué tal la comida?

—Ay, Lizzy —a Jane le temblaba la voz—, me he desmayado en el restaurante y me han traído a urgencias.

—Espera: ¿estás bien?

Se hizo un largo silencio. Entonces, en voz tan baja que Liz apenas pudo oírla, Jane dijo:

—Estoy embarazada.

## Capítulo 47

La primera vez que Liz fue consciente de la bondad excepcional de su hermana mayor fue en 1982, cuando Jane estaba en segundo de primaria y ella en primero. Las fiestas de mayo, celebraciones anuales para los alumnos del Seven Hills, caían en viernes por la noche, a comienzos de mes, y Liz estaba exultante solo de pensar en bailar el *cakewalk*, reventar globos y pescar pececillos en algún puesto.

Jane cogió la varicela una semana antes de las fiestas. A causa del tiempo que tardan en desarrollarse los síntomas, era imposible que se la pegase a Liz, pero alguien se la pegó, y el día de la fiesta mismo le subió la fiebre y le picaba mucho todo el cuerpo. Para entonces, la mayoría de las ronchas de Jane habían desaparecido y, como ya había vuelto a clase, no había motivo para que no fuese a la celebración. Que se prestase a quedarse fue cosa suya por entero, un acto de solidaridad que incluso en aquel momento maravilló a Liz. De haber sido a la inversa, Liz habría ido a la fiesta sin pensárselo dos veces, pero Jane insistió con serenidad y le dijo a su aturdida madre:

—Si Liz se queda en casa, yo también. El año que viene podemos ir juntas —añadió.

Aquella noche, Jane y Liz se comieron un cuenco de helado de menta sentadas juntas en la cama de la última, que llevaba puestos unos guantes blancos de algodón para impedir que se rascase; luego la mayor leyó en voz alta *Sapo y Sepo, inseparables* y a las ocho se durmieron. Pese al frenesí que siguió provocándole la fiesta de mayo a lo largo de los siguientes años, cuando Liz echaba la vista atrás ya de adulta lo que recordaba mejor que cualquier castillo hinchable en el que hubiera saltado o cualquier fruslería que se hubiera comprado era la amabilidad de su hermana.

## Capítulo 48

Por reveladora que fuera, Jane no le había dado la noticia de una manera que invitase a preguntar de más. Se limitó a decirle que se había desmayado un par de minutos y que, aunque estaba segura de encontrarse bien, los médicos querían hacerle un par de pruebas antes de dejarla marchar.

Estaba en el Christ Hospital y había visto un momento a Chip antes de que lo reclamase otro paciente, pero no era él quien la atendía. Caroline seguía con ella. Y Liz no debía contarle nada de aquello al resto de la familia.

—Llego en cuanto pueda —dijo Liz.

Hasta que no colgó no se dio cuenta de que estaba sola en casa y sin coche: Jane se había llevado el Cadillac de su padre para ir a buscar a Caroline, sus padres comían en el club de campo y sus hermanas a saber dónde andaban. Liz se planteó enviarle un mensaje a Mary, a Kitty o a Lydia, pero

decidió que mejor no, porque no se podía confiar en ellas ni en su discreción. A continuación barajó la posibilidad de coger un autobús, pero no se conocía las rutas para nada, así que finalmente pensó en llamar un taxi, que era algo que jamás había hecho en Cincinnati y que

no tenía claro que fuese una solución eficaz. Entonces, decidida, se puso los pantalones de correr, un sujetador deportivo y un *top*. Se ató los cordones de las zapatillas color turquesa y naranja, buscó las gafas de sol, cogió una gorra de béisbol del dormitorio de Kitty, se bebió a tragos un vaso de agua delante del fregadero de la cocina y salió a toda prisa de la casa. Eran poco más de la una del mediodía y estaban a treinta y cinco grados; el Christ Hospital quedaba a siete kilómetros y medio según indicaba su móvil, así que calculaba que tardaría treinta y cinco minutos en llegar.

A diferencia de cuando salía a correr con Jane, Liz cogió el teléfono; se lo incrustó entre la goma de las bragas y la cadera, pero antes de que llegase a la calle ya se le cayó en el caminito de entrada a la casa. Así que lo agarró y enfiló en dirección oeste por Grandin Road, que era la misma ruta que hacían cada mañana las dos hermanas; pasó incluso por delante del club de campo, donde en principio sus padres estarían comiéndose sus seudosaludables ensaladas César.

¿Cuánto costaría la cuota anual del club de campo?, se preguntó.

En Madison Road, en lugar de girar hacia la derecha, dobló a la izquierda hacia O'Bryonville,

dejó atrás las tiendas de antigüedades y las *boutiques*. La atmósfera era pesada y el sol era agresivo, hasta malevolente, podría decirse.

Así que Jane estaba embarazada; Jane estaba embarazada. La pregunta más inmediata era, evidentemente, si aquel desenlace era atribuible al donante de esperma o a Chip. Si se trataba del donante, pensó Liz, Jane lo habría concebido ocho semanas antes, en cuyo caso ¿no lo habría sabido ella? Entonces recordó las dudas de su hermana en lo tocante a Chip, a pesar de su obvia

atracción..., ¿es que ya lo sabía? Y los comentarios sobre mudarse a Cincinnati..., a lo mejor también aquello indicaba su estado, aunque era tan probable que quisiese quedarse allí para criar un niño con Chip como siendo madre soltera, para evitar los gastos y el estrés de Nueva York. En cualquier caso, entre Chip y un donante anónimo, Liz no sabía decir qué era preferible. De ambos supuestos iban a surgir complicaciones, eso seguro.

Al pasar por delante de la iglesia gótica de San Francisco de Sales, donde Liz tomó Woodburn

Avenue con rumbo sur, sudaba como nunca en su vida. No se le escapaba la ironía probable de

desmayarse de camino a ver a la desmayada Jane; y, no obstante, a pesar del calor y de lo fatigados que tenía los músculos de haber corrido ya por la mañana, la adrenalina la mantuvo concentrada. Un bebé... después de tanto tiempo, ¡Jane iba a ser madre de un bebé!

East McMillan, que era la vía pública más ancha y concurrida de las que había recorrido hasta

el momento —había unos cuantos peatones y varios coches—, resplandecía bajo el sol. La gorra

de béisbol de Kitty era azul marino y tenía el logo de la Universidad de Kentucky, aunque nadie de la familia estudiaba allí, y Liz se preguntó si la gorra no le estaría calentando todavía más la cabeza. Se la quitó y la cosa no mejoró a primera vista, de modo que se la volvió a poner al llegar a Reading Road. Se planteó disminuir la marcha y caminar, pero Auburn Avenue no quedaba ya muy lejos, y una vez allí ya habría llegado, casi.

Para cuando divisó el enorme edificio de ladrillo del Christ Hospital, Liz sentía que el tiempo se había desmoronado y que llevaba años corriendo en medio de un golpe de calor. Se le metía el sudor en los ojos por detrás de las gafas de sol y le dificultaba la visión. Echó un vistazo al mapa del móvil y siguió por Auburn Avenue hasta Mason Street, dobló hacia Eleanor Place y llegó a la entrada de urgencias. Justo delante de la puerta automática, dentro ya del vestíbulo, se detuvo y se inclinó, con las manos apoyadas en las rodillas, para recuperar el aliento.

—¿Liz? —dijo una voz masculina, y ella se irguió. Le corría el sudor por las zonas habituales del cuerpo, por las sienes y por la nuca y las axilas, pero también por regiones menos asociadas a la termorregulación, como las rodillas. Se quitó las gafas de sol para restregarse los ojos con el dorso de las manos y un goterón de sudor salió despedido por el aire y fue a aterrizar en el antebrazo de la chaqueta blanca de Fitzwilliam Darcy; ella se percató y tuvo la seguridad de que él también. En un tono a medio camino entre la confusión y la desaprobación, le dijo—: ¿Qué haces aquí?

Solo en aquel instante le pareció extraña y no meramente incómoda su elección de ir corriendo al hospital. Se le antojó difícil no contar la verdad, aunque seguramente no era necesario contarle todo. Aun así, con la respiración entrecortada, Liz dijo:

—Jane se ha desmayado y la han traído aquí, a urgencias. Pero creo que está bien. ¿Qué haces tú aquí?

—Voy a visitar a un paciente. ¿Jane tiene historial de síncope?

—Si eso quiere decir desmayos, no.

—Hoy hace un día muy caluroso. Y no es el mejor momento del día para salir a correr.

—Solo los «mad dogs and Englishmen go out in the midday sun», como dice la canción. Pero es que no había coches en casa. ¿Entro por ahí? —Hizo un gesto hacia la puerta automática.

—Voy contigo —dijo Darcy, y al entrar añadió—: Jane tiene treinta y nueve años, ¿no?

—Sí.

A pesar del resto de aspectos que la preocupaban, Liz no pudo evitar fijarse en que la edad de su hermana debía de haber sido un tema de conversación entre Chip y Darcy.

—Si normalmente tiene buena salud, sospecho que se trata de un síncope por calor —dijo Darcy. Se detuvieron ante un mostrador de recepción y añadió—: Soy el doctor Fitzwilliam Darcy y necesito localizar a una paciente que se llama Jane Bennet.

El recepcionista tecleó un momento en su ordenador antes de responder:

—Habitación 108.

Ni Liz ni Darcy hablaron mientras seguían caminando. Delante de una puerta doble, Darcy acercó a un sensor un distintivo que llevaba colgado al cuello con un cordón y las puertas se abrieron. Entraron en un pasillo amplio y al doblar la esquina vieron a Caroline Bingley, con una expresión tan peculiar (una combinación de risa y cólera, ¿a qué venía aquello?) que Liz tuvo la ocurrencia histérica de que Jane se había muerto.

—¿Está bien? —le preguntó alarmada.

Caroline entrecerró los ojos. Fulminándola con la mirada, le dijo:

—Enhorabuena, tita Liz.

## Capítulo 49

Cuando Liz echó de nuevo la cortina de la entrada a la habitacioncita de su hermana, la vio tumbada en una cama con la cabecera medio levantada. Llevaba un camisón de hospital (Liz no se

esperaba aquel cambio de vestuario, de modo que aquello le confería a Jane un estatus de paciente oficial) y un tubo insertado en una vena en la cara interna de la articulación del brazo izquierdo le dispensaba un líquido transparente. Estaba llorando en silencio casi completo. Los ojos de las hermanas se cruzaron y Jane se llevó un pañuelo de papel a la nariz.

—Ay, Lizzy, ¿qué he hecho?

Liz se subió a la cama al lado de la hermana y la abrazó.

—Apesto, ya te aviso.

Por un instante, Jane pareció olvidar su angustia.

—¿Has ido a *crossfit*?

—He venido corriendo. En casa no había coches. ¿Estás bien? —A Jane le tembló el labio inferior.

Liz añadió—: No te quiero agobiar, pero ¿es de Chip o por la inseminación artificial?

Pasaron unos segundos y luego Jane negó con la cabeza, incapaz de hablar. Tras otra pausa seguida de un hondo respingo, Jane contestó:

—Todo ha sido un caos desde lo de la operación de papá. Cada dos por tres pensaba en ir a comprar un test para saber si la última sesión en la clínica había dado resultado. Entonces conocí a Chip y estábamos tan a gusto juntos que de repente me pareció que tal vez sería mejor no estar embarazada.

—¿Así que no es de Chip?

—Me van a hacer una ecografía para averiguar de cuánto estoy. Todo es posible, supongo, pero hemos usado condón.

—¿Él lo sabe?

Jane suspiró.

—En el restaurante, la médico de urgencias me preguntó si podía estar embarazada y le dije que igual sí, pero sin contarle lo de la inseminación. Evidentemente, Caroline lo oyó y se lo contó a Chip antes de que me diese tiempo a impedirselo. Creo que lo llamó desde el coche mientras

me llevaban en la ambulancia. Así que me vino a buscar y estuvo muy dulce y preocupado. En ese momento no estaba segura siquiera de estar embarazada, porque no me habían hecho los análisis

de sangre, pero pensé que tenía que explicarle lo de la inseminación artificial y se quedó un poco descolocado, y entonces lo llamaron para atender un caso de herida por apuñalamiento antes de

que acabásemos de hablar. De eso hace una hora.

—Caray.

Jane se restregó la nariz con el dorso de la mano y Liz se levantó a coger un pañuelo de una caja en la mesilla.

—Por lo menos a mí no me han apuñalado. Podría ser peor.

—Pues sí —dijo Liz—. Pero tienes derecho a estar molesta, de todas formas.

—Me sentía tan rara en el restaurante, Lizzy. Pensé... nunca me da por eso..., pensé: «Igual pido *teriyaki* en vez de *sushi*». El pescado crudo se me antojaba asqueroso. Pero Caroline sugirió que pidiésemos unos *makis* y yo dije que vale. Cuando trajeron la comida, la miré y solo por el olor vi claro que iba a vomitar. En cambio, de repente me veo en el suelo rodeada de un montón

de camareros mirándome fijamente.

Después de darle el pañuelo, Liz se había apoyado a los pies de la cama.

—Entonces... ¿Tú quieres estar embarazada?

—Quería —le tembló la voz—. Antes de conocer a Chip lo deseaba con todas mis fuerzas.

## Capítulo 50

Teniendo en cuenta la última regla de Jane, la especialista que le hizo la ecografía situó el embarazo entre las nueve y las diez semanas; dado que la interesada sabía con exactitud el momento de la última sesión de inseminación a la que se había sometido antes de salir de Nueva

York, confirmó el cálculo.

—Así que sales de cuentas hacia finales de febrero —comentó Liz—. Un bebé de invierno.

No hizo alusión a Chip, y tampoco lo hizo Jane. Curiosamente, aquel no había vuelto a aparecer por la habitación de la paciente mientras Liz estaba allí, ni Caroline ni Darcy; Liz no recordaba haberse despedido de ninguno de ellos después de verlos en el pasillo.

Hacia dos horas que había llegado corriendo, y el médico de urgencias ya había pasado en su ronda para hacer una última consulta; le preguntó si tenía un obstetra y la animó a tomar vitaminas prenatales; Jane le explicó que llevaba diez meses tomándolas a diario. Cuando le dieron el alta, ambas se dieron cuenta al mismo tiempo de que no tenían coche.

—Vamos a empezar por Mary —dijo Liz—. Es más probable que cierre el pico que Lydia o Kitty.

—No vamos a llamar a ninguna. —La voz de Jane no admitía discusiones—. No estoy preparada para que lo sepan.

Tras unos segundos de vacilación, Liz le preguntó:

—¿Chip podría acercarnos en coche?

—No sale del trabajo hasta las siete. Y le toca hacer informes. —Se estaba poniendo de nuevo su ropa—. Pillamos un taxi, volvemos al restaurante de *sushi* y cogemos el coche de papá. Y no le digas ni una palabra a nadie. En serio, Lizzy: ni siquiera a papá en uno de esos arranques de amor paternofilial de los vuestros. ¿Me lo juras?

—¿Tienes seguro médico?

Jane asintió.

—Pues claro. ¿Me lo juras?

Por un lado, Liz sintió un tremendo alivio; por el otro, seguía teniendo que lidiar con una bancarrota secreta y ahora con un embarazo secreto. ¿Cómo se las habían arreglado exactamente los miembros de su familia para ponerse en aquella tesitura?

—Mis labios están sellados —le respondió.

## Capítulo 51

—Los padres de Chip tienen una casa de veraneo en Maine —dijo la señora Bennet mientras Liz cortaba coliflor en la tabla junto al fregadero de la cocina—. En Boothbay Harbor, que se supone que es esplendoroso. La hermana y el cuñado de Suzy Hickman los visitan allí, y Suzy dice que las vistas son divinas.

—Si quieres echar una mano, lava el cilantro —dijo Liz, y la señora Bennet no se movió de donde estaba.

—Evidentemente, lo normal es celebrar la boda en la ciudad donde se ha criado la novia —continuó—, pero si Maine tiene algún valor sentimental para Chip seguro que otra de las chicas ya se casará en la iglesia de Knox.

—¿Crees que Chip y Jane están pensando en casarse por alguna señal en particular? —le preguntó Liz—. Porque yo no tengo esa impresión.

La señora Bennet pareció ofenderse.

—A ver, ¡si están que beben los vientos el uno por el otro!

—Yo creo que se gustan, pero todavía es muy pronto.

—Yo prefiero que officie la boda un hombre —dijo la señora Bennet—. Es más natural. A Allie Carnes la casó una mujer y tenía una voz superchillona.

Liz había terminado de cortar las dos coliflores; levantó la tabla y echó los trozos en la cazuela.

—Me he fijado en que en la antigua habitación de Jane hay unas cajas sin abrir. ¿Qué hay dentro? —preguntó Liz.

—Son regalos que estoy guardando para Navidad.

Era tentador, aunque malicioso, preguntarle qué futuro agasajado con unas toallas azul marino compartía las iniciales bordadas de su madre.



—He empezado a plantearme qué pasará con papá y tú cuando vendáis la casa. Me preguntaba si podíamos organizar un poco el desbarajuste.

—Ni se nos ocurriría vender la casa —dijo la señora Bennet riéndose—. De aquí vamos a salir con los pies por delante.

Liz abrió la nevera, sacó una bolsa de cilantro y abrió el grifo. Evitando mirar a su madre a los ojos dijo:

—Te das cuenta de que comprar puede convertirse en una adicción igual que el alcohol, ¿no?

No sé si te has planteado alguna vez hablar con alguien.

—¿Pero qué chorrada acabas de decir! Solo porque sea capaz de detectar dónde hay un chollo.

—¿Y si me llevo alguna cosa a una casa de empeños? Platos que no usamos nunca, o igual los muebles de la abuela que están en el sótano. Tú no tienes ni que preocuparte.

—Los armarios de la abuela son muy valiosos. ¿Sabes qué tendrías que estar haciendo en lugar de entrometerte donde no te llaman?

—Déjame adivinarlo: ¿salir con Willie?

—No sé dónde vas a encontrar a alguien mejor que Willie.

Desde que Liz era adolescente, cuando veía anuncios de televisión que celebraban el supuesto amor incondicional que las madres profesaban a sus hijos, o al ver artículos en las tiendas que ensalzaban ese vínculo único con poemas o efusivas declaraciones (marcos de fotos, imanes, manoplas para el horno), se había sentido como una estudiante de intercambio que observara las costumbres de un país extranjero. Pero, si Liz no tenía una relación de intimidad con su madre, tampoco la consumía el resentimiento que había detectado en algunos amigos. Su madre había sido correcta: muchas veces irritante, pero jamás agresiva.

Liz cerró el grifo y sacudió el agua del cilantro. Demostrando tan poca emoción como le fue posible dijo:

—Que no se te olvide: no todo el mundo se casa, y sacar el tema continuamente no aumenta las posibilidades para ninguna de nosotras. Willie no me interesa para nada.

El tono de la señora Bennet fue más pensativo que intencionadamente cruel.

—No tienes ni idea de la suerte que has tenido de que alguien así esté dispuesto a quedarse contigo.

## Capítulo 52

Jane solía marcharse al apartamento de Chip después de cenar, pero aquella noche se quedó a ver la televisión con Liz, Kitty y su madre en la salita. Cuando entró en la habitación, la señora Bennet levantó la mirada del catálogo que hojeaba y dijo:

—¿Es que Chip trabaja esta noche, cariño?

Jane asintió, y aunque no hubiese sabido que el turno de Chip terminaba a las siete, Liz habría sabido que mentía.

Unos minutos más tarde, mientras Kitty y la señora Bennet discutían sobre si era más probable que a la prostituta del telefilme judicial que estaban viendo la hubiese degollado su exmarido o su chulo, Liz le susurró a Jane:

—¿Sabes algo de él?

Preocupada y también en un murmullo, la hermana le contestó:

—Me ha llamado, solamente.

—¿Y?

—Pasado mañana comemos juntos.

El plan no le sonaba prometedor..., la formalidad, el tiempo de por medio.

—¿Le has dicho de cuánto estás?

Jane asintió.

Entonces era consciente de que el bebé no era suyo, pensó. Y no pensaba hablarlo con Jane hasta pasadas cuarenta y ocho horas.

Jane no se quedó más de veinte minutos en la salita y luego se fue a la cama antes de que terminase la película; por lo visto no le picaba la curiosidad por enterarse de que el crimen, tal y como sospechaba la señora Bennet, lo había cometido el exmarido de la prostituta.

## Capítulo 53

Al día siguiente, cuando sonó la alarma del móvil de Liz, Jane le dijo, con lo que le pareció modorra

fingida:

—Hoy voy a pasar de correr.

Aunque, por lo que sabía, su hermana tenía náuseas matutinas; es más: no sabía en qué momento del embarazo se desaconsejaba el ejercicio intenso.

Después de ir al lavabo y cambiarse de ropa, Liz se detuvo en la puerta de su dormitorio de niña y miró a su hermana. Las cortinas seguían cerradas, pero ya había amanecido y el cuarto estaba más bien iluminado. Pensó en preguntarle si necesitaba cualquier cosa, pero la respiración de Jane era tan profunda y regular como si de verdad se hubiese quedado de nuevo dormida.

## Capítulo 54

Liz se encontró con el señor Bennet en el despacho. Con la pantalla del ordenador oculta a su vista, como de costumbre, a Liz se le ocurrió que siempre le había concedido a su padre el beneficio de la duda, dando por hecho que cuando se encerraba allí era porque estaba inmerso en

cuestiones tediosas pero necesarias, con una atención constante, y en cierto modo masculina, al bienestar de la familia.

Cerró la puerta tras de sí y dijo:

—Tienes que vender la casa. He visto por internet que los Ellebrecht vendieron la suya por 1.800.000 dólares en marzo. ¿Sabes si renovaron la cocina?

El señor Bennet la miró con sorna.

—Le has estado dando vueltas.

—Pongamos que sacas 1.200.000 por la casa, que evidentemente es un cálculo muy aproximado.

Pagas las facturas del hospital, compras un apartamento de unos 300.000 (yo creo que por ese precio puedes encontrar uno con dos o tres habitaciones en Hyde Park), te planteas un presupuesto para gastos y lo cumples a rajatabla. Ah, y me da igual lo que pienses de la sanidad de Obama: mamá y tú necesitáis un seguro de inscripción abierta que debería comenzar a principios de octubre.

—Tu madre no me va a dejar vender la casa.

—No creo que tengas otra opción. ¿Los coches los tienes en propiedad o en *leasing*?

—¿Y qué hago con las gandulas de tus hermanas?

—Tú mismo estás siempre diciendo que ya va siendo hora de que abandonen el nido, y tienes razón. No tienen excusa para no trabajar. ¿Cuánto es la cuota anual del club de campo?

—Tu madre preferiría beber estricnina antes que dejar el Club de Campo de Cincinnati. —El semblante del señor Bennet se volvió travieso—. ¿Le ofrecemos un poquito?

—¿Estoy pasando por alto algún otro gasto relevante? —preguntó Liz—. Las joyas de mamá deben de valer algo, ¿no? Y luego está ese retrato de no sé quién del recibidor.

Aparentemente asombrado, el señor Bennet dijo:

—Cariño, mira que tienes sangre fría.

—Estoy convencida de que os aliviará vivir en un sitio más pequeño sin tanto trasto. ¿Prefieres algún agente inmobiliario que ya conozcas o alguien que no pertenezca a vuestro círculo social?

—Si tu madre y yo viviésemos en un sitio más pequeño, tendríamos que vernos el uno al otro.

—Las facturas del hospital: ¿has hecho algo con ellas? ¿Has llamado a alguien?

Se quedaron mirándose en silencio unos segundos.

—Dámelas y yo organizo una reunión y te acompaño —dijo Liz—. La situación no va a mejorar a fuerza de ignorarla.

## Capítulo 55

La conversación entre Chip y Jane no había ido bien. Aunque él no la había acusado directamente de engañarlo, había puesto en duda que estuviese embarazada por inseminación artificial y no por un encuentro más tradicional en Nueva York, que era casi lo mismo. No es que, le dijo a Liz, mostrase una crueldad oculta hasta el momento; seguía dando la impresión de comportarse, pero ya no estaba colado por ella. «No soy idiota; tampoco es que pensase que eras virgen antes de conocernos», le había dicho.

Cuando Jane insistió en que no había absolutamente ninguna probabilidad de que su embarazo proviniese sino de la inseminación, él le contestó: «Entonces no sé por qué no me contaste que estabas intentando tener un bebé por tu cuenta. ¿Cómo te has guardado un secreto tan importante?». Y esa pregunta, tenía que reconocer Jane, era justa.

Aquel diálogo había tenido lugar en un restaurante del centro, adonde Jane había ido con su coche, cosa que, le contó a Liz, ya le daba una idea de por dónde iban a ir los tiros: en lugar de recogerla, Chip había quedado con ella en un sitio público para romper.

—¿Y ha roto contigo?

—No con esas palabras. Pero aseguró que era mala noche para pasar por su casa, porque tenía que charlar de algo de trabajo con Caroline. Y al despedirnos me besó en la frente. —Liz se dio cuenta de que su hermana se esforzaba por no echarse a llorar—. Dijo que le costaba digerir la noticia y que a lo mejor necesitaba unos días. Pero, Lizzy, estoy convencida de que se ha acabado, y no se lo reprocho.

Eran más de las nueve de la noche cuando Jane le contaba esto, y las dos hermanas estaban de pie en el sótano de la casa de estilo Tudor. En lugar de ver la televisión en la salita, Liz había decidido explorar la selva subterránea a la que normalmente no descendía salvo para poner una lavadora o coger comida de una nevera que tenían allí; la sala en la que estaban aquellos aparatos estaba bien iluminada, pero otros tres cuartos de la planta eran trasteros casi impenetrables para toda clase de desperdicios de la familia. Jane la había encontrado en el más grande de los cuartos atestados.

—Tendría que habérselo dicho desde el principio —comentó Jane—. Pero supongo que estaba esperando a que no saliese bien la cosa o a que se enamorase tan perdidamente de mí que no le importase el hecho de que esté preñada.

—Es buen tío. Seguro que se dará cuenta de que esto no es algo que no pueda superarse.

—A lo mejor. —Jane señaló un sombrero de bruja con una polvorienta cinta de terciopelo naranja alrededor—. ¿Eso no es de mi disfraz de Halloween de cuarto?

—Y mira esto. —Liz cogió el sombrero y descubrió una mesa estrecha de mármol con unas patas curvadas que terminaban en pezuñas de ciervo que en su época ocupaba el salón de su abuela por parte de madre—. ¿Te acuerdas del miedo que le daba esto a Mary?

—¿Qué haces aquí abajo? —le preguntó Jane.

—Bueno, ya sabes. Buscando en el baúl de los recuerdos.

## Capítulo 56

Liz estuvo en el sótano hasta pasada la medianoche, aunque a medida que la fatiga fue apoderándose de ella experimentó un desasosiego al mirar a su alrededor y darse cuenta de que

sus esfuerzos solo habían conseguido que la sala tuviese peor aspecto, si acaso. Había estado intentando clasificar los objetos en categorías amplias (vajilla, equipamiento deportivo,

decoraciones festivas) y le salió bien hasta cierto punto, porque iba ocupando el ya de por sí escaso espacio despejado del suelo. Además, encontró un montón de arañas, no todas muertas.

Luego se ocuparía de aquel desastre, pensó, y apagó tres interruptores de la luz y subió las escaleras en dirección a la cocina. No se dio cuenta hasta el último instante de que Lydia y Ham estaban besándose con avidez al lado de los fogones. Ellos se percataron de su presencia al mismo tiempo, se separaron de golpe y Lydia exclamó en tono acusador:

—¡Joder!

—Perdonad, estaba en el sótano.

—Ey, Liz —dijo Ham.

Lydia gruñó:

—¿Y qué hacías allí?

Ay, pensó Liz, quién tuviera veintitrés años y pudiese darse el lote de aquella manera que te dejaba los labios hinchados y el carmín corrido. No es que Lydia fuese inocente ni por asomo,

pero aun así..., la manera de su hermana de besar a su nuevo novio en la cocina de sus padres mientras estaban todos dormidos la puso melancólica.

—Estaba intentando organizar un poco la basura y ahora me voy a la cama. Ey, Ham.

—He leído algunos artículos tuyos en internet —comentó Ham—. El de Arabia Saudí es fascinante.

—No hace falta que le hagas la pelota —dijo Lydia.

Ham se rio.

—¿Te crees que porque a ti te dé igual lo que sucede en Oriente Medio a los demás tampoco debería importarnos? —Mirando a Liz le preguntó—: ¿Cuánto tiempo estuviste por allí?

—Diez días. Y gracias.

—No te molestes en tirarle los trastos —intervino Lydia—. Tiene un novio casado del que se piensa que no sabemos nada.

Ham sonrió a Liz (su compostura la hizo convencerse casi de que aquel comentario no era para tanto), se inclinó sobre su hermana y le besó la nariz. Le dijo:

—Aun a riesgo de alentarte, te diré que te pones muy guapa cuando estás celosa.

## Capítulo 57

Curioseando en sitios web de agencias inmobiliarias de la zona, Liz descubrió que, por lo visto, un antiguo compañero de clase del Seven Hills llamado Shane Williams estaba triunfando vendiendo casas de y a los habitantes de Cincinnati, varios deportistas profesionales entre ellos; algunos jugadores de los Bengals y de los Reds daban testimonio escrito de las aptitudes de Shane. Si bien Hyde Park no parecía ser la zona principal en la que el hombre desempeñaba su

trabajo, había vendido un puñado de propiedades a pocos kilómetros de la casa de estilo Tudor.

Liz recordaba con cariño a Shane; había sido afectuoso y extrovertido no solo en el instituto, sino también las tres o cuatro veces que se habían cruzado cuando andaban por la veintena, la vez que organizaron una reunión de alumnos la noche antes de Acción de Gracias.

Sin embargo, a pesar de las credenciales profesionales y el encanto personal de Shane, Liz no

estaba segura de que debiese contactar con él. El motivo de que no estuviese segura era que Shane era negro y su madre era racista. Igual que su antisemitismo, el racismo de la señora Bennet era en plan de charla y de dejarlas caer. No cometería la estupidez de afirmar que la gente negra era menos inteligente u honesta que los blancos, pero le decía a Liz sin reparos que no comprase en el Kroger de Walnut Hills porque estaba «sucio», y una vez que Liz le propuso regalarle para Navidad un jersey de cachemira a Mervetta, la señora Bennet dijo: «La madre de Dios, Liz, Mervetta no va a saber apreciar la cachemira».

Liz estaba bastante segura de que en casa de sus padres jamás había entrado un adulto negro en

calidad de visita. A lo largo de los años, algún hombre negro había arreglado el lavavajillas rebelde y las bombas quemadas del aire acondicionado, había limpiado su porquería y pavimentado de nuevo el camino de entrada; y, durante más de una década, Mervetta se había presentado cada viernes a las ocho de la mañana en la casa de estilo Tudor para aspirar la moqueta y limpiar los váteres. Pero, para visitarlos simplemente, allí solo se había invitado a chiquillas negras, compañeras del Seven Hills, por algún cumpleaños o «pijamada». Y, tanto si Liz llamaba

a Shane como si no, aquello no iba a cambiar, porque también él sería un empleado.

Aunque, desde luego, contratar al tipo de agente inmobiliaria blanca, mujer, de mediana edad

que sus padres podrían cruzarse en el club de campo era mala idea y probablemente terminaría

convirtiendo la situación económica en la que se encontraban los Bennet en la comidilla del momento. Evidentemente, había tal abundancia de agentes inmobiliarias blancas, mujeres y de mediana edad que Liz podía encontrar a una que no perteneciese al club de campo de sus padres,

pero le gustaba la idea de trabajar con alguien conocido.

¿Acaso era una ilusa por pensar que la predecible incomodidad de su madre por la raza de Shane se vería eclipsada por la todavía mayor incomodidad de tener que mudarse? Sé tú el cambio

que quieras ver en el mundo, pensó; y escribió a su antiguo compañero de clase un correo electrónico.

## Capítulo 58

Jane se pasó varias mañanas más sin salir a correr y, al cuarto día, cuando Liz subió de nuevo a la habitación después de desayunar, aquella seguía tumbada en la cama. Atravesó el dormitorio para ducharse y cuando salió del baño se vistió en silencio. Cuando Jane habló, sin embargo, sonó como si llevase un rato despierta.

—¿Me vas a odiar si regreso antes de tiempo a Nueva York?

Liz se volvió.

—Claro que no. Igual tienes que ir a ver al obstetra, ¿verdad?

—La verdad es que no hacen demasiadas pruebas hasta pasado el primer trimestre, aunque conmigo tal vez lo hagan, por la edad.

—No estarás pensando en... —Liz se detuvo y reformuló la pregunta—: ¿Te estás planteando, mmm, acabar?

—No hago más que esperar que Chip me mande un mensaje. Fantaseo con la idea de que me invite a volver.

—Yo creo que tendrás noticias de él —dijo Liz, aunque, a medida que transcurrían los días, su optimismo sobre qué le quedaba por decir había disminuido.

—Yo quería tener un bebé de verdad, en serio —dijo Jane—. Era lo que más deseaba en el mundo. Y ahora... —No terminó la frase.

—Pero a Chip lo conoces y al bebé todavía no. Estoy convencida de que tu bebé nos parecerá encantadorcísimo, pero una idea abstracta lo tiene difícil para competir contra alguien con quien sales. —Liz cogió una pulsera de cuentas de encima del escritorio y añadió—: Llevo tiempo queriéndote decir que encontré una web de una organización que se llama Sola Pero En Compañía. Es para mujeres que deciden tener hijos por su cuenta.

Jane sonrió con tristeza.



—Llevo dos años pagando mi cuota. No le has contado nada a mamá, ¿verdad?

—No, por Dios. —Que Jane no podría guardar su secreto indefinidamente era algo que Liz daba por hecho. Y su deseo de marcharse de Cincinnati era enteramente comprensible, aun cuando la idea de quedarse allí sin ella le resultase descorazonadora. Mientras se deslizaba la pulsera en la mano izquierda, pensó en el año que Jane se quedó sin fiestas de mayo porque ella

tenía la varicela. Liz dijo completamente en serio—: Sea lo que sea lo que quieras hacer, yo te apoyaré.

## Capítulo 59

Una vez más, el olor a pintaúñas condujo a Liz hasta Kitty; esta vez, estaba pintándose unas complicadas rayas negras de tigre en los dedos con un fondo naranja rojizo.

—Parece que Lydia y Ham van en serio, ¿no?

Kitty sumergió el pincel de nuevo en el frasquito del pintaúñas negro y contestó:

—Pregúntale.

—¿Podrías proponerle que lo invitase a cenar en casa? Creo que Jane y Chip lo han dejado y conocer a Ham a lo mejor amortigua el golpe para mamá.

Concentrada aún en sus uñas, Kitty replicó:

—Si quieres hacer feliz a mamá, cástate con Willie.

—Ham parece buena gente, pero si le digo a Lydia que lo invite se negará solo por fastidiarme.

Kitty levantó la mirada.

—¿Conoces a Ham?

—He hablado un par de veces con él. ¿Por qué?

—Hay cosas de él que te sorprenderían.

Pese a la expresión engreída y esquiva de su hermana, a ella le daba lo mismo. Aun así, preguntó:

—¿Como qué?

Kitty se encogió de hombros.

—Cosas; nada más.

—¿Es un capullo, en realidad?

—No.

La verdad es que Kitty parecía irritablemente complacida consigo misma. En parte por cambiar de tema y en parte porque era verdad, Liz señaló con un gesto las uñas y le dijo:

—¿Te has planteado hacer esto en plan profesional? Se te da realmente bien.

El semblante de Kitty se volvió adusto.

—Mira que eres condescendiente.

—Kitty, trabajo en una industria donde a los mejores maquilladores y estilistas se les trata como a estrellas del rock. No es que esa clase de carreras sean la norma, pero seguro que una persona normal puede ganarse un buen salario. —O, como mínimo, una persona normal seguro que podía ganarse algún tipo de salario.

Kitty miraba a Liz dubitativa.

—¿Por qué han roto Chip y Jane?

—No estoy segura de que quieran las mismas cosas.

—¿La ha dejado él?

—Todavía no lo han dejado oficialmente, pero creo que es una cosa mutua.

Por un momento, Liz tuvo la tentación de preguntarle a Lydia si lo que había dicho varias noches antes en la cocina era verdad: que toda la familia estaba al tanto de lo de Jasper. Tenía que llegar a Cincinnati a la semana siguiente, y a medida que se acercaba el día Liz había ido comprendiendo lo raro que era ocultar su presencia a los suyos. Aunque, desde luego, sería mayor la extrañeza de verlo entrar en la casa de estilo Tudor, algo que no tenía planeado en absoluto. Por lo menos conocería a Charlotte; para la segunda de las noches que Jasper iba a pasar en la ciudad, Liz había reservado mesa en Boca; Jane también iría con ellos, si es que todavía andaba por allí.

En cualquier caso, si le preguntaba a Kitty sobre Jasper eliminaría cualquier duda, y pondría sobre la mesa el hecho de que no había hablado con franqueza con sus hermanas pequeñas por una cuestión de diferencia de edad, de geografía y de temperamento. En cierto modo, se conocían

bien las unas a las otras, identificaban los hábitos y preferencias de las demás; y, sin embargo, podían pasar años sin que charlasen de nada sustancial.

—A Chip le vino una vez un paciente con un limón atascado en el culo —le dijo Kitty—. ¿Lo sabías?

—No se me ocurre qué preguntas llegaste a hacerle para sacar tal información.

Kitty sonrió con sorna.

—Igual es que estaba orgulloso de haber sido capaz de sacárselo.

## Capítulo 60

Cuando Liz salía con su padre del centro de rehabilitación después de la visita con el fisioterapeuta, le vibró el móvil y recibió un mensaje de Jane confuso y sin puntuación: «Marcha Chip».

Era imposible llamarla delante de su padre; cuando cogieron la 71 en dirección sur, el señor Bennet dijo:

—Párate en la lonja, por favor. Me apetecen unas ostras.

Liz sabía que se refería a las ahumadas, e intentó recordar si eran sanas o no. Dijo:

—Un antiguo compañero mío del instituto es agente inmobiliario y puede venir a echarle un vistazo a la casa con discreción. ¿Qué te parece?

—Pongamos que digo que no... ¿A qué hora llegaría el susodicho?

Si la situación no fuese tan urgente, Liz se habría sentido avergonzada.

—Mañana está libre a la hora que mamá va a una reunión de la Liga Femenina.

—Mira tú qué casualidad.

En el aparcamiento de la lonja, Liz añadió:

—¿Puedes ir tú solo?

—Ay, Señor. Que no soy un niño de teta.

—Lo digo por si vas a necesitar que te lleve algo.

Liz observó a su padre dirigirse hacia la entrada trasera de la tienda, llamó a Jane y le preguntó:

—¿Adónde se marcha?

—A Los Ángeles. —Jane parecía más desconcertada que preocupada—. ¿Recuerdas que te dije que *Tal para cual* estaba preparando un programa de reencuentros? Al final ha decidido participar.

—¿El hospital le ha dejado coger una excedencia?

—No lo sé. Me envió un mensaje y ya está.

La desagradable sensación de que los peores temores de Jane respecto a Chip estaban confirmándose invadió a Liz.

—Menudo bicho raro —le dijo a su hermana—. Lo siento, pero ¿quién deja su trabajo (su trabajo de médico de urgencias) después de menos de tres meses? ¿Me reenvías el mensaje?

—Espera.

A los pocos segundos apareció la burbuja gris en el móvil de Liz. «Ey quiero decirte que me voy a LA hoy para lo del Talparacual de reencuentros. No se si la medicina es lo mio. Ha sido genial conocerte eres una persona muy especial».

Liz volvió a ponerse el móvil en la oreja y dijo:

—¿Esto es coña o qué?

—Debía de ir con prisas —respondió Jane.

—Como si tenía el pelo en llamas. Esto es de vergüenza ajena.

—Quiero compadecerlo; no me gusta estar enfadada. —El tono de Jane se endureció.

—Jane, hasta un yogui se cabrea cuando se da el caso de que su novio carece de las más mínimas habilidades comunicativas.

Liz vio que su padre salía de la tienda con una bolsa de plástico.

—Ya sé que tengo derecho, pero no quiero —dijo Jane.

—Bueno, desde luego, estás mucho mejor sin él. —Con qué rapidez su opinión favorable hasta el momento se estaba echando a perder, cuántos detalles desfavorecedores antes pasados por alto blandía ahora como prueba de la visión opuesta: el trato de Chip había sido agradable, sí, pero claramente narcisista e inmaduro; no se había tomado en serio ni la medicina ni a su hermana—.

Papá y yo estaremos en casa dentro de cinco minutos. ¿Quieres que vayamos a Graeter's y ahogemos nuestras penas en helado de moca con virutas?

Cuando el señor Bennet abrió la puerta del copiloto, Jane contestó:

—Espero que sepas lo mucho que valoro tu apoyo, Lizzy, pero ahora creo que ha llegado la hora de marcharme de Cincinnati.

## Capítulo 61

Liz había concertado la visita de Shane Williams a la casa de estilo Tudor para la una en punto; mientras tanto, su padre, aunque a regañadientes, convino en pedirle a Mary que lo llevase a la Biblioteca Mercantil; y con el pretexto de la consideración fraternal, Liz le había programado a Jane un masaje prenatal. No había contado con Lydia ni con Kitty, pero era muy improbable que estuviesen en casa a mediodía.

Shane estaba más o menos como Liz lo recordaba: en forma, pijo, alegre y locuaz. Después de abrir la puerta principal de la casa de estilo Tudor e inclinarse hacia delante para darle un abrazo lanzó una mirada a su mano izquierda y se fijó en que no llevaba anillo. Teniendo en cuenta su profesión, no era disparatado suponer que fuese gay. Sí, había sido el acompañante del baile de fin de curso de su amiga Rachel en 1993, pero en aquellos tiempos no es que la gente fuera saliendo del armario, precisamente, ni siquiera en un centro progresista como Seven Hills.

—Si llega alguien podemos fingir que hemos quedado para ponernos al día —le dijo Liz—. Ya te comenté por teléfono que mi padre no le ha dicho a mi madre que tienen que mudarse.

Liz era consciente de que aquella franqueza a propósito de los apuros económicos de la familia desagradaría a su madre, pero no podía permitirse actuar con más discreción.

—Es una casa muy bonita —dijo Shane.

De camino a la sala de estar, Liz le preguntó:

—¿Cómo te han tratado estos últimos veinte años?

Shane se rio.

—No me puedo quejar. —Señaló con un gesto la mancha de humedad de la pared—. ¿Esto de dónde sale?

—Tiene muy mala pinta, ¿verdad? Llevo tiempo queriendo llamar a un albañil para que me lo solucione.

—Ya que estás, podrías plantearte pintar esta habitación. Si usas un color unos cuantos tonos más claros el espacio ganará brillo. Un gris pálido o un crudo, tal vez.

Mientras Shane decía aquello, Liz se dio cuenta (¿cómo es que nunca se había fijado?) de que las paredes eran de un color mostaza poco atrayente.

—Si cambias el cuadro que hay sobre la repisa de la chimenea por un espejo también aumentarás la claridad.

Liz se sacó el móvil del bolsillo y anotó las sugerencias mientras pasaban del salón al vestíbulo para entrar en la salita de la televisión y luego al comedor. En la cocina, dijo:

—Por desgracia, dado que el objetivo es vender rápidamente, no creo que mis padres estén dispuestos a meterse en una reforma completa de la cocina.

—Por lo menos es muy espaciosa —dijo Shane—. A los compradores ahora les gustan las cocinas así.

En las plantas superiores los consejos fueron similares: pintar las paredes, despejar de cacharros, arreglar cualquier cosa visiblemente rota (como la puerta corredera del cuartito de baño del dormitorio de Mary, que llevaba por lo menos una década sin cerrar del todo). En la habitación de Kitty, Liz dijo:

—Por si no queda claro, mis tres hermanas viven aquí. No tengo claro si es cosa de la generación *boomerang* o de su inmadurez personal, pero básicamente...

Antes de que le diese tiempo a acabar la frase, un bulto se alzó del revoltijo de sábanas y almohadas de la cama doble y tomó la forma de la mismísima Kitty. Con ojos soñolientos y el

pelo enmarañado, aunque desplegando su evidente belleza natural, Kitty escrutó a Liz y a su invitado.

—¿Qué hacéis en mi cuarto? —Señaló a Shane—: ¿Quién eres tú?

Incómoda, Liz respondió:

—Es mi amigo Shane. No me he dado cuenta de que estabas aquí.

—Shane Williams —intervino el otro con cortesía, y la saludó con la mano—. Un placer conocerte.

Kitty se puso en pie, por lo visto sin darse cuenta de que solo llevaba encima una camiseta y unas bragas a rayas rosas. Le clavó la mirada a Liz.

—Yo no soy inmadura.

—No me refería a ti. ¿Sabes qué? Vamos a dejarte algo de intimidad.

Liz guio a Shane apresuradamente hacia la tercera planta y luego al sótano.

—Prepárate para lo peor —le dijo mientras bajaban al piso más bajo de la casa de estilo Tudor.

Y Shane le contestó:

—Te sorprendería saber las cosas que he llegado a ver.

De nuevo en el recibidor, Liz le preguntó:

—Sé completamente sincero. ¿Cuánto crees que pueden sacarle mis padres?

—Hyde Park siempre está solicitado, y esta es una de las calles principales. Pero no voy a mentirte: tus padres tendrían mejores ofertas si arreglasen un poco todo esto.

—Pero un millón al menos sí lo vale, ¿no? Pese a las condiciones en las que se encuentra.

—Pongamos que os ponéis a despejar de trastos todo como locos. Porque si no va a ser un suicidio. Pero, si no hay más remedio y no hacéis nada más, pues sí, yo diría que es razonable pedir un millón. O tal vez lo tasemos en 1.100.000 para ver si así aseguramos un millón justo.

—¿Estás intentando vender la casa? —dijo Kitty, y Liz levantó la vista y vio a su hermana en las escaleras; aunque habían pasado quince minutos desde el último encuentro, Kitty seguía en camiseta y bragas—. ¿Mamá y papá lo saben?

Liz y Shane intercambiaron miradas.

—Se están haciendo viejos, Kitty. No pueden quedarse aquí para siempre.

—No vamos a hacer nada sin el consentimiento de vuestros padres —le dijo Shane—. Ten... —

Subió unos peldaños y le dio a Kitty una tarjeta—. Cualquier pregunta que se te ocurra, lo que sea que quieras comentarme, me llamas, las veinticuatro horas del día.

Kitty echó un vistazo a la tarjeta, luego miró a Shane y a Liz.

—Shane y yo estudiamos juntos en Seven Hills. No es que lo acabe de conocer.

—Ahora tengo que enseñar una casa en Sycamore —intervino Shane—, pero, Kitty, en serio, no tengas reparos. —¿Le estaba tirando los trastos a su hermana?, se preguntó Liz—. Liz, tú y yo podemos charlar más tarde o mañana.

—No le cuentes nada a nadie, por favor —le dijo Liz a Kitty después de que Shane se hubiese marchado—. Estoy haciendo lo que me toca.

—Pero aquí vivimos felices. —La expresión de Kitty era malhumorada—. No es justo que nos eches a la calle y luego te vuelvas a Nueva York.

## Capítulo 62

«Tengo q hablar contigo. Tienes un minuto?», decía el mensaje de Charlotte.

—¿Qué pasa? —le preguntó a su amiga al teléfono.

—Espero que no te parezca una salida de tono —empezó Charlotte, y Liz detectó en su tono satisfacción y puro nerviosismo a un tiempo—. Yo misma estoy sorprendidísima. Pero ahí va: la semana pasada, después de que saliésemos de copas tú y yo, le envié un correo a Willie. En plan: «Ey, me he enterado de que la visita a Cincinnati se ha torcido un poco al final; espero que estés bien». Él me responde enseguida y me pregunta si puede llamarme, y yo le digo que claro.

Terminamos charlando hasta las cuatro de la madrugada. A la noche siguiente, lo mismo. Para resumir: me ha invitado a ir a verle este fin de semana.

—Hablamos de mi primo Willie, ¿no? ¿Ese Willie?

—Sí. Ese Willie.

—No deberías sentirte mal por él. Willie es mayorcito.

La voz de Charlotte se replegó, en cierto modo.

—No me siento mal por él.

Como si no fuese consciente del repliegue, como si aquella conversación no estuviese adquiriendo tintes profundamente extraños, Liz le preguntó:

—¿Cómo tenías su dirección de correo?

—Nos dimos las tarjetas la noche de la cena en casa de Chip.

Algo que por sí solo, a la luz de lo que había ido sucediendo después, se le antojaba repentinamente sospechoso. En aquella inesperada asociación de Charlotte y Willie, Liz notaba

algo desagradable, una conciencia, aumentada de manera desagradable, de su propio desagrado. Si

Charlotte estaba contenta, y desde luego sonaba a que así era, ¿no debería alegrarse por ella?

—Evidentemente, puedes hacer lo que te apetezca, pero ¿no crees que es un zumbado de las maquinatas?

Con frialdad, Charlotte replicó:

—No, no lo creo.

—No digo zumbado en plan idiota. Es muy listo. Solo que, no sé..., es tan estrafalario. ¿No crees?



Estaba empeorando las cosas y se dio cuenta sobre la marcha, pero es que ¿Charlotte y Willie?

¿En serio?

—Tengo que prepararme para una reunión —dijo Charlotte—. Te agradecería que no se lo comentas a tu familia.

¿Por qué era ella la receptora de todas las confidencias? Quiso decir algo halagador sobre Willie, pero no se le ocurría nada. Al colgar, Liz se quedó perpleja, apretó el puño izquierdo y se mordió los nudillos.

## Capítulo 63

En la tercera planta, Jane estaba en posición de combate, la pierna izquierda estirada y adelantada y los brazos flexionados. Dejó caer las manos a ambos lados del cuerpo con gracilidad al entrar

Liz en el dormitorio y dijo:

—Amanda y Prisha quieren contratarme como monitora de yoga particular y me han pedido que me vaya a vivir con ellos todo el tiempo que quiera, incluso después de que nazca el bebé.

Aunque Liz sintió cierta consternación, el plan tenía sentido: Amanda era una compañera de universidad de Jane; había hecho una fortuna tras graduarse en Barnard invirtiendo en fondos de alto riesgo antes de abandonar la vida empresarial de Manhattan por la apicultura recreativa y una lucrativa asesoría a larga distancia y a media jornada en el Hudson Valley. La mujer de Amanda, Prisha, era una profesora de Lengua de instituto, y vivían con su hijo de ocho años, Gideon, en una bucólica finca de dos hectáreas a dos horas de la ciudad.

—¿Piensas contarle a mamá y a papá que estás embarazada antes de marcharte? —le preguntó.

Jane negó con la cabeza.

—Primero quiero acabar de asumirlo.

Liz suspiró.

—Bueno, pues tengo que contarte una cosa. Resulta que mamá y papá están de deudas hasta el cuello. —Jane la miró con cara de espanto—. Lo sé, pero es lo que hay; y no les queda otra que vender la casa. No tienes que preocuparte, pero, si contabas con pedirles dinero prestado a corto plazo, mejor pídemelo a mí. Concéntrate en cuidarte. Te lo cuento porque a lo mejor es la última vez

que estás en esta casa.

—Me siento fatal. No tenía ni idea.

—Porque se supone que no tenías que enterarte. Ninguna de nosotras. ¿Te has comprado ya el billete de avión a Nueva York?

—Para dentro de una semana. ¿Me voy a perder la visita de Jasper?

—Lo siento, pero no vas a tener tanta suerte. Llega mañana miércoles. —Liz se apoyó en su escritorio y cruzó los brazos—. Y, no te lo vas a creer, pero Charlotte y el primo Willie han estado hablando por teléfono y ahora creen que están enamorados y ella va a ir a verle.

Liz esperaba que Jane reaccionase con desagrado o con sorna, pero la hermana siguió tranquila.

—Los veo como pareja —comentó.

## Capítulo 64

Tras aparcar en el piso 3 del garaje del Christ Hospital, Liz y su padre subieron las escaleras mecánicas a la planta A, donde el señor Bennet le preguntó a una mujer en el mostrador de recepción dónde estaba la oficina de administración.

—El Departamento de Contabilidad es por ahí. —Señaló Liz.

—Venimos a ver a Dick Lucas.

—Pero tenemos cita con un asesor financiero que se llama Chad Thompson.

El semblante del señor Bennet era pensativo.

—Me incomoda que un hombre se llame Chad.

—¿El doctor Lucas nos espera?

Según sabía Liz, Lucas tenía un puesto de carácter ejecutivo en el hospital, aunque no acababa

de entender en qué consistía exactamente. Se preguntó si estaría enterado de lo del viaje de Charlotte a Palo Alto para visitar a su primo Willie.

—Te aseguro que Dick no nos dejará en la estacada —le dijo el señor Bennet.

Y así fue, realmente. En la oficina de administración el señor Bennet dio su nombre a la recepcionista y en menos de un minuto el doctor Lucas apareció en la sala de espera de traje gris, con una corbata amarilla salpicada de un dibujo de minúsculos colibríes y una chaqueta blanca.

—¡Fred y Liz! —dijo de una manera que daba a entender que no podía imaginarse sorpresa más grata—. ¿A qué debo el honor?

—Si pudiésemos charlar en privado —dijo el señor Bennet gesticulando con la cabeza hacia la recepcionista.

En el despacho del doctor Lucas, Liz y su padre se sentaron en un par de sillas frente a un inmenso escritorio en madera de cerezo sobre el que descansaba una placa de oro en la que se leía Richard G. Lucas, vicepresidente y director médico.

—Sally y yo nos hemos metido en un pequeño lío —comenzó el señor Bennet—. Por lo visto, mi estancia aquí este verano no era con todos los gastos pagados.

—Qué más quisiera yo —dijo el doctor Lucas amigablemente.

—Estamos teniendo un problema de liquidez y aquí Liz está convencida de que si no pagamos a tiempo va a venir un individuo malcarado y nos va a partir las rodillas.

El doctor Lucas soltó una risita.

—Pues no podemos permitirlo, ¿no?

Liz carraspeó y dijo:

—Mi padre no tiene seguro médico.

El doctor Lucas se quedó pasmado, aunque mantuvo su afabilidad hasta cierto punto.

—Ay, ay, Fred. Yo soy tan poco fan del presidente como tú, pero cuando comenzaron las afiliaciones públicas a la Sanidad te apremié para que os la hicieseis.

Liz dijo:

—Tengo la impresión de que a veces los hospitales son flexibles con las condiciones de los planes de pago. —Se había anticipado a reunir unos conocimientos precarios y entresacados de internet para regatear con Chad Thompson, un desconocido, y ahora se sentía más que incómoda

al hacerlo con un hombre que les había preparado tortitas a Charlotte y a ella de niñas para que se las comiesen en pijama. Aun así, Liz intentó sonar madura y profesional al añadir—: Sé que los

costes de los procedimientos varían de un hospital a otro, y también sé que muchas facturas médicas contienen errores. Me preguntaba si...

—Alto ahí, Liz —interrumpió el señor Bennet.

—No. Si tiene mucha razón —dijo el doctor Lucas—. Siempre puede haber errores, y no hay ningún problema en examinar en profundidad las cifras. Mi consejo es el siguiente: tenemos un excelente equipo en la planta de abajo, en el Departamento de Contabilidad, y hay uno que se llama Chad Thompson. Lo llamo ahora mismo, le digo que unos buenos amigos van para allá y estoy convencido de que nos pondremos de acuerdo en un plan de pago que convenga tanto a la familia Bennet como al hospital. ¿Qué os parece?

A pesar de que sintió que le daban razón en parte al mencionar el nombre de Chad Thompson, la vaguedad de la solución del doctor Lucas no logró tranquilizar a Liz. Le dijo a bocajarro:

—Mis padres van a vender la casa para contar con algo de solvencia.

El señor Bennet se inclinó hacia delante.

— *Entre nous* —conminó al doctor Lucas.

—Por supuesto, Fred, por supuesto. La vida es complicada. Al menos me alivia tenerte aquí delante con un aspecto fuerte y saludable. —Le lanzó una mirada a Liz—. Menudo susto nos dio tu padre, ¿eh?

—Y gracias por todo lo que hicieron..., por todo lo que han hecho todos aquí... para ocuparse de él. Espero que no crea que soy una desagradecida.

—Su manera de demostrar gratitud es acusar de infracción a quienes me salvaron la vida —le dijo el señor Bennet al doctor Lucas—. Como puedes imaginarte, su madre y yo estamos orgullosísimos de ella.

## Capítulo 65

Liz había calculado que debía de haber como unas veinte cajas en el antiguo dormitorio de Jane; cuando las contó resultó que eran sesenta y una. Miró las fechas de los recibos de las cajas que ya había abierto y el cojín con la piña era de 2008.

En internet había encontrado lo que llamaban un *valet* de eBay, una mujer que vivía en Terrace Park, a quince kilómetros, y que se encargaría de revender aquellos objetos a cambio del 70 por ciento del precio. Kathy de Bourgh estaba convencida de que era mejor pecar de atrevimiento que de indecisión (en *Revoluciones y rebeliones* había explicado cómo llegó a esta conclusión durante la

manifestación de 1970 por la igualdad de las mujeres), así que fue imbuida de este espíritu como, tras hacer el inventario del contenido de todas las cajas, Liz cargó el Cadillac de su padre e hizo dos viajes hasta la casa de la *valet*. Por pura casualidad, no se encontró con nadie mientras las trasladaba desde la tercera planta hasta el camino de entrada. Una de las cualidades de la casa de estilo Tudor era la intimidad que sus tremendas dimensiones proporcionaban y, a pesar de que

Liz sospechaba que aquella particularidad a ella no le aportaba demasiado, a veces le costaba menos tolerar a los miembros de la familia cuando percibía cerca su presencia pero sin verse obligada a interactuar con ellos.

Tras el último viaje a Terrace Park, llamó a una empresa de contratistas cuya recepcionista programó para dos días más tarde una revisión de la mancha de humedad. Una vez colgó, Liz experimentó una profunda sensación de haber cumplido que notó que no cuadraba con los modestos logros de la jornada. Las reuniones con el doctor Lucas y con Chad Thompson, los viajes a la *valet* y la cita con el contratista eran pasos en la buena dirección, pero sería una locura ver aquello como una solución real.

## Capítulo 66

—Unas amigas me han ofrecido un puesto de monitora de yoga privada al norte de Nueva York

—dijo Jane durante la cena—. Ha sido fabuloso estar en casa, pero me tengo que mudar la semana que viene.

—Bravo —comentó el señor Bennet mientras la señora Bennet, con gran aflicción, le preguntaba—: Pero ¿y qué hay de mi almuerzo? Y, por Dios, Jane, ¿qué pasa con Chip? Se va a quedar devastado.

—De hecho, Chip está ahora mismo en Los Ángeles rodando un especial reencuentro de *Tal para cual* —replicó Jane.

Se hizo un silencio; a continuación varios miembros de la familia hablaron al unísono.

—¿Cuándo ha sido eso? —preguntó la señora Bennet.

—¿Está de tonteo con tías buenas en un *jacuzzi*? —dijo Kitty.

—¿Para qué vuelve a meterse en eso? —preguntó Mary.

—Mmmm —dijo Lydia—. Igual para tontear con tías buenas en un *jacuzzi*, ¿no?

—¿Cuánto tiempo va a estar fuera? —le preguntó a Jane su madre—. Tendrás que estar de vuelta para cuando termine.

Jane cruzó una mirada con Liz y a esta le entraron ganas de anunciar ella misma que aquellos dos habían roto. ¿Qué iba a conseguir posponiendo aquella noticia?

—No sé si Chip va a volver —dijo Jane.

—Pero el hospital debe de seguir contando con él —dijo la señora Bennet.

—Está claro que nunca ha sabido bien si prefería Hollywood o la medicina —respondió Liz.

La señora Bennet miró a su hija con suspicacia.

—¿Las amigas con las que te vas a vivir son aquellas señoras?

«Aquellas señoras» era la fórmula con la que su madre se refería a Amanda y Prisha desde que

Jane le contó que se habían casado el año anterior. Como conocía a Amanda de cuando estudiaban el primer año de universidad, la señora Bennet comentó: «Siempre pensé que tenía una postura muy masculina».

—Sí. Y estoy deseando trabajar para ellas.

—Si Chip quiere marcharse a California es tontería que se lo prohíbas. No puedes esperar que un hombre con su bagaje y su educación te espere mientras tú andas con tus cosillas.

—Mary, a lo mejor eres tú la que tendrías que mudarte con aquellas señoras. Creo que tenéis cosas en común —dijo Lydia.

—Lydia, ¿cuándo van a conocer mamá y papá a Ham? —le preguntó Liz a su vez.

—Cuando a mí me apetezca.

—Por lo que más queráis, ¿quién es Ham? —inquirió el señor Bennet.

—Es de Seattle y estudió en la Universidad de Washington —explicó la señora Bennet.

Lydia la fulminó con la mirada.

—¿Me has estado espionando?

La señora Bennet se mostró ofendida.

—Lizzy me lo contó. —Se volvió hacia Jane—. He visto unas vajillas elegantísimas en el catálogo de Gump. Tendrías que empezar a pensar en los cubiertos que vas a necesitar para estar

lista cuando llegue el momento.

## Capítulo 67

La fecha de entrega para el artículo sobre los aumentos de sueldo de Liz se había pasado y seguía sin saber nada del publicista de Kathy de Bourgh; con una sensación de derrota muy poco kathydebourghiana, envió el texto por correo electrónico a Talia, su editora.

«Siento mucho que no haya podido ser lo de la entrevista. Lo bueno es que tengo citas potentes de una mujer de importancia en IBM. Igual podemos volver a contactar con De Bourgh en un futuro».

## Capítulo 68

La noche antes de que Jasper llegase a Cincinnati Liz estaba viendo la televisión en la salita con Jane, Kitty y la señora Bennet, y durante una pausa publicitaria dijo:

—Kitty, ¿me harías la pedicura?

Kitty la miró desconcertada.

—¿Por qué?

—Porque se te da bien y yo necesito que me la hagan.

Liz estiró las piernas y meneó los dedos de los pies.

—Vale, pero los callos no te los pienso tocar.

—Trato hecho.

—Los callos te salen de correr tanto —intervino la señora Bennet sin levantar la mirada de su catálogo—. Tanto brinco, además, es malo para los ovarios.

En el cuarto de baño de Kitty, que es donde acordaron hacerlo, la pequeña adoptó un semblante profesional mientras aplicaba capas de esmalte, con una concentración y seriedad que

Liz veía por primera vez en ella. Tal vez lo más sorprendente de todo fue cuando Kitty le colocó unos separadores desechables de dedos blanquecinos y de gomaespuma y le dijo que no podía quitárselos en cuarenta y cinco minutos mientras se secaba el esmalte.

—Nunca me he esperado tanto.

—Confía en mí; te he puesto cuatro capas —le dijo Kitty.

Con los separadores puestos, Liz recorrió el pasillo andando con los talones y llamó a la puerta del

dormitorio de Mary. Al minuto, esta abrió una rendija de unos centímetros, como si esperase a un intruso.

—¿Qué tal todo? —empezó Liz.

—¿Qué quieres?

—Vengo solo a decir hola. —Eran poco más de las once de la noche, y mientras le hacían la pedicura la había oído subir las escaleras, de vuelta de donde hubiese estado—. ¿Te lo has pasado bien esta noche?

—Estás muy rara —dijo Mary.

Tratando de mantener un tono despreocupado, Liz comentó:

—¿Dónde vas los martes, por curiosidad?

La verdad es que la *omertà* que rodeaba la vida nocturna de Mary era absurda.

—A ningún sitio.

Con afecto, Liz insistió:

—A ver, está claro que a algún sitio vas.

—No soy lesbiana, si es lo que me vas a preguntar.

La pesquisa iba peor de lo que Liz esperaba.

—No es lo que te iba a preguntar —le respondió, aunque tal vez no era del todo verdad—. De hecho, me estaba preguntando si se te había ocurrido averiguar qué le había sucedido a Allen Bausch.

Mary entrecerró los ojos.

—¿El que me llevó al baile de fin de curso del instituto? Menudo fracasado.

Por cambiar de táctica, Liz le preguntó:

—De las carreras que tienes, ¿cuál te parece que te interesa más para dedicarte profesionalmente?

—La de ahora no la termino hasta diciembre.

—Es una licenciatura en Psicología, ¿verdad? —Mary asintió—. ¿Te gustaría ser psicóloga?



La idea le parecía desacertada como poco y nociva para los demás a largo plazo. Para gran alivio de Liz, su hermana negó con la cabeza.

—Estoy estudiando Psicología aplicada, no clínica.

—¿Me recuerdas qué se hace con una licenciatura en Psicología aplicada?

Mary se encogió de hombros.

—Motivación de personal. Testeo de productos.

—¡Deberías trabajar para Procter & Gamble! —exclamó Liz. Al ver que su efusión estaba repeliendo a Mary, añadió con más calma—: Estoy convencida de que Charlotte estaría encantada de charlar contigo.

Probablemente, pensó Liz, su último e incómodo encuentro con Charlotte no perjudicaría una petición de Mary. Se preguntó cómo habría ido la visita a su primo Willie.

—¿Me preguntas todo esto por algún artículo que estás escribiendo? —le preguntó Mary.

—¿Acaso no puedo interesarme por tu vida?

—Ya, claro. —Mary señaló con un gesto de la barbilla hacia el suelo, donde los dedos de Liz estaban pintados de cinco colores *candy* distintos en cada pie. Le dijo—: Eso es ridículo.

## Capítulo 69

El aeropuerto de Cincinnati, por más que fuese un aeropuerto, no estaba realmente en Cincinnati; más bien estaba ubicado al otro lado del río, en Hebron, Kentucky, y allí fue donde

Liz recogió a Jasper Wicks justo antes del mediodía. Él la mensajeó después de que su avión aterrizase, mientras ella salía de la autopista, y, cuando apareció por la terminal, Liz lo esperaba junto al arcén. Se bajó del coche para hacerle una seña con la mano y cuando Jasper sonrió le pareció excepcionalmente guapo.

Su pelo rubio estaba más lacio que en otros tiempos, pero todavía lo suficientemente abundante como para que el viento se lo alborotase, y seguía teniendo unos ojos castaños muy alegres. La besó en la boca (se trataba de un despliegue de afecto más atrevido de lo que acostumbraban en Nueva York, y ni siquiera en Cincinnati parecía libre de riesgo) y Liz le dijo:

—Bienvenido al Nati.

—No me dijiste que el aeropuerto era una ciudad fantasma. Creo que me ha pasado por delante

una planta rodadora.

—Antes era un delta del río, pero de eso hace mucho. —Jasper metió la maleta en el maletero, que Liz cerró. Dentro del Cadillac, ella dijo—: ¿Comemos antes o vamos directos a tu hotel?

Por si no quedaba claro lo que quería insinuar, alzó y bajó las cejas exageradamente.

—En realidad necesito que me dejes en Avis. ¿Sabes dónde está?

Liz lo miró desconcertada.

—¿Para qué te he venido a buscar si vas a alquilar un coche?

—No sabía si era uno de esos aeropuertos donde los alquileres de coches están a mil kilómetros de la terminal. Además... —Le sonrió—. Quería verte.

—Jasper, podría haber aprovechado para trabajar.

—Y yo que creía que estábamos a punto de echar uno de mediodía. No te enfades, Nin. No alquilé el coche hasta ayer porque no me di cuenta de lo lejos que está el hotel del pabellón de deportes.

Liz soltó un suspiro, arrancó el coche y siguió los carteles hacia Avis, que estaba a menos de un kilómetro de la terminal. Jasper se bajó del coche y dijo:

—Te mando un mensaje con el número de habitación en cuanto la tenga.

Ella negó con la cabeza.

—Vamos a comer y ya está. Quedamos en el Skyline Chili de Madison Road con Oakley.

Jasper se rio:

—Ahora quieres que me lo gane, ¿no? Vale. Jugaremos.

## Capítulo 70

—Notición —dijo Jasper cuando la camarera del Skyline les puso delante sus platos de *crackers* de ostras—. Ayer fui a tomar una copa con Brett Yankowitz. —Yankowitz era, como sabía Liz,

un poderoso agente literario, aunque no lo conocía en persona—. Le gusta mi idea sobre aquella familia de pescadores con mosca de Idaho. Si la vende, me tomaré un respiro en primavera.

—¿Los de *Sporty* te dejarán?

Al contrario de los rumores que Jasper le había confiado, no se había hecho anuncio alguno de

que despidiesen al editor jefe de *Dude*.

—Si quieren que siga trabajando para ellos, me dejarán. ¿Cuánto crees que me llevará escribir un libro..., tres meses, cuatro?

—¿No tienes que acabar las primeras cincuenta páginas para que Yankowitz pueda moverlo?

—Se supone.

—Pues contabiliza lo que escribes por día. Apuesto a que... —En aquel instante, Liz echó un vistazo a una persona que pasaba por su lado y se sobresaltó al hacer contacto visual con Fitzwilliam Darcy. Se acercaba desde el fondo del restaurante y estaba a poco menos de un metro; fingir que no lo había visto sería ridículo.

—Eres un habitual —le dijo.

—Soy un hombre de palabra.

—Un segundo. Vosotros dos os conocéis.

Si no hubiese estado al tanto de la antipatía mutua que se profesaban Jasper y Darcy, la habría notado de inmediato; Jasper no se levantó para saludar a su antiguo compañero de clase. Lo que hizo fue decir con frialdad:

—Fitzwilliam Darcy. Cuánto tiempo.

En el mismo tono, el otro repuso:

—Pues sí.

Liz se preguntó si habría comido solo de nuevo.

—No me esperaba que terminases en Cincinnati —le comentó Jasper; y a Liz—: Sin ánimo de ofender.

—Soy especialista en un centro de urgencias coronarias.

—Yo vengo de Nueva York para escribir un artículo sobre *squash* para *Sporty*, donde soy editor sénior. También estoy a punto de firmar un contrato para un libro sobre la familia real norteamericana de la pesca con mosca.

—Enhorabuena —le dijo Darcy, y seguramente aquella palabra no se había pronunciado jamás

con menos entusiasmo. Darcy paseó la mirada entre Liz y Jasper—. No os molesto más. Liz.

Cuando se hubo retirado, Liz le preguntó a Jasper:

—¿Te acuerdas de Chip, el tío de *Tal para cual* con el que estaba saliendo Jane? Pues Darcy es un buen amigo suyo. Ay, Dios mío, ¿no te he contado que Jane está embarazada?

—No jodas... ¿Por el esperma de encargo o a la vieja usanza?

—Por el esperma, que por lo visto ha hecho que Chip se largue. Él no sabía que ella estaba intentando quedarse en estado por su cuenta, así que entiendo que es un poco chocante, pero aun así... se ha largado de nuevo a Los Ángeles para participar en un reencuentro de *Tal para cual*.

No saques el tema cuando comamos con Jane.

Jasper miró a Liz fijamente.

—No te estarás tirando a Darcy, ¿verdad?

—¿Estás de coña?

—Juraría que he notado una especie de marcaje territorial.

Liz puso gesto de asco.

—Te lo has imaginado. En cualquier caso, estoy convencida de que sale con la hermana de Chip.

—¿*Tal para cual* es donde el chico besa en la mejilla a la chica que quiere dejar tirada en la cuneta?

—No hace falta que finjas que solo te suena, Jasper. Vimos la primera temporada entera juntos.

Entonces Jasper sonrió y, a pesar de que él pudiera entrañar contraindicaciones para ella, a Liz siempre se le había antojado irresistible aquella sonrisa de muchachito.

—Ah, pues sí, ¿no? Me has pillado. Pero desde entonces no lo he vuelto a ver.

Liz le devolvió la sonrisa.

—Una historia creíble.

## Capítulo 71

Cuando todavía no había salido del aparcamiento del Skyline, el teléfono de Liz comenzó a vibrar. Era Shane Williams:

—Un colega mío tiene unos clientes que están muy interesados en la casa de tus padres.

¿Cuándo es lo más pronto que podríamos enseñársela?

—¿Cómo de presentable tiene que estar? He estado arreglando el sótano, pero ya sabes: es un trabajazo.

—¿Y si el fin de semana te dedicas a lo más urgente y se pasan por allí el lunes?

Eso significaba cinco días, dos de los cuales coincidían con la estancia de Jasper, no solo para que la casa tuviese la mejor pinta posible, sino para dar la noticia de la inminente venta a sus hermanas y a su madre. Liz se quedó bloqueada. Acto seguido contestó:

—Me parece plausible.

—A veces es más sencillo alquilar un trastero, arrumbarlo todo ahí y encargarse luego de ello

—le dijo Shane—. También contaría con priorizar la reparación de la mancha de humedad del salón.

—Estoy en ello. ¿Cómo funciona lo de la tasación si la casa todavía no está oficialmente en el mercado?

—Es lo que se conoce como Bolsa Privada, que en algunos casos llega a aumentar la cuantía de las ofertas. Seguimos pidiendo la misma suma, pero no aparecerá en la Bolsa Pública de Viviendas en venta. Tengo la intuición de que podemos sacar 1.100.000 dólares, si tus padres están de acuerdo.

—Suena bien. —Dónde podía encontrar trasteros en Cincinnati, se preguntó Liz, y cuánto le costarían. Recordaba vagamente haber pasado por delante de alguno de camino al fisioterapeuta de su padre, pero igual se lo imaginaba. A Shane le dijo—: Esta gente interesada en la casa...

¿tiene hijos?

—Preguntaré. —El tono del hombre era alegre—. Pero doy por hecho que sí, porque la casa es perfecta para una familia.

## Capítulo 72

Charlotte Lucas le envió un mensaje por la tarde preguntándole si estaba libre para tomar algo aquella noche. Como Liz ya tenía pensado quedar con Jasper en el bar del hotel 21c a las nueve cuando este terminase su informe del día, propuso a su amiga que se vieran allí mismo a las siete.

Antes de salir, se metió en internet para alquilar un trastero de tres por cinco metros en East Kemper

Road, y también alquiló una furgoneta para el fin de semana.

Hasta que no se hubieron sentado las dos a la mesa, con las copas de vino delante y Charlotte soltó lo contrario de lo que Liz había previsto no se dio cuenta de lo segura que estaba de que la visita a California había sido un fracaso.

—Willie y yo nos vamos a vivir juntos —dijo Charlotte—. Quería decírtelo en persona.

—¿Te vas a vivir con el primo Willie? —Liz no fue capaz de ocultar su asombro.

—No es mi primo. —Charlotte parecía irse por las ramas... Su semblante no era exultante; tampoco parecía abatido.

—Pero si apenas os conocéis.

Charlotte se encogió de hombros.

—Eso se solucionará muy rápido cuando vivamos juntos.

—¿No te he dicho nunca que me parece fenomenal que te hayas quedado en Cincinnati sin renegar de tu personalidad? Eres una persona lista y atractiva con un oficio de gran relevancia y ni siquiera has tenido que salir de la ciudad para ganarte la vida por tu cuenta.

—No tengo claro de qué intentas disuadirme.

Liz bajó la voz.

—¿Te has acostado con él?

—Si de verdad quieres que te responda intenta que no se te note tanto el asco que te da. Y sí, sé lo de la prostituta que se la mamó, por si es lo que me piensas contar.

A Liz ni se le había pasado por la cabeza contarle aquello; apretó los labios para suavizar la mueca de asco.

—Entonces, ¿te vas a California? Porque él no creo que se venga a vivir a Cincinnati con su...

—Me voy yo allí —la interrumpió Charlotte—. En Silicon Valley hay grandes oportunidades para alguien con mi currículum. Y a pesar de lo supuestamente estupenda que es mi vida aquí, estoy lista para una nueva aventura. Mira, Liz: no te estoy pidiendo permiso. Estoy teniendo el

detalle de contártelo. —Charlotte le hizo una seña a un camarero que pasaba por allí, aunque no era el que les había traído las bebidas—. Ya nos puede traer la cuenta.

## Capítulo 73

Todavía no eran las siete y media cuando Charlotte salió del bar (no estuvieron juntas más de quince minutos), así que Liz le envió un mensaje a Jasper para ver si podría volver de sus entrevistas antes de las nueve. Al no obtener respuesta, le dijo que ya estaba en el hotel y que necesitaba que llamase a recepción para autorizar que le diesen la llave de su habitación. Pasaron otros veinte minutos sin que respondiese, momento en el cual se terminó la segunda copa de vino

que había pedido y se encaminó irritada hacia la Séptima, donde tenía aparcado el coche de su padre.

De vuelta a Grandin Road, cuando estaba frenando en el camino de entrada a la casa de estilo

Tudor, vio a través del ventanal de la cocina que sus hermanas y sus padres estaban cenando una ensalada de marisco que ella misma había preparado. En lugar de acompañarlos, y a pesar de los dos vinos que se había tomado hacía nada, entró por la puerta principal, subió rápidamente a la tercera planta, se puso la ropa de correr y salió presurosa de la casa.

Comenzó esprintando y disminuyó el ritmo cuando llegó a Madison Road. De modo que Jane

estaba embarazada y Chip ya no estaba interesado en ella; Charlotte Lucas y el primo Willie eran pareja; el señor y la señora Bennet estaban arruinados y, por extensión, también lo estaban sus cuatro hermanas. Necesitaba salir de allí, pensó. Necesitaba volver a Nueva York. Se le pasó por la cabeza hacer una reserva con el vuelo de vuelta de Jasper, pero Jane se iba a marchar y Liz no confiaba en las capacidades de ningún otro miembro de la familia para valerse por sí mismo.

Dejó atrás la farmacia y a continuación el veterinario, y estaba concentrada en sus pensamientos cuando alguien dijo:

—Dos veces el mismo día..., estás por todas partes. —Liz se quedó sorprendida y a menos de un metro, acercándosele, vio a un hombre alto y moreno que también corría; llevaba pantalones cortos azules, una camiseta lisa de color gris y unos auriculares que se quitó para decir—: Me pregunto si te estoy siguiendo yo o me sigues tú.

Andaba tan preocupada que incluso después de reconocer a Darcy le costó formular una respuesta coherente. Al final dijo en tono quejumbroso:

—No te estoy siguiendo. Normalmente corro por las mañanas. —En ese momento los dos estaban corriendo sin avanzar, y Liz se oyó anunciar—: Y de todas maneras, Charlotte Lucas se muda a Palo Alto para irse a vivir con mi primo Willie.

Aun en su agitado estado, a Liz se le ocurrió que Darcy podía considerar aquel comentario una especie de cotilleo de pueblo que le haría arrugar la nariz, aunque la animosidad entre ellos era al mismo tiempo extrañamente liberadora; ofenderse el uno al otro nunca había supuesto una amenaza hipotética, sino que era más bien la base de su relación. Y, en cualquier caso, la expresión de él al hablar fue más pensativa que crítica.

—No me había dado cuenta de que fuesen pareja.

—No lo son. No lo eran, al menos. O sea, literalmente, hace menos de tres semanas, Willie intentó besarme a mí. Después de marcharse de Cincinnati, Charlotte y él hablaron unas cuantas veces por teléfono, ella fue a verlo a Palo Alto un fin de semana y ahora se supone que están enamorados. Menuda locura, ¿no?

Tras darle vueltas unos segundos, Darcy dijo:

—Me doy la vuelta y así corro contigo. Vivo en Rookwood Commons, así que no me pilla a trasmano.

—Ni se me pasaba por la cabeza salir con mi primo Willie —explicó Liz—. Es mi primastro, pero aun así; cuando me besó me sentí rarísima. Y no tengo celos de Charlotte. Solo me preocupa lo deprimente que pueda ser estar con él.

Darcy comentó con voz firme:

—Aunque sería comprensible algo de celos..., no por Willie en sí, sino por el hecho de que Charlotte haya encontrado a su pareja ideal.

—¿Estará tan desesperada como para tener niños? Porque no se conocen lo más mínimo.

—¿Se conocieron cuando estuvo aquí en Cincinnati? —Darcy la miró y Liz asintió.

—Luego ella fue a verlo a él y esa ha sido toda su interacción. Siempre había considerado a Charlotte una persona con los pies en la tierra, pero esto es de locos.

—Doy por hecho que no crees en el amor a primera vista.

—¿Acaso alguien mayor de trece años cree en eso? ¿Tú crees en eso?

—Yo no, qué va. Pero no niego a los demás la posibilidad de sentir lo que yo no he experimentado de primera mano.

—Vamos, por favor —exclamó Liz—. No finjas tener una mente abierta por encima de la media. Si



tienen tan claro que su destino es estar juntos, ¿por qué no mantienen una relación a distancia durante unos cuantos meses? O, coño, Charlotte puede mudarse allí a una casa propia.

—Se volvió para mirar a Darcy—. Por cierto, ¿sabes la impresión de caos y de chapucera que tienes de mi familia? Pues no sabes ni de la misa la mitad. Por lo visto, mi padre se ha pulido todo el dinero que heredó, tiene unas facturas tremendas de cuando lo ingresaron en el hospital y ninguno, excepto Jane y yo, tiene seguro médico ni empleo. Mi madre quería que Willie fuese mi novio y nos pagase la deuda. Ah, y creo que es compradora compulsiva.

—Lamento oír todo eso —respondió Darcy con gravedad.

—De buena se libró Chip, ¿eh? —Habían llegado al cruce de Madison Road con Observatory Avenue, y tomaron esta última sin mediar palabra. Liz no se esforzó en disimular su resentimiento al preguntarle—: ¿Se lo está pasando bien en Los Ángeles?

—No he sabido nada de él desde que se marchó. Tengo la impresión de que los del programa no dejan que los participantes se comuniquen con el mundo exterior.

Darcy sonaba como si estuviese comentando un tema tan banal como el clima.

—¿En Urgencias del Christ no están furiosos con Chip? ¿Cómo no estarlo?

—Dudo que estén contentos.

—¿Tú arriesgarías tu trabajo así?

—No sé si la medicina es lo que más encaja con Chip. Hay buena gente que se mete en esto con un planteamiento equivocado.

Liz rebufó con socarronería.

—Y Chip es tan buen chico... Tiene que estar bien eso de andar entre la gente y desaparecer cuando te da el punto porque eres una persona sensible y confusa.

Darcy pareció seguir impertérrito.

—Hablando de modelos de conducta —dijo—, ¿qué tal Jasper?

—No creo que le gustase el Skyline tanto como a ti.

—Entiendo que te ha puesto al día sobre sus transgresiones de la facultad.

Liz no quería admitir que todavía no habían hablado de lo ocurrido en Stanford, así que dijo:

—Pareces muy afectado por algo que sucedió hace mucho tiempo.

—Como narradora profesional, tienes que admitir que es una historia potente.

«¿Potente?», pensó Liz con inquietud. Estaban casi en Edwards Road.

—Has dicho que vivías en Rookwood Pavilion, ¿verdad? Yo voy por aquí. —Señaló hacia la derecha y al hacerlo se dio cuenta con extrañeza de que por primera vez le había contado cosas a Darcy (¡a Darcy!) y él la había escuchado, básicamente con respeto. No era una sensación del todo agradable, y tal vez por eso le gritó lo siguiente al alejarse—: ¡Que pases una buena noche en este tugurio de Cincinnati!

## Capítulo 74

En la casa de estilo Tudor, se encontró a Ham y Lydia en la entrada de camino al SUV azul de él.

—¿Desde cuándo corres dos veces al día? —le preguntó la hermana—. ¿Eres anoréxica?

—¿Tengo pinta de anoréxica? —Con las dos manos se pellizcó la barriga; aunque no es que le sobrase una cantidad de carne desmesurada, algo había.

—A mí me gusta correr por la tarde —comentó Ham—. Pensar en la vida mientras el sol se va poniendo.

—Suenas como un viejo —le dijo Lydia.

En un alarde de ingenio, Ham le replicó:

—Comparado contigo soy un viejo.

Lydia se mofó de él:

—Para que lo sepas: según eso, Liz es una vieja. Aunque yo no te voy a llevar la contraria.

—Te criaste en Seattle, ¿verdad? —le dijo Liz a Ham—. ¿A qué instituto fuiste?

—¿Te estás quedando conmigo? —le reprochó Lydia.

Allí, igual que en otras ciudades del Medio Oeste, se consideraba esa pregunta como un cliché local y un método no demasiado refinado para averiguar el estatus social del otro.

—Si no es de aquí, evidentemente no se lo estoy preguntando con esa intención —se explicó Liz—. Me lo preguntaba solo porque mi jefa es de Seattle.

Ham y Lydia intercambiaron una mirada fugaz (tan fugaz que Liz apenas la notó).

—Me crie entre lo peorcito —contestó Ham.

Lydia lo agarró de un brazo y tiró de él diciendo:

—Tenemos que irnos.

—Por lo visto no es el momento, pero otro día, cuando tu hermana no esté llevándome a rastras literalmente, te contaré mi complicada y atormentada adolescencia.

—¿Ya has comido con mis padres? —le preguntó Liz.

Ham negó con la cabeza.

—Pero me los ha presentado, y a Jane y a Mary. Todo bien.

—La próxima vez ven más pronto y comes con nosotros.

Lydia dijo:

—Liz, siento romperte el corazón, pero la tía Margo acaba de llamar y le ha dicho a mamá que

Charlotte Lucas se va a vivir a California con el primo Willie.

Liz no esperaba que la noticia se mantuviese en secreto por mucho tiempo, pero aun así..., nada más salir del 21c, Charlotte debía de haberle dado permiso a Willie para contarlo.

Ham apretó la llave y el SUV hizo un ruido metálico. Abrió la puerta del copiloto («Ay, la caballerosidad», pensó Liz) y Lydia subió al coche y le dijo a Liz:

—Supongo que si a Willie le van las gorditas tú no eres una anoréxica.

## Capítulo 75

El objetivo de Liz había sido subir a hurtadillas a la planta de arriba y ducharse, pero su madre la interceptó en el vestíbulo con un semblante en el que se reflejaba una especie de satisfacción indignada.

—¿A que ahora estás volviéndote a plantear lo de Willie?

—Pues la verdad es que no —replicó ella.

—Charlotte no tendrá que volver a trabajar en su vida.

—A Charlotte le gusta su trabajo.

La señora Bennet apretó los labios.

—Vaya, pues le ha faltado tiempo para dimitir en Procter & Gamble.

## Capítulo 76

—Tienes que contarme qué pasó en Stanford —le dijo Liz a Jasper—. Entiendo que no te guste pensar en ello, pero no saberlo me está poniendo de los nervios.

Estaba otra vez en el bar del 21c, y esperaban que les trajeran una ensalada para ella y unas patatas fritas para compartir. Aunque Liz aún no había comido (Jasper había acabado cenando en casa de un entrenador de *squash*) eran las nueve y media.

—Te lo voy a contar. Pero tu amiguito Darcy no sale bien parado.

—Pues mejor que mejor.

Jasper espiró profundamente.

—Primavera del último año de facultad. Lo que debería ser la culminación de la universidad, una época para tomártelo con calma con tus amigos antes de salir al mundo real. Yo asisto a una clase de Escritura Creativa que imparte una becaria. Así que, uno: no es profesora realmente, y dos: ni siquiera es escritora de ficción. Una poeta negra llamada Tricia Randolph y, por cierto, que yo sepa no había publicado ni ha publicado ningún libro desde entonces, así que a saber cómo acabó dando clases en Stanford. Como trabajo final entrego un relato sobre unos tíos en una fiesta de la fraternidad. Es una sátira, y mi intención es claramente que esos tíos queden retratados como unos mastuerzos, pero Tricia Randolph me llama a su despacho y me dice:

«Jasper, ¿cómo crees que se van a sentir tus compañeras de clase con la cosificación de las mujeres que llevas a cabo aquí?».

Con una punzada de duda, Liz dijo:

—¿Por qué te preguntó eso?

—El protagonista y sus amigos hablan de a qué chica se follarían, pero insisto: es una sátira. Y sí, así es como hablan en la facultad los tíos. No mates al mensajero. —La cara de Jasper se torció en una mueca de amargura—. Tricia Randolph dice que, a menos que lo reescriba, no cuenta para clase. Yo contesto que muy bien, que no contará para clase. Pero el relato ya circula por ahí, todos los del curso tienen una copia y hacen más copias para sus amigos. Se convierte en un fenómeno de tipo *samizdat*.

Liz se dio cuenta de que Jasper se había visto transportado al pasado: estaba lejos de ella, lejos de Cincinnati y de su edad adulta.

—Cuando el relato es ya un éxito *underground*, Tricia Randolph se siente humillada —

continuó—. Decide vengarse. De repente, me veo sentado frente a un comité de asuntos judiciales, ¿y quién es uno de los tres estudiantes que lo integran sino nuestro bienamado Fitzwilliam Darcy? La administración lo ha puesto a dedo para representar al alumnado. Estoy

del todo convencido de que es uno de esos tíos a los que toda la vida se les supone inteligencia y moral sin otro motivo que el de ser altos. El caso es que estamos en 1997, Stanford y todos los

campus en general están atenazados por la gilipollez de la corrección política, y de repente Tricia Randolph decide que no solo la ofende mi relato como mujer, sino también como mujer negra, y

de repente me veo atrapado en medio de una controversia racista. Y te juro que el texto no tiene nada que ver con el color de la piel. Pero Darcy, que podría haber sido la única voz sensata (era la única persona que conocía en el comité, contando al profesorado), me echa a los perros. Cuando

me doy cuenta me han expulsado.

La expresión de Jasper era tan amarga y de tanta expectación que a Liz se le pasó por la cabeza que esperaba que ella lo rebatiese, aunque apenas parecía consciente de su presencia física.

—¿Pero de qué se te acusó?

—De alguna vaga infracción del código universitario. Evidentemente, la universidad temía que Tricia Randolph la demandase.

—Me parece que, como mucho, podría haberse conformado con suspenderte.

—Después de que me propusiese reescribir el trabajo y yo me negase, estaba jodido. Fue una cagada en toda regla.

Liz tenía bastante claro que aquello no era una cagada en toda regla, pero no parecía buen momento para señalarlo. Comentó:

—¿Asististe a la ceremonia de graduación?

Él negó con la cabeza.

—Me dieron el título con la condición de que saliera del campus de inmediato.

¿Cómo es que Liz no había sabido nada de aquel episodio hasta ese momento? Lo había conocido pocos meses después de que acabase la universidad. Pensó de nuevo en el hecho de no

haber conocido jamás a nadie con quien hubiese coincidido en Stanford.

Después de que llegase la comida hablaron de forma intermitente, algo poco habitual en ellos;

estaba cansada y sospechaba que también él lo estaba. Entrevistar a gente, prestar atención, eran cosas que a ella la dejaban agotada. Cuando subían en el ascensor, le preguntó:

—¿Mañana has quedado de nuevo con el entrenador para desayunar?

—Pues sí, a las nueve y media en un sitio donde hacen tortitas cerca de su casa.

En la habitación del hotel ella entró primero en el baño y mientras se lavaba los dientes pensó, con vistas al sexo, que ojalá hubiera comido menos patatas fritas. Pero cuando salió se encontró a Jasper profundamente dormido, aún vestido. La tele estaba encendida, y lo mismo varias luces.

No lo despertó. Lo que hizo, tras apagar las luces y la televisión, fue meterse bajo las sábanas y escuchar su respiración regular. No le había propuesto leer el relato de la universidad, y de haberlo hecho ella no habría querido. De hecho, mientras se giraba de lado y cerraba los ojos deseó más bien que no existiera ninguna copia.

## Capítulo 77

—¡Tú! —gritó la señora Bennet lanzándose desde la puerta principal de la casa de estilo Tudor hacia el Cadillac que conducía Liz—. ¡Estarás contenta, señorita! ¿Cómo se te ocurre decirles a tus hermanas que papá y yo vamos a vender la casa porque a ti te da la gana?

Eran poco más de las ocho de la mañana. Liz había programado la alarma del despertador para las seis, la había apagado medio dormida y había dormido una hora y tres cuartos más hasta que la luz del sol inundó la habitación de Jasper. Mientras recorría Columbia Parkway fue ensayando posibles excusas sobre dónde había pasado la noche; a su derecha, el lánguido río Ohio parecía burlarse de su agitación.

En cuanto frenó en el camino de entrada a la casa, los temores de Liz quedaron confirmados:

vio a su madre con una bata de satén color crema y pantuflas; tras ella iba Jane (con una figura, se fijó por primera vez, un tanto redondeada); detrás de Jane iba Mary, y detrás de Mary iban Kitty y Lydia.

Liz pisó el freno y apagó el motor; la mejor manera de empeorar la situación era atropellar a su madre. Mientras abría la puerta, la madre gritó:

—¡No es decisión tuya! ¿Te enteras, Elizabeth? Cuando sea el momento y si se da el caso, tu padre y yo seremos quienes decidamos vender o no la casa.

Liz le dijo a Kitty:

—¿Por qué se lo has contado?

—Yo no le he contado nada —le replicó la otra.

—No ha sido Kitty —intervino Jane—. Pensaba que mamá estaba enterada.

—¡No voy a dejar que te entrometas ni que nos digas qué tenemos que hacer! —La cara de la señora Bennet se había puesto roja.

—¿Dónde se supone que voy a vivir? —preguntó Mary.

—¡Vas a vivir aquí! —le respondió su madre—. Aquí, donde siempre has vivido.

—Métete en internet y busca un apartamento, Mary —le espetó Liz—. Estamos en 2013. Eso es lo que se hace.

—Ya sé que Jane y tú os creéis que habéis sido de tremenda ayuda con vuestras verduras orgánicas y vuestras opiniones sobre cómo podemos mejorar todos —dijo la señora Bennet—.

Pero ¿quién os pensáis que ha estado haciendo la comida durante los últimos veinte años mientras vosotras andabais pasándolo bien en Nueva York? ¿Os creéis que tenía muertos de hambre a vuestro padre y a vuestras hermanas?

—Nuestra intención era hacerte la vida más fácil —contestó Liz.

—No pretendíamos enmendarte la plana, mamá —añadió Jane—. Queríamos dejarte tiempo libre para que pudieses concentrarte en el almuerzo de la Liga Femenina.

—A todos nos gusta más la comida de mamá que la vuestra —les dijo Kitty a sus hermanas mayores.

—¿Sabéis cómo podéis facilitarme la vida? —La señora Bennet, que era casi diez centímetros más baja que Liz, se puso de puntillas en actitud regañona—: Dejad de entrometeros en lo que no es asunto vuestro.

Fue entonces cuando el señor Bennet, a quien ninguna había visto salir de la casa de estilo Tudor, carraspeó.

—Lizzy no se equivoca en lo de la casa y lo sabes, Sally —dijo—. Tenemos que venderla.

Chicas, vaciad vuestros dormitorios y empezad a buscar dónde vivir.

La señora Bennet se quedó pasmada.

—No hablarás en serio.

—No nos queda otra opción. *Tempora mutantur*, queridas.

Pareció que la señora Bennet boqueaba para recuperar el aliento.

—Yo pensaba que una de las chicas terminaría quedándose en casa con su propia familia.

—Yo, yo me voy a quedar —dijo Lydia.

El señor Bennet respondió con aspecto derrotado:

—Entonces te recomiendo que busques a un duendecillo y que le robes la cacerola donde guarda el oro.

Con tacto, Jane les preguntó a sus hermanas:

—¿Os habéis planteado coger algún trabajo temporal?

—¿A ti qué te importa? —le espetó Lydia—. Tú estás a punto de pirarte de la ciudad. —Miró a

Liz—. Y tú ni siquiera vives aquí tampoco. Sois las dos unas oportunistas.

El tono de la señora Bennet se dejó oír de nuevo esperanzado:

—Jane, igual Chip y tú podéis comprar la casa.

Una expresión de incomodidad cruzó el semblante de Jane, acto seguido se encogió de hombros.

—Chip y yo hemos roto.

—¿De verdad? —exclamó Mary—. ¿O sea que no vas a seguir saliendo con ese tío que ahora mismo está en California grabando un programa de televisión para encontrar pareja? Me dejas de piedra.

—Ay, Jane —dijo desolada su madre—. Ahora ya no tendrás hijos.

## Capítulo 78

En el sótano, teniendo en cuenta el consejo de Shane de no empeñarse en organizar a fondo para centrarse en lo más visible, Liz embutió unas luces de Navidad en un archivador y unas palas de bádminton dentro de una maleta vieja con la cremallera rota. Mientras trabajaba se prometió reciclar



inmediatamente las revistas que había dejado acumularse en su apartamento en cuanto volviese a Nueva York, además de hacer criba de su ropero y donar a la beneficencia todo lo que no se hubiese puesto desde el año pasado.

Llevaba casi dos horas en el sótano y se había topado con lo que sospechaba debía de ser una familia numerosa de arañas (crías inquietas, padres cansados, tías abuelas muertas) cuando oyó que alguien bajaba las escaleras. Apareció Lydia con una botella de agua de coco que Liz pensó que sería para ella hasta que la chica le dio un largo trago.

—No me puedo creer que hayas convencido a papá —le dijo—. Estás siendo muy egoísta.

—No es decisión mía, Lydia. ¿Tú tienes idea de lo que cuesta mantener una casa de este tamaño?

—Tampoco es que estemos hipotecados.

En lugar de corregir a su hermana, Liz le preguntó:

—¿Cuánto crees que se paga por impuestos de propiedad?

Lydia se encogió de hombros.

—Pues son más de 20.000 anuales. Pongamos que el calentador se avería: ¿cuánto dirías que puede costar comprar uno nuevo?

Lydia cerró los ojos y soltó un bufido despectivo por la nariz.

—Sé que ahora no me crees, pero buscarte un trabajo y un sitio para vivir por tu cuenta va a ser lo mejor que podría haberte pasado. Te sentirás adulta e independiente.

—Suenas igual que un anuncio de tampones. De todas formas, me voy a vivir con Ham.

—¿Y no aportarás nada al alquiler?

—Es propietario.

—¿En serio quieres que te mantenga un hombre?

—Ahórrate la propaganda feminista, Liz. ¿Sabes qué? Deberías pedirle a Ham que te echase una mano con esto de aquí abajo. Es la persona más organizada que he conocido. Solo usa un tipo de percha, y todas tienen que estar colgadas en el mismo sentido.

—Genial. Mándamelo.

Lydia dio otro sorbo al agua de coco.

—Kitty y Mary están hablando de compartir piso. ¿No es para partirse?

—No es mala idea.

—Yo no viviría jamás con Mary. Es muy irritante.

—Es que vives con Mary —le dijo Liz.

Lydia se rio. Tuvo el presentimiento de que su hermana estaba a punto de volver escaleras arriba (¿cómo debía de ser, se preguntó, eso de limitarse a observar a uno en medio de una tarea dura de la que no es más responsable que tú y no sentir ni el más mínimo impulso de ayudar?) y

le dijo:

—¿Tienes hecho el currículum, al menos?

Lydia sonrió con sorna.

—Algunas somos capaces de ir viviendo gracias a nuestra buena planta.

## Capítulo 79

«Hoy cuando terminas?», le escribió Liz a Jasper desde el sótano. «Estoy trasladando una tonelada de cacharros viejos de casa de mis padres a un trastero. No veo la hora de estar contigo!».

«En el pabellon deportes hasta 19h o asi. Sigue en pie la cena Jane/tu amiga?».

Cayó entonces en que no había cancelado la quedada con Charlotte, aunque no parecía que hiciera falta ya.

«Al final solo Jane y yo. Quedamos a las 19:45h en vestíbulo 21c».

Menos de una hora más tarde, cuando oyó que la llamaban desde la cocina, pensó por unos segundos que Jasper había ignorado su prohibición de presentarse en casa y llegaba para rescatarla, y se emocionó.

—¡Aquí abajo! —gritó en respuesta, aunque para entonces ya se había dado cuenta de que no era él.

—Se rumorea por ahí que igual te viene bien algo de ayuda —dijo Ham al entrar.

—¿En serio? Guau. Gracias.

Él se encogió de hombros.

—Hoy no hay mucho que hacer en la oficina. ¿Cuál es nuestra estrategia?

A pesar de que Mary la había acompañado a recoger la camioneta alquilada y el remolque, Liz se seguía sintiendo como la hormiga de la fábula, que recoge comida todo el invierno mientras la cigarra anda haciendo el gandul. Ahora por fin tenía un aliado, y si no fuese por lo sudada que estaba le habría dado un abrazo.

—El trastero está como a diez minutos de aquí. Si de verdad estás dispuesto, podemos hacer el primer viaje ahora mismo.

Y eso hicieron; subieron las empinadas escaleras del sótano, atravesaron la cocina y recorrieron el caminito a la calle cargando maletas, mesas y cajas llenas de papelajos con más de diez años y los metieron en la camioneta.

—¿No sería mejor tirar todo esto y ya está? —le preguntó Ham señalando unas cestas de Pascua descoloridas con un poco de hierba artificial apelotonada todavía en el fondo mientras metían trastos en el remolque por segunda vez después de dejar la primera carga.

—Sé que parece una locura, pero si mi madre pregunta si he tirado algo podré decirle que no.

O sea: he tirado de todo desde que estoy en casa, pero eso fue antes de hoy.

—¿Seguro que no te licenciaste en Derecho? —comentó Ham. Se metieron dentro del remolque para hacerle sitio al resto, y al subirse le preguntó—: Oye, por curiosidad, ¿tú crees que tus padres son republicanos?

—Mi padre sí, a lo mejor con una veta liberal. Mi madre tiene opiniones de republicana, pero no tengo claro si vota. ¿Por qué?

—Esa impresión tuve por Lydia, pero me lo preguntaba... ¿Tú crees que tus padres tienen algún amigo gay?

—Tal y como debe de haberte comentado Lydia, se especula con la posibilidad de que tengan una hija gay.

—Lydia apoya la teoría.

Habían llegado de nuevo al sótano.

—¿Tu familia es conservadora? —le preguntó Liz.

—Mucho. Mi madre se mudó a Florida después de que muriese mi padre a una comunidad de jubilados que estoy convencido de que es un campo de entrenamiento del Tea Party. Por desgracia no

tenemos una relación muy estrecha.

—¿Tú no eres conservador?

—Diría que soy de centro.

—Yo creo que el *crossfit* es conservador..., ¿me equivoco?

—No, tienes razón; yo diría que en mi local se respira una atmósfera distinta a la de otros.

—¿Y estuviste en el Ejército?

—Pues sí, allí estuve. Pasé algún tiempo en Corea y me tocó pasar por Afganistán.

—Caray —dijo Mary—. No se ve ni el suelo.

Liz no se había dado cuenta de que Mary anduviese por ahí, esperaba que no hubiese oído su comentario acerca de ella.

—¿Quieres echarnos una mano? —Liz le señaló con un gesto un *puf* marrón de pana con una costura abierta por la que se escapaban trocitos de poliestireno.

—Lo siento —comentó Ham—, pero esto es basura pura y dura. En serio, Liz.

—Por supuesto que es basura —dijo Mary—. ¿Liz dice que no?

—No quiero que mamá se cabree conmigo por tirar nada.

—Entonces lo haré yo. ¿Dónde estáis amontonando la basura? —dijo Mary.

—Es tu día de suerte —le respondió Liz—. El montón lo comienzas tú.

## Capítulo 80

En Boca, Jasper pidió una botella de vino de 75 dólares (sobre todo teniendo en cuenta que Jane no bebía, Liz esperaba que tuviese pensado que invitase *Sporty*) y después de que el sumiller lo trajese, les preguntó:

—Si vosotras sois las marmitonas de casa este verano, ¿quién prepara hoy la cena?

Liz, que no recordaba haber usado la palabra « marmitona» delante de Jasper, dijo:

—En realidad, Jane les ha dejado hechos un poco de sopa fría y pollo.

Jasper sonrió con sorna.

—Dios los libre de doblar el espinazo, ¿no? Ey, Jane, Lizzy me comentó que estás embarazada, *mazel tov*.

Taciturna, Jane respondió:

—Gracias.

—¿Cómo te encuentras?

—Muy bien.

—Genial. Te juro que Susan se pasó potando desde la concepción hasta el parto.

Liz notó la mirada fija de su hermana, así que alzó la copa con un aire de alegría exagerada:

— *Bon appétit*. Por favor, Jasper, cuéntenos más.

De lo que de verdad quería hablar Jasper era, claramente, de sus entrevistas con los jugadores y con el entrenador de *squash*, y a ello se aplicó durante el aperitivo (ostras para él, y ensalada de remolacha para Jane y Liz), los entrantes (pasta para Jane, escalopes para Liz y solomillo para Jasper) y los postres (crema catalana para Jasper y Jane, y nada para Liz). Una vez más, a Liz le preocupaba menos su palabrería que el hecho de que Jane se fijase en ello; intuía que la velada estaba confirmando la impresión de egocéntrico que su hermana tenía de Jasper. Estaba describiendo al padre un tanto intenso de un tal Cheng Zhou de once años cuando Liz dijo:

—¿Te he contado que Jane va a trabajar de monitora privada de yoga de una familia en Rhinebeck?

—¿Ah, sí? —Jasper se tragó una cucharada de crema—. ¿De quién?

—Fui a la facultad con una.

—¿Entonces es un trabajo de verdad o algo en plan caridad?

—Jasper, por Dios —intervino Liz.

En tono jovial, él añadió:

—Bueno, está preñada y soltera.

—Pues sí, y es buscado. Y si quisiese podría volver a su trabajo de Nueva York. Esto es un cambio de escenario, simplemente.

—Pensaba que vosotras dos teníais un acuerdo de fidelidad incondicional.

Liz lo fulminó con la mirada.

—Las cosas han cambiado, y ¿sabes qué? Soy mayorcita. Me las puedo arreglar en Cincinnati sin Jane.

Con serenidad, Jane dijo:

—Espero que mis amigas no me hayan contratado por pena, pero igual nunca llego a

averiguarlo. —Y volviéndose hacia Liz añadió—: Y, por supuesto, agradezco mucho a Liz que se quede aquí hasta que se celebre el almuerzo de mamá.

—Ahora que lo dices —dijo Jasper—, seguro que Sally Bennet y sus muchachas siguen con sus productivas reuniones de tres martinis, ¿eh? —Hizo el gesto de llevarse un trago a la boca, y Liz notó que a Jane también se le acababa la paciencia.

—Jasper —le pidió Jane—. Cuéntanos más sobre los jugadores de *squash*.

## Capítulo 81

Jasper pidió otra botella de vino al servicio de habitaciones, y después de que la trajesen, junto con dos copas y una fuente de fruta y queso, brindaron.

—Por Cincinnati, que no es ni de lejos tan coñazo como me la habías pintado.

Estaban uno al lado del otro en la cama, vestidos del todo y sobre la colcha, con la fuente en medio. Liz entrechocó la copa contra la de Jasper y comentó:

—Venga, no me hagas la pelota.

Pero ya estaba de mucho mejor humor; sentía alivio no solo porque hubiesen cenado ya, sino porque Jasper había pagado de su bolsillo.

—¿Qué estabas llevando a un trastero esta mañana?

—Me he puesto a despejar el sótano de la casa para que no parezca que está para tapiar cuando lo enseñe el agente inmobiliario.

—¿Tus padres venden la casa? —Alargó el brazo para coger una loncha de *gouda*—. Cuando mis padres empezaron a reducir en vivienda, lo único que se me pasó por la cabeza fue si sería el primer paso antes de tener que darles de comer papillas de maíz y cambiarles los pañales.

Liz miró mal a Jasper. ¿Acaso no habían hablado ya de los problemas económicos de su familia? Y entonces se dio cuenta de que la conversación sobre la venta de la casa de estilo Tudor no la había tenido con él: había sido con Darcy.

—No la venden porque quieren. Están hasta el cuello de deudas.

—Menudo putadón. —Jasper se metió una fresa entre los labios y dijo mientras masticaba—:

Porque me gustas más como heredera.

—¿No era Susan la heredera?

—Bien visto. Eh, tengo un correo electrónico de Brett Yankowitz donde dice que si escribo mi propuesta sobre lo de la pesca con mosca estará más que encantado de echarle un vistazo. Que está genial, pero después de lo de hoy me siento en plan, oye, igual tendría que escribir un libro sobre virtuosos del *squash*. Por alejado que esté el aeropuerto de Cincinnati, sigue siendo mucho más accesible que para llegar a Idaho, que es un infierno.

—La pesca con mosca es más romántica que el *squash* —le dijo Liz—. ¿No preferirías hacer tu informe en medio de un hermoso río que bajo unas luces fluorescentes?

—Tienes razón.

—Y ya que hablamos de romance... —Teatralmente, porque era incapaz de no burlarse de sí misma cuando tomaba la iniciativa en el sexo, le guiñó un ojo.

—Ven aquí —le dijo él, y estiró los dos brazos para ayudarla con la fuente.

El besuqueo estuvo divertido; también él estaba de humor. Por eso fue todavía más

sorprendente que, una vez desnudos por fin y pegados el uno al otro, se presentasen dificultades técnicas. Si bien no estaba del todo flácida, la parte de la anatomía de Jasper que en ese momento interesaba no adquirió la suficiente rigidez para pasar a la siguiente fase de la actividad y, cuanto más directamente se afanaba Liz en mejorar la situación, menos prometedor se presentaba el panorama. Estaban frente por frente hasta que al final Jasper le apartó la mano a ella.

—No sé qué me pasa —dijo con frustración.

—No pasa nada —contestó ella mientras intentaba olvidarse de que todo el asunto aquel del artículo de *squash* había sido un pretexto para volar a Cincinnati y poder follar—. Luego lo volvemos a intentar.

—No quieres que te masturbe, ¿no? —preguntó Jasper, y sonó mucho menos galante que

«¿Quieres que te masturbe?».

Tras unos segundos, Liz dijo:

—Vamos a intentarlo un poquito más.

Rodó por la cama y cogió el mando a distancia de la mesilla.

Dieron con un programa de debate político y cuanto más veían más incrédula se sentía Liz.



¿Cómo podía pasar aquello después de dos meses casi sin verse? Ya solo por pura necesidad fisiológica... ¿no tendría que haberse esforzado para no acabar antes de tiempo justo nada más empezar?

—¿Susan y tú folláis? —le preguntó. No tenía pensado decir aquello; tal como se le ocurrió la pregunta, la soltó.

—¿Estás de coña? Susan me odia.

—¿Sigue con aquel novio?

—¿A qué viene esto? Sí, sigue con Bob.

—Estoy desconcertada por lo que acaba de pasar.

Después de un instante, Jasper replicó:

—Perdona por no ser capaz de satisfacer tu insaciable apetito sexual.

—El asunto no es que yo sea sexualmente insaciable. —Liz se incorporó en la cama y se cruzó de brazos—. ¿Te estás acostando con otra?

—¿La otra me pregunta que si hay otra? Dime que pillas la ironía, por favor.

—¿Sí o no?

—Liz, coño ya.

—No has contestado.

Jasper tenía la mirada fija en el techo, no en ella, y el tono de su voz se volvió sincero y conciliador cuando dijo:

—Eres muy importante para mí. Nuestras conversaciones, cómo hablamos..., eso no hay nadie más con quien pueda tenerlo.

Había sido una imbécil, menuda idiota ridícula y sin excusa; ¿cómo podía haber sido tan estúpida?

—¿Con quién te estás acostando?

La expresión de la cara de Jasper fue de una extraña compasión al preguntarle:

—¿De verdad quieres que te lo diga?

—Sí.

—Fiona.

—¿La asistente editorial?

Él asintió. Liz no sabía cuántos años tenía Fiona, pero desde luego eran menos de veinticinco; además, era pelirroja y preciosa. Durante todo aquel tiempo, Liz se había dado cuenta de que su relación con Jasper se iba pareciendo cada vez más a un cliché desagradable; no se había dado cuenta de que, de hecho, se había convertido en un desagradable cliché por derecho propio.

—¿Y con nadie más? —preguntó.

Cuando sus miradas se cruzaron, Jasper no hizo nada: ni volvió a asentir, ni negó, ni dijo nada.

Acto seguido la atrajo hacia sí y ella se dejó; se tumbó a su lado con la cara pegada a la piel cálida de su hombro.

—Eres como mi salvavidas —le dijo él en voz baja, y ella tuvo bastante claro que aquel era el cumplido definitivo.

Tantos años (¡la totalidad de su vida adulta hasta la fecha!) desperdiciada en aquel hombre. Y ella tenía mucha más culpa que él. ¿Sería fácil o difícil para ella liberarse de aquello?

Siguió pensando que deberían follarse, o más adelante aquella noche o a la mañana siguiente antes de que él cogiese el vuelo a Nueva York, pero no lo hicieron, y él tuvo que marcharse temprano al aeropuerto para devolver el coche de alquiler.

## Capítulo 82

Liz recibió un inesperado correo de la publicista de Kathy de Bourgh que decía: «KDB da una conferencia en Houston el martes 20 de agosto, Sociedad Nacional Mujeres Actividades

Financieras. 20 minutos de entrevista después, siempre que se mencione la organización del acto».

En teoría, *Mascara* veía con malos ojos las condiciones a la hora de cubrir una noticia, pero en la práctica sucedía constantemente. Además, veinte minutos con Kathy de Bourgh, por poco que pudiera sonarle a alguien ajeno al periodismo, era toda una oportunidad que resultaría en un artículo completo en lugar de cuatro detalles en un texto sobre un tema distinto. De modo que,

sin consultar con su editora, sin averiguar nada más sobre el acto, Liz respondió.

«Asistiré sin duda».

## Capítulo 83

—Ya sé que esto no te va demasiado, así que gracias —le dijo Jane.

Estaban en el patio trasero, bajo el plátano plagado de hongos.

—Lo que pasa es que, no te lo tomes como una falta de respeto, pero deberíamos marcharnos al aeropuerto en ocho minutos —le contestó Liz.

Jane había invitado a Liz a una despedida ceremonial de la casa de estilo Tudor, algo que la primera creía, supersticiosamente, aunque sin decírselo a su hermana, que aumentaría las posibilidades de que a los compradores potenciales no les gustase la casa después de todo.

Jane cerró los ojos, respiró hondo, exhaló el aire y dijo:

—Om.

Liz no cerró los ojos y se preguntó si sus padres y sus hermanas estarían mirándolas por la ventana.

—Gracias por dar cobijo a nuestra familia durante todos estos años —empezó Jane—. Por mantenernos calientes en invierno y frescos en verano (estas dos afirmaciones, pensó Liz, eran más bien generosas, teniendo en cuenta las corrientes de aire que soplaban por todas partes en noviembre y el funcionamiento errático del aire acondicionado en la tercera planta) y gracias por ser este lugar donde celebramos fiestas y jugamos y nos dimos nuestros buenos banquetazos.

Incluso los contratiempos que nos ocasionaste enriquecieron nuestras vidas y aumentaron nuestra capacidad de sentir. Nuestra familia ha sido muy afortunada por vivir en un sitio precioso.

Con la alusión a los juegos, Liz había recordado una partida de cartas en concreto en los ochenta en la que le tocó una mano perfecta antes de robar por primera vez; sin quererlo, sintió una sincera tristeza. Pero no habría sido honesto atribuir aquella tristeza por completo a la inminente venta de la casa de estilo Tudor. Iba ligada también a su decepción con Jasper, una decepción que modificaba el pasado bruscamente: todos aquellos años que pasó creciendo allí la

habían conducido sin saberlo hacia los brazos de un hombre egoísta y deshonesto.

Jane dijo «Om» otra vez y abrió los ojos.

—¿Quieres añadir algo?

Liz negó con la cabeza.

—Por mí está bien. Meto tu maleta en el coche mientras te despides de todos.

## Capítulo 84

El señor Bennet se despidió de Jane dentro, pero las mujeres la siguieron hasta el camino de entrada a la casa, donde la señora Bennet continuó dándole consejos de todo tipo como si la hija se fuese por primera vez a la universidad.

—Hazte con una cafetera individual para no depender de esas señoras por las mañanas —le gritó por la ventanilla bajada—. Solo cuestan 30 dólares.

—Mamá, no bebo café.

Liz dijo desde el asiento del conductor:

—Tenemos que irnos para que no pierda el avión.

—Os quiero a todas. Si me necesitáis solo tenéis que darme un toque al móvil.

—Un buen detalle como invitada es una tabla de quesos —siguió su madre—, pero si es de bambú díles que no la metan en el lavavajillas.

—Jane no va a ser su invitada, sino su criada.

—Adiós —dijo Liz.

Pero aún no había empezado a acelerar cuando su madre dijo a Kitty bien claro:

—Ojalá Chip no se hubiese vuelto a California.

Al salir a la carretera, le preguntó a Jane:

—¿Has decidido qué vas a hacer con tu apartamento después de septiembre?

—Supongo que si no voy a volver tendré que dejar el alquiler, pero la idea de mudarme..., bueno, no debería quejarme después de que Ham y tú vaciaseis el sótano entero ayer. Habéis sido

unos héroes, Lizzy.

—No me dirías eso si vieras el trastero. Ham hizo lo que pudo, pero aquello parece el vertedero municipal.

—Tengo la fantasía de deshacerme de casi todas mis pertenencias y sustituirlas por utensilios minimalistas para bebés. Una sillita de coche, unos cuantos *bodies* y un puñado de pañales.

—¿Hay utensilios minimalistas para bebés? —le preguntó Liz mientras giraba a la izquierda por Torrence Parkway—. En otro orden de cosas: creo que lo mío con Jasper se ha acabado.

—¿Qué ha pasado?

—¿Además de darme cuenta por fin de lo que tenía delante de las narices?

Liz intentó sonreír y entonces, sin previo aviso, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Ay, Lizzy. Lo siento.

—Se comportó fatal en la cena, ¿no te parece?

Compasivamente, con suavidad, Jane contestó:

—Se comportó como es él.

## Capítulo 85

El Grasmoor, en Madison Road (Liz pasaba por delante cuando hacía *footing*), estaba formado por dos bonitos edificios de ladrillo de tres plantas color crema con toldos verdes. El piso que fue a ver con sus padres, que se vendía por 239.000 dólares, contaba con tres dormitorios, dos cuartos de baño y medio, dos balcones y una vista a la fuente del patio. Durante toda la visita, que dirigió Shane, la señora Bennet estuvo llorando, hecho que pareció causar mucha más consternación a este que a Liz o a su padre.

—En serio —comentó Liz al concluir el recorrido—, hacerse con tanto espacio por esa cantidad de dinero es increíble.

—Querida —dijo el señor Bennet—, tus afectuosos desvelos están a un paso de volverse insoportables.

—Para comparar, me encantaría enseñarles otro piso al final de esta calle —dijo Shane.

Pero la señora Bennet respondió:

—No tengo fuerzas.

—Mamá, vamos a mirar un poco más.

—No tienes ni idea de lo que esto representa para mí —dijo la señora Bennet.

—Perder una casa puede ser como perder a un miembro de la familia, ¿verdad, señora Bennet?

—terció Shane.

Ella lo miró sin prestarle demasiada atención (Liz había decidido no mencionar la raza de Shane antes de que se conociesen y le había contado únicamente que fueron compañeros de clase

en el Seven Hills). Acto seguido, como si Shane no hubiese dicho una palabra, la señora Bennet se volvió hacia su hija:

—Ya sé que ahora no lo entiendes, pero un día sabrás lo que es que tus propios hijos te traten

con tanta crueldad.

## Capítulo 86

Liz salió a correr a última hora de la tarde. Era un día húmedo en el que no parecía que fuese a llover y, aunque desde luego no hubiese sincronizado la salida con la esperanza de cruzarse con

Fitzwilliam Darcy (su otro encuentro había tenido lugar un poco más tarde), le pareció extrañamente natural divisar a un hombre alto en pantalones azules y camiseta roja al llegar a Easthill Avenue.

—¿No dijiste que corrías por las mañanas? —le dijo a modo de saludo, y al momento cambió de dirección, se puso a su lado y siguió su ritmo.

—Pues sí. O eso hacía con Jane, pero ahora que...; de hecho la he llevado al aeropuerto esta mañana. Se va a ver a unas amigas en Hudson Valley.

—Eso sí que es una forma civilizada de pasar el mes de agosto.

—¿Ah, sí? ¿Te parece que es un lugar pintoresco para curar un corazón roto?

Tras un silencio, Darcy dijo:

—Tengo la impresión de que consideras a Chip como una especie de canalla por marcharse, pero está claro que tu hermana y él están en fases vitales muy distintas.

—¿Y tú quién eres para decirlo?

—No puedes defender que la inseminación artificial sea el comportamiento habitual de una mujer que espera comenzar una relación.

—Doy por hecho que sabes que se quedó en estado antes de conocer a Chip. La vida no se desarrolla siempre en el orden ideal, pero la prueba de que quería tener una relación es que había empezado una relación.

—Parecía tener grandes reservas.

—¡Apenas conoces a mi hermana! —Darcy no replicó, y Liz añadió—: Y Caroline Bingley ¿sigue por aquí o se ha vuelto a Los Ángeles también?

—Se ha vuelto.

—¿Y tú estás hecho polvo?

Darcy siguió con la mirada al frente al preguntar:

—¿Por qué iba a estarlo?

—¿No sois pareja?

—¿Qué te ha llevado a pensar eso?

—¿Aparte de mi capacidad de observación?

—Pues tu fe en esa capacidad no está justificada. Caroline y yo salimos muy poco tiempo cuando Chip y yo estudiábamos en la Facultad de Medicina, pero de eso hace años.

—No es que me importe, pero está claro que ella sigue pillada.

—Me pregunto si el hombre con el que sale en Los Ángeles lo sabe.

—¿Eso es lo que te cuenta para ponerte celoso? Y se ve que te lo tragas a pies juntillas.

Darcy parecía divertido.

—O sea, que me acusas de dar por hecho que sé más de lo que en realidad sé.

Cuando tomaron Observatory Avenue, Liz dijo:

—¿Entonces detrás de quién andas? Alguien habrá.

—Igual no estás al tanto, pero los cirujanos trabajan una bestialidad de horas.

—Y además les encanta presumir de ello, por lo que he oído. Vale, a ver si lo adivino: una bailarina barra inversora aristocrática de banca barra trabajadora social esquelética afincada en...

pongamos Boston. O Londres. Pero de Cincinnati seguro que no, claro, porque todos conocemos

la ínfima calidad de las mujeres de Cincinnati.

—Lo que dije en casa de los Lucas, y espero que sepas que en lo que se refiere a oír conversaciones ajenas te considero excepcionalmente descarada, es que no quiero verme envuelto

en citas a ciegas al capricho de las esposas de mis supervisores. Difícilmente se puede interpretar eso como un veto a las mujeres de Cincinnati. —Al dejar atrás Menlo Avenue, añadió—: Raramente salgo con esqueléticas. Ni con bailarinas, aunque supongo que la categoría de esqueléticas incluye a las bailarinas. No tengo nada en contra de las aristócratas, las inversoras de banca y las trabajadoras sociales.

—¿Por qué rompisteis Caroline y tú?

—¿Por qué rompen las parejas? No éramos compatibles.

—¿Has estado casado?

—No. ¿Y tú?

—No, pero ahí está la cosa. Tú eres, perdóname que te lo diga así, un muy buen partido. No te hagas el modesto, porque estoy convencida de que eres consciente de ello. Personalmente, yo no saldría jamás contigo, pero eres alto, estudiaste en buenas universidades y eres médico. Para la gente en general, que no tiene ni idea de que eres un elitista condescendiente de tomo y lomo, eres un caramelo. Si quisieses, estarías casado, o al menos tendrías novia. Y no me pongas como excusa tus horarios, porque la gente encuentra tiempo para lo que quiere encontrar tiempo.

—¿Ahora mismo estás soltera?

Era una pregunta extraña; pocos días antes habría tenido que decir que no.

—Sí, pero hace poco. De todas formas, todo el mundo sabe que para una mujer es distinto. Si te pusieras en una esquina y proclamases que quieres una esposa, te prometerías en menos de quince minutos. Yo tengo que convencer a la gente de que pase por alto mi inminente fecha de caducidad. — Pero en aquel momento Liz no se sentía como una polvorienta lata de sopa en un estante del supermercado; se sentía prácticamente exultante. Estaba fuerte, estaba sana y no estaba embarazada; sudaba felizmente con su *top* y sus *shorts*, corría con sus zapatillas color turquesa y naranja; las nubes grises se habían disipado sin que llegase a llover, y tenía al lado un hombre que, por más odioso que pudiera ser, no la aburría lo más mínimo. Dijo—: ¿Quieres que echemos una carrera colina arriba cuando lleguemos a Edwards?

—¿Sabes esos perrillos que se plantan delante de los pastores alemanes y se ponen a ladrarles?

Pues pareces uno.

—¿Te da miedo perder?

—Por lo visto, lo de haberte criado con la enmienda contra la discriminación sexual en la educación te ha dado una buena autoestima.

—Muy bien, pues vamos a ello.

Aunque todavía estaban a cuarenta y cinco metros de Edwards Road, echó a correr a toda velocidad; subió por la acera casi sin tocar con los pies el suelo, dejó atrás las casas y los árboles, los coches de Observatory Road se volvieron un borrón a su alrededor. A los pocos segundos él

la alcanzó, pero iban demasiado rápido como para hablar; Liz se sintió desbocada, sin aliento y



como a punto de echarse a reír. Durante unos segundos más estuvieron disputándose la primera

posición hasta que él la adelantó. Liz se esforzó cuanto pudo y al enfilar Edwards lo tenía a un par de metros, luego unos pocos más y enseguida los separó más de una manzana. Aun así, continuó corriendo con más ímpetu; si tenía que perder frente a Darcy, que no fuera por un centímetro más del necesario.

La estaba esperando en lo alto de la colina, y ella se alegró de ver que todavía jadeaba; aminoró, se tambaleó ligeramente, incapaz de hablar. Apoyó las manos en la cabeza, las bajó y se dobló por la cintura. Tras un minuto lo oyó decir:

—Lo tuyo tiene mérito.

Se irguió meneando la cabeza.

—No seas paternalista.

Le ardían las piernas, el corazón le iba a mil por hora; estaba exhausta, tal vez mareada, y también excitada. Se quedaron uno frente al otro y había entre ambos tal profusión de vitalidad

que no sabían ni qué hacer con ella; cruzaban miradas, las desviaban y volvían a cruzarlas. Al final (seguramente él estaba pensando algo parecido a lo que ella se limitó a poner sobre la mesa), Liz dijo:

—¿Quieres que vayamos a tu casa y echamos un polvo de odio?

Darcy puso cara de circunstancias.

—¿Pero eso existe?

La osadía que invadía a Liz no era infinita, podía disiparse rápidamente, pero como le duraba respondió solemnemente:

—Pues claro que existe.

—¿Es como ser follamigos?

—Esto no es una clase de Sociología. Con un sí o un no vale. —Y añadió—: Es como ser follamigos, pero sin lo de «amigos».

—Entiendo que te refieres a ahora mismo.

No parecía nervioso; ni siquiera demasiado sorprendido.

—Sí —dijo Liz—. Quiero decir ahora.

Aquella era su última oportunidad de aceptar la propuesta, aunque no tenía intención de decírselo. Pero tal vez él notó que la puerta se cerraba, porque respondió:

—Vale. Claro.

## Capítulo 87

Cincinnati era la ciudad en la que Liz había conocido el sexo (haciendo gala de un cliché más bien festivo, había perdido la virginidad con su acompañante del baile de fin de curso del instituto, que se llamaba Phillip Haley, y posteriormente fue llevando a sus dos novios de la facultad en sucesivas visitas durante las cuales se dieron subrepticios escarceos tudorinos), pero todo aquello había sido hacía bastante tiempo. Y la visita de Jasper, desde luego, había terminado siendo inesperadamente infructuosa.

Mientras atravesaba detrás de Darcy el portal de un soso edificio de ladrillos de tres plantas camino del segundo piso experimentó una traviesa sensación que le recordó a sus encuentros juveniles. En la puerta, él se quitó una zapatilla empujando el talón de la puntera de la otra y luego repitió el gesto con la segunda ayudándose con los dedos del pie en el que ya solo llevaba el calcetín, y Liz lo imitó. No había nada colgado de las paredes del apartamento, y el suelo de parqué no estaba cubierto por ninguna alfombra. En el salón solo había un sofá, una pantalla de

plasma y una mesita baja con un ordenador portátil cerrado encima. Darcy la condujo hasta la cocina, que era pequeña y no tenía ventanas pero parecía renovada hacía poco; las baldosas entre las encimeras y los armarios eran negras, blancas y verdes. Llenó dos vasos de agua del grifo y le tendió uno. Bebieron en silencio; luego él dijo:

—Supongo que o nos duchamos los dos o ninguno.

Sintiendo una leve gratitud por su intento de asumir el papel de anfitrión, Liz negó con la cabeza.

—Tengo que estar de vuelta en casa de mis padres antes de la hora de la cena. Pero tengo que hacer pis. ¿Tienes un condón?

Él asintió.

Después de orinar en el moderno y limpio cuarto de baño, se lavó las manos y se salpicó la cara, aunque más por refrescarse que por una cuestión de higiene. En el dormitorio, en el que había una cama grande cubierta por un edredón gris de algodón, una mesilla y una lámpara, Darcy estaba sentado en el suelo, todavía con la camiseta y los pantalones, con una pierna estirada y el tronco sobre esta. Liz se le acercó, le ofreció una mano, él se la cogió y se puso en pie. Entonces se presentó la incertidumbre pura y, sin duda, de haber tenido dieciocho años o tal vez incluso veintiocho, se habría dirigido a él para desterrar aquella confusión; pero tenía treinta y ocho, y había orquestado el encuentro, de modo que dijo:

—Estoy pensando que lo más práctico es que cada uno se quite su ropa. ¿Te importa que llenemos las

sábanas de sudor?

Pareció que la pregunta le resultaba divertida a Darcy.

—Se pueden lavar.

Por tanto, a unos metros el uno del otro, se desnudaron. Liz evitó mirarlo salvo por alguna ojeada a hurtadillas. Era más peludo de lo que se había imaginado, aunque no de una manera antiestética y, si bien se había dado cuenta de que estaba en forma, lo cierto es que prácticamente estaba esculpido; si hubiese sabido antes hasta qué punto era perfectamente musculoso, tal vez se habría sentido demasiado intimidada como para llevar a cabo su insinuación.

Entonces el cuerpo de él se apretó contra el suyo, se estaban besando (como nunca había echado un polvo de odio, se alegró de descubrir que los besos entraban en el trato) y aquel besuqueo de pie duró un rato, acompañado de manoseos hasta que en un momento dado se puso

en marcha un aire acondicionado con un zumbido forzado y, tras otro intervalo, se oyó a través

de las ventanas cerradas del apartamento una cacofonía de cláxones, en la soleada tarde del exterior llena de gente que no estaba, en su mayoría, besándose de pie y desnuda. Acto seguido,

uno u otro empujó a su pareja hasta la cama y enseguida Darcy sacó un condón del cajón de la

mesilla. En resumidas cuentas, la experiencia fue altamente satisfactoria, desde luego para ella, y a juzgar por pistas visibles parecía razonable deducir que también para él; sin duda fue mucho más placentero que la noche del baile de fin de curso con Phillip Haley o la mayoría de coitos que había tenido en los veinte años siguientes. De hecho, una señal de lo agradable que le había resultado la interacción fue que apenas fue consciente de la identidad de la persona con quien la estaba compartiendo. Al principio, lo absurdo de tal intimidad con Darcy (¡Fitzwilliam Darcy!)

la había distraído, y también al final, al emerger de la deliciosa bruma en la que ambos se hundieron. Fue a medida que iba volviendo en sí cuando se preguntó si lo que estaban haciendo

podía contar como acurrucarse; desde luego, por más que los polvos de odio permitiesen los besos, acurrucarse era una infracción. Se despegó de él girando sobre la cama y estiró la mano para recoger su ropa del suelo.

Notaba su mirada sobre ella, pero esperó hasta tener puestos la camiseta y los *shorts* húmedos y apestosos para volverse. Cuando por fin hizo contacto visual con él, dijo:

—Ya sé dónde está la salida.

Al final no habían llegado a meterse bajo las sábanas, sino que habían llevado a cabo la transacción entera encima del edredón. En aquel momento, Darcy estaba con las manos tras la nuca, el largo cuerpo velludo y musculoso expuesto. Tenía en la cara una expresión difícil de descifrar, y Liz se empecinó en no ruborizarse.

—Nos vemos —le dijo.

¿Estaba contento? ¿Preocupado? ¿Apabullado? Imposible saberlo.

—Dalo por hecho —le respondió.

## Capítulo 88

Liz estaba rellenando un cheque para el contratista cuando recibió el mensaje de Jasper. El contratista había lijado la pintura abombada y descascarillada de la mancha de humedad del salón; a continuación le había dado imprimación y una capa de pintura color mostaza de la lata

que había desenterrado, para gran sorpresa suya, durante las prospecciones del sótano. El hombre la había informado, con una reticencia que Liz atribuyó al temor a ofenderla por subrayar su estupidez, de que el origen de la mancha era que los canalones del tejado estaban taponados de

hojas, lo que hacía que se inundasen durante las tormentas.

—No está de más mantener limpios los canalones —le dijo cortésmente.

El mensaje completo de Jasper decía «¡Tremendo!» e incluía un enlace a un artículo sobre un hombre que había intentado robar sin éxito una serpiente en una tienda de mascotas en Nebraska.

Jasper la estaba tanteando. Quería ver cómo quedaban las cosas entre ellos. No le contestó.

## Capítulo 89

Los clientes del colega de Shane tenían que visitar la casa de estilo Tudor entre las dos y las tres de la tarde del lunes, lo que significaba que los habitantes debían estar fuera. Tras acordar que Mary se llevase a su padre a la Biblioteca Mercantil («Ya lo llevé la semana pasada», replicó la hermana mediana, y Liz dijo: «Exacto. Es lo que se conoce como arrimar el hombro»), Liz le había pedido a Lydia, a Kitty y a su madre que la acompañasen al centro comercial de Kenwood

para ayudarla a elegir un traje con el que entrevistar a Kathy de Bourgh. Le pareció una excusa tan obvia que la sorprendió que aceptasen sin reparos.

A las dos y veinticinco estaba en un cambiador, con un vestido azul cruzado, cuando Shane la llamó:

—Les encanta. Esta noche nos harán una oferta, que evidentemente dependerá de la inspección.

Liz sonrió realmente (la melena oscura, el vestido caro que no le pegaba, las piernas y los pies al aire) mirándose en el espejo.

—Gracias, Shane. Es una noticia genial.

## Capítulo 90

No era que, en esencia, Liz hubiese cambiado de opinión sobre la antipática naturaleza de Darcy; más bien había llegado a la conclusión de que uno o dos polvos en su cama no disminuirían ni exacerbarían dicha antipatía, sobre todo si no lo comentaba con nadie, ni siquiera con Jane.

Veinticuatro horas después del primer encuentro sexual salió a correr de nuevo preparada para

verlo; tan preparada, de hecho, que la sorprendió no descubrir su imponente silueta en Easthill Avenue; luego se sorprendió de no verlo en Observatory Avenue, ni en Menlo Avenue, ni en Stettinius Avenue, ni en Edwards, y tuvo que admitir que las posibilidades de encontrárselo se habían reducido mucho. Lo cierto es que poco sabía de sus horarios de trabajo ni de sus hábitos

de deporte.

La cuestión, entonces, era hasta qué punto quería entregarse: dejar de lado por completo todo

fingimiento de casualidades, averiguar su correo electrónico o su número de teléfono y acordar

otro encuentro con la misma concreción que emplearía para pedir cita a un dentista. La antipatía que sentían el uno por el otro suponía que el sacrificio del orgullo subsiguiente tenía a un tiempo más o menos las mismas repercusiones que si abrigasen respeto y cariño mutuos.

Volvió a la casa de estilo Tudor sin lograr verlo ni decidir cuál debería ser su próximo paso y, por lo tanto, en más de un sentido, se vio profundamente frustrada.

## Capítulo 91

Los posibles compradores se llamaban Jacqueline y Adam Whitman, y ofrecieron a los Bennet 950.000 por la casa de estilo Tudor, cosa que ofendió hasta tal punto a la señora Bennet que se fue a la cama en cuanto oyó la cifra. Shane le había enviado una copia de la oferta escaneada a Liz cuando terminaban de cenar, y la suma había dejado a su madre tan tocada que ni vio la televisión en la salita; necesitaba asumir su angustia en una posición horizontal.

—Al final terminaréis por llegar a un término medio —le dijo Liz desde la puerta del dormitorio a su madre—. Esta no es la última palabra.

—Déjame en paz. Ya has hecho suficiente daño.

## Capítulo 92

En la visita al ortopedista, el doctor Facciano le dijo al señor Bennet:

—Parece ser que ha recuperado usted toda la movilidad. ¿Tiene algún dolor?

—Solo de tipo emocional, infligido por mis niñas.

—¿Significa eso que ya puede volver a conducir? —le preguntó Liz.

—No veo por qué no.

—Guau. ¿No estás contento, papá?

—Pues sí, porque ahora ya no tienes excusa para no volverte a Nueva York.

—Me voy a quedar hasta que se celebre el almuerzo de mamá.

El señor Bennet puso los ojos en blanco.

—Eso lo haces porque tú quieres.

### Capítulo 93

Durante el *footing* de la tarde, que había sustituido al *footing* matutino, justo antes de girar por Grandin Road hacia Madison Road (antes de que hubiese comenzado a especular si se encontraría

con Darcy, pero también antes de que esperase toparse con él realmente) se lo cruzó: alto, sereno y sudoroso solo lo justo, seguramente ocupado en sus arrogantes pensamientos pero con un aspecto tan injustamente atractivo que los órganos internos de Liz se sobresaltaron un poco. Su

ser real, su cuerpo físico, por contraposición a la irritante idea que de él tenía, le provocaron una cierta sorpresa. En el tono más displicente que fue capaz de componer, le dijo:

—¿Qué tal andan los cerebros de la gente?

—Si vienen a mi consulta, nada bien.

Corría sin moverse del sitio, a la espera de que Liz lo alcanzase, y solo entonces comenzó a avanzar a su lado.

—¿Sabes eso que suele decirse: «A ver, que tampoco te van a abrir la cabeza»? ¿Tus colegas y

tú decís: «Es un poco duro, pero, eh: que te vamos a abrir la cabeza»? —Su semblante la impelió a preguntarle—: ¿Soy la millonésima persona que te lo pregunta?

—No eres la primera. —Continuaron rumbo norte por Madison Road y añadió—: Quería

comentarte que mi hermana es fan tuya. Resulta que lleva años suscrita a *Mascara*, y cuando le he contado que conocía a alguien que trabajaba allí enseguida ha sabido quién eras.

—Debe de tener un gusto exquisito.

—Georgie es muy inteligente. Es doctoranda en Historia.

—¿Te atreves a decirme dónde estudia o me voy a desmayar?

—Sabía que dirías algo así. Estudia en Stanford.

Liz se llevó una mano a la frente.

—¡Trae mis sales! —Le echó una mirada y vio que Darcy parecía ligeramente divertido, como mucho—. En serio: dale las gracias de mi parte. En *Mascara* queremos a nuestros lectores. ¿Tiene intención de ser profesora?

—Eso si logra un empleo. Es un poco casera.

—¿Es más joven que tú?

—Bastante... Tiene solo veintiséis.

—¿Y de verdad vive en casa? Ten en cuenta que no la puedo juzgar, acuérdate de mis hermanas.

—Mis padres están muertos. Georgie vive...

—Lo siento —lo interrumpió Liz.

—Tranquila —respondió él secamente. Al cruzar Bedford Avenue, siguió—: Mi padre era más mayor que mi madre y falleció cuando yo iba al instituto y Georgie tenía tres años. Nuestra madre murió hace cinco años. Georgie fue a estudiar a Stanford, se quedó a vivir en el campus, y allí sigue. Pero no ha querido dejar la casa paterna. No creo que vaya allí cuando yo no estoy en la ciudad, pero está muy unida a ese sitio.

—¿Quieres venderla?

—Son ocho hectáreas con la casa en medio. Otros podrían sacarle partido.

—Te criaste en la zona de la bahía, ¿verdad? —Liz intentaba sonar informal. ¿Había dicho ocho hectáreas?

Como quien no quiere la cosa, Darcy respondió:

—En Atherton.

Que Darcy provenía de una familia acaudalada, su educación y su porte lo daban a entender, pero no se le había ocurrido que el caudal fuese tan tremendo. Apenas podía hacerse una idea del valor de tal propiedad en un lugar así hoy en día: ¿treinta millones de dólares? ¿cuarenta?

Dejando de lado la personalidad, era un buen partido brutal.

—¿La casa sigue amueblada?

Él asintió.

—En el terreno vive una pareja en una casita propia, los guardas, Roger y su mujer. Georgie y yo vamos un par de veces al año. La verdad es que es una casa para celebraciones, así que a menos que tengamos un montón de invitados se hace un poco deprimente. Yo prefiero dormir en un futón en el apartamento de mi hermana.

¿Cómo es que aún no había googleado su nombre? No era de extrañar que Caroline Bingley lo persiguiese. No era que su fortuna lo hiciese más atractivo a ojos de Liz (si solo andase detrás del dinero, podría haber correspondido al interés de su primo). Pensó en el exiguo apartamento, en su afición a los menús de siete dólares del Skyline, y luego pensó en que le había confesado los aprietos económicos de su familia. De haber sabido más de su extracción, tal vez no lo habría hecho; pero, dado que ya era tarde, dijo:

—Ayer les hicieron a mis padres una oferta por la casa, los primeros que la vieron.

—Enhorabuena.

—Bueno, es baja. Pero la cuestión es que, si tuviesen la posibilidad de aferrarse a esa casa de por vida, lo harían, al igual que mis hermanas.

—¿Y tú no?

—No, pero como me dijo mi padre, yo soy despiadada.

—Suenas sospechosamente a fanfarronada.

—¿Esta noche trabajas?

—Entro a las ocho.

—¿Entonces voy a tu apartamento ahora o qué?

Darcy se rio al oír esto; un sonido que Liz le había oído en tan contadas ocasiones que le chirrió.

—Desde luego.

## Capítulo 94

El maletero del SUV de Ham estaba abierto en medio del caminito de entrada a la casa de estilo



Tudor, hasta los topes de cajas con varios vestidos encima con perchas y todo. Fuera no había nadie pero, mientras Liz hacía estiramientos en la hierba tras regresar del apartamento de Darcy, Lydia salió con un montón de anuarios del Seven Hills a cuestas y un colgador de pendientes, seguida de Ham, que cargaba con una cesta de la colada llena de ropa doblada.

—¿Os mudáis? —le preguntó Liz a Lydia.

—Tu habilidad para captar pistas sutilísimas es impresionante —respondió la hermana menor

—. ¿Te has planteado hacerte detective?

—Pero mira que llegáis a chincharos —intervino Ham—. Voy a arriesgarme, porque nunca he tenido una hermana, y diré que tiene que ser vuestra manera de expresaros amor. —Sin esperar a que respondiesen ni una ni la otra, añadió—: Liz, en cuanto hayamos deshecho las maletas, queremos que te vengas a cenar a casa.

—Genial. Y buena suerte con tu nueva compañera de piso, Ham.

Ham sonrió.

—Creo que estaré a la altura del reto.

## Capítulo 95

Una reunión de la Liga Femenina sacó a la señora Bennet de la cama tras un periodo de treinta y seis horas, y, ya que estaba en pie y restablecida, aceptó a regañadientes ir a visitar un apartamento en un edificio de veinte plantas al que comenzó a poner pegatas antes de subirse al coche.

—Nunca he vivido tan cerca de la autopista. No sé cómo es capaz de pegar ojo la gente con los coches zumbando durante horas.

—Lo bueno —dijo Shane— es que cada sitio que veamos, tanto si les gusta como si no, nos ayudará a acotar qué es lo que quieren.

Por lo tanto, fueron a ver el lugar y mientras estaban en el cuarto de baño principal con su madre, Liz comentó:

—Teniendo en cuenta la inyección de dinero resultante de la venta de la casa, este parece ser el momento perfecto para acordar un presupuesto. Puedes decidir: «Muy bien, voy a reservarme equis dólares mensuales para comprar cosas por catálogo, y si me paso de esa cantidad antes de que termine el mes ya no puedo comprar nada más».

La señora Bennet fulminó a su hija con la mirada.

—Sé perfectamente lo que es un presupuesto, Elizabeth. —Echándose un vistazo en el espejo, añadió—: Espero que Lydia no esté cometiendo un error al mudarse con Ham. Ya sabes lo que se dice de los hombres cuando se salen con la suya sin esfuerzo.

—Pero el caso es que él está prestándole apoyo. Ella ni ha intentado buscarse un trabajo.

Los comentarios de Liz parecieron complacer a la señora Bennet.

—Lydia es tan bonita... —dijo en tono de aprobación.

## Capítulo 96

«Fitzwilliam Darcy Atherton, California» escribió Liz en Google y, después de leer los resultados, probó la secuencia «Fitzwilliam Darcy Facultad Medicina Harvard Universidad de Cincinnati Centro Enfermedades Coronarias», y, simplemente porque sí: «Fitzwilliam Darcy novia». Descubrió que no usaba ni Facebook ni Twitter y, si bien no estaba libre por completo de presencia *on-line*, lo que encontró fue poco más que datos documentales: su graduado por Stanford era en Ciencias Bioquímicas y, también allí, tenía un doctorado en Neurociencia (¿cuándo había tenido tiempo para sacarse un doctorado?). Había ganado cierto número de premios extraños (en la 44ª Reunión Anual de la Facultad Norteamericana de Cirugía, el Premio

Rothman T. Barnett para Residentes) y había escrito o participado en varios artículos de títulos todavía más extraños y publicados en revistas médicas («Modulación de los estímulos cerebrales

en la interacción entre las redes de los lóbulos frontal y parietal, ventral, los ganglios basales y las estructuras corticales durante los procesos de expectación y reorientación»). En la foto del sitio web del centro de enfermedades coronarias aparecía encorbatado y con una bata blanca.

Y lo que era aún más excitante: el terreno de su familia en Atherton se llamaba Pemberley (estaba ubicado en el 1813 de Pemberley Lane, aunque Liz supuso que el nombre de la finca era

anterior al de la calle) y las estimaciones de su valor variaban entre los 55, los 65 y los 70 millones de dólares.

La búsqueda «Fitzwilliam Darcy novia» no dio resultados.

## Capítulo 97

La aclimatación a la vida en Rhinebeck, le informó Jane a Liz por teléfono, apenas había sido traumática: a pesar de la afirmación de Lydia, Amanda y Prisha la trataban como a una amiga más que como a una empleada; su hijo Gideon era encantador; y ella había descubierto una panadería

vegana deliciosa a la que, libre de preocupaciones por su aumento de peso, iba cada tarde a buscar *muffins* y porciones de tarta. Seguía triste por lo de Chip, admitió, pero se trataba de una melancolía de la que no podría librarse allí donde estuviese y por lo menos había disminuido con el cambio de paisaje.

—Y mientras tanto tú te las has arreglado para vender la casa en un abrir y cerrar de ojos. Eres maravillosa.

—Es Shane quien la ha vendido, y no es oficial hasta que se cierre el trato —respondió Liz.

—Como quieras. Es una casa fantástica. ¿Sigues en contacto con Jasper?

—Me ha mandado algún mensaje, pero no le he contestado.

—Bien por ti, Lizzy.

Aunque se le pasó por la cabeza comentarle lo de su tonteo con Darcy, Jane estaba demasiado de buen humor y acababa de subrayar su fe en la fortaleza de carácter de Liz, por lo que la confesión no le pareció apropiada. Así que dijo:

—Saluda a Amanda y a Prisha de mi parte.

## Capítulo 98

Kitty estaba haciendo flexiones en el suelo de su cuarto cuando Liz se detuvo en el umbral.

—Mary y tú deberíais empezar a buscaros un apartamento. La inspección de la casa es mañana.

Kitty continuó con sus flexiones (estaba en una forma excelente) y a Liz le llamó la atención entonces una foto enmarcada sobre la repisa de la chimenea. Atravesó el cuarto para examinarla y descubrió que la foto, de unos cinco por ocho centímetros, era de Mervetta y Kitty. La anciana, que aparecía sentada, llevaba un vestido amarillo y un sombrero de paja a juego, y Kitty estaba agachada a su lado con un vestido sin mangas; ambas sonreían.

—¿Cuándo os hicisteis esta foto Mervetta y tú?

Desde el suelo, Kitty respondió:

—En su setenta cumpleaños.

—¿Dónde fue?

—En casa de su hijo. Bond Hill.

—¿Fue alguien más de nuestra familia?

—Papá.

Qué extraño resultaba, pensó Liz, llevarse una sorpresa grata por parte de miembros de la familia.

—¿Papá y tú asististeis al funeral de Mervetta?

Kitty seguía sin levantar la mirada.

—Por supuesto —contestó.

## Capítulo 99

—Lo menos que podría hacer Helen Lucas —dijo la señora Bennet mientras Liz descendía la escalera vestida para salir a correr— es darme las gracias por presentarle mi sobrino a su hija.

Una cosa te digo: no es tan fácil encontrar a un hombre dispuesto a salir con una jovencita de ese tamaño.

¿Acaso era posible que en la mente de la señora Bennet convivieran dos narraciones

mutuamente excluyentes: el convencimiento de que Liz había cometido un error tremendo al rechazar a Willie y el convencimiento de que el mérito de que Willie y Charlotte se hubieran emparejado era suyo? Pues por lo visto sí.

Liz había llegado a la puerta principal y decía:

—Salgo a correr.

—¿Le enviaste ya un mensaje con el ordenador a Allen Bausch? Creo que estaría encantado de volver a contactar con Mary.

—No creo que Mary quiera tener nada que ver con él.

—Vale la pena intentarlo. Nunca se sabe.

—No —respondió Liz—. Eso no es verdad. A veces sí que se sabe.

## Capítulo 100

—La noche que nos conocimos —dijo Darcy— en casa de los Lucas, cuando te dije que la silla de al lado estaba ocupada, era el doctor Lucas quien me había pedido que se la reservase. No llegó a sentarse, pero no podía ignorar la petición del anfitrión, que casualmente es también uno de los directores del hospital donde visito a mis pacientes. No estaba siendo grosero porque sí.

—Espero que te haya estado reconcomiendo todo el verano. —Liz estaba desnuda, aunque solo hacía un momento, como Darcy; él estaba tumbado en la cama bocarriba, con la cabeza apoyada sobre dos almohadas, y ella se había sentado a horcajadas encima. Se habían vuelto a cruzar por semicoincidencia más que a raíz de un plan específico; todavía no habían intercambiado números de teléfono ni direcciones de correo electrónico.

—¿Cuando te escuché a hurtadillas poniéndome a parir a mí, a mi familia y a Cincinnati también fue porque no querías ofender al doctor Lucas? Seguro que estabas demostrando el colmo de la buena educación, porque no puede ser que te estuvieses comportando como un gilipollas y punto.

— *Touché* —contestó Darcy.

Tenía las manos en las caderas de Liz, y había algo de absurdo e intrigante (agradablemente absurdo e intrigante) en mantener aquella conversación desnudos, antes de empezar con lo que les había llevado allí.

—¿Algo más que quieras dejar claro? —le preguntó Liz.

Estaba de broma, pero de repente la expresión de Darcy se volvió grave.

—¿Quieres tener hijos?

—Si vas a intentar convencerme de que no usemos condón, la respuesta es un no rotundo.

Él meneó la cabeza.

—No es eso. Es una pregunta sincera.

—No —dijo Liz—. No quiero tener hijos. —La ambivalencia que solía fingir durante aquellas

conversaciones se le antojó innecesaria en aquel instante; después de todo, no estaba tratando de hacerse querer—. Si quieres puedo darte distintas maneras de responderme y eliges la que te guste más: a) Bah, Liz, cambiarás de opinión..., lo que pasa es que no has conocido a la persona indicada. —Antes de proseguir, alzó la mirada y ladeó la cabeza con diligencia fingida—. b) ¿Pero quién te va a cuidar cuando seas vieja? —Pasó a un tono de mofa y dijo—: c) Pues claro que no

quieres tener hijos, narcisista avara de la Costa Este. —Fingiendo preocupación, siguió—: d) Caray, tu infancia debió de ser una mierda. O... —Para la última opción, pasó a un tono paternalista—: e) No tienes ni idea de lo plena y maravillosa que es la maternidad. De hecho, uno no ha vivido hasta que no ha reducido a la fuerza a un niño de cuatro años histérico en el supermercado. Bueno, Fitzwilliam Darcy, recuerde que puede escoger cualquiera de las opciones

mencionadas.

—Menuda listilla —dijo él—. Aunque te considero más una narcisista del Medio Oeste que una narcisista de la Costa Este.

—Lo creas o no, entiendo por qué la gente tiene hijos. Durante la mayor parte de mi vida he dado por hecho que sería madre, y estoy segura de que es realizador mientras los niños no estén en plena rabieta. Pero, a medida que me hacía mayor, cada vez me interesaba menos

personalmente. Seguir el proceso de inseminación de Jane ha sido el factor decisivo. Me gusta cómo es mi vida ahora; en el futuro quiero hacer cosas que no son compatibles con tener niños, y ni siquiera me supone una elección tortuosa y mayúscula. Es un alivio.

—¿Qué cosas quieres hacer que no son compatibles con la maternidad?

Liz se encogió de hombros.

—Viajar. Escribir un libro. Correr una maratón. Adorar a mis sobrinos por encima de todas las cosas sin necesidad de pasar por algo como enseñar a usar el orinal.

—Yo tampoco quiero tener hijos.

—¿En serio? —Liz estaba sorprendida de verdad.

Él sonrió levemente.

—¿Qué motivo crees que es el decisivo para mí?

—Tú sabrás.

—Cuando entré en Neurocirugía estaba decidiendo que o bien sería de la clase de persona que

deja que un 95 por ciento de la paternidad recaiga sobre su pareja o no sería padre, punto. El que diga que los cirujanos contribuyen bastante con sus familias miente. Los horarios lo hacen imposible, y eso sin contar la investigación. Y sí, he oído el argumento de que no tener niños es egoísta pero me parece ridículo. Si quieres hacer algo desinteresado de verdad, adopta a un chaval negro de siete años de un orfanato. Supongo que te vas a burlar de mí por decir esto, pero creo

que mis virtudes conllevan que mi contribución a la sociedad será sobre todo como científico y

médico. Cualquier hombre con un buen recuento de espermatozoides en el semen puede ser padre, mientras que solo algunas personas son capaces de llevar a cabo una craneotomía descompresiva.

—¿Por qué me iba a burlar de ti por eso? —protestó Liz sonriente—. Ya sabía que eras un egomaniaco. —Sin embargo, la verdad era que no le parecía egomaniaco; parecía alguien con principios, alguien reflexivo, y la hacía sentir cierta vergüenza por trabajar en una revista que

recomendaba cremas antienvjecimiento para veinteañeras mientras que él ayudaba a gente que había sufrido traumatismos craneales. Pero, desde luego, aquel no era el momento de ponerse obsequiosa.

Aparte de desvestirse, no habían iniciado ningún otro prolegómeno. Aun así, pocos minutos antes ella se preguntaba si tendría una erección, y ahora tenía claro que sí. Se balanceó encima de él una vez.

—Creo que es hora de empezar la fiesta —le dijo, y se inclinó sobre él y lo besó en los labios.

## Capítulo 101

Shane había advertido a Liz que la inspección de la casa de estilo Tudor podía llevar más de seis horas, de modo que solo tras mucho darle vueltas y no con pocas reticencias propuso a sus padres un viaje a Berea, Kentucky, para aquel día. Berea, una ciudad de 14.000 habitantes a menos de dos horas de Cincinnati, era famosa por una comunidad artística próspera que producía y vendía cuadros, esculturas, joyería, alfarería y telas. Por muchos motivos, tal destino parecía ser una malísima idea (a Liz la preocupaba que aquellos artículos fuesen demasiado caseros y que su madre comprase sin pensárselo, por ejemplo, un enorme y caro bebedero para pájaros), pero debido a la larga duración de la inspección el objetivo era sacar a la señora Bennet de Cincinnati y hacer que no le fuese posible volver a la casa de estilo Tudor por su propio pie.

Cuando Liz trajo a colación lo de Berea con su padre, este respondió:

—Me cuesta imaginar una propuesta menos tentadora.

—Muy bien, pero tu disfrute es irrelevante, en realidad.

El señor Bennet soltó una risilla.

—Avísame de cuándo nos vamos.

La señora Bennet solo se mostró ligeramente más cooperativa.

—Deb Larsen le encargó a una señora de Berea que le tejiese una alfombra que representase su casa de Michigan. El parecido es asombroso. —Pero entonces frunció el ceño—. No te creas que no sé lo que estás haciendo exactamente, Lizzy.

Antes de marcharse, Liz insistió a Kitty y a Mary la importancia de que estuviesen fuera de la casa de estilo Tudor hasta que ella les dijese que la inspección había concluido.

—Si seguís pensando en coger un apartamento juntas, hoy es un buen día para echar un vistazo.

—Igual sí, pero tengo que ir a una clase de remo que da Ham a las once.

El contingente de Liz cogió el coche de la señora Bennet: Liz conducía, su padre iba en el asiento del

copiloto y su madre detrás. Para Liz fue un alivio adoptar el papel de chófer, tanto porque sus padres eran muy malos conductores como porque aquel rato para los tres la hacía sentirse profundamente incómoda. La atención de aquellos dos había estado siempre tan dividida

durante tantos años que en las raras ocasiones en que no era así había algo chirriante; se abría la oportunidad de un tremendo escrutinio y de una conversación ininterrumpida. Con objeto de impedir una cosa y otra, Liz había sacado de la biblioteca de Hyde Park un audiolibro que esperaba que ocupase el minúsculo vínculo de intereses mutuos de sus padres: una biografía de un magnate ladrón de diecinueve horas en trece CD, publicada cuatro años antes y reconocida con

numerosos premios literarios.

Llevaban los Bennet unos seis minutos de escucha del primer CD cuando la madre empezó a

señalar asuntos que iban desde la temperatura dentro del coche (en la parte de atrás helaba directamente) hasta las actuales humillaciones de vender la casa de estilo Tudor (además, ¿qué garantías tenían ellos de que aquel Shane fuese digno de confianza? Sí, a lo mejor había ido al Seven Hills, pero había algo que no la acababa de convencer de él; lo tenía en la punta de la lengua, pero no lograba captarlo) o lo soporífero del audiolibro (la madre de Dios, ¿de verdad que el autor esperaba que la gente le siguiese la pista a tanto nombre y a la relación que tenían unos con otros?) o a especulaciones sobre si Ham se prometería con Lydia por Navidad (la señora Bennet habría preferido que el marido de Lydia tuviese una fuente de ingresos más estable; a saber si lo del *crossfit* no era una de aquellas modas pasajeras, pero parecía tener una cabeza lo suficientemente bien amueblada como para encontrar trabajo en otra cosa si se le hundía el negocio).

Una hora y cuarto después, el señor Bennet le murmuró a Liz:

—Te digo lo que haremos: cuando llegues a Lexington, me dejas en el Museo de Arte de la Universidad de Kentucky. Me recoges en tres horas. Lo que tu madre y tú decidáis hacer en el ínterin lo dejo a tu elección.

De modo que las mujeres terminaron dejando el plan de Berea y se fueron a comer a un restaurante que se llamaba Doodles, donde la señora Bennet amplió varios de los temas que había

planteado en el coche mientras comunicaba pormenorizadamente la marcha de las peticiones de artículos de la subasta de la Liga Femenina. Comentó su decepción por no ir a Berea, pero su pesar parecía más de boquilla que sentido realmente.

Sonó una alarma del móvil de Liz cuando estaba fuera de Doodles esperando a que su madre volviese del lavabo. «Llámame», decía el mensaje de Shane.

Obedeció y él le comunicó sin paños calientes:

—Tus padres tienen una plaga de arañas. Tenemos que hacer venir a los de control de plagas a



la casa cuanto antes.

Liz dio un respingo.

—Una plaga, quieres decir... —Reculó—. O sea, ¿cómo se cuantifica eso?

—Eso es lo que determinarán los de control de plagas, pero tiene mala pinta.

—¿Los compradores siguen interesados?

—No —respondió Shane—. Pero ahora ese no es nuestro mayor problema.

## Capítulo 102

A menudo, el último o el penúltimo día antes de que saliera un número de *Mascara*, Liz estaba en contacto continuo con su editora: había que añadir una frase para comentar que la actriz que había presentado Liz acababa de entrar en rehabilitación, o que la integrante de un equipo de fútbol femenino estaba embarazada; la frase añadida suponía que debía suprimirse el mismo número de palabras de otra parte del artículo. Ya fuese en persona en las oficinas de *Mascara* o por mensaje, correo o teléfono, Liz y la editora se comunicaban sin cesar, en una taquigrafía cada vez más agotada y enrevesada. Y, aunque para cuando el artículo ya quedaba cerrado Liz se sentía tremendamente harta del tema que tocase (pocos lectores, creía ella, tenían idea de la cantidad de trabajo que contenía aquella lectura despreocupada que hacían mientras viajaban en metro o tomaban un baño), una vez todo había acabado, más bien echaba de menos a su editora y aquel

intercambio de opiniones urgente y cómplice.

Tiempo después, cuando Liz rememoraba lo que llamó para sí la Semana de la Fumigación, sentía una nostalgia similar y tal vez incluso más sorprendente por las conversaciones que sostuvo con Ken Weinrich, el dueño de Control de Plagas y Exterminadores Weinrich y el hombre que la guio en un repaso rápido por el confuso mundo de las plagas de arañas. Hablaron

por primera vez mientras ella seguía esperando a su madre fuera de Doodles en Lexington, Kentucky, y al día siguiente el hombre aparcó su camioneta en el caminito de entrada a la propiedad de los Bennet. Ken Weinrich, blanco y fornido, entró en la casa con una camisa de manga corta desabotonada, tejanos y botas de trabajo; llevaba una linterna y una tabla sujetapapeles.

El intervalo de horas transcurrido había representado para Liz, sin duda, la peor noche de insomnio de toda su vida, incluidas las fiestas de pijamas de sus años escolares, las quedadas universitarias y los vuelos al extranjero. Por motivos legales a causa de la retirada de la oferta de los probables compradores, Liz no había hablado directamente con la persona que había dirigido

la inspección de la casa de estilo Tudor. Sin embargo, el inspector le dijo a Shane, y este a Liz, que habían encontrado arañas en todas las plantas, incluidos el interior de las chimeneas, las lámparas de los techos y las alcachofas de las duchas, y que estaban concentradas sobre todo en el sótano y el desván. Por eso Liz durmió, o intentó dormir, en la cama de Lydia, pero cada pocos minutos se

despertaba convencida de que había notado el cosquilleo de las patas arácnidas correteando por su piel. El inspector también le había dicho a Shane que los puntos con forma de violín en la espalda de los especímenes muertos indicaban que se trataba de la araña reclusa parda, cuya mordedura se sabía que causaba hinchazón, náuseas y llagas en la piel. Cuando Ken Weinrich confirmó la especie, la primera reacción de Liz fue de alivio por que Jane se hubiese marchado.

Habría probablemente, calculaba Ken Weinrich, miles de arañas escondidas aunque, fieles a su nombre, normalmente se ocultaban. Lo de normalmente es relativo, pensó Liz al recordar sus diversos encuentros con ellas a lo largo de los últimos tres meses. Si echaba la vista atrás, quedaba claro que debería habersele ocurrido llamar a un exterminador la primera semana que pasó allí.

Contando con que no lloviese, la fumigación se programó para dos días más tarde y supondría cubrir la casa por fuera con una lona; una vez colocada esta, soltarían fluoruro de sulfurilo, y unos ventiladores especiales harían circular el gas. Los Bennet no podrían entrar en casa durante tres días. En repetidas ocasiones, Ken Weinrich aseguró a Liz que el fluoruro de sulfurilo no dejaba residuos y que ni el mobiliario ni siquiera la comida de los Bennet sufrirían deterioro alguno. El coste de la fumigación era de 10.000 dólares.

El señor Bennet pareció resignado, mientras que la señora Bennet recibió la noticia con indignación. Como si Liz les hubiese comunicado que había visto un ratoncillo, ni su padre ni su madre se le antojaron demasiado preocupados.

—Estoy segura de que miles no son.

Durante la fumigación se quedarían en el club de campo.

Las hermanas de Liz, por el contrario, estaban horrorizadas, aunque en el caso de Lydia el horror tenía un toque más bien de regocijo solo menoscabado por el ofrecimiento inmediato de

Ham a los Bennet para que cualquiera de ellos dispusiese de su casa en Mount Adams. Sin embargo, aquel mismo día, Mary y Kitty encontraron un apartamento de dos habitaciones (a solo

unas manzanas del de Darcy, por cierto), y a Liz le tocó pagar el alquiler del primer mes y avalar a sus hermanas. Para no arriesgarse a llevarse las arañas a la nueva vivienda, Mary, Kitty y Liz fueron al Ikea que había a treinta minutos de Cincinnati por el norte y allí la mayor compró a

cada hermana una cama, un sofá para todas, una mesa de cocina y sillas.

No pasaba por alto las ventajas de respaldar aquellas adquisiciones: en deuda, a sus hermanas

ya no les quedaba otra que obedecer sus directrices cuando se marchase de Cincinnati, instrucciones sobre controlar la dieta de su padre, mantener la casa de estilo Tudor en un estado apropiado para que Shane, otros agentes inmobiliarios y clientes la visitasen, y ponerse a disposición de su madre para recados varios durante las cuarenta y ocho horas previas al almuerzo de la Liga Femenina. Si

bien no faltaban ni dos semanas para el almuerzo, Liz había decidido no quedarse. Ya no soportaba Cincinnati. No quería pasarse ni una noche más en la casa

de estilo Tudor que ahora sabía atestada de arañas y a punto de ser inundada de sustancias químicas. No quería pasarse dos semanas durmiendo en el sofá de Kitty y Mary. Y, aunque agradecía el ofrecimiento, tampoco quería mudarse con Ham y Lydia y verlos besándose, achuchándose y bebiendo batidos de repollo. Con una urgencia repentina, deseaba estar en casa,

en su casa, en Brooklyn. Quería pedir *saag paneer* y samosas a domicilio de su indio favorito y comérselas sola en el sofá de su salón mientras leía una revista, con el aire acondicionado a tope y sin tener que defenderse por el hecho de no tener marido.

«¿Te parece muy mal si me voy directa a Nueva York después de entrevistar a Kathy de Bourgh en Houston?», le preguntó a Jane por el móvil, y esta le contestó: «No soy la más indicada para decirte que no lo hagas».

Tumbada en el nuevo sofá de 500 dólares de Mary y Kitty, Liz no era capaz de decidir si su comportamiento como hija y hermana era ejemplar o indefendible. Por un lado, se había partido

el espinazo para asegurar el bienestar de los miembros de la familia. Por el otro, no se iba a esperar ni a que terminase el periodo de aireamiento tras la fumigación para marcharse. Estaría en Nueva York a tiempo para el fin de semana del Día del Trabajo y, de hecho, el principal impulso

para tanta actividad venía de saber que se marchaba.

### Capítulo 103

Liz preparó la maleta y el bolso para llevarlos vacíos en el maletero del Cadillac de su padre desde la casa de estilo Tudor hasta el pequeño césped delante del nuevo apartamento de sus hermanas; dentro del maletero había bolsas de basura llenas de ropa, artículos de aseo personal, grabadoras digitales y un ordenador portátil. Se arrodilló en la hierba y examinó cada prenda, cada objeto de su neceser, para asegurarse de que no había ninguna araña enganchada. Se preguntó si algún vecino del edificio se quejaría, porque seguramente parecía que estaba poniendo un tenderete, pero nadie se quejó y no encontró ninguna araña. Cuando terminó, cargó con las bolsas llenas hasta el apartamento de sus hermanas, aliviada al pensar que jamás sería la madre de nadie y que, por lo tanto, nunca tendría que rebuscar en el cuero cabelludo de un niño a la caza de piojos como hacía un momento.

### Capítulo 104

Como hacía casi una semana que no veía a Darcy, Liz renunció a fingir que salía a correr y se limitó a ir caminando desde el edificio de apartamentos de sus hermanas hasta el suyo y llamó a

la puerta. No respondió, pero cuando ya se marchaba, enfurruñada por la falta de gratificación, se lo encontró de camino a casa cargando en ambas manos con varias bolsas de plástico de la compra.

—Daba por hecho que estabas trabajando —le dijo, y él negó con la cabeza.

—Hoy entro a las seis. ¿Ha pasado algo? —Liz estaba pensándose cómo responder (¿acaso estaba él intentando que quedase como una tonta?) cuando Darcy añadió, con cierto embarazo—:

¿O es que venías simplemente a...? Vale. Entra. Por lo que más quieras.

—Dame. —Liz le tendió una mano—. Te cojo unas cuantas bolsas.

Mientras subían las escaleras se dio el gusto perverso de contarle las últimas noticias sobre su familia, aunque en lugar de comentar lo poco sorprendido que le había dejado saber que los Bennet tenían una plaga de insectos de proporciones bíblicas, Darcy le dijo con un tono que bordeaba la solidaridad:

—Las casas antiguas dan un montón de problemas. Es una lástima que los compradores retiraran su oferta.

—Bueno: ahora Kitty y Mary son vecinas tuyas. Viven en la esquina de Millsbrae con Atlantic, por si necesitas pedirles azúcar.

—Me sorprende que un casero alquile un piso a dos personas sin empleo.

—He puesto mi nombre en el contrato.

Habían llegado a la primera planta, y Darcy dijo mientras abría la puerta:

—¿No te preocupa cargarte tu reputación?

—A ver, doy por hecho que me la juego. Pero tampoco veo otra alternativa.

Dentro, Darcy guardó las compras que requerían refrigeración mientras ella se quedaba sentada en un taburete de la cocina; le ofreció cerveza y agua, que ella declinó; y en menos de diez minutos la verdadera razón de su visita no solo había sido puesta en marcha por ambas partes sino completada con éxito, incluso.

—Esto de los polvos de odio —dijo después Darcy— ¿es la norma para ti?

Su último encuentro, igual que los anteriores, se había consumado entre sábanas, y se encontraban los dos colocados uno junto al otro, pero ya no se tocaban; para cumplir el requisito de no acurrucarse, Liz se había apartado de él y estaba tumbada bocarriba. Soltó una carcajada.

—Si tienes que preguntarle a alguien si es un poco putilla, seguramente la respuesta es que sí.

—Difícilmente se puede entender que era eso lo que preguntaba. Me pregunto solo si lo encuentras más expeditivo. Aunque me contaste que acababas de salir de una relación, si no recuerdo mal.

—No, los polvos de odio no son la norma, pero tampoco lo es vivir en Cincinnati. Y, de hecho,

estoy a punto de marcharme. Mañana por la tarde me voy a Houston a entrevistar a Kathy de Bourgh y luego vuelo a Nueva York.

—¿Te vas mañana? —Darcy pareció sorprendido.

—No te quiero dejar demasiado hecho polvo. ¿Has probado las citas por internet? Si no lo has probado, deberías.

—¿Tú lo has probado?

—Y tanto, y si viviese aquí me pondría a ello, sin duda.

Darcy se quedó en silencio durante unos segundos. Finalmente, dijo:

—¿Jasper Wicks es con quien cortaste?

—Si así fuese, sería un escándalo, ¿no? Porque es un hombre casado y un estudiante expulsado de Stanford. —Liz echó una ojeada a su reloj—. Una parte de mí está tentada de ofrecerte ayuda

para escribir tu perfil de citas *on-line*, pero no estoy segura de que sea ético infligirle tu compañía a otra mujer. No habría fraternidad en eso; no sé si me entiendes.

Estaba de broma, pero la expresión de la cara de Darcy pareció de desagrado auténtico.

—No necesito que me ayudes con un perfil de citas *online*.

—Perfecto. Tienes un doctorado, por lo que he oído. —Liz echó las piernas a un lado de la cama y estiró los brazos para recoger la ropa del suelo. Estaba abrochándose el cierre del sujetador cuando oyó a Darcy.

—Ese tatuaje siempre me sorprende.

Era de tres por cinco centímetros, una máquina de escribir en la rabadilla. Sin darse la vuelta le contestó:

—¿Quieres adivinar qué edad tenía cuando me lo hice?

—¿Veinte?

—Peor aún. Veintitrés. Lo irónico es que pensé que era más guay que una flor o que un símbolo chino. Estaba declarando mi ambición de ser escritora. Pero tantos años después, nunca

he encontrado el momento adecuado para enseñárselo a nadie que haya entrevistado. —Miró por encima del hombro—. A lo mejor tú deberías tatuarte el juramento hipocrático en el culo.

—Igual sí —replicó él, y Liz sintió una punzada que no supo describir. Seguía sin caerle especialmente bien, pero era difícil no preguntarse si sus caminos volverían a cruzarse.

Darcy se tocó el bíceps izquierdo.

—O el logo del Skyline Chili aquí.

Liz se había puesto la camisa y las bragas y se levantó, se volvió hacia él mientras se subía los tejanos. Probablemente era la última vez que se veían antes de que dejase la ciudad, y la inesperada emoción estaba aumentando en intensidad en lugar de disminuir. Además, cosa bastante extraña, casi diría que minutos antes, durante lo que pareció el punto álgido de su placer, Darcy había pronunciado las palabras «cariño mío». Si aquello había sucedido realmente, Liz confiaba en que era algo accidental y desde luego ni uno ni el otro habían subrayado el asunto. En cualquier caso, ¿qué se suponía que tenía que hacer ahora: darle un abrazo? No, no pensaba abrazarlo.

—Vales demasiado para Jasper, si era con quien estabas —dijo Darcy.

Le pareció a un tiempo un desconocido y alguien a quien conociese muy bien; también les quedaban un montón de cosas que decirse y a la vez ninguna.

Intentó sonar despreocupada:

—Yo no estaría tan segura de eso.

## Capítulo 105

—Cuando me haya marchado de la ciudad, puede que mis padres te digan que han cambiado de opinión sobre lo de vender la casa —le dijo Liz a Shane. Habían quedado en el Coffee Emporium de Erie Avenue—. Sobre todo mi madre, pero no le hagas caso. Si pasa eso, llámame de inmediato.

—Entiendo lo delicado de la situación —contestó Shane—, pero esto podría cruzar con gran facilidad la línea legal de lo que un agente inmobiliario puede hacer.

—Quieren vender la casa. O, por lo menos, mi padre reconoce que no le queda otra opción. Si dicen lo contrario, tú como si nada. Y, en cuanto te enteres de que otro agente quiere enseñarla, llamaré a Mary o Kitty y una de ellas se asegurará de que está presentable y sacará de ahí a mis padres.

Shane le echó una mirada que a Liz le costó unos segundos descifrar como fingidamente despreocupada.

—Hablando de Kitty... ¿cuántos años tiene?

—Veintiséis. —Liz sintió la tentación mercenaria y pérfida de añadir: «Y si vendes la casa, es

toda tuya», pero él todavía no había preguntado si estaba soltera; tenía curiosidad, como podía notar Liz, pero no lo había preguntado.

## Capítulo 106

—He averiguado adónde va Mary —dijo Kitty—. Y es para partirse.

Liz llevaba un rato tirada en el sofá de Ikea del salón de Mary y Kitty leyendo en su portátil un largo artículo del último número de la revista para la que Jasper y ella fueron en su día verificadores de datos.

—¿Adónde? —le preguntó a su hermana.

Kitty sostuvo en alto las llaves del coche.

—Ven conmigo.

—¿Es bueno o malo?

—Ven y punto. Vale la pena.

Fueron en coche por Oakley, el camino que habían tomado durante innúmeras mañanas de camino al campus, pero en lugar de continuar por Oaklawn Drive y torcer a la izquierda, Kitty

giró a la derecha y se metió en el aparcamiento del Madison Bowl.

—¿Juega a los bolos?

—Forma parte de una liga. —Kitty no podía contener la sorna—. Y no es una liga de *hipsters*, sino de gordos de mediana edad.

—No va contra las leyes.

—Cuando los veas pensarás que debería ir contra las leyes.

Kitty frenó en una plaza vacía y apagó el motor. Liz preguntó:

—¿Está dentro ahora?

—La seguí hace unas semanas. Tenía que asegurarme de que no andaba metida en un culto satánico antes de que fuésemos compañeras de piso.

—¿Le has contado que la seguiste?

Kitty negó con la cabeza.

—Entonces, ¿cuál es el plan? ¿Entramos y le gritamos: «Sorpresa»?

—La última vez se cambió en el coche y se puso un uniforme rojo y negro. ¿No crees que es raro que lleve con tanto secretismo una cosa tan tonta?

—Porque sabía que te comportarías así si nos lo contaba.

Kitty había aparcado cerca de una farola, y las hermanas se miraron a la débil luz.

Malhumorada, Kitty dijo:

—No eres nada divertida.

—¿Sabes qué, Kitty? Puedes plantearte ser buena persona. Con suerte, tienes una larga vida adulta por delante, y serás más feliz si eres agradable que si eres mala.

—Soy buena persona —replicó Kitty. Pero encendió el motor con evidente rencor, para alivio de Liz.

## Capítulo 107

Liz llamó a Jane desde el sofá de Ikea, y cuando le contó dónde estaba, la mayor dijo:

—Siento que tu última noche en Cincinnati no sea demasiado ceremoniosa.

—Qué más da. Así valoraré el lujo de mi habitación de hotel en Houston.

—He estado dándole vueltas a lo que dijo el exterminador, y a la idea de mamá y papá de comer cosas que estaban en la casa durante la fumigación... Me pone nerviosa. ¿Y si te llevas la

comida a casa de Kitty y Mary antes, o la tiras simplemente? De todas formas, algunas de las especias de mamá datan de los ochenta.

La irritación que sintió Liz fue porque sabía que Jane tenía razón, y también sabía que despejar los diversos armarios de la cocina, más las neveras de las dos plantas no sería una tarea insignificante. Y se suponía que el equipo de Ken Weinrich llegaba a la casa de estilo Tudor a las diez del día siguiente.

Liz echó una mirada a la puerta cerrada del dormitorio de Kitty; por la rendija salía luz y oía el ruido del programa de televisión que su hermana estaba viendo en su móvil. Mary estaba fuera,

en principio todavía en los bolos. Las convencería a ambas, pensó. A Jane le dijo:

—¿Quieres que te envíe una foto de la casa cuando esté sellada?

—¡No! —La voz de Jane sonó angustiada.



—Si no quieres, no te la envío. —Liz bajó la voz—. No te he contado una cosa sobre Darcy.

Su deseo de confesión surgía menos de una consciencia moral que de la confusión resultante de la turbación que había experimentado al marcharse del apartamento del médico aquella tarde; necesitaba comentar la extrañeza de su último encuentro.

Antes de que Liz revelase más, Jane le dijo en tono más ecuánime que amargo:

—¿Sabes que me da la sensación de que, de no ser por él, Chip y yo seguiríamos juntos?

—¿Qué me cuentas?

—La noche que rompió conmigo, una de las cosas que dijo fue que a Darcy no le parecía que hiciésemos buena pareja. Chip añadió también, como si yo no lo supiese, lo mucho que respeta a Darcy.

Un desagradable estado de alerta embargó a Liz.

—¿Por qué iba a desaprobarme Darcy lo nuestro?

—¿Quién sabe? Aunque estoy segura de que puedo torturarme tratando de adivinarlo hasta el final de los tiempos. —Soltó una risita que a la hermana le pareció una señal de recuperación. De hecho, Jane parecía mucho más serena sobre lo que contaba de lo que se sentía Liz—. De todas formas, no es que la mala opinión de Darcy sobre nuestra familia haya sido nunca un secreto.

¿Qué es lo que no me habías contado de él?

Liz pensó miserablemente en su convencimiento (un convencimiento completamente autocomplaciente, se dio cuenta) de que acostarse con Darcy no estaba mal. ¡Menuda deslealtad había mostrado hacia Jane! Desde luego, contarle ahora sus encuentros amorosos a aquellas alturas, una vez dichos encuentros habían cesado, no tenía ningún propósito. Vacilante, Liz dijo:

—El día que te desmayaste, cuando estabas en el hospital... fui corriendo a urgencias. Él me ayudó a averiguar dónde estabas.

Jane se quedó callada, esperando que siguiese, en apariencia.

Sin convicción, Liz añadió:

—No me acordaba de si te lo había contado.

—Ahora me parece que veo las cosas mejor desde el punto de vista de Chip que al principio.

¿Y si en lugar de decirle yo que estaba preñada me hubiese contado él que otra mujer iba a tener un hijo suyo? O si..., bueno, igual que Amanda y Prisha usaron el esperma de un amigo común, de un amigo heterosexual. Si Chip hubiese donado esperma a una pareja lesbiana allegada, independientemente de lo cuidadoso que hubiese sido al explicármelo, habría sido raro.

—No tanto. Ahora pasan estas cosas.

—Pero ¿y si estás empezando a conocer al otro?

—Estás siendo demasiado blanda con él. —Liz no tenía claro, no obstante, si lo creía o se limitaba a desviar la atención de lo suyo y de lo que había estado a punto de contarle. Entonces dijo—: Kitty ha resuelto el misterio de las salidas nocturnas de Mary. Mary no sabe que lo sabemos, pero por lo visto participa en una liga de bolos.

—¿En serio? —Jane pareció animarse—. Qué mona.

## Capítulo 108

El timbre del apartamento, un sonido que Liz todavía no había oído, la despertó justo antes de las siete de la mañana. Abrió la puerta vestida con los *shorts* y la camiseta con las que había dormido (la camiseta la había sacado del armario de la Tudor, y llevaba la inscripción «Feria de la Cosecha 1991» por delante). En lo que daba de sí su estado de alerta dio por hecho que sería el superintendente del edificio o el casero; pero, para su gran sorpresa, resultó ser Fitzwilliam Darcy. Por instinto, cruzó los brazos sobre los pechos sin sujetador.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Me dijiste que el edificio de tus hermanas estaba en Millsbrae con Atlantic. —El semblante de Darcy era sombrío: tenía la piel extrañamente pálida y unas bolsas protuberantes bajo los ojos.

Llevaba una bata verde y Liz sospechó que había conducido directamente hasta allí al salir del turno de noche. Se miraron (¿se suponía que tenía que hacerle pasar?) y, no muy lejos, cantó una oropéndola—. ¿Entiendo que sigues queriendo marcharte de la ciudad esta tarde?

—Pues sí, después de la fumigación épica. O después de que empiece..., no se va a acabar hasta dentro de tres días.

Se hizo un silencio. Acto seguido, en un tono severo y sin preámbulos, Darcy dijo:

—Estoy enamorado de ti.

—Ja, ja —respondió Liz.

—Probablemente es una ilusión causada por la oxitocina resultante de nuestros encuentros sexuales, pero siento que estoy enamorado de ti. No eres guapa y no eres ni por asomo tan divertida como te crees. Eres una cotilla que intenta hacer pasar su entrometimiento por un interés antropológico en la condición humana. Y tu familia, obviamente, es un desastre. Aun así, desoyendo el sentido común, no puedo dejar de pensar en ti. Ha llegado la hora de que dejemos

de lado la ridícula pretensión de los polvos de odio y admitamos que somos pareja.

Darcy había soltado su monólogo con envaramiento, casi sin hacer contacto visual, pero al terminar miró expectante a Liz.

Si alguna vez se había sentido más perpleja, no recordaba cuándo. Y aun cuando comprendía que aquello era en esencia halagador, jamás se había sentido más insultada. Buscó las palabras durante unos segundos y terminó diciendo:

—¿Entonces no...? ¿No estás de broma? ¿O sí?

—No bromeo en absoluto.

—Darcy, ¿cómo vamos a ser pareja? O sea, lo siento, pero te sigo considerando un gilipollas.

¿Te crees que me estás haciendo un favor por hacer la vista gorda sobre lo poco atractiva que soy y lo mucho que odias a mi familia para declararme tu amor a pesar de todo?

La sorpresa de Darcy quedó clara en sus ojos pasmados, pensó Liz, con lo que su arrogancia se hizo evidente. Secamente, dijo:

—Tenía la impresión de que valorabas la franqueza. No era mi intención ofenderte.

—¿Cómo voy a querer estar con alguien que separó a Chip y Jane? Ahora sé que le dijiste a tu amigo que rompiese con mi hermana. Y sé que tuviste que ver con la expulsión de Jasper de Stanford. Esta idea tuya de que tu juicio es mejor que el de los demás, de que solo tú debes decidir el destino de otra gente..., solo se me ocurre preguntarme si ser cirujano te ha provocado ese complejo de Dios o si de Dios es lo que te ha llevado a hacerte cirujano.

—Ya veo. ¿Y te crees que no solo tengo la voluntad de controlar el comportamiento de la gente, sino también el poder de hacerlo?

—Los hechos hablan por sí solos.

—Permíteme que te asegure que su idea de dejar la medicina y volver a *Tal para cual* no fue mía.

—Igual no le compraste el billete a Los Ángeles, pero estoy convencida de que le influiste.

—Y cuando insinúas que hice que expulsaran a Jasper de Stanford... —la expresión de Darcy

era de altanería—, solo para que lo entienda bien, ¿quieres decir que era inocente y yo aduje pruebas falsas o que era culpable pero yo debería haber decidido por mi cuenta que se librara?

—Hay peores crímenes que escribir un relato estúpido.

Darcy la observó con atención antes de decir:

—Pues sí, los hay.

—Aun cuando no hubieses jodido a Jasper y a Jane, jamás querría que fueses mi novio. Y aun cuando no me hubieses insultado a propósito de mi aspecto, mi personalidad y mi familia, y aun cuando no hubieses achacado tu interés por mí a las hormonas..., aun en el caso de que hubieses expresado tu atracción por mí como un ser humano normal, no querría.

Liz estaba experimentando una rabia placentera, una indignación rara en sus encuentros cotidianos, y esperaba que él lo estuviese experimentando a su vez. Pero en lugar de fulminarla

con la mirada, Darcy parecía herido, y una pequeña sombra de duda se formó en el interior de Liz.

—Me disculpo por malinterpretar la situación tan atrozmente —dijo. Acto seguido (un gesto tan extraño y pasado de moda), prácticamente le hizo una reverencia—. Perdóname.

Se volvió y en cuestión de segundos, sin despedirse, desapareció. De inmediato, Liz comenzó a preguntarse si no se habría imaginado aquella estrambótica conversación.

Todavía de pie en el umbral del piso, con la puerta abierta, se dio cuenta de que estaba temblando; su furia se estaba disipando a toda velocidad para ser sustituida por una creciente incomodidad. ¿Cómo era posible que Darcy (¡Darcy!) le hubiese comunicado que estaba

enamorado de ella? Si bien era cierto que tenía algo de gratificante, también era impensable.

Hasta qué punto se sentía confusa, pasmada y descolocada.

Desde el otro lado de la puerta cerrada del dormitorio, Mary levantó la voz.

—Lizzy, ¿han tocado al timbre?

## Capítulo 109

Durante el resto del día —mientras ayudaba a sus padres a instalarse en el club de campo, mientras trasladaba a otra despensa las latas de comestibles sin caducar de la casa de estilo Tudor, y mientras

comentaba los últimos preparativos previos a la fumigación con Ken Weinrich (sí, había humedecido la tierra el día anterior)—, de principio a fin, Liz estuvo pensando en Darcy

sin parar. Almorzó tarde con Mary y sus padres en el porche del club de campo y apenas fue capaz de seguir lo que decían, ni cuando el tema pasó de las especulaciones de la señora Bennet a propósito de los motivos que habían impedido que la relación entre Chip y Jane funcionase a cómo sería Kathy de Bourgh en persona. La madre, con un visaje, comentó:

—Siempre me ha parecido muy belicosa.

Era el señor Bennet quien conducía de camino al aeropuerto para que Liz cogiese el vuelo a Houston, aunque se pararon antes en el apartamento de sus hermanas para recoger su equipaje.

En la puerta del piso, apoyado en el suelo contra la pared, había un sobre blanco con el nombre de Liz escrito.

—¿De quién es? —le preguntó Mary, y Liz lo dobló por la mitad y se lo embutió en el bolsillo del pantalón.

—De nadie.

Mary resopló con suficiencia.

—Vale, eso parece.

El sobre prácticamente vibraba mientras Liz seguía camino del aeropuerto en el asiento del copiloto del coche de su padre.

—¿Te acuerdas de cuándo podéis volver a entrar en la casa? —le preguntó mientras se incorporaban a la 71 en sentido sur—. A la una de la tarde el viernes. Tendréis que tirar el hielo del congelador. No os hagáis un *gin-tonic* con él.

—¿No es extraordinario que haya sobrevivido tantas décadas sin tus instrucciones diarias? —replicó el señor Bennet.

—Los fumigadores habrán dejado todos los cajones y armarios abiertos para que se aireen. Y también las puertas y ventanas. Pero Mary irá a echaros una mano para cerrarlo todo. Y luego,

por favor, ¿podríais intentar los dos de verdad, de verdad, que la casa esté presentable para cuando los agentes la enseñen?

Sin mirar el retrovisor, el señor Bennet se cambió de carril y un coche que iba pegado detrás de ellos tocó el claxon.

—Relájate, cariño. Estaremos bien.

—¿Te has dado cuenta de que casi provocas un accidente ahora mismo?

El señor Bennet estiró un brazo y palmeó la rodilla de su hija. Con un tono de voz poco habitual en él, dijo:

—Lizzy, has sido la voz de la razón en medio de una cacofonía de estupideces. Ha estado muy bien que vinieses a pasar el verano en casa.

## Capítulo 110

En cuanto hubo facturado la maleta, atravesó el control de seguridad del aeropuerto y encontró la puerta de embarque de la que salía su avión, Liz abrió el sobre. Eran cuatro páginas arrancadas de una libreta llenas con la caligrafía de Darcy, que jamás había visto, de un tamaño mediano y no especialmente bonita; estaba escrita con bolígrafo negro y daba la sensación de que su autor se había esforzado en que fuese legible.

Querida Liz:

Lo primero de todo: no te preocupes, que no voy a intentar convencerte de lo que te propuse hace un rato. Cuanto antes olvidemos mi desatinada idea, que obviamente te resultó repulsiva por completo, mejor para los dos. Dicho esto, me veo obligado a aclarar algunos puntos relacionados con Jane y con Jasper Wicks. Soy consciente de que lo que voy a decir podría ofenderte aún más, y no es esa mi intención, pero es la consecuencia de decir la verdad, así que vamos a ello.

Evidentemente, estaba al tanto de que Chip se había enamorado de tu hermana. De hecho, lo que sentía por ella parecía más profundo que otras veces con cualquier otra mujer que yo le hubiese conocido. Sin embargo, aunque Jane siempre se comportó con educación, yo no estaba convencido de que su interés fuese recíproco. La noche de la cena en casa de Chip oí a tu hermana decirte que no sabía si aceptar la bicicleta que este le había regalado a causa de sus dudas sobre la relación. Desde luego, tampoco consideraba que tu familia fuese la ideal para Chip. Sé que no quieres oír esto, pero, aparte de la agresividad de tu madre y de su preocupación por la escalada social, me alucina el desprecio de Lydia y Kitty por las normas básicas de comportamiento. Y recuerda que tengo una hermana de casi la misma edad. No pensaba que esa clase de egocentrismo frívolo y mimado existiese fuera de los *realities* de la tele..., eso me da pie a lo que sigue. A pesar de mis reservas hacia Jane (reservas que Caroline compartía, por cierto), no podría haber convencido a Chip de que se marchase de Cincinnati y participase en el reencuentro de *Tal para cual*. Francamente, considero que usó el embarazo de Jane como pretexto para hacer lo que de verdad quería hacer, que es dejar la medicina por un tiempo.

Tú conoces a tu hermana mejor que yo, y estoy dispuesto a admitir que tal vez me equivoqué sobre lo que sentía por Chip pero, si estaba enamorada, yo no lo percibí. Aun así, a mí Jane me cae bien de verdad y, si la he hecho sufrir, lo siento.

En cuanto a tu acusación de que traté mal a Jasper Wicks, es un asunto mucho más difícil de rebatir porque no estoy del todo seguro de qué crees que hice. Sin embargo, te cuento los hechos y, si necesitas quien lo corrobore, por aquella época salieron múltiples artículos en el periódico de Stanford.

Durante la mayor parte de la carrera, conocí a Jasper solo de nombre y no tenía siquiera opinión formada de él. Cuando llegamos al último curso se apuntó a una clase de Escritura Creativa (insisto: todo esto es de dominio público) y entregó un relato escrito desde el punto de vista de un tío de Sigma Alfa Épsilon. Lamento decir que debido a las acusaciones que terminaron vertiendo contra él, y dado que formé parte del comité judicial, pasé por la desagradable experiencia de leer el relato y estoy convencido de que era el peor ejemplo posible de literatura masculina de fraternidad universitaria (si es que existe uno bueno). No obstante, no fueron los crímenes de Jasper contra la lengua inglesa los que lo metieron en un lío. Yo no asistía a aquella clase (sospecho que no te sorprenderá ni te impresionará que te diga que la única asignatura de Lengua que cursé fue la obligatoria), pero por lo visto el debate sobre el texto estuvo lleno de acritud, y la profesora, una mujer llamada Tricia Randolph, se puso de parte de los alumnos que lo consideraban ofensivo.

La señorita Randolph, que había venido a Stanford por una beca de escritura de dos años, residía en un estudio de la planta baja de un complejo de estudiantes dentro del campus. Aquella noche, al volver a su apartamento se encontró con que habían sacado de sitio la ventana y que los papeles encima de su escritorio y el teclado de su portátil estaban encharcados de orina. A Jasper lo habían visto deambular por fuera del edificio, claramente borracho, y durante el interrogatorio con la policía del campus confesó ser el culpable. Estaba claro que se trataba de un caso de daños intencionados a la propiedad, y se debatió si, puesto que la señorita Randolph era negra, era también un delito de odio, aunque esta acusación acabó desestimándose. Siempre tuve la impresión de que Jasper consideró que orinar en el escritorio de la señorita Randolph era una broma pesada y que se veía a sí mismo como víctima de la creciente corrección política, pero para mí su transgresión tenía un componente absolutamente racial; ya fuese consciente de ello o no, dudo que se hubiese comportado con una falta de respeto tan descarada ante un profesor blanco. Insisto, no obstante: cuando el comité judicial votó expulsarlo unánimemente, lo peor adquirió tintes fatales por el hecho de suceder dos semanas antes de la graduación, impidiendo en consecuencia que Jasper obtuviese su título académico, pero mi postura es: si quieres graduarte por Stanford, no vayas meándote en los escritorios de la gente. Está claro que tú y yo tenemos opiniones distintas sobre Jasper, y espero que esto arroje luz sobre por qué no soy un admirador suyo. Sería bonito pensar que la gente evoluciona, pero no estoy seguro de creer en eso. En cualquier caso, para reiterar lo que te dije ayer: independientemente de los parámetros de la relación entre Jasper y tú, eres demasiado buena para él. Y, por favor, no creas que al afirmar esto me postulo como alternativa. Tu opinión sobre mí me ha quedado más que clara.

Me he sentido tentado de decirte todo esto hoy, pero debido a la inquietante naturaleza de nuestra conversación no confío en darte esta información de una manera coherente. Dado que ni siquiera estoy seguro de que vayas a leer esta carta, considero los malentendidos bajo los que te hallas suficientemente alarmantes como para desistir de enderezarlos.

Te deseo suerte en tu regreso a Nueva York.

## Capítulo 111

Al contrario de lo que suponía Darcy, Liz no solo leyó la carta, sino que la releyó muchas veces y fue experimentando una incertidumbre y angustia progresivas. Los comentarios a propósito de Jane no eran demasiado convincentes. Era plausible que creyese su propia versión de los acontecimientos, pero Liz sospechaba que su antipatía hacia la familia Bennet había contribuido

al papel que representó en la interrupción del cortejo de Chip a Jane más que sus dudas sobre el entusiasmo de su hermana por Bingley. No le sorprendió enterarse de que Caroline también desaprobaba la unión.

Lo que dejó seca a Liz fue la descripción que hacía de Jasper. A la vez perturbadora y creíble, coincidía con el relato del interesado de muy diversos modos. Y, sin embargo, ¿de verdad se le daba tan mal a Liz juzgar la personalidad de los demás? ¿Acaso Jasper no había pecado de mera torpeza, sino que había sido auténticamente racista y depravado? Mientras su relación con él se

asemejaba de manera obvia y clara a un cliché con el objeto de que a ella le pareciese una relación, Jasper había aludido con demasiada frecuencia al hecho de que Liz lo considerase un capullo cuando se tomaba sus chistes demasiado en serio; ¿un capullo de verdad habría demostrado menos consciencia de su propia condición?

Se le había revuelto el estómago al leer la carta por primera vez, y al ocupar su asiento en el avión se dio cuenta de que la incómoda sensación era de vergüenza. Quedaba patente que tanto las groserías dirigidas a Darcy casi cada vez que tenía oportunidad como su fe en Jasper habían

estado erradas. Además de la vergüenza, por la parte que a Jane tocaba, sentía grandes remordimientos, porque ahora parecía claro que lo que motivó la ruptura entre Chip y su hermana fue más el malentendido que la falta de afecto. Y, no obstante, con Chip grabando en Los Ángeles y Jane cada vez más embarazada al norte de Nueva York, una aclaración que podría

haber tenido lugar frente a una taza de café en Cincinnati se antojaba lógicamente imposible.

Haber rechazado la declaración de amor de Darcy era lo único de lo que no se arrepentía, porque, de igual manera que no había podido aceptar el ruego del primo Willie, tampoco podía

aceptar este. Darcy y ella apenas se conocían; la totalidad de sus interacciones había consistido en trifulcas o en sesiones de sexo y, en una ocasión, una tarde que los dos querían que el otro se pusiese encima, en las dos cosas a la vez (él había transigido). No iba a negar que se lo había pasado bien con él, de un modo antagónico, recluso y peculiar, pero desde luego la diversión no podía ser la base de una relación, ¿verdad?



El avión comenzó a acelerar por la pista y enseguida se elevó por los aires. Desde la ventanilla, Liz contempló cómo se encogían los edificios y las colinas, el río Ohio fluía inmóvil y los coches en las autopistas se ralentizaron en un gateo antes de perderlos de vista. En aquel instante, Cincinnati parecía una maqueta en miniatura como creada por un estudio de arquitectos; no parecía tan grande como para contener los acontecimientos de los últimos meses. Se había preguntado, advirtió ahora, si se las arreglaría o si terminaría quedándose allí para siempre, atrapada por las obligaciones y la inercia; aun así, era el mismo acto de marcharse lo que arrojaba una sombra de duda sobre lo deseable de la huida. O tal vez no era algo tan simbólico como la

duda, pensó mientras el piloto viraba hacia el sur; tal vez la sombra arrojada era la del avión en el que viajaba proyectada sobre la tarde veteada de verde del Medio Oeste.

Como siempre sucede en la edad adulta después de que un trance particularmente arduo haya quedado atrás, con independencia de lo pesado o desagradable que fuese soportarlo, el tiempo parecía haber transcurrido a toda velocidad.

## Segunda parte

### Capítulo 112

De camino en taxi desde el Aeropuerto Intercontinental George Bush de Houston a su hotel del centro, Liz llamó por teléfono a Jane. Cuando esta contestó, le soltó a bocajarro:

—Jane, me he acostado con Darcy cuatro veces, y esta mañana ha venido al apartamento de Kitty y Mary y me ha dicho que está enamorado de mí.

—¿En serio?

—Yo iba en pijama y no llevaba sujetador siquiera.

—¿Qué le has dicho?

—¿Qué te crees que le he dicho? Que está loco.

Jane se quedó un momento en silencio y luego dijo:

—Igual no es tan malo como pensábamos, si se ha dado cuenta de lo especial que eres.

—De hecho, me ha dicho que no soy guapa ni divertida, que soy una cotilla y que no soporta a mamá (durante la declaración de amor, me refiero). Pero sigo pensando que era incapaz de imaginarse que una mujer fuese a rechazar la oportunidad de ser su novia.

—Pobre tío.

—Estamos hablando de la persona que se interpuso entre Chip y tú.

—Pero piensa en lo colado que tiene que estar para tragarse así su orgullo, del que sabemos que tiene cantidades ingentes.

—¿Te acuerdas de la conversación que tuvimos durante la cena en casa de Chip acerca de que te había comprado una bici de montaña y tú no sabías si aceptarla o no? Por lo visto, Darcy nos oyó y tomó tu vacilación sobre la bicicleta como dudas sobre Chip en general.

—Es comprensible.

—¿No estás cabreada? Darcy me ha estado soltando pullas por escuchar a hurtadillas, pero por lo menos yo lo hice de manera competente.

—Lizzy, yo tenía mis reservas para con Chip. Te las expuse más de una vez. Me gustaba mucho, pero... —Se calló—. Durante todo el tiempo que estuve con Chip no estaba segura de estar embarazada, pero tampoco de no estarlo.

—También tengo que contarte una cosa rara sobre Jasper.

—¿Seguís en contacto?

—En realidad no. —Él le había enviado un par de mensajes más, a ninguno de los cuales le había contestado Liz. El primero era otro enlace (esta vez de una lista de titulares de periódico involuntariamente cómicos) y el segundo decía: «¿Me estás ignorando?»—. No lo sabía hasta hace poco, pero a Jasper lo expulsaron de Stanford pocas semanas antes de graduarse. Jasper y Darcy estaban en la misma clase y, aunque Jasper jamás me lo había contado, reconoció que así

era. Pero su versión y la de Darcy no coinciden más que a duras penas. Básicamente, según Darcy, a Jasper lo echaron por... —Liz vaciló preocupada por el taxista, que, si estaba escuchando, tendría una cantidad tremenda de información sobre ella en unos cuantos minutos.

Pero la verdad es que no había muchas maneras de describir el asunto con detalle—. Por mearse en el escritorio de su profesora de Escritura Creativa. Y la profesora era negra.

—¿Que se meo? O sea, ¿que se lo hizo encima?

—Sí —respondió Liz—. Mearse de mearse.

—¿En su escritorio?

—Sí. En el escritorio de su apartamento.

—Es lo más raro que he oído en mi vida.

—Asqueroso, ¿no? Por más que tuviese veinte años y estuviese borracho..., sigue siendo una asquerosidad. Darcy me dijo también que no le dieron el título. ¿Eso significa que le ha mentado a todo aquel que le ha contratado? Eso hace que todavía sea más raro que lleve puesto el anillo de Stanford.

—¿Lo lleva? No me había fijado.

—Dorado. Siempre he pensado que le daba una pinta como de operador de renta fija ochentero.

—¿Y Darcy se había inventado esta historia sobre Jasper por celos?

—No. Creo a Darcy. —La afirmación le hizo sentir rara—. Pero, si Jasper se meo en el escritorio de su profesora, ¿lo hizo de pie? ¿O meo en un frasco y luego lo derramó?

—Ay, Lizzy.

—¿Y fue una cosa espontánea, en plan que tenía que mear y pensó «Pues me meo en su escritorio», o lo decidió con antelación?

—Jasper siempre me ha parecido una persona compleja.

—Eso es generoso por tu parte. —Por la ventanilla del taxi, Liz veía otros carriles de la autopista atestados de coches; a su derecha, el sol se ponía y el cielo se teñía de rosa—. Da igual,

¿cómo estás?

—Estoy bien. Hoy he ido a la doctora y ha sido muy amable. ¿Ha sido triste marcharse de Cincinnati?

Liz pensó en su último vistazo a la casa de estilo Tudor, cuando ya estaba casi del todo tapada.

Las lonas que usaba el equipo de Ken Weinrich tenían rayas amarillas y azul oscuro, no muy distintas de las de la carpa de un circo, y esto les confería un aspecto festivo aunque poco digno a los preparativos. Entonces pensó en Darcy en bata en la puerta del apartamento de sus hermanas.

—No fue triste, exactamente, pero fue distinto de lo que me esperaba.

## Capítulo 113

A pesar de que, a veces, Liz se tiraba el rollo de que entrevistar a famosos era un asunto glamuroso, lo cierto era que raramente disfrutaba con ello. Organizar las entrevistas por medio

del publicista y del ayudante del publicista del famoso siempre era tedioso, un proceso salpicado de cancelaciones frecuentes o de modificaciones de calendario; durante las entrevistas, los famosos solían contestar con respuestas que ya habían dado antes, lo que significaba que la editora de Liz no las quería; los publicistas acostumbraban a quedarse en plan carabina, disuadiendo así al entrevistado de que dijese nada presumiblemente fuera de lugar; y los encuentros estaban teñidos de una atmósfera de urgencia, en general, como si los famosos fuesen

jefes de Estado ocupados en supervisar una amenaza nuclear más que, como solía ser el caso, gente atractiva que aparecía en la tele interpretando historias de ficción. Además, Liz siempre andaba preocupada por que sus grabadoras digitales (con los famosos usaba dos) no le fallasen.

Eran, por lo tanto, entrevistas llenas de estrés y no por ello necesariamente interesantes.

Al mismo tiempo (y Liz había descubierto que esta afirmación resultaba desagradable a quien

no fuera famoso, como por ejemplo sus hermanas pequeñas), la mayoría de los famosos eran carismáticos, inteligentes y cordiales. Lydia, Kitty, Mary y, de hecho, la mayor parte de la población estaba deseando que le contasen que se trataba de gente maleducada, estúpida o poco

atractiva en persona, pero pocas veces había sido esa su experiencia. Los publicistas sí acostumbraban a ser maleducados, y los famosos casi nunca lo eran. Además, los famosos solían

ser más guapos en carne y hueso, y emitían cierto fulgor que hacía que su fama pareciese inevitable.

Que Kathy de Bourgh, a pesar de tener ochenta años y no pertenecer al estrellato

hollywoodiense, poseía tal fulgor le saltó a la vista desde lejos en el enorme salón de actos del hotel donde tuvo lugar el discurso inaugural de la Sociedad Nacional de Mujeres para Actividades Financieras. El discurso comenzó a las tres y cuarto de la tarde, ante un público de 2.000 personas —menos de una decena eran hombres— calculó Liz. Dos grandes pantallas a cada

lado del escenario proyectaban la imagen de Kathy de Bourgh para toda la sala y, durante los primeros segundos tras ser presentada, Liz se fijó en que se había puesto bótox, así como relleno dérmico, aunque después de eso, se concentró en la actitud y el contenido de lo que decía. Como

Liz había leído *Revoluciones y rebeliones*, además del libro de ensayos que le siguió y de sus memorias, muchos de los consejos que prodigaba y de las anécdotas personales que contaba le resultaban familiares, pero su manera enérgica y vivaz de relatarlo hacía que todo sonase fresco.

Ya fuese al citar estadísticas sobre la escasez de mujeres en puestos de liderazgo profesional o al señalar los pasos que la mujer debía dar para investirse de autoridad, mostraba confianza y buen humor. Ser un icono, por lo visto, le venía que ni pintado.

Al concluir el discurso, Liz esperó en su silla de la sala como le había indicado por mensajes al móvil aquella mañana la publicista, Valerie. Ocho minutos después, esta le mensajeó para decirle que Kathy de Bourgh estaba atendiendo una llamada, pero que la acompañarían a Liz al camerino

de un momento a otro.

Y entonces, como tantas veces le había sucedido a lo largo de las últimas treinta horas, recordó las afirmaciones de Darcy en la puerta del apartamento de sus hermanas. «Estoy enamorado de ti.

No puedo dejar de pensar en ti». Sí, su confesión contenía muchísimas meteduras de pata, pero

iban envueltas en aquellas palabras. Recordar aquellas declaraciones era tremendamente

fastidioso, era molesto y deleitoso. «Estoy enamorado de ti. No puedo dejar de pensar en ti». La hacían sentir como si el corazón le desbordase de lava.

Había planeado dejar allí a Darcy sin preocuparse, pero ahora parecía que las cosas entre ellos

no habían quedado resueltas. Lo que quedaba pendiente, no obstante (lo que ella tuviera que decirle), continuaba escapándosele. Seguramente estaba relacionado con la indiferencia de sus sentimientos, o incluso con lo desafiante que se había mostrado ante él en la última conversación.

Aun habiendo demostrado él falta de sensibilidad respecto a algunos puntos, llegaba a la conclusión de que el mal comportamiento de Darcy había sido menos indignante que el suyo.

Además, no podía evitar preguntarse: ¿todavía estaría enamorado de ella? ¿Su respuesta hostil había anulado de inmediato su deseo? Claro, ¿cómo podía ser de otra manera?

—¿Liz? —Se le acercó desde una puerta cercana al escenario una mujer joven en traje pantalón negro—. Soy Valerie Wright. Kathy de Bourgh está lista para atenderla.

## Capítulo 114

En el camerino, Kathy de Bourgh estaba comiéndose una ensalada de rúcula. Se puso en pie para estrecharle con firmeza la mano a Liz y dijo:

—Discúlpeme por hacerla esperar, pero mi perro tiene queratitis y estaba poniéndome al día con el veterinario.

—Lo siento —respondió Liz. Sabía que Kathy de Bourgh tenía un pequinés llamado Button, aunque no hizo alusión a ello porque sabía que la línea que separaba lo diligente de lo enfermizo era muy fina.

Se sentaron y Kathy de Bourgh le sonrió y dijo:

—Y ahora que ambas nos hemos dicho ya cuánto lo sentimos en los primeros treinta segundos de nuestra conversación sobre mujeres y poder, ¿empezamos? —Mientras Liz colocaba sus dos

grabadoras digitales sobre la mesa de cristal y las encendía, añadió—: Ya lo sabrá, pero en su día fui redactora de *Mascara*.

—Ah, es una de las marcas de la casa —respondió Liz. Se quedó tranquila al confirmar que la entrevistada sabía a qué publicación estaba atendiendo; con la gente muy famosa entraba dentro de lo normal que no fuese así.

—De eso hace como quince mil años. Durante el Pleistoceno.

—Saber que usted había trabajado allí fue una de las cosas que me animó a querer entrar en la revista.

Kathy de Bourgh se rio.

—Liz, los halagos abrirán todas las puertas.

Mientras Valerie Wright y otras dos mujeres cuyas identidades no llegaron a quedarle claras permanecían sentadas en unas sillas contra la pared escribiendo en sus móviles, Liz le preguntó a la entrevistada por el presente y el pasado del feminismo, sobre si el protagonismo que había adquirido actualmente en la cultura popular le resultaba significativo o fugaz, sobre libertad reproductiva y salarios equitativos, sobre raza y género, sobre orientación, ambición, empatía, y sobre si lograr todo aquello era una posibilidad realista o una frase que habría que suprimir del idioma anglosajón. Normalmente, durante las entrevistas, cada pocos minutos el sujeto decía algo articulado o con peso suficiente como para que ella se diese cuenta de que podía usarlo en el artículo, y así ella se sentía un poco sostenida o tal vez aliviada; con Kathy de Bourgh, cada frase de cada pregunta era utilizable. Y las respuestas no eran todas cosas que ya hubiese oído antes.

Al agotar los veinte minutos estipulados, que Liz tenía esperanzas de exceder, le preguntó:

—No se casó usted hasta los sesenta y siete. ¿El motivo fue la dificultad de encontrar una pareja que la tratase de igual a igual?

Kathy de Bourgh volvió a sonreír.

—¿Usted está casada? —le preguntó a su vez.

«*Et tu, Kathy de Bourgh?*», pensó, y negó con la cabeza. Sabía que su marido, un renombrado arquitecto, había muerto de un aneurisma tres años después de la boda.

—Me he planteado muchas veces casarme —dijo Kathy de Bourgh—. Desde luego, tengo un buen puñado de pretendientes. Pero... —Hizo una pausa—. ¿Cómo decirlo? —Liz se quedó callada... Quedarse callada era la herramienta más eficaz del kit de entrevistadora—. Con todos

los hombres con los que salí antes de Benjamin había cierto grado de interpretación. Incluso cuando había mucha química entre ellos y yo, o tal vez precisamente en esos casos, era como si interpretásemos aquella química para un público o para el otro. Una vez estuve prometida a un hombre muy atractivo —«Y tanto, el fiscal general de Nueva York», pensó Liz—, pero al final me di cuenta de que cuando estaba con él siempre andaba intentando mostrar mi cara más alegre, divertida y atractiva en lugar de ser simplemente yo misma. Me costaba mucho esfuerzo, sobre todo a medida que pasaba el tiempo. Mientras que con Benjamin jamás sentí que nadie nos viese como la pareja ideal, y ni siquiera nosotros nos veíamos así. Nos conocimos diez años antes de empezar nuestra relación. Durante aquel tiempo fui dándome cuenta de que era fácil estar y charlar con él. Una vez nos fuimos a China como parte de una delegación (no nosotros solos, sino con otras veinte personas) y era muy considerado con los demás incluso cuando nuestro bus llegaba tarde o perdíamos el equipaje. Igual eso no suena romántico, ¿verdad? Pero era auténtico: nos veíamos claramente el uno al otro. Mientras que cuando salía con otros hombres, ya estuviese dirigiendo protestas o asistiendo a fiestas en la Casa Blanca, había en nuestra interacción un aspecto de fantasía que no creo que nos preparase para las luchas mundanas cotidianas que la vida nos reserva.

Mientras Kathy de Bourgh bebía un sorbo de agua, Liz le preguntó:

—Entonces, ¿la lección a aprender es...?

Kathy de Bourgh dejó el vaso.

—El trato con Benjamin era muy enriquecedor, y con esto no quiero decir que hablase demasiado en profundidad de sus sentimientos. Ni mucho menos. Pero miraba por mí con constancia, sobre la marcha, y yo espero haber hecho lo mismo por él.

—Kathy, a las tres en punto tienes un compromiso con George Schiff —dijo Valerie Wright poniéndose en pie—. Liz, tenemos que ir marchándonos. Me alegro de que hayamos podido coincidir.

Ignorando a Valerie, Kathy de Bourgh dijo:

—Existe la creencia de que cuidar a alguien o dejar que alguien te cuide... son cosas inherentemente antifeministas. No estoy de acuerdo. No hay que avergonzarse de entregarse a otra persona, siempre que el otro se entregue a ti por su parte.

Liz era consciente de que en treinta segundos estaría fuera del camerino. Recogió sus grabadoras, pero no las apagó, por si Kathy de Bourgh soltaba alguna última perla de sabiduría.

Pero lo que hizo ella fue abrazarla, y Liz intentó pensar en alguien a quien le cayese tan bien como para poder hacerle escuchar aquel roce apenas audible al ser abrazada por la líder de la segunda ola del feminismo. Jane lo escucharía por seguirle la corriente, aunque no le interesaría de verdad.

—Cuídate —dijo Kathy de Bourgh.

## Capítulo 115

—Caray —dijo Jasper cuando Liz descolgó el teléfono—. Menuda sorpresa que me lo cojas.

Era de noche, Liz estaba tumbada en la cama del hotel de Houston viendo una película mediocre que ya había visto en el cine en la época del instituto y pensaba: «Estoy enamorado de

ti. No puedo dejar de pensar en ti».

Le dijo a Jasper:

—¿Te measte en el escritorio de tu profesora de Escritura Creativa?

El silencio que siguió duró más de lo que habría sido necesario para que significase meditación tras el desconcierto. Finalmente, Jasper dijo:

—Entiendo que Darcy ha estado vertiéndote veneno en los oídos de nuevo.

—Tengo derecho a saber lo que sucedió realmente.

—¿Hay cosas que haría de otra manera si pudiese volver atrás en el tiempo? Sin lugar a dudas.

—¿Cómo se te ocurrió creer que hacías bien?

—¿Aparte de las diez cervezas? —Jasper pareció esperar a que ella se riese y, al no hacerlo, continuó—: Fue estúpido y pueril. Imposible negarlo. Pero te juro que no fue por racismo. Tricia Randolph podría haber sido azul, verde o a topos, que a mí me habría desagradado lo mismo.

Le estaba recordando a alguien, pensó Liz, y tras un segundo se dio cuenta de que se trataba de su madre.

—¿Le estropeaste el ordenador a la profesora? Seguro que sí. —Jasper se quedó callado y Liz añadió—: No me puedo creer que meases en el ordenador de una escritora.

—No me digas que a los veintidós no hiciste estupideces.

—Te quería tanto. —Liz no levantó la voz; se sentía más triste que enfadada—. Cuando nos conocimos... habría hecho lo que fuese por ti. Pensaba que eras listo, majo y divertido, y me



halagaba tanto que me respetases y quisieses que fuéramos amigos. Pero ¿cómo has sido capaz de liarne durante tantos años? Mi excusa es que estaba enganchada a ti, pero ¿cuál es la tuya?

—Nin... —dijo Jasper, y el tono afligido de su voz le recordaba que, por más que se hubiese pasado, no había actuado del todo con una crueldad premeditada. Su afecto por ella no era fingido; solo era arbitrario. O quizá era fingido, estaba fingiendo ahora aquella emoción y sufría un trastorno de personalidad; pero entre aquellas posibilidades, Liz prefería verlo como un inepto más que como una patología clínica—. Voy a mejorar. A partir de hoy voy a recomponerme. No me des por perdido.

—Ay, Jasper. Ya te he dado por perdido.

## Capítulo 116

Llevaba dormida menos de una hora cuando volvió a sonarle el móvil, y el sonido a oscuras, en la habitación del hotel a las tantas de la noche, fue suficientemente desconcertante como para que respondiese sin fijarse en quien llamaba antes por si volvía a ser Jasper.

—Te he despertado —dijo una voz femenina—. Perdona. Te vuelvo a llamar mañana.

No era Jane; eso fue lo primero que tuvo claro Liz, pero transcurrieron unos segundos antes de que su cerebro determinase de quién se trataba.

—Charlotte. Ey, no pasa nada. Estoy despierta.

Y entonces Charlotte Lucas se echó a llorar y, entre sollozos, dijo:

—Me lo dijiste. Me lo dijiste, pero me mudé de todas formas como una idiota.

—Espera. Tranquila. ¿Dónde estás?

—Estoy en casa. En su casa.

—No..., no te estará, o sea, ¿te maltrata?

Charlotte sorbió por la nariz profusamente.

—No, no me maltrata. Willie es un capullo amable y egocéntrico.

—¿Está ahí contigo ahora?

—Está en el trabajo, que es donde siempre está. —La oyó tragar saliva y cuando continuó hablando sonó ligeramente más serena—: Soy tan tonta...

—¿Ha pasado algo?

—Me he mudado a un estado en el que no conozco a nadie. Mi novio incluido. Eso es lo que ha pasado.

—Pero ¿ha sucedido algo en concreto? ¿Te has sentido así todo este tiempo?

—Me hicieron una oferta de trabajo.

—¡Genial!

—Eso parece. Y es un buen empleo, para una empresa de análisis de datos que espera triplicar su tamaño el año que viene. Llevo hechas un montón de entrevistas, pero ninguna había prosperado hasta que recibí la oferta de esta tarde. Y, no sé cómo, eso ha hecho que todo sea real.

Me lo estaba tomando con calma, en plan: voy al gimnasio una hora y media a cualquier hora del día y cocino platos chulos que nos comemos a las diez de la noche. Pero si acepto el trabajo significa que se acabó jugar a las casitas, interpretar el papel de la buena amita de casa de los años cincuenta. Viviré de verdad aquí con Willie, a largo plazo.

—¿Y no es lo que quieres?

—¡No sé lo que quiero! —gimió Charlotte—. A lo mejor en lugar de coger un trabajo debería quedarme embarazada ahora, y así, aunque rompamos Willie y yo, por lo menos sería madre.

—Ya entiendo que esto puede ser abrumador —le dijo Liz—, pero creo que estás mezclando problemas distintos.

—¿Te he dicho ya que Willie ronca como un tren de mercancías? Y yo me quedo ahí tumbada pensando: vale, si hubiese salido con él dos años antes de mudarme a su casa, como hace la gente normal (o seis meses siquiera) ya estaría acostumbrada. O estaría tan enamorada de él que lo llevaría en plan: «Oh, los defectillos encantadores de mi novio adorador». En cambio, me siento como una novia por correo, y no es más que un desconocido irritante que me está impidiendo dormir.

—Nadie piensa que roncar sea encantador. ¿Él sabe que ronca?

—¡No tengo ni idea!

—Pregúntale. Si no lo sabe, debería ir al médico por si tiene problemas respiratorios. ¿Y en las tiendas no hay unas almohadas especiales? Pero la pregunta importante es si quieres que la cosa

avance. Si prefieres coger un avión y volverte a Cincinnati, nada te lo impide. Seguro que Procter te contrata de nuevo en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Si te pago el billete, te vendrías aquí a decirme qué tengo que hacer con mi vida?

—¿Ahora?

—¿Tienes planes para el fin de semana del Día del Trabajador? Sigues en Cincinnati, ¿no?

—Estoy en Houston. He entrevistado a Kathy de Bourgh, que daba un discurso hoy, y tenía pensado volverme a Nueva York por la mañana.

—Kathy de Bourgh... ¡Dios mío! ¿Es tan maravillosa como parece?

—Sí. La verdad es que sí.

—Sé que pido mucho —dijo Charlotte—. Pero es que necesito la opinión de otra persona, de alguien que me conozca bien. Tenemos habitación de invitados.

La idea de quedarse en la casa de Willie después de su última interacción no era nada atrayente, pero respondió:

—Cuando cuelgue me miro los vuelos, pero prométeme una cosa: vete a una tienda ahora mismo y cómprate unos tapones para los oídos. O duerme en otro dormitorio esta noche.

—Los tapones no son mala idea.

—La falta de sueño agrava muchísimo el resto de problemas.

—Tienes razón. ¿Ves lo loca que me he vuelto? Ni siquiera soy capaz de arreglármelas con mis necesidades básicas.

—Te exiges demasiado. Cómprate unos tapones, relájate y mañana estoy allí.

—Gracias, Lizzy —contestó Charlotte—. Te lo agradezco de verdad. Por cierto, si te preocupa que las cosas sean incómodas con Willie, no te preocupes: las situaciones embarazosas no dejan huella en él.

—Casi se lo envidio.

—Lo sé. Vaya si lo sé.

## Capítulo 117

Mientras esperaba antes del control de seguridad del Aeropuerto Intercontinental George Bush de Houston, Liz se vio regodeándose porque sí, y tal vez de un modo masoquista, en un ejercicio imaginativo sobre cómo sería si Darcy fuese su novio. Debido a su profesión, tendría que mudarse a Cincinnati (posibilidad que, en teoría, no habría tenido ningún atractivo por no decir que habría sido algo directamente disuasorio para ella, pero teniendo en cuenta los motivos se le antojaba plausible en principio). De hecho, la proximidad de la familia, si fuese para establecer su propia vida y no solo para facilitarles la suya, podía ser un aliciente. Podría ayudar a sus padres a instalarse en una nueva vivienda, supervisar de cerca su economía y tal vez desarrollar relaciones adultas con Mary, Kitty y Lydia (a lo mejor aquello ya era un deseo iluso de todo punto).

Convencer a Talia de que la dejase trabajar permanentemente desde Cincinnati sería un reto, pero era muy probable que un artículo sustancioso de Kathy de Bourgh hiciese adoptar a su editora una actitud magnánima.

Luego, por supuesto, estaba el tema del propio Darcy, de compartir cama, en lugar de algo más de quince minutos sudorosos de vez en cuando, la noche entera, de disfrutar de la seguridad de verlo contento de que ella estuviese allí; una idea tan estrambóticamente lujuriosa que la hacía sentirse extasiada y desconsolada. Pensar en él como la persona con la que compartiría las actividades cotidianas más ordinarias (tomar sopa y queso fundido a la hora de la comida un sábado cualquiera en invierno, ver culebrones en televisión o programas de entrevistas políticas, poner la palma de la mano en la frente del otro para comprobar si tiene fiebre o comprar jarabe para el resfriado cuando uno se preguntase si está enfermo) se le antojaba inconcebiblemente estrafalario. Y, aun así, la embargó una tierna sensación de anhelo.

Si vivían juntos, decidió mientras recogía el billete que le tendía el agente al cruzar el control y embarcaba en un avión con destino a San Francisco en lugar de a Nueva York, tendrían que mudarse a un apartamento más grande o incluso a una casa para poder tener un despacho. A pesar de que, desde luego, su interés en la decoración era mínimo en comparación con el de su madre, no creía que hubiese nada de malo en colgar uno o dos pósteres en la pared y comprar una planta. Salvo, por supuesto, que nada de aquello sucediese. Seguramente había destruido cualquiera de aquellas posibilidades al tratar a Darcy con aspereza y grosería impenitentes; lo más probable era que la atracción que sentía hacia ella se hubiese desvanecido.

Por lo visto no conservaba su número de teléfono, ni su correo electrónico, ni su dirección postal; cada vez que había visitado su apartamento había estado más preocupada por lo inminente que por la numeración que identificaba el edificio. Pero en los tiempos que corren no podía ser

difícil rastrearlo por internet. Probablemente encontraría su correo en la web de la Universidad de Cincinnati. Y, aun así, seguía sin estar claro qué diría. «Lo siento» parecía la opción más evidente, pero tal vez rompía el hielo con un informal «Ey, ¿qué tal?».

Al otro lado de la ventanilla de Liz se alzaban las montañas del noroeste de Utah, lunares y con las cimas nevadas, aun en pleno agosto. Demasiado preocupada como para leer, Liz las escrutó durante largo tiempo, pero las rocas no le aportaron ninguna sabiduría. Al final se repantingó en su asiento y cerró los ojos.

## Capítulo 118

Al aterrizar en San Francisco, Liz llamó a Ken Weinrich para averiguar si la fumigación se había llevado a cabo con éxito, y este le confirmó que los niveles de fluoruro de sulfuro de la casa daban por debajo de una quinta parte por millón, que no había visto arañas y que su equipo había retirado las lonas y los ventiladores. Liz llamó acto seguido al móvil de Mary, aunque le costó entenderla con los gritos de su madre de fondo; por lo visto, estaban de vuelta en la casa de estilo Tudor, en la cocina.

—¡Esta comida está en perfecto estado! —declaraba la señora Bennet—. Mira: ¡si ni siquiera he abierto la mermelada de melocotón que nos regaló Bev Wattenberg!

—Dile que seguro que los Wattenberg nos regalan más mermelada para la Navidad que viene —le dijo Liz.

—No vale la pena —respondió Mary.

—¿No huele rara la casa?

—No huele a nada.

—Te voy a decir quién no sabría apreciar mi trucha ahumada en conserva —chillaba la señora Bennet—: un mendigo en un albergue.

—Tengo que dejarte —dijo Mary.

—Espera un momento —le pidió Liz.

Mary replicó groseramente:

—Gracias por tu llamadita de ánimos de larga distancia.

## Capítulo 119

Al salir de la terminal de Delta del Aeropuerto Internacional de San Francisco, Charlotte parecía

considerablemente más tranquila de lo que Liz esperaba; esta tranquilidad le resultó reconfortante al tiempo que la hizo dudar de la necesidad de su presencia. Pero, si volvían a ser amigas, ¿qué importaba?

—Los taponos para los oídos son el mejor invento del mundo —dijo Charlotte mientras se incorporaba al carril izquierdo—. Anoche dormí once horas.

—Enhorabuena.

—¿Quieres acompañarme a mirar ropa para el trabajo en Nordstrom?

—¿Eso significa que aceptaste?

—Los llamé justo antes de pillar el coche para venir a recogerte. Empiezo una semana después del Día del Trabajador.

—Eso es genial, Charlotte. Yo encantada de acompañarte a Nordstrom.

Con el tráfico, les llevó una hora llegar al Centro Comercial de Stanford en Palo Alto; comieron en un restaurante antes de entrar a las tiendas.

—Todo el mundo habla de lo informal que es esto, pero eso es solo si eres un tío de veinticinco años —comentó Charlotte mientras rebuscaba en una percha de *tops* de talla grande.

Liz inspeccionó un sujetador de lencería fina a su lado pensando: «¿A él le gustaría esto o le parecería cursi?». Dio un respingo al ser consciente de que por primera vez en mucho tiempo aquel «él» no se refería a Jasper.

—Voy a probarme estos. —Charlotte sostuvo en alto tres perchas, señaló con un gesto de la barbilla el sujetador—. Badabum.

—Es caro.

La amiga pareció escéptica.

—¿Para una neoyorquina?

Liz sacó la etiqueta del precio, que ponía «200 dólares».

—No hay mejor inversión que la que haces en tu escote —soltó Charlotte con sorna—. Creo que eso lo enseñan en la Facultad de Empresariales.

Setenta minutos más tarde estaban en el aparcamiento del centro comercial y caminaban hacia

el coche con sus respectivas compras (Liz no era capaz de justificar la compra del sostén, pero lo llevaba en una bolsa), cuando Liz dijo:

—Pues resulta que he roto con Jasper.

—¿Y estás hundida o aliviada?

—A medio camino de una y otra cosa. Más bien me siento estúpida por no haberme dado cuenta hasta ahora de lo odioso que es, cuando otra gente ya lo había notado.

—Cuando lo conociste eras muy muy joven. Lo tuyo tiene un pase. —Metió la llave para abrir el coche y dijo—: Esta mañana, Willie ha pedido hora con un otorrinolaringólogo. Resulta que no tenía ni idea de que ronca. Supongo que, si nunca has tenido novia, nadie te lo ha dicho.

Ya fuese esto cierto o no, Liz se vio obligada a asegurar:

—Para que conste: me cae bien Willie. Creo que es buena gente.

Con ironía, pero no con mala baba, Charlotte replicó:

—¿Y por eso reaccionaste con asco cuando intentó besarte? —Liz estaba a punto de decir: «Es mi primo», cuando la otra añadió—: Y no me digas que es porque sois primos. Las dos sabemos que te hubiese dado asco igual. Pero no pasa nada.

—Es que creo que no hay química entre nosotros, nada más —dijo Liz, y Charlotte sonrió.

—Espero que te parezca bien que haya invitado a tus tíos a cenar hoy.

—Perfecto. —Liz se había organizado para quedarse en la Bahía tres días, y salir luego para Nueva York en un vuelo nocturno—. Si quieres dormir una siesta esta tarde, yo puedo ir a comprar comida. O a cualquier recado que necesites... Mis músculos de recadera se han ejercitado bien este verano.

Habían metido las bolsas en el maletero, se subieron a los asientos delanteros y Charlotte dijo:

—No es que la aclimatación aquí haya sido un camino de rosas, pero la otra noche te llamé en un momento de bajón. Vamos a divertirnos. ¿Has visto el campus de Stanford?

—Tu vida ha cambiado un montón de golpe. Sería raro que vieses las cosas claras a la primera.

Y no: nunca he visitado Stanford, aunque... —¿En qué otra cosa iba a pensar si visitaba la universidad sino en lo que Jasper le había hecho a su profesora de Escritura Creativa?—. ¿Sabes qué otra cosa hay por aquí? La propiedad de la familia de Darcy.

Charlotte se echó a reír.

—¿La propiedad? ¿Quién es, el rey de Inglaterra?

—Está por Atherton. A ver, no me juzgues, pero me acosté con él unas cuantas veces.

Charlotte dio un saltito jovial.

—¡Ya sabía yo que estabais tonteando en la cena de Chip!

—Es verdad. Lo pillaste al vuelo, ¿no?

—¿Unas cuantas veces? Si volviste a por más, entiendo que el sexo estaba medio bien.

—Sí, vaya si estaba bien.

—¿Y no sabes la dirección de la propiedad?

Liz se sacó el móvil y sintió palpitaciones. Escribió «propiedad Atherton Darcy» y unos clics después dijo:

—1813 Pemberley Lane. Coges Sand Hill Road rumbo al Camino Real.

En voz alta y afectada, la amiga preguntó:

—Mmm, ¿Darcy se crio por aquí? ¿Qué?, ¿echar un vistazo? ¿Ahora? ¿Yo, pobre de mí? ¡A ver, ni en sueños!

Doce minutos después, Charlotte enfilaba El Camino Real y entraba en un barrio residencial

separado de la concurrida autovía por un alto muro cubierto de hiedra. A cada lado de la entrada a la tranquila calle había letreros de No pasar. Solo residentes.

—Espero que no me detengan —comentó Liz—. Ya sé que estamos aquí por mi culpa, pero ahora me daría la vuelta.

—¿La mujer que fue a Arabia Saudí se está echando atrás?

—No voy a fingir que no estoy interesada. Pero es que..., ¡coño!, ¿es eso de ahí?

Una valla de hierro forjado de dos metros y medio de alto cercaba un prado inmenso y verde

salpicado de árboles y esculturas modernas y más antiguas en los intervalos. Charlotte continuó

avanzando y llegaron a la puerta, que estaba cerrada. Al otro lado, un largo camino de grava llevaba a una mansión de ladrillo que recordaba por su imponentia y simetría a una plantación



sureña.

Charlotte señaló a través de la puerta de la valla hacia una estatua colosal de un desnudo masculino en bronce:

—¿Tú crees que Darcy posó para esto?

—Aquí no vive nadie. Los padres de Darcy han muerto y su hermana estudia en Stanford. Pero ya te puedes figurar cómo... —No acabó de formular el pensamiento; fue en ese instante cuando

una furgoneta negra con las ventanillas tintadas se les acercó de frente y se detuvo a su lado; el cristal de la ventana del conductor descendió. Un hombre de mediana edad con el pelo corto y

rapado por los lados dijo con tono brusco:

—¿Puedo ayudarlas en algo, señoritas?

—Somos amigas de la familia —respondió Charlotte—. Amigas de Fitzwilliam Darcy.

El hombre calibró a Charlotte con la mirada, luego a Liz.

—¿Una de ustedes es Caroline Bingley?

Aquello no era lo que Liz esperaba oír, y si se lo hubiese pensado dos veces jamás habría contestado lo que contestó. Pero no se lo pensó dos veces. Levantó una mano y dijo:

—Soy yo.

El semblante del hombre se volvió levemente más amigable. Dijo:

—Un minuto. —Se llevó el teléfono a la oreja, pero antes de que oyesen nada, subió el cristal de la ventanilla. Charlotte se volvió hacia Liz y le susurró excitada:

—¡Nos hemos metido en un lío!

—Pero ¿qué he hecho? ¿Por qué le he dicho eso?

La ventanilla tintada descendió de nuevo y el hombre dijo:

—Fitzwilliam las recibirá delante de la casa principal. Síganme.

Mediante un mecanismo invisible, las hojas colosales de la puerta se abrieron y el hombre pasó con el coche.

—Larguémonos de aquí —dijo Liz.

—Yo pensaba que Darcy estaba en Cincinnati —respondió Charlotte.

—Y yo. —El pánico se estaba apoderando de Liz a toda velocidad. Cuando Charlotte viró a la izquierda y tomó el camino de grava para seguir a la furgoneta, dijo—: ¿Qué haces?

—No voy a hacer que ese tío nos persiga. ¿Y si lleva pistola?

—Charlotte, no podemos ver a Darcy. Para el coche. Deja que me baje.

—¿Por qué te preocupa? Ahora Darcy y tú os conocéis en el sentido bíblico.

—Se va a pensar que lo estamos espiando. Charlotte, ¡justo antes de que me marchase de Cincinnati, Darcy me dijo que estaba enamorado de mí! Aunque de una forma absolutamente ridícula y antipática, así que yo reaccioné con mucha grosería y la cosa fue de lo más extravagante.

Charlotte soltó una carcajada.

—Liz Bennet, ¡menuda seductora! ¿Acaso hay algún hombre que no haya caído en tus redes este verano? Además, es que lo estamos espiando. O por lo menos su terreno.

Delante de la casa, aunque «casa» no parecía un término adecuado para describir la estructura

gigantesca que se alzaba ante ellas, cerca de las escaleras que conducían a una enorme puerta de entrada, había una silueta que, incluso a una distancia de veinte metros, Liz reconoció como la de Darcy. Pensó en los dos revolcándose en la cama de su apartamento y experimentó una confusión

variopinta. Cerca de Darcy, la furgoneta negra dio un giro de ciento ochenta grados y enfiló el

camino de grava de vuelta; Charlotte frenó delante de las escaleras y sin previo aviso bajó el cristal de la ventanilla de Liz. Darcy se acercó y dio un paso atrás (sorprendido más que disgustado, esperaba ella) cuando ya estaba prácticamente encima.

—¿Liz? —Pareció quedarse estupefacto.

Charlotte se inclinó y saludó con la mano.

—Ey, Darcy.

—¿Charlotte?

Liz oyó que Charlotte decía: «Pasábamos por aquí», y le resultó imposible no creer que su amiga estaba disfrutando del encuentro.

—Ese tipo —dijo Liz—, tu guardaespaldas o lo que sea..., ha dado por hecho que yo era Caroline Bingley, pero no lo soy.

—No, no lo eres. —No parecía, como Liz había temido, enfadado; simplemente seguía perplejo—. Pensaba que te habías vuelto a Nueva York.

—He venido a visitar Charlotte.

Darcy dirigió la mirada a su amiga.

—Entiendo que te has convertido en una californiana.

—¿Quién lo hubiera dicho? —respondió Charlotte.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó Liz a Darcy.

—¿En mi propia casa, quieres decir? —Pero lo dijo en un tono cordial, no burlón; de hecho, a

Liz se le antojó más cordial de lo que había sido nunca en Cincinnati, aunque tal vez la diferencia se debía menos a su afecto que a la percepción de ella—. Georgie y yo nos reunimos el Día del

Trabajador todos los años, o los años que no tengo que trabajar. Por eso Roger te ha confundido con Caroline Bingley. Tiene que llegar mañana.

Liz intentó no acusar la reacción de aquella noticia y optó por preguntar amablemente y con ligereza:

—¿Con Chip?

Darcy negó con la cabeza.

—No, sigue grabando, pero vienen unos cuantos compañeros de la Facultad de Medicina desde

San Francisco, y unos amigos de Georgie. —Paseó la mirada entre las dos mujeres—. Ya que estáis aquí, ¿os apetece ver la casa?

—La verdad es que... —empezó Liz.

—Nos encantaría —terminó Charlotte.

Mientras Charlotte apagaba el motor, Darcy comentó:

—Espero que Roger no haya sido brusco. Es el guarda, no mi guardaespaldas, pero se pone suspicaz porque a veces se encuentra a gente husmeando por la propiedad.

## Capítulo 120

Liz no lo habría preguntado de entrada, pero Charlotte lo hizo, de un modo que a saber por qué

parecía tan neutral como quien se interesa por algo en la exposición de un museo, y Darcy respondió en la misma línea: la casa principal de Pemberley tenía 2.700 metros cuadrados y contaba con doce dormitorios y diecisiete cuartos de baño; también con una casa de invitados, una casita para el guarda y un establo que por entonces no se usaba.

Entraron por el vestíbulo, torcieron a la derecha por una sala con un techo alto de arcadas, volvieron a girar a la derecha y se encontraron en un salón de baile, un espacio enorme con suelos en madera de nogal, vacío salvo por dos candelabros espectaculares que hacían juego con dos chimeneas en cada punta de la estancia y media docena de murales en los que se representaban paisajes de lo que Darcy catalogó como el Distrito de los Lagos de Inglaterra.

—Sospecho que mi tatarabuelo pensó que una apariencia de elegancia británica distraería al espectador del hecho de haber escapado de su Virginia rural a la edad de trece años.

—Un ascenso desde lo más bajo —comentó Charlotte.

—Entonces, ¿Pemberley ha pertenecido a tu familia desde siempre? —preguntó Liz.

—Y por eso mi hermana teme que vayamos a decepcionar a nuestros antepasados por donarlo al Fondo Nacional para la Preservación Histórica, mientras que yo pienso lo contrario. Ni Georgie ni yo tendremos jamás una familia lo suficientemente grande como para justificar un espacio como este. Nadie tiene una familia tan grande.

Pasaron del salón de baile a la sala de trofeos, luego a un estudio revestido de madera de roble con un óleo encima de la chimenea en el que aparecía retratado un hombre serio de corbata negra, una camisa blanca con el cuello levantado, chaleco negro, chaqueta negra y un reloj de bolsillo del que se apreciaba la cadena de oro.

—Este es el Fitzwilliam Darcy original, mi tatarabuelo. Empezó a construir Pemberley en 1915, momento en el cual se estableció por su cuenta como magnate de la industria ferroviaria y de la minería de bórax. Seguro que habéis oído eso que se dice de que toda fortuna se asienta sobre un tremendo crimen.

Liz, que no había hablado demasiado desde que habían entrado en la casa, intentó que su comentario sonase normal:

—¿Tengo que fingir que sé lo que es el bórax?

—Charlotte, seguro que tú lo sabes por Procter & Gamble. Borato de sodio. Un componente que se encuentra en todas partes, desde los detergentes hasta la fibra de vidrio.

Estaban en la biblioteca, donde había volúmenes forrados en piel colocados en estanterías empotradas y una enorme alfombra persa cubría el suelo.

—¿Estos libros son falsos? Sin ánimo de ofender —preguntó Liz.

—Tienen páginas llenas de palabras, si es eso lo que preguntas. Pero sí, estoy convencido de que incluso en el momento de comprarlos el motivo fue un poco por pose. Una vez leí un ejemplar de *La isla del tesoro* que encontré aquí, pero solíamos hacer vida en las plantas superiores. Todo el primer piso, como veis, tiene un aire público, y mi madre estaba muy comprometida cívicamente. Mis padres acogían muchos eventos benéficos.

—Es como la Casa Blanca —comentó Charlotte.

—Supongo que sí, en cierto modo —se avino Darcy.

De la biblioteca pasaron al salón de recepciones, que era una especie de minicuarto de estar, destinado a que las mujeres esperasen allí mientras los hombres se tomaban sus coñacs y fumaban sus puros tras la comida, por lo visto; a continuación estaba la despensa del mayordomo y la cocina. En el salón de recepciones, Darcy había indicado con un gesto la entrada, que estaba flanqueada por columnas coronadas por un tejado a dos aguas, y le dijo a Liz:

—A todo este aparejo se le llama «edículo»... Buena palabra para un escritor, ¿eh?

¿Quién era aquel hombre, aquel anfitrión cortés y afable que les estaba dedicando su tiempo, que mostraba unos modales impecables en un contexto que habría justificado tratarlas a la inversa? Y qué extraño pensar que había crecido en aquella casa estrambótica; la verdad es que, más que un hogar, parecía el plató de un programa de televisión sobre la opulencia.

La escalera de mármol negro por la que ascendieron estaba cerca de la sala de trofeos; desde el rellano se veía un huerto. En la primera planta, todos los dormitorios disponían de chimenea, y la mayoría también de televisores de la era anterior a la pantalla plana. Aún había colgado un póster de Larry Bird en el antiguo cuarto de Darcy y un reproductor de CD con pletina para casetes encima de un pequeño escritorio. Había en estos objetos algo inesperadamente llamativo para Liz, así como en el edredón azul oscuro alisado sobre la cama (¿cuántos años habrían pasado desde la última vez que durmió Darcy allí?) y la foto enmarcada de su equipo de fútbol de cuarto o quinto curso. Pero la duda se apoderó de ella y se preguntó si la ternura que estaba sintiendo hacia el hombre no sería un interés de cazafortunas enmascarado. No ansiaba conscientemente convertirse en la dueña de un lugar como Pemberley, pero la riqueza que suponía era verdaderamente asombrosa.

Darcy las condujo escaleras abajo hasta el exterior. Detrás de la casa, en un jardín de frutas y hortalizas junto a la cocina, probaron cada uno un tomate maduro antes de atravesar otro jardín

cercado; a continuación, un jardín en desnivel; luego, un jardín a nivel; y, para terminar, una serie de parterres descendentes, en el más bajo de los cuales brillaba una alberca en la que se reflejaba el sol de media tarde. Aquello no era la piscina, les explicó Darcy, y acto seguido las acompañó hasta ella. La piscina había sido añadida en los años cuarenta, y pegada a esta se alzaba la casa de invitados

donde el propietario les contó que dormirían él y algunos invitados aquel fin de semana.

Cuando el paseo tocaba a su fin, Liz quiso decir algo para transmitirle su agradecimiento por la amabilidad demostrada, amabilidad tanto más apreciable a la luz de su último encuentro en Cincinnati. Lo que dijo, mientras los tres se acercaban al coche de Charlotte sin volver a entrar en la casa principal, fue:

—Gracias por enseñarnos esto.

Darcy la miró, ella le devolvió la mirada y se preguntó qué sentimientos se habrían expresado de no haber sido por la presencia de Charlotte.

—Un placer. Ha sido curioso que andéis por aquí las dos este fin de semana. —Se adelantó y le dio un beso en la mejilla a la amiga—. La zona ha cambiado mucho desde mis tiempos, pero si necesitas indicaciones, dame un toque.

—Me las arreglaré —respondió Charlotte.

—Adiós, Liz.

Se inclinó hacia su mejilla y ella resistió el impulso de aferrársele; al instante, el beso había concluido.

¿Qué otra cosa podían hacer sino subir al coche de Charlotte? Cuando esta encendió el motor,

Liz sintió que estaba a punto de llorar. Al otro lado de la ventanilla, la expresión de Darcy era pensativa. Al ponerse en marcha el coche, Liz le hizo un raquítico gesto de despedida con una mano.

—Vale, ha sido un disparate —comentó Charlotte—. Un disparate de lo más...

—Espera, que está diciendo algo. Frena.

Por su retrovisor, Liz veía que Darcy corría tras ella a unos seis metros.

Charlotte frenó y la otra bajó la ventanilla.

—No sé por qué no se me ha ocurrido antes —dijo Darcy, solo ligeramente jadeante—.

Tendríais que veniros a cenar esta noche. Con Willie, claro está. Teniendo en cuenta lo que mi hermana te admira, Liz, le va a encantar conocerte.

—Ah... —Liz se volvió hacia Charlotte y de nuevo a Darcy—. Se supone que cenamos con mis tíos, los padres de Willie. O sea, gracias, pero...

—Que se vengan también. ¿Qué os parece a las seis y media?

—A las seis y media nos va perfecto —contestó Charlotte.

—¿Hay algo que no podáis comer? Georgie no come carne, así que tendremos platos vegetarianos.

—Yo como de todo.

—Yo también. ¿Qué podemos traer?

—Con que vengáis vosotras me vale —respondió Darcy—. Haré algo sencillo. Liz, si me das tu número te mando un mensaje ahora y así esta noche cuando lleguéis me avisas para que os abra el portón de entrada.

Ella le dictó los números y segundos más tarde el móvil le vibró en el bolsillo. (¡Después de tanto tiempo, tenía el teléfono de Darcy! Tenía su número y él tenía el de ella, y se sentía atontada como si el chico más mono del cole le hubiese echado una nota en la taquilla).

—Me alegro de que os venga bien.

En un tono ronroneante que hizo que a Liz le entrasen ganas de abofetearla, Charlotte dijo:

—Darcy, el placer es nuestro.

## Capítulo 121

El estado de nervios de Liz era tal que cuando pararon a comprar vino para llevar algo aquella noche a Pemberley, cogió una botella de *merlot* de más que abrió en cuanto llegó a la cocina de la casa de Charlotte.

—En Cincinnati son las cinco pasadas. Y en Nueva York —se explicó.

—Ey, adelante —dijo Charlotte.

—¿Tú crees que de verdad quiere hacerle la cena a un montón de gente a la que no conoce, incluidos mis tíos, cuando mañana tienen que llegarle tantos invitados?

Charlotte sonrió picarona.

—Ese hombre está coladísimo por ti. Estoy convencida de que le parece un plan estupendo.

Liz le dio un buen trago a la copa que se había servido.

—¿Me acompañas?

—Si te empeñas —dijo Charlotte, y Liz sirvió una segunda copa.

La ventaja del nuevo plan de cena, pensó Liz, era que los sentimientos encontrados a propósito de pasarse la noche con Darcy diluían de tal manera los sentimientos encontrados a propósito de ver a su primo Willie que quedaban relegados a un segundo plano; el rechazo que le producía el primo ya no le preocupaba.

Se llevaron las copas al porche delantero de la modesta casita de tres dormitorios que Liz sabía, porque lo había buscado en internet, que le había costado a Willie 1.100.000 dólares en 2010. Se sentaron en dos sillas Adirondack cuando el cielo vespertino azuleaba salpicado de cúmulos nubosos aquí y allá. Palo Alto se le antojaba en aquel momento un lugar por encima de sus posibilidades económicas, si bien encantador para vivir.

—Lo que cojea en tu teoría de que Darcy sigue interesado en mí —comenzó Liz— es que ha invitado a Caroline para el fin de semana. Y ni siquiera acompañada de su hermano... ella sola.

—Caroline es odiosa. No tiene ninguna posibilidad a tu lado.

—Bueno, en su momento estuvieron liados. Como mínimo se acostaron juntos.

—¿Y eso que ventaja le da sobre ti? —Charlotte le dirigió una mirada maliciosa.

—¿Te fijaste en que en Cincinnati la tenía todo el rato encima? Es evidente que quiere que vuelvan.

—Liz se sentía demasiado inquieta como para seguir sentada, así que se puso en pie—.

¿Te molesta si me doy una ducha?

—Claro que no. Las toallas están encima de la cama.

Antes de entrar en la casa, Liz dijo:

—Perdona por dejar que esto de Darcy me ocupe la visita. Cuando pase lo de la cena nos pondremos con el plan para tu vida en este sitio.

—Lizzy: nada podría alegrarme más que tenerte en mi casa subiéndote por las paredes a causa de un chico.

## Capítulo 122

Volvieron en procesión a Pemberley: Willie y Charlotte en el Prius de él, Liz llevaba a sus tíos



Margo y Frank. Willie había saludado a Liz comentando en tono acusador:

—Está claro que han cambiado muchas cosas desde la última vez que te vi.

A lo que ella replicó, con una sinceridad que la cogió por sorpresa:

—Me alegro muchísimo por Charlotte y por ti.

En el camino de Palo Alto a Atherton, Liz puso al día a Margo de la situación en Cincinnati: la

salud del señor Bennet, la ruptura de Jane y Chip (dándole muchos menos detalles de los que había dado a Charlotte), el nuevo novio de Lydia. Muy oportunamente, la descripción de Ham le

resultó provechosa para evitar traer a colación lo de la venta de la casa en la que su tía se había criado. Al poco, el tío Frank se fijaba en Pemberley Lane; al llegar a los portones de la propiedad, silbó admirado.

—Menudo amiguito que te has echado, Lizzy.

«Ey, soy Liz. Estamos aquí». Segundos después se abrieron los portones.

Frente a la casa principal, vio a Darcy y a una chica delgada con la melena castaña y lisa detrás de las orejas, con la cabeza un poco ladeada para evitar que la puesta de sol la deslumbrase, aunque la casa estaba orientada al norte. Cuando aparcaron los coches y sus ocupantes se bajaron, se quedaron los siete en el camino de grava mientras hacían las presentaciones e intercambiaban

apretones de manos. Darcy llevaba unas zapatillas de estar por casa de aspecto muy caro, caquis, una camisa blanca de paño de Oxford arremangada hasta los codos y espacio liso en el bolsillo de la izquierda para unas iniciales: FCD V, decía, y Liz sabía por internet que su segundo nombre era Cornelius.

Le saltó a la vista de inmediato que Georgie era anoréxica. Tras más de una década trabajando

en revistas femeninas tenía mucha experiencia en trastornos alimentarios, y se había terminado solidarizando con aquellos casos a la vez que era reticente a la hora de dispensarles una atención exagerada; de hecho, antes de su primer año en *Mascara*, se prometió mentalmente abandonar las conversaciones sobre deporte o hábitos alimentarios con sus compañeros para no volverse tan obsesiva como muchos de ellos. En muchas ocasiones, claro está, había roto tal promesa, pero seguía pensando que eso ayudaba a reafirmar su punto de vista.

Georgie, unos centímetros más baja que Liz, no debía llegar a los cuarenta y cinco kilos; y aunque llevase una camisa ancha de hilo, unos tejanos y zapatos planos, el contorno de la mandíbula y la prominencia de los dientes daban una idea de su extrema delgadez. Parecía muchísimo más frágil de lo que Liz se esperaba; en comparación, Kitty y Lydia eran hasta fornidas.

—Comeremos en la casa de invitados. —Darcy paseó la mirada entre el tío Frank, la tía Margo

y Willie, y añadió—: Ya les he hecho sufrir a Liz y Charlotte la visita por la casa principal antes, así que a vosotros os la ahorraré.

Su tía Margo, observó Liz, recibió el comentario con una decepción que se apresuró a ocultar, aunque a Willie y Frank no pareció importarles. De camino al ala este de la casa, el anfitrión dijo:

—Veréis que al lado de la casa de invitados está la piscina, pero tengo que disculparme por no ofrecer os la oportunidad de daros un chapuzón. Hace unos años que no la abrimos.

El tío Frank chasqueó los dedos, como si le supiese mal.

—Y yo que me había metido un bañadorcito de competición en la guantera del coche por si acaso.

Todos se rieron educadamente ante aquella imagen que quitaba el apetito, y Liz se vio caminando al lado de Georgie.

—Gracias por acogernos pese a haber avisado con tan poca antelación. Espero que no te asustases cuando tu hermano te dijo que venían cinco desconocidos a tu cena.

—Qué va, al contrario. Fitzy me ha hablado mucho de ti, y creo que te ha contado que soy una ávida lectora de *Mascara*. —Añadió enseguida—: Aun a riesgo de parecer una fan tontaina.

—Ay, pero a mí me encantan las fans tontainas. Pues Darcy..., bueno, tú debes de llamarlo Fitzy..., me dijo que estabas estudiando la carrera, ¿no?

Georgie asintió.

—Estoy en plena tesis, que probablemente leeré ante un público de ocho personas en total, si es que logro terminarla. Tengo que preguntártelo, aunque seguro que todo el mundo te lo pregunta:

¿tú crees que Hudson Blaise le puso los cuernos a Jillian Northcutt?

Dejando de lado su habitual prudencia respecto al tema, Liz contestó:

—¡Pues claro que sí!

—¿Lo has entrevistado alguna vez?

Liz negó con la cabeza.

—Aunque se rumorea que no es muy aficionado a bañarse y que huele un poco raro.

Georgie soltó una risita.

—¿Jillian era maja?

—Lo suficiente. Creo que fue una época superrestrambótica para ella y, evidentemente, hablaba de la ruptura no porque quisiera sino porque tenía que promocionar una película. La verdad es que me supo mal. ¿Sobre qué es tu tesis?

—Las sufragistas francesas de principios del siglo XX y los impuestos. Fascinante, ¿eh?

—Georgie, ¿has visto el sacacorchos? —gritó Darcy a unos metros. Habían llegado a la casa de invitados y estaba junto a un carro de dos ruedas en el que se exponían una selección de botellas de vino, copas y servilletas.

Georgie señaló:

—En el estante de abajo del todo.

Una enorme lona verde cubría la piscina, aunque, por alguna razón, no estropeaba la belleza del paraje. Había cuatro tumbonas a juego alineadas en un lateral de la piscina y un sofá con muchos cojines y unas sillas cerca de la entrada de la casa de invitados; a cada lado del sofá hacían guardia unas lámparas de calor. Otras dos flanqueaban una larga mesa de hierro en la que habían

dispuesto platos verdes y servilletas del mismo color tan elegantemente que Liz tuvo la corazonada de que ni Darcy ni George (sino alguien con experiencia profesional) lo había organizado. En el extremo más alejado de la piscina se extendía el césped más verde y bien cuidado que había visto en su vida; la zona pedía a gritos que la usasen, y Liz se dijo que ojalá supiese hacer volteretas de espaldas o una mísera rueda. Notó un aroma que le pareció típicamente californiano (tal vez era eucalipto).

El primo Willie se acercó a Georgie y a ella con un par de copas de vino tinto y dijo:

—Señoritas.

Liz cogió la suya, pero Georgie negó con la cabeza.

—Yo tomaré agua.

Cuando todos tuvieron sus bebidas, Darcy alzó su copa.

—Por la familia y los amigos.

Liz cruzó su mirada con la de él un momento y enseguida estaban entrechocando los vasos, como el resto. Le costaba manejar su energía, manejarse ella misma, en compañía de aquella versión de Darcy. Se daba cuenta, con una repentina y no del todo agradable claridad, de que en

Cincinnati había cultivado su rencor hacia él; había hecho comentarios groseros y provocadores, había intentado interpretar ofensas en sus respuestas y se había regocijado con unos deslices que lo mismo ni existían. Y, sin embargo, a pesar de la acritud con que ella remató su confesión, Darcy había decidido dejar a un lado sus diferencias. Su comportamiento de ahora no era una fachada sarcástica de buenos modales; no buscaba que contase, técnicamente, como amabilidad sino que provenía de una cordialidad sincera; era sencillamente amabilidad. Trataba a sus invitados, ella incluida, como si no pudiese imaginar mayor placer que pasar la noche con ellos, y al actuar así no hacía más que aumentar la vergüenza de Liz por ser tan mezquina.

En un momento dado, durante la conversación del grupo más nutrido, cuando ninguno de los dos interactuaba con los demás, Liz se volvió hacia Darcy.

—¿Cuándo llegan el resto de invitados?

—Mañana, a lo largo del día. Eres bienvenida si quieres volver. Estoy seguro de que a Caroline le encantará verte.

Liz observó con atención su rostro y acabó diciendo:

—¿No te das cuenta de que Caroline Bingley y yo no nos soportamos?

Darcy pareció divertido.

—¿Desde cuándo?

—Desde treinta segundos después de conocernos, más o menos. Supongo que no le dediqué suficiente tiempo como para caerle mal, pero ella a mí no me cae bien.

—¿Puedo preguntar por qué?

El motivo para no criticar a Caroline no era que no se lo mereciese, pensó Liz; era únicamente que si lo hacía quedaría mal ella misma.

—Si te lo digo pensarás que soy alguien que hace pasar sus chismorreos por interés antropológico en la condición humana.

Darcy se quedó un tanto descolocado.

—¿Demasiado pronto? —añadió Liz.

—Tan pronto como me lo merezco. Si me disculpas, debería ponerme a preparar la comida.

¿Lo había ofendido realmente? Darcy se dirigió a la casa de invitados y salió poco después con

una bandeja llena de filetes crudos y con otra llena de setas portobello y calabacín cortado a largas tiras. El tío Frank se fue con él a la parrilla y Liz lo oyó iniciar una conversación sobre la historia de la propiedad.

—No es ningún secreto que las propiedades en Atherton valen lo suyo.

A lo que Darcy respondió en tono afable:

—Sí, los tiempos han cambiado desde que mi tatarabuelo compró estas tierras por 12 dólares la hectárea.

Liz se puso en pie para buscar el cuarto de baño. Atravesó la puerta de cristal de la casa de invitados y se vio dentro de una gran sala con una pared equipada con aparejos de cocina de acero immaculado. Dejó atrás un primer cuarto de baño, recorrió un pasillo, tres dormitorios (dos con camas dobles y uno con una de matrimonio deshecha, al lado una maleta abierta en el suelo).

Mientras se lavaba las manos después en un lavabo con dibujos de peonías azules por la loza y los grifos le llamó la atención, como le sucedía a veces a la tercera copa de vino, lo guapa que se veía en el espejo. Sobria tendía, como la mayoría de mujeres que conocía, a ser autocrítica, pero bebida era capaz de admirar sus chispeantes ojos inquisitivos, el pelo brillante y la sonrisa juguetona, así como el favorecedor corte de los tejanos y el volumen que le proporcionaba el sujetador excesivamente caro que había comprado aquella tarde. Incluso en compañía de su estafalario primo y el cursi de su tío, la noche había adquirido una cualidad encantadora que emergía del esplendor del paraje, del aire fresco, de las velas que encendieron al cernirse las sombras, y sobre todo de la solicitud de Darcy, que sentía dirigida a ella principalmente; de hecho, interpretaba su atención a todos los invitados como un homenaje personal. Pero, por supuesto, no estaba segura..., no estaba segura de nada.

Ya fuese por inclinación propia o por una estratagema mutua, Liz terminó junto a Darcy en el momento de cenar; su tía se sentó a su lado. Para acompañar la carne y las verduras había hogazas de pan fresco, una ensalada y más vino, todo ello excelente, aunque ¿qué comidas y bebidas no habrían sabido a gloria bajo un cielo estrellado en una noche de finales de verano?

—¿Tu madre era nacida en California como tu padre? —le preguntó a Darcy la tía Margo, y este negó con la cabeza.

—Era una yanqui orgullosa que nunca llegó a creerse que se había establecido aquí permanentemente. —Miró a su hermana—. ¿No te parece, Georgie?

Al desplazarse la atención de la mesa hacia ella, Georgie pareció incómoda, pero respondió en

tono firme.

—Nuestra madre se crio en Boston y se dejó la voz gritándole a la tele durante los partidos de los Red Sox.

—¿Cómo se conocieron vuestros padres? —preguntó Liz.

Respondió Darcy:

—Mamá estaba estudiando la carrera en Radcliffe cuando nuestro padre estaba en la Facultad de Medicina. Ella tenía solo diecinueve años cuando él le pidió en matrimonio, dando por hecho que dejaría los estudios y se mudaría aquí. Ella lo rechazó. Él entró a trabajar en San Francisco, pero por lo visto siguió insistiendo en su proposición una vez al mes, por carta. Al final ella dijo que sí al día siguiente de graduarse.

—¿Tu padre también era médico? —preguntó la tía Margo.

—Medicina general. Creo que nuestra madre había sido arquitecta paisajista en otra vida.

Todos mis recuerdos de ella siempre son cavando aquí en los jardines.

—Ahora que lo pienso —dijo Georgie—. Deberíais venir todos al torneo de *croquet* de mañana. — Se hizo un silencio y la chica añadió—: No tenéis que vestir de blanco ni nada así. Es una cosa informal.

—Igual tienen planes, Georgie —intervino Darcy—. Liz, ¿cuánto te quedas?

—Hasta el domingo por la noche.

—Seguro que nos podemos organizar —dijo Charlotte—. No crees, ¿Liz? ¿A qué hora empieza el torneo?

—Hacia las tres. O sea, no os sintáis obligados si os suena aburrido.

—Margo y yo os tomamos la palabra para otra ocasión —dijo el tío Frank—. Mañana nos vamos a descansar un poco en el barco de un amigo.

—Y yo tengo que estar en la oficina —se excusó Willie—. Estamos desbordados, he podido escaparme para cenar de milagro.

—Entonces contad con Liz y conmigo —dijo Charlotte—. Darcy, doy por hecho que recuerdas, de cuando jugamos a las charadas, que Liz es más que competitiva.

—Me acuerdo muy bien —respondió Darcy.

## Capítulo 123

Una mujer de unos sesenta y tantos llamada Alberta apareció antes de los postres para preguntarles si necesitaban algo, y Darcy la felicitó por la calidad de la comida, confirmando así la sospecha de Liz de que poco había contribuido a los preparativos. Sin embargo, fue él quien llenó el lavavajillas mientras Liz, Charlotte y Georgie llevaban los platos a la casa de invitados.

Georgie sacó una tarta de avellanas fuera (Liz dudaba que fuese a probarla siquiera) y Charlotte la siguió con un cuenco de helado de vainilla, y así Darcy y ella se quedaron a solas por primera vez en toda la noche. Mientras él vaciaba los restos del cuenco de ensalada, ella, a más de metro y medio de distancia, dijo:

—Gracias... —Él cerró el grifo—. Gracias por todo lo de esta noche... —comenzó ella de nuevo.

Él la interrumpió:

—No tienes que venir mañana solo por contentar a Georgie. Ahora que sé lo que piensas de Caroline Bingley...

—No, está bien. —Esta vez lo interrumpió ella—. Es decir, no quiero que te veas obligado...

—Eres más que bienvenida, Liz.

Entonces se quedaron allí mirándose. Liz pensó que ojalá no fuese imposible besarle. ¿Era imposible besarle? Y tanto, con la hermana de él, su tía, su tío, su primo y su amiga al otro lado de la puerta de cristal. Luego pareció que iban a besarse a pesar de todo, pese a la falta de intimidad y las confusas circunstancias, porque él se adelantó y ella dio un paso hacia él.

—Desde que te marchaste de Cincinnati...

En aquel momento entró Georgie y dijo:

—¿Alberta ha dejado los cubiertos de servir en la casa principal? Ay, perdón.

—Los tengo aquí.

Darcy se volvió, abrió un cajón y le tendió un cuchillo a Georgie.

Tanto el contacto visual como el hechizo se habían roto. Y, no obstante, la disculpa de Georgie..., significaba que tal hechizo había existido; no se lo estaba imaginando.

Le dijo a la hermana de Darcy:

—Yo llevo los platos de postre. —Como no quería que la chica se sintiese mal (y porque no

sabía qué otra cosa hacer), la siguió hasta el patio. Un momento después, Darcy salió detrás de ellas. Fue la tía Margo quien cortó la tarta.

«¿Desde que me marché de Cincinnati qué?», pensó Liz. Aunque no volvió a quedarse a solas con Darcy antes de irse, se le había hinchado el corazón durante aquel encuentro en la cocina, y no se le volvió a encoger hasta varias horas después de meterse en la cama del cuarto de invitados de Willie y Charlotte.

## Capítulo 124

De vuelta a Pemberley por El Camino Real en el coche de Charlotte a la noche siguiente, Liz bajó el parasol y se miró en el espejito, cosa que ya había estado haciendo un buen rato en casa de sus anfitriones, donde se había aplicado cuidadosamente una base, máscara y pintalabios.

—¿Queda raro que vayamos?

—Liz, la TS entre Darcy y tú amenaza con reducir el norte de California a una bola de fuego.

Tu deber es salvarnos a todos metiéndote en la cama con él.

—Me alegro de que la cosa te esté resultando tan divertida. —Se sacó el pintalabios del bolso, se dio una nueva capa (uno de los trucos que había aprendido en tantos años en *Mascara* era partir del centro de los labios y pintar hacia las comisuras) y frotó uno contra otro—. Pero lo digo en serio. Espero que a Caroline no le parezca que le aguamos la fiesta.

—¿A quién le importa lo que piense Caroline?

Liz cerró la tapa del espejo del parasol.

—Es verdad. ¿Te pusiste tapones anoche?

—Fue como si un ángel me meciese hasta que me quedé dormida. Gracias por el consejo. —

Charlotte dejó El Camino Real y dijo en un tono más serio—: Sé que Willie no es tan elegante como Darcy, pero creo que me ama, y yo quiero que la cosa funcione.

—Estoy convencida de que te ama.

—Es curioso, porque si a tu padre no le llega a dar el ataque al corazón, Jane y tú no habríais vuelto a Cincinnati este verano, y si tú no hubieses vuelto, Willie no habría ido de visita con Margo y nunca lo habría conocido. A veces me asombra cómo llegan a encajar estas partes decisivas de nuestras vidas.



—Lo sé. Yo no pienso en otra cosa.

Se callaron y las rejas de Pemberley aparecieron ante sus ojos.

—¿Tomas la píldora? Porque podemos volver a comprar condones.

—No va a ser necesario —respondió Liz.

## Capítulo 125

—Menuda coincidencia que estuvieses en la ciudad precisamente cuando Darcy anda por aquí — le dijo Caroline a modo de saludo.

Estaban en el césped junto a la piscina tapada, donde ya habían dispuesto el equipamiento de

*croquet*: los aros clavados en la hierba, las mazas y las pelotas esperaban alineadas. En un lateral de la piscina, una mesa de bufet todavía tenía una pinta apetitosa a pesar de que era bien entrada la tarde: bocadillos y ensaladas variadas, galletas enormes, limonada, té helado, cerveza y vino blanco. Al contemplar la escena, Liz tuvo la inquietante impresión de que comenzaba a comprender la visión desfavorable de Cincinnati que tenía Darcy; cualquier sitio lo tendría difícil para competir con aquellos jardines exuberantes, aquellos cielos azules y las tremendas cantidades de comida.

—He venido a visitar a Charlotte. Igual has oído que está saliendo con mi primo Willie.

—Supongo que la belleza está en quien mira —replicó Caroline.

Liz no tuvo duda de que Charlotte no había oído el insulto, porque le estaban presentando a otra media docena de invitados, pero el comentario era demasiado grosero como para dejarlo pasar.

—¿Quién insinúas que es feo: mi primo o mi mejor amiga de la infancia?

Caroline se encogió de hombros.

—Elige tú. Cuando dos personas como esas se juntan, una nunca sabe si debería alegrarse por ellos o rezar por que no se reproduzcan.

«Eres horrorosa. Eres incluso peor de lo que recordaba», pensó Liz.

—Ahora que hablamos de eso: ¿Jane ha llegado ya al estadio de los tobillos hinchados y las estrías?

Liz sonrió con tanta cordialidad como pudo.

—¿Sabes que algunas mujeres están radiantes todo el tiempo cuando se quedan embarazadas?

Pues Jane ha tenido esa suerte. —Antes de que a la otra le diese tiempo a responder, añadió—: He

oído que Chip sigue grabando el reencuentro de *Tal para cual*. ¿Participa Holly, la de las luchas con caimanes? Ah, no, es Gabriel, la del tatuaje de la cruz celta en la lengua, ¿verdad? Siempre pensé que había química entre Chip y ella. —La fulminó con la mirada—. Lo mismo da una que

la otra: te lo vas a pasar de miedo con tu nueva cuñada.

## Capítulo 126

Al llegar, Darcy las había recibido con delicadeza, aunque no de una manera especialmente efusiva (Liz casi estaba decepcionada de lo poco efusivo del recibimiento) y las había presentado al resto de invitados, cuyos nombres olvidó enseguida: un anestesista con su esposa abogada; un

radiólogo soltero, por lo visto; un nefrólogo casado con un arquitecto; y dos jóvenes y delgados doctores en Historia que Liz sospechaba, según sus posturas y gestos alrededor de la hermana de

Darcy, que estaban enamorados de Georgie.

Aunque sus interacciones iniciales con Darcy fueron poco interesantes y prosaicas, a medida que la tarde fue avanzando y comenzó el *croquet* (jugaban dos partidos independientes, ambos en una versión que llamaban «salvaje» en la que cada uno iba por su cuenta y no por equipos), Liz

sintió que la carga emocional crecía entre ellos dos. En todo momento fue totalmente consciente

de lo lejos que se quedaba de ella, de su ausencia cuando desaparecía (para traer más botellas de vino de la casa de invitados, pongamos, o para recibir al último en llegar, un dermatólogo, en el portón principal) y de con quién hablaba. De vez en cuando era ella quien hablaba con él, siempre de una manera informal. No jugaban el mismo partido, pero los campos se habían dispuesto en

dos zonas contiguas de césped y a veces estaban cerca; comentaban algún tiro o lo agradable que

era el tiempo y, si bien aquellos temas caían dentro de lo ridículo por inanes, era de esperar que cualquier otro también lo habría sido.

Cuando Liz echó fuera del campo la pelota, Darcy apareció mientras volvía a colocarla en el lugar que tocaba según las reglas.

—Siempre tengo la fantasía de descubrir una nueva habilidad. Pero por lo visto no es el *croquet*

—dijo Liz.

Darcy se fijó en ella.

—¿Vas maquillada?

Liz se llevó instintivamente una mano a la mejilla.

—¿Queda raro?

—Supongo que es la falta de costumbre.

Más a la defensiva de lo que pretendía, Liz replicó:

—Es una cosa que las mujeres se ponen a menudo en la cara.

Sin decir palabra, Darcy le palmeó el hombro derecho amistosamente; el contacto, no obstante, la inquietó, pero para bien.

Al final se presentó Alberta en un carro de golf para recoger los platos usados y los cubiertos.

A esas alturas, Liz se había tomado ya dos copas y media de vino, le había dado tres mordiscos a un bocadillo y se había comido media galleta; los nervios no la dejaban comer más. Darcy ganó el primer partido y Charlotte el segundo. Caroline le dijo a Liz:

—Veo que no eres muy deportista.

A pesar de que Liz se había reído con Darcy de su ineptitud para el *croquet*, no podía tolerar un desprecio así.

—Bueno, corro cuarenta kilómetros semanales. Y he probado prácticamente todas las modas en *fitness* por mi trabajo. Pero supongo que, aparte de eso, no soy muy deportista.

Se miraron las dos con una antipatía apenas disimulada y Caroline preguntó:

—Te vas mañana, ¿verdad?

—¿Mi presencia te está fastidiando algún plan?

Caroline se adelantó un paso hacia Liz y bajó la voz.

—Para que lo sepas: te tengo calada. Ese aire de despreocupación..., a mí no me la das.

—Viniendo de ti creo que es todo un cumplido.

Al terminarse la tercera copa de vino, la impaciencia, el arrepentimiento y el mareo se apoderaron a un tiempo de Liz. Ay, ¡quién pudiera empezar desde cero aquella mañana inesperada sin sujetador en el apartamento de sus hermanas! Tener la oportunidad de disfrutar de una última carrera por Madison Road con Darcy, los dos solos, para apresurarse acto seguido hacia el apartamento de él, esta vez a sabiendas de que su encuentro no sería una mera transacción, sino ¡que Liz le gustaba de verdad! Pero ¿le seguía gustando? ¿Cuánto durarían en el torrente sanguíneo las hormonas sexuales a las que este atribuía su enamoramiento?

Poco después, Liz se oyó diciéndole a Georgie, con uno de sus pretendientes al lado:

—Tu hermano comentó que igual vendéis o donáis la propiedad en algún momento. Espero que no te parezca precipitado, pero quiero contarte lo que hizo mi hermana mayor. Mis padres

venden la casa en la que han vivido durante muchísimos años, así que mi hermana, que es monitora de yoga, celebró una especie de ritual de despedida en el que habló sobre algunas de las vivencias y lo que echaría de menos del sitio. Y, aunque yo era escéptica, creo que me ayudó. Ah, y lo finiquitamos en cinco minutos.

Georgie parecía a un tiempo interesada y desorientada.

—¿Vino alguien a officiar o lo hizo ella por su cuenta?

—No, ella sola. Le puedo preguntar si estaba siguiendo un guion o se limitó a improvisar.

—Si quieres saber más de supersticiones sobre mudanzas deberías hablar con mi abuela china

—intervino el pretendiente de Georgie.

Seguía hablando cuando, de repente, Darcy estaba al lado de Liz; le tocó el brazo por encima del codo y de nuevo ella sintió que se moría de emoción. Sin embargo, en un tono de normalidad imposible, dijo:

—Ey.

Mientras Georgie continuaba la conversación con su pretendiente, Darcy dijo:

—Me pregunto si estarás libre para desayunar mañana.

—Ah, claro.

—Tendría que ser temprano, porque tenemos organizada una excursión en grupo. Desde luego, Charlotte y tú estáis invitadas también.

Consciente de que quizá su amiga desmentiría aquella afirmación, respondió:

—Tengo que prestarle un poco de atención individualizada a Charlotte, ya que es el motivo por el que estoy en California, pero un desayuno suena genial.

—¿Las ocho es una hora civilizada?

—Perfecto.

—Si me mensajes la dirección de Charlotte te paso a recoger.

Así que también él lo notaba. O algo notaba, como mínimo. Quería estar a solas con ella a pesar de

que, a juzgar por su serenidad, no con tanta intensidad como la propia Liz. Deseó pegar su cuerpo al de Darcy, aplastar la cara contra su camisa, besarle el cuello y la cara y llevárselo a cualquier sitio donde no tuviese que compartirlo con nadie.

Con voz queda contestó:

—Charlotte y Willie viven en Palo Alto. Su casa está muy cerca.

## Capítulo 127

—Creo que... —le susurró Georgie agarrándola por la muñeca. Oscurecía y Charlotte y Liz iban a marcharse de un momento a otro, aunque la amiga y el nefrólogo estaban enzarzados en una acalorada discusión sobre terremotos—. Creo que le gustas a mi hermano. —El achispamiento de Liz se había disipado, pero se preguntó si la chica no estaría borracha; si así era, le sorprendía, teniendo en cuenta la aportación calórica del alcohol—. En serio. Y es perfecto, porque siempre me ha dado miedo que terminase con Caroline Bingley, que es un asco de persona.

Sí, Georgie estaba borracha del todo, cosa que no significaba que no hubiese que hacerle caso.

Liz la observó a la luz menguante.

—Para que conste, te diré que estoy de acuerdo contigo: Caroline es un asco de persona.

—¿Te gusta Fitzzy?

Liz vaciló un instante.

—Sí. Me gusta.

—¿Pero en plan que te gusta de verdad?

Liz sonrió.

—Sé lo que insinúas y la respuesta sigue siendo sí.

Georgie se sacó el móvil del bolsillo.

—Dame tu teléfono y la próxima vez que esté en Nueva York, Jillian Northcutt, tú y yo tenemos que tomarnos un café juntas.

—Ten —Liz le cogió el teléfono y le escribió los números ella misma. Se preguntó si la chica recordaría la conversación al día siguiente y si se la contaría a su hermano.

Le devolvió el móvil y le dijo:

—No puedo hablar en nombre de Jillian Northcutt, pero por mi parte será un placer quedar contigo cuando quieras.

## Capítulo 128

La recogió a la hora acordada en un SUV gris con matrícula de California; la mañana era soleada pero hacía frío aún, y Liz había dormido todavía menos que la noche anterior. Hacia las cuatro de la madrugada había decidido que no le quedaba otra que pedirle una segunda oportunidad a Darcy. Por geográficamente incómoda y temperamentamente imposible que una relación entre ellos pudiera parecer, la deseaba; deseaba hacerla posible desesperadamente, y necesitaba saber si él pensaba igual.

De camino al restaurante que había escogido él (el Palo Alto Creamery, aunque la comida era lo de menos, por supuesto) sintió que representaban una especie de pareja fingida a la vez tortuosa y seductora. La mano de Darcy en el cambio de marchas, cerca de su rodilla izquierda, el antebrazo velludo, el aroma casi imperceptible de la colonia o la loción para después del afeitado que usase... Liz apenas era capaz de resistirlo. Su atractivo a primera hora del día era devastador e incontrolable, de modo que Liz se replegó en una conversación superficial. Preguntó si alguien se había quedado dormido después de marcharse ellos, y Darcy le confirmó que sí; preguntó si la noche había continuado y él respondió de nuevo que sí; señaló que debía de estar agotado y él le dijo que estaba acostumbrado al insomnio.

Al tomar Emerson Street, Darcy le dijo:

—Georgie piensa que eres genial.

—Ah, pues el sentimiento es mutuo. Es encantadora.

—Ojalá hubieses conocido a mi madre. Os habríais llevado de maravilla.

El corazón de Liz se encogió.

—Ojalá la hubiese conocido, sí. Da la sensación de que fue una mujer extraordinaria.

Darcy le echó una ojeada desde su asiento.

—Cuando viste a Georgie... ¿te pareció distinta a como te la habías imaginado? O igual no te la habías imaginado de ninguna manera en particular.

La frivolidad de Liz se rebajó unos grados, cosa que estaba bien; a fin de cuentas, la frivolidad costaba sostenerla. Con prudencia, respondió:

—Está muy delgada, desde luego. ¿Te refieres a eso?

—Ha estado entrando y saliendo de diversos centros de tratamiento que, por lo que veo, no sirven de nada. —Darcy suspiró—. Pero sigo preguntándome si debería volver. Ha perdido peso desde la última vez que la vi.

—Tengo una colega que participó en un programa en Carolina del Norte que realmente pareció funcionarle; en Duke, creo. ¿Ese lo ha probado Georgie?

—No me suena Duke. Ha estado en algún sitio del sur de California y en Arizona. —Sonrió con tristeza—. Aceptó entrar en uno en San Diego, pero creo que fue porque un montón de famosos habían sido pacientes allí, pero en el periodo que pasó allí no había famosos. Debía de ser temporada baja.

—Sé que los trastornos alimentarios son muy duros. Lo siento.

—Me preocupa que su vida corra peligro. Me preocupan su corazón y sus riñones.

Darcy estaba deteniendo el coche en una plaza de aparcamiento (qué inevitable se le antojaban las cosas, qué cerca se sentía de él) cuando a ella le vibró el teléfono. De no ser por el infarto de su padre, igual no lo habría mirado; se habría limitado a entrar en el restaurante y pedir unos huevos revueltos para dejárselos casi intactos. Sin embargo, lo miró.

Antes de leer el mensaje vio el nombre del remitente, y comentó:

—Hablando de hermanas, es Mary. —Y acto seguido—: ¡Ay, Dios mío!

—¿Todo bien? —preguntó Darcy, pero, por primera vez en dos días, Darcy no era la prioridad; otro asunto lo había desplazado y su voz era un ruido de fondo.

«Lydia Ham se han escapado Chicago. Ham era transexual/nacida mujer!!! A papá y mamá les va a dar algo puedes venir?», decía el mensaje de Mary.

## Capítulo 129

—¿Todo bien? —repitió Darcy.

—Lydia..., mi hermana pequeña..., se ve que se ha fugado con su novio. Y además..., caray. —

Rápidamente, escribió un mensaje: «En serio? No es coña?». Todavía no había obtenido respuesta y ya envió otro: «???».

Que Ham fuese transexual... Era posible. ¿Y Lydia lo sabía? Pero, pensó Liz, ¡si llevaba perilla!

A los pocos segundos apareció la respuesta de Mary: «No es coña». Acto seguido, otro: «Y

Lydia que siempre me acusaba de ser lesbiana a MÍ!». Y luego: «Papá y Kitty de camino a Chicago. Mamá se sube por las paredes. Cuando vienes?».

Liz miró a Darcy, que después de aparcar había apagado el contacto y la observaba a su vez con preocupación.

—Lo siento. Es que... esto no me lo esperaba. Tengo que hablar con Mary. ¿Quieres ir pidiendo mesa y te veo dentro?

Darcy le tendió las llaves y al bajarse del coche Liz ya estaba telefoneando a su hermana.

—¿Estás segura de que Ham es transexual? ¿Y estás segura de que se han marchado? ¿No será una broma de Lydia?

—Los dos... Ham..., se lo contaron a papá y mamá anoche y la cosa no salió bien. Esta mañana había una nota de Lydia en la mesa de la cocina donde decía que se casan.

—¿Tiene un pene postizo?

Más tarde se sintió aliviada de haber hecho esta pregunta lúbrica solo delante de Mary.

—Yo qué sé. Pero mamá está como loca, intratable.

—¿Qué tienen pensado hacer en Chicago papá y Kitty? ¿Piensan parar la boda?

—No podrán casarse porque los juzgados están cerrados en domingo. Y mañana es el Día del Trabajador. Además, he mirado por internet y tendrán que esperarse un día para poder usar la licencia matrimonial, a menos que ya tuviesen una antes de marcharse, cosa que dudo.

Básicamente, no creo que haya manera de que lo hagan oficial hasta el miércoles, como muy pronto.

—No estoy en Nueva York. Estoy en California. ¿Tú estás en el apartamento?

—En la casa, y mamá se acaba de tragar un puñado de váliums que creo que llevaban diez años caducados.

—No cuelgues.

Liz se quitó el móvil de la oreja y empezó a buscar vuelos a Cincinnati; la opción más temprana que



podía coger salía de San Francisco a las 11:40 de esa misma mañana, hacía escala en Atlanta y la dejaba en Cincinnati a las 9:28. El coste de aquel trayecto decididamente indirecto era de 887 dólares, que claramente mermaban lo que quedaba de unos ahorros que en su día fueron respetables.

—Salgo para el aeropuerto tan pronto como pueda y te mando un mensaje desde allí.

—Qué típico de Lydia cargarnos con el muerto a los demás.

—El caso es que me gusta Ham. ¿A ti no? —dijo Liz.

—A mí Ham me da igual. Tengo que entregar un trabajo la semana que viene.

## Capítulo 130

Dentro del Creamery, Liz divisó a Darcy en una mesa (con una gran carta de plástico delante) y de nuevo se sintió arrebatada por la consciencia de un universo paralelo donde ambos podrían funcionar como pareja corriente. Aquello todavía hizo que fuese más difícil decirle, al acercarse:

—Lo siento muchísimo, pero tengo que irme. ¿Podrías...?, me sabe mal pedírtelo, pero

¿podrías llevarme de nuevo a casa de Charlotte para recoger mis cosas y luego dejarme en el aeropuerto?

—¿Qué ha pasado?

—La persona con la que Lydia se ha fugado, su novio, es transexual. Se ve que mis padres están muy preocupados.

Darcy no pareció sorprendido, y Liz se acordó de su desaprobación hacia su familia en general.

Era como si no pudiese esperar menos sino que los Bennet se encontrasen en un aprieto.

—¿Quieres que te lleve ahora al aeropuerto?

—Es que creo..., parece que me necesitan en casa.

—¿Por qué?

Era una pregunta sorprendentemente difícil de contestar. Titubeó al responder:

—Esa es la clase de pregunta que mis padres responderían bien, sobre todo mi madre.

—¿Es que no es problema de ellos? No me parece que Lydia ni su novio hayan hecho nada malo.

El tono de repente condescendiente le recordó a Liz su primer encuentro con él.

—¿Que si pienso que mis padres se las arreglarán para salir adelante sin mí? Pues claro. —Oyó temblar su propia voz al decir—: Pero ¿sabes qué? A lo largo de veinte años apenas me he metido en los asuntos de casa y durante ese tiempo un montón de cosas se han ido al garete.

—¿Crees que si te metes en un avión repararás tu culpa de forma retroactiva?

—No voy a intentar convencerte de que lo que hago sea lo adecuado. Solo quiero saber si me llevarás al aeropuerto o es mejor que llame un taxi.

Darcy cerró la carta.

—Vale.

Pero, en el mismo gesto con el que aceptaba ayudarla, cierta buena voluntad establecida entre

ambos se disolvió oficialmente; su TS ya no era una bola de fuego que amenazase engullir el norte de California.

—¿No comerán con nosotros hoy? —les preguntó un camarero cuando se encaminaban hacia la salida del restaurante.

Darcy respondió secamente:

—No.

—Otro día —añadió Liz con jovialidad impostada.

De nuevo en el coche, Darcy estuvo callado, y ella lo mismo. A Liz se le ocurrió pedirle que la llevase simplemente directa al aeropuerto y ya haría que Charlotte le enviase sus pertenencias, pero no quería arriesgarse a dejar allí las grabadoras digitales con las que había entrevistado a Kathy de Bourgh.

No se dio cuenta de que había estado ensayando explicaciones concisas del problema hasta que entró en la casa y se encontró el dormitorio de Charlotte y su primo Willie todavía cerrado.

Embutió su ropa y su neceser en la maleta y las grabadoras digitales junto con sus libretas en el bolso; ya se estaba preguntando si debía dejar a sus anfitriones al menos una nota cuando, al pasar de nuevo por la puerta cerrada, oyó gemidos femeninos de naturaleza inconfundiblemente sexual.

Se apresuró a salir de la casa.

Darcy no había apagado el motor, así que después de colocar la maleta en el asiento de atrás, antes incluso de que se abrochase el cinturón, comenzó a avanzar de nuevo. Tras un silencio prolongado, Liz dijo:

—Si me dices que Lydia se ha fugado con un vaquero que acaba de conocer en un bar, o con el *quarterback* de los Bengals, me lo creo. Pero esto..., no sé, nunca he notado que empatizase con gente que no fuese de lo más corriente.

Darcy no hizo ningún comentario.

—Me pregunto si mi madre sabe siquiera lo que significa «transexual». Supongo que sí.

Transcurrieron unos diez minutos más en silencio y Liz dijo:

—Ham es bajito para ser tío, pero... no lo habría adivinado jamás. Lleva perilla y es muy musculoso.

—Seguro que toma testosterona —respondió Darcy con brusquedad.

—¿Has tenido algún paciente transexual?

—Sí, no por el hecho de serlo. Para eso van a la consulta de un endocrino.

El tráfico de la 101 era ligero (todavía eran las ocho y media de la mañana del domingo Día del Trabajador) y Darcy conducía por el carril del centro. A pesar del apremio que la invadía, al divisar el aeropuerto se apoderó de ella la tristeza. Percibió la vacilación en su voz al decir:

—No sé cuánto tiempo voy a estar en Cincinnati, pero ¿tú cuándo vuelves?

—El martes por la mañana, pero voy directo al trabajo.

—Bueno, depende de cuánto me quede igual puedo compensarte.

El volvió a callar y, cuando se paró delante de la terminal, Liz le dijo:

—No salgas, es más rápido si cojo mis cosas y punto.

Él se avino y ella, después de sacar la maleta del asiento de atrás, se despidió agitando la mano.

—Gracias, Darcy.

Le había dado miedo que decidiese no bajarse del coche por su cuenta, que no intentase besarla ni abrazarla, y por eso le dijo que se quedase sentado: porque no quería que la inexistencia de un abrazo suyo fuese lo último que le sucediese antes de embarcar en un vuelo de una punta a la otra del país.

## Capítulo 131

El señor Bennet había encontrado la nota de Lydia al entrar aquella mañana en la cocina de la casa de estilo Tudor. «Para cuando leáis esto, Ham y yo estaremos de camino a Chicago, donde vamos a casarnos. No intentéis llamar porque no nos llevamos los teléfonos. Si me hacéis escoger entre vosotros y Ham, ¡escojo a Ham! Firmado: Lydia, LA NOVIA».

Tal y como se le ocurrió a Liz, ni el señor ni la señora Bennet estaban familiarizados con el término «transexual» antes de la noche anterior, y al definírselo Lydia y Ham juntos mientras tomaban unos cócteles en el salón no habían tenido la mejor de las reacciones.

—¡Madre mía —le dijo la señora Bennet a Liz al llegar a casa—, jamás había oído una cosa así!

Qué extraño y desagradable que Ham fuese en realidad una mujer, ¿y en qué estaba pensando Lydia al enredarse con alguien tan claramente desequilibrado?

A pesar de que el señor Bennet había recibido la noticia con un poquito más de ecuanimidad, no se podía decir que hubiese sido un ejemplo de respeto tampoco cuando le soltó a Ham: «Solo con que hubieses nacido un siglo antes podrías haber sido una de las mujeres barbudas del circo de Barnum».

Lydia y Ham no buscaban con aquella conversación que los Bennet aprobasen su matrimonio; de hecho, este punto no admitía discusión. La decisión de fugarse, le explicó Mary a Liz, surgió, por lo visto, como reacción a la falta de tolerancia y generosidad con la que se habían tomado los padres la revelación de Ham.

Antes también de que Liz volviese a casa, la señora Bennet había llamado a su viejo amigo el abogado Landon Reynolds, que le había explicado que avisar a la policía no serviría de nada.

Fugarse no suponía ninguna infracción de la ley, y nada indicaba que Ham se hubiese llevado a Lydia a Chicago contra su voluntad. Mientras que la ilegalidad de un matrimonio del mismo sexo tanto en Ohio como en Illinois podía declarar nula la unión si se consideraba a Ham mujer, buscar la anulación en nombre de Lydia, teniendo en cuenta que tenía más que cumplida la mayoría de edad, sería complicado y costoso; y, en cualquier caso, lo más probable era que el sexo de Ham en el carné de conducir, o incluso en su certificado de nacimiento, fuese el masculino. El mejor consejo que podía darle, le dijo el señor Reynolds a la señora Bennet, era comprar una botella de champán y esperar el regreso de los recién casados.

Pero la mujer se puso tan insistente que veinte minutos después, atendiendo a sus ruegos, Kitty y el señor Bennet habían iniciado el viaje de casi cinco horas en coche hacia Chicago con lo que la señora Bennet consideraba el objetivo de o bien impedir que la pareja contrajera nupcias o, en el caso de ser demasiado tarde, separarlos y traerse a Lydia de vuelta a Cincinnati sola. A Mary, mientras tanto, se le había encargado llamar a los hoteles de la ciudad para averiguar si tenían reservas a nombre de Bennet o Ryan, una búsqueda que a última hora del domingo seguía sin dar frutos.

Poco después de la partida del señor Bennet y Kitty, la señora Bennet se había tragado los vólúms caducados y se había ido a la cama, y así fue como se la encontró Liz a las diez y media de la noche. La mujer sollozaba con una energía insoportable a primera vista, aunque un montón de pañuelos desparramados por la cama, la mesilla de noche y la alfombra indicaban que llevaba en ello un buen rato; de hecho, de las cuatro cajas de pañuelos que había sobre el colchón, dos estaban vacías, una medio acabada y la última aún seguía cerrada, aunque esperaba claramente su

turno. La señora Bennet estaba en medio de un desbarajuste formado por un teléfono

inalámbrico, dos mandos a distancia (al entrar Liz en la habitación, por la tele daban un publirreportaje de un sellador en espray), una tableta de chocolate de ochenta y cinco gramos empezada, una bolsa de Cheetos de tamaño grande de la que solo quedaban un puñado de migas naranjas y un batiburrillo de almohadas; en la mesilla había un vaso y una botella de ginebra.

Mary, que había abierto la puerta principal de la casa de estilo Tudor y había conducido a Liz a la guarida de su madre, se plantó en medio del dormitorio con los brazos cruzados. Liz se acercó a la cama, se sentó y posó una mano en el brazo de su madre.

—Ey, mamá.

La señora Bennet sacudió la cabeza con las mejillas coloradas y húmedas.

—Con lo guapa que es —dijo en tono lastimero—. No sé por qué a una chica guapa le da por hacer esto.

—Yo creo que Ham es muy buena persona —dijo Liz—. ¿Te acuerdas de que me ayudó a limpiar el sótano?

—¿En Nueva York hay gente así?

—Transexuales hay por todas partes. Y siempre los ha habido.

Tanto en el aeropuerto de San Francisco como luego en la escala de Atlanta, Liz había estado leyendo en su móvil sobre los *kathoey* del Sureste de Asia, y sobre los *salzikrum* del antiguo Oriente Medio. Además, ahora sabía formular el concepto reasignación de sexo, en lugar de cambio de sexo; sabía que Ham podría muy bien no haber pasado por una operación de cintura

para abajo, aunque sí sospechaba que podría haberse operado de cintura para arriba (según sus propias observaciones) y, en cualquier caso, era consciente de que tenía que sentir bochorno por haberle preguntado a Mary si Ham llevaba un pene postizo; por lo visto, especular sobre los genitales de una persona transexual no era menos grosero que hacer lo mismo con alguien que no lo fuera, con un cisgénero.

Que ella supiese, antes de conocer a Ham, había interactuado regularmente solo con una persona transexual: una mujer de unos sesenta y tantos que era correctora de estilo en la revista donde ella y Jasper eran verificadores de datos. Desde luego, si Liz se hubiese enterado de que alguien de su entorno de Nueva York se había fugado con una persona transexual, habría recibido

la noticia mostrando su apoyo; tal vez incluso habría experimentado esa sensación

autocomplaciente de los heterosexuales blancos al entrar en contacto con la diversidad. De modo que pensó: ¿por qué iba a sentir algo distinto por Ham? Sobre todo ahora que comprendía y podía quitarle hierro a sus evasivas aquella vez que le preguntó por su infancia en Seattle, o la insinuación burlona de Kitty de que ella no conocía la personalidad auténtica de Ham. Y así era, pensó Liz. Mientras volaba por encima de los campos de trigo de Kansas, llegó a la conclusión de que, si una habitante de Cincinnati podía reinventarse como neoyorquina, si una niña que llevaba un diario y a la que le gustaba leer podía terminar afirmando que era escritora profesional, ¿por qué no iba a ser el sexo de uno mutable y sujeto a la elección propia? El misterio seguía siendo cómo se las arreglaba Ham para soportar a Lydia y cómo pensaba hacerlo el resto de su vida.

—Cinco —dijo la señora Bennet, y se desencadenó un nuevo torrente de lágrimas—. ¿Cómo es que siendo cinco ni una de vosotras es capaz de encontrar un hombre normal, educado y rico para sentar la cabeza?

—Mamá, estamos sanas —respondió Liz—. No somos drogadictas. Podría ser mucho peor. Y ahora que papá ha estado ingresado en el hospital, ¿no ves las cosas con perspectiva?

—¿Es que Ham se levanta por la mañana y dice: «Hoy me voy a poner un vestido. ¡No, pantalones! ¡No, un vestido!»?

—Estoy bastante segura de que es un hombre todo el tiempo, mamá. Considéralo de la misma manera que antes de saber que antes fue mujer. —«Fue mujer»; Liz intuyó que aquella era una frase que su yo recientemente documentado no debía pronunciar, pero ya lo comprobaría por internet.

—Mamá, deberías dormir un poco —le dijo Mary.

—Estoy esperando noticias de tu padre.

—Probablemente, papá y Kitty se van a acostar justo ahora.

La señora Bennet fulminó con la mirada a sus dos hijas.

—Qué egoístas sois todos. Hacéis lo que os apetece sin preocuparos de si perjudicáis el nombre de la familia.

—Muy bien, hasta aquí hemos llegado —dijo Mary, y Liz también se puso en pie.

—Mary tiene razón. Deberías dormir.

## Capítulo 132

En el pasillo, al salir del dormitorio de la madre, Mary dijo:

—Supongo que durante todos estos años Lydia ha estado proyectando en mí su atracción secreta hacia las personas de su mismo sexo.

Liz miró a su hermana.

—¿Tú crees?

—No tiene ni idea de hasta qué punto puede ser mala la gente porque normalmente la mala es ella. —Mary no disimuló su regocijo al decir esto—. Hasta ahora ha vivido la vida como una rubia guapita y delgada...; ahora va a ver lo que es bueno.

—Yo creo que la mayoría de la gente no se va a dar cuenta de que Ham es transexual. Aunque tampoco parece que ellos traten de ocultarlo.

—Exacto. Porque Lydia ni se lo ve venir. Y, hazme caso: este es el tipo de cotilleo que corre como la pólvora.

—Lydia y Ham están viviendo su vida. Eso les da más fuerzas.

### **Capítulo 133**

Verse de nuevo en su dormitorio de la infancia después de haberlo abandonado hacía tan poco era algo desagradable y confuso, sobre todo después de la fumigación con aquella sustancia química de cuya supuesta inocuidad no estaba del todo convencida. Aunque solo llevaba fuera de Cincinnati cuatro noches, sentía envidia por la versión de ella que había habitado entre aquellas cuatro paredes y, sin darse cuenta, había hechizado a Darcy. El resultado total de su visita a California había sido, se temía, que lo que sentía por ella disminuyese. Aunque algunos momentos habían sido prometedores, algo entre ellos se había desconectado al cancelar ella el desayuno y pedirle que la llevase al aeropuerto.

Pensó en escribirle un mensaje para decirle que había llegado sana y salva y pensó que ojalá él le hubiese pedido que hiciera eso al dejarla con el coche. Pero ¿y si en aquel preciso instante estaban Caroline Bingley y él riéndose juntos, pegado el uno al otro, ella preciosa, mirándolo con perversidad vestida de punta en blanco?

La inoportunidad de todo aquello era terrible, aunque a fin de cuentas poco sorprendente: que justo cuando iban a tener una conversación franca llegase una interrupción de su familia, y con aires de escándalo, además. En su opinión era un error ver un simbolismo en la propia vida pero, aun así, la necesidad de marcharse a California tan de repente casi le parecía un castigo; se preguntó si



debía tomárselo como una reprimenda kármica por haber tratado mal a Darcy antes.

Al final el sueño se apoderó de ella. Pero ni siquiera entonces los remordimientos, entretejidos con los sueños nocturnos, se disiparon.

## Capítulo 134

Cuando Liz entró en el dormitorio de su madre después de su *footing* matutino y de una ducha eran casi las nueve y la mujer estaba al teléfono.

—Deberías comprobarlo de nuevo —decía—. Habrán llegado justo cuando vosotros os marchabais.

A Liz le costaba imaginarse a su padre y a Kitty en Chicago. ¿Estarían conduciendo de aquí para allá por Michigan Avenue o dando vueltas a pie por Navy Pier y Grant Park? ¿Andarían merodeando por el juzgado cerrado o entrando a los restaurantes, enseñando fotos de Ham y Lydia en la pantalla del móvil de Kitty? ¿O estarían simplemente, como sería lo más probable,

viendo la tele en la habitación de un hotel?

—Por Dios, Fred, tienes que encontrarla. Anoche no pegué ojo.

Hasta que no pasaron unos segundos, Liz no se percató de que la llamada había terminado y el último comentario de su madre iba dirigido a ella.

—Cómo lo siento.

—¿Cómo se dice cuando a las chicas les ponen droga en la bebida? Que lo hacen en las fiestas de las fraternidades. Me pregunto si no será así como se la ha llevado a Chicago.

—Mamá, estoy segura de que no le ha metido droga de la violación en la copa.

—Te voy a hacer una pregunta: cuando Ham va a la piscina, ¿en qué vestuario se cambia?

Porque en el Club de Campo de Cincinnati, nadie querría ponerse el bañador cerca de una persona así.

—Ham puede ponerse el bañador en casa. Maneras, las que quieras. Pero apuesto a que usa el vestuario de hombres. Piensa en él como si fuese un hombre, mamá.

—Lydia no podrá tener niños —le espetó la señora Bennet—. Y al paso que vas, tampoco tú.

—Lydia y Ham pueden adoptar. Y —imposible no pensar en Jane— hay otras opciones.

La señora Bennet negó con la cabeza.

—Cuando la gente adopta, a saber qué llevan esos niños en los genes.

—A saber qué llevamos nosotras en los genes —replicó Liz, y la madre se irguió con actitud altanera.

—Perdona, pero tu padre y yo provenimos de familias muy distinguidas.

## Capítulo 135

—¿Todavía no se sabe nada de Lydia? —preguntó Jane.

Liz se había llevado el portátil y el móvil al patio trasero y estaba sentada en una vieja silla de jardín con la pintura descascarillada.

—Como no se llevaron el teléfono, doy por hecho que no tienen pensado ponerse en contacto con nosotros hasta que vuelvan a Cincinnati.

Lo que Jane hizo entonces fue sorprendente. Se echó a reír.

—Lizzy. Pues claro que Lydia se llevó el móvil. Antes se dejaría cortar un brazo.

Fue decirlo Jane y Liz se dio cuenta de que tenía razón.

—Caray. Soy idiota.

—Creo que tendría que estar ahí. Pero mamá me echaría una ojeada y lo sabría, y no parece el mejor momento para que se entere.

—No tienes por qué venir. Mamá me está volviendo loca y Mary está desaparecida en combate, pero no sé qué podrías hacer en caso de que estuvieras aquí.

—Es una chorrada, pero sigo dándole vueltas a la perilla de Ham.

—Debe de tomar testosterona —le contestó Liz, y pensó en Darcy.

—Lo que yo me pregunto es: con la de nombres que hay, ¿por qué escogería Ham? Sé que es la abreviatura de Hamilton, pero parece raro igual. ¿Sabes cómo se llamaba cuando era mujer?

—No.

—Ojalá lo conociese mejor. Supongo que ahora tendré oportunidad de ello.

—No debería contártelo, pero cuando llegué anoche en el recibidor había cajas nuevas de Horchow sin abrir, y en la nevera hay un montón de filetes crudos. A, y *donuts* en la despensa.

Por lo visto, mamá y papá son muy receptivos a nuestras preocupaciones sobre su bienestar físico y económico.

—Lo único que podemos hacer es animarlos a que tomen las decisiones adecuadas. No podemos ir controlando su comportamiento al detalle. Oye, Lizzy, creo que he notado una patadita.

—Espera, ¿en serio?

—Como una agitación que no venía de mi propio cuerpo.

—Qué emocionante.

—Pues sí. Prométeme que me llamarás en cuanto sepas algo de Chicago.

## Capítulo 136

Aunque era consciente de que se suponía que debía estar preocupada por Lydia, a Liz le interesaba más lo que le había contado Darcy. Tal y como ella misma tenía planeado hacer, iba a coger un vuelo nocturno, aunque, después de haber visto Pemberley, Liz sospechaba que iría en primera clase. A medida que el Día del Trabajador transcurría de una manera decididamente poco festiva para los trabajadores (la señora Bennet continuaba llorando y lamentándose en su habitación, Mary todavía no había vuelto a la casa de estilo Tudor y Liz dudaba entre guardarle rencor por ello o alegrarse de su ausencia), Liz empezó a fabular sobre qué debía de estar haciendo Darcy. Lo más probable era que no saliese hacia el aeropuerto de San Francisco hasta que en Cincinnati fuese medianoche, de modo que se lo imaginó haciendo la maleta en la casa de invitados de Pemberley para luego correr un rato o echar una partida de Scrabble con Georgie (Liz no tenía ni idea de si Darcy y Georgie jugaban al Scrabble). ¿Caroline Bingley habría vuelto a Los Ángeles? Eso esperaba.

De vez en cuando, su madre la llamaba para hacer especulaciones lúgubres sobre Ham, desde una nueva perspectiva o desde perspectivas ya exploradas poco antes. Por lo demás, Liz se ocupó en ordenar la casa de estilo Tudor y en husmear enérgicamente en los armarios y en los rincones en busca de rastros de fluoruro de sulfurilo, a pesar de la llamada a la calma de Ken Weinrich. Esperaba que su intranquilidad mientras esperaba noticias de Darcy anulara la impaciencia por

saber noticias de Lydia, cosa que no sucedió; doblemente inquieta, Liz siguió notando vibraciones imaginarias en el bolsillo y mensajes recibidos que resultaban ser inexistentes.

Empezó a componer mentalmente una misiva seudocasual para cuando Darcy llegase a

Cincinnati: «Qué hay? No sé si estás libre para un café/comida/lo que sea antes de que me vuelva a Nueva York». Dado que había cambiado su reserva dos veces desde que salió de Cincinnati con rumbo a Houston, ya no tenía billete a Nueva York, pero imaginaba que parecer apresurada no le vendría mal.

A primera hora de la tarde, Liz volvía en coche del Smoothie King de Hyde Park Plaza cuando le vibró el teléfono al llegarle un mensaje real; sin embargo, no era ni de Darcy ni de Lydia. Era de Georgie.

«Liz, ha sido GENIAL conocerte. Supongo que te habrás enterado de lo de mi hermano y Caroline y ahora me siento fatal por la conversación que tuvimos. Ojalá hubiese cerrado el pico.

Me muero de ganas de leer el artículo sobre Kathy de Bourgh y espero que nuestros caminos vuelvan a cruzarse pronto!»

Se le aceleró el pulso de manera desagradable y continuó aumentando de ritmo mientras lo releía, buscando la parte en la que Georgie se refería a lo que se suponía que Darcy le habría contado a Liz sobre Caroline y él. ¿De verdad necesitaba que se lo dijeran más claro?, pensó. Aun así, era pasmoso que hubiese sucedido exactamente lo que temía que sucediese. ¿Acaso no le había dedicado suficiente atención y angustia a aquella posibilidad como para que no le afectara?

¿Comentar el asunto con Charlotte no había sido suficiente para evitarlo?

No podía hacer otra cosa más que cambiarse de ropa y salir otra vez a correr. Aunque llevaba novecientos gramos de frambuesa y mango triturados dando vueltas en el estómago, no era capaz de quedarse en la casa a sabiendas de que Darcy y Caroline estaban juntos (¿cómo podían estar juntos? ¿Era posible que Liz se hubiese imaginado toda aquella atracción entre Darcy y ella en

Atherton, su solicitud, aquel instante en que a punto estuvieron de besarse? ¿Le habría invitado a desayunar para contarle que Caroline y él eran pareja? ¿Para retirarle su afecto de manera oficial y establecer un trato más amistoso e informal en el caso de que se cruzasen por ahí en el futuro?).

Le temblaban las manos mientras se calzaba las zapatillas de deporte. Desde el rellano de la primera planta avisó:

—Mamá, salgo a correr.

Y se fue sin esperar respuesta y sin coger la llave. Una vez fuera, no se molestó en hacer estiramientos en el caminito, sino que simplemente echó a correr.

Durante un kilómetro, la adrenalina y la confusión la espolearon y su ritmo era mucho más rápido de lo habitual, pero pronto la vencieron la pena y los gases del batido; disminuyó la marcha y se le llenaron los ojos de lágrimas. Estaba preparada para admitir los errores cometidos con Darcy, para enmendarlos y ser humilde. Caroline acababa de arrebatarse esa oportunidad y, aún peor: Darcy se lo había permitido.

Al coger Madison Road le empezaron a correr las lágrimas por las mejillas y un calambre imposible de ignorar le atenazó el costado derecho. Enseguida se vio llorando, respingando enérgicamente a plena luz del día, en una calle concurrida, así que, en lugar de torcer a la derecha tomó Torrence Parkway, se sentó en un banco y se entregó a una mezcla de remordimientos y tristeza que la hizo sacudirse y sollozar. Se dobló hacia delante apretándose las caderas con los codos, se tapó la cara con las manos y un torrente de lágrimas y mocos se desencadenó sin que

podiera dejar de llorar, llorar y llorar. Tras un buen rato, una voz vacilante le dijo:

—¿Cariño?

Liz levantó la mirada.

Era una mujer negra de mediana edad, delgada, que por lo visto también estaba corriendo; llevaba unas zapatillas blancas para caminar, *shorts* y una camiseta de la mascota del equipo de baloncesto de la Universidad de Cincinnati, el *bearcat*.

—¿Estás bien, querida?

Liz se pasó la palma de una mano por la nariz.

—Me han roto el corazón —dijo, porque parecía la manera más concisa de comunicarlo.

—Ay, cariño. —La mujer negó con la cabeza—. ¿Y a quién no?

## Capítulo 137

«Sé que llevas el móvil encima. No te voy a decir que no te cases con Ham pero por que no llamas a p y m y les dices que estas bien?», le escribió a Lydia.

No recibió una respuesta inmediata. Aunque sospechaba que no serviría de mucho, Liz buscó también el número del gimnasio de Ham y dejó otro mensaje.

Estaba tumbada a oscuras en la cama cuando, estaba casi segura, el avión de Darcy aterrizó desde San Francisco; solo había un vuelo nocturno de allí a Cincinnati. Ya no esperaba tener noticias suyas, pero la desolación que el mensaje de Georgie le había provocado apenas había remitido. Este nuevo

desenlace tenía que significar algo más que un par de besos robados gracias al vino entre Darcy y Caroline, ¿no? De lo contrario, Georgie no se habría referido a ellos de una manera tan solemne. ¿No se habrían fugado ellos también? Solo de pensarlo se ponía mala.

Durante los muchísimos años de tormento amoroso padecidos a causa de Jasper Wicks, Liz se había acostumbrado a dormirse llorando. Pero de eso hacía mucho tiempo, de modo que el llanto nocturno que se apoderó de Liz en la cama de su infancia en la casa de estilo Tudor no tenía un precedente reciente; le era algo casi..., casi ajeno.

## Capítulo 138

Habían transcurrido setenta y dos horas desde que recibió respuesta de Lydia, respuesta sin palabras. Era una foto de Ham y su hermana delante de una pared blanca en la que se veía parte

de un letrero azul del condado de Cook, Illinois. Ham llevaba una camisa desabotonada y una americana de verano con una rosa roja en un ojal; Lydia aparecía imperdonablemente joven y despampanante con un vestido blanco sin mangas; en la oreja derecha se había puesto una rosa a

juego con la de Ham. Sostenían entre los dos un papel azul con una caligrafía demasiado pequeña como para descifrarla, pero encima, en mayúsculas, se leía: certificado de matrimonio. Estaban radiantes.

«Enhorabuena! Estáis guapísimos!», le contestó Liz. Y enseguida: «¿Cuándo volvéis?».

De nuevo, no hubo respuesta.

## Capítulo 139

El señor Bennet y Kitty volvieron a Cincinnati el jueves por la noche, cuatro días después de salir y pocas horas después de que Liz recibiese la fotografía de Lydia; no habían llegado a encontrar a los recién casados.

La señora Bennet estaba, como de costumbre, en la cama (había dejado en un segundo plano las exigencias del almuerzo de la Liga Femenina, por apremiantes que fuesen, para poder entregarse en cuerpo y alma a afligirse y condolerse), así que los viajeros entraron en el cuarto para hacer su informe carente de noticias a Liz, Mary y la madre.

—¿En serio que no habéis encontrado nada en tanto tiempo? —le preguntó la señora Bennet a su marido.

—Me he enterado de que aparcar un coche en el Hilton cuesta 47 dólares. —El señor Bennet parecía tremendamente agotado—. ¿Algo más, Kitty?

—La Alubia del Millenium Park mola.

—Siempre me olió mal Ham —dijo la señora Bennet—. Tenía una mirada rara, no me fiaba de él.

—Ahora mismo estarán de luna de miel —dijo Mary con malicioso regocijo.

—¿Tú qué crees, Kitty? —dijo Liz. Desde luego, si Lydia había contactado con Liz, con Kitty también. Pero esta se limitó a encogerse de hombros.

—Deberíamos contratar a un detective —propuso la señora Bennet—. Fred, ¿te acuerdas de cuando se divorciaron los Hoessle y Marilyn contrató a alguien para que siguiera a Buddy?

—La verdad es que yo he tenido noticias de Lydia —intervino Liz.

—¿Y no se te ha ocurrido contárnoslo? —dijo el señor Bennet.

—Hace un momento, y no me ha explicado nada. Es una foto.

Liz tocó el icono del mensaje en la pantalla y luego la foto misma: Ham y Lydia de punta en blanco con el certificado de matrimonio y expresión de júbilo. Se la enseñó primero a su padre, que pareció examinarla con divertido mutismo.

Kitty dijo:

—Caray, está tremenda.

Y Mary:

—Pues parece que ya no hay marcha atrás.

Cuando finalmente le tendió el teléfono a su madre, la señora Bennet echó una ojeada con la boca apretada en un gesto cerril y rompió a llorar de nuevo.

—Si eso es lo que quiere Lydia, pues adelante. Adelante. Pero yo no quiero saber nada más de ellos.

**Capítulo 140**

Liz encontró a su padre en el despacho.

—¿Te acuerdas de cuando hablamos de si Mary era gay y dijiste que la gente puede hacer lo que le apetezca siempre que no sea en plena calle ni dando el cante?

El señor Bennet suspiró.

—Por lo visto, tu hermana pequeña está haciendo todo lo que puede para ponerme entre la espada y la pared.

—Ya imagino que lo de la transexualidad te debe de parecer rarísimo, pero el mundo ha cambiado mucho.

—Y tanto.

—No quiero que seamos una de esas familias con un cisma tremendo que no se hablan. ¿Y tú?

—¿Qué quieres que yo le haga?

—Ayuda a mamá a que lo asuma. Cuando Lydia y Ham vuelvan a Cincinnati, invítadlos a cenar como si nada. O, yo qué sé, regaladles una gofrera. No se han casado para incordiaros.

Están enamorados.

El señor Bennet sonrió con ironía.

—Se ve que sí. Pero esa es una enfermedad grave, no crónica.

## Capítulo 141

—¿Cuándo te enteraste? —le preguntó Liz a Kitty. Iban en el coche de la última, de camino a por algo de cena en el Bangkok Bistro—. ¿Lo supisteis en cuanto empezasteis *crossfit*?

—Básicamente sí.

—O sea, que no es que Lydia se pusiese a tontear con el dueño del gimnasio y luego descubriese que era transexual. ¿Lo sabía desde un principio?

—Es una de esas cosas de las que oyes rumores. También es que Ham es, en plan, fuerte de cojones. Es capaz de hacer cincuenta dominadas en un minuto, que es una bestialidad, y si te paras a pensar que nació chica... —Estaba claro que Kitty no compartía su preocupación por el

lenguaje políticamente incorrecto—. Si acaso, que fuese transexual todavía le llamó más la atención a Lydia.

—Me pregunto si ahora se convertirá en una activista por la causa LGTB —comentó Liz, y la



hermana soltó una carcajada.

—Ella no se ve así para nada, ni a él. Piensa en él como en un chico y punto, y le va lo de la caballerosidad y todo eso. A ver: por lo visto, el conocimiento de primera mano que tiene de la anatomía femenina es un plus a la hora del sexo.

—Ecs. —Liz alzó una mano con la palma hacia Kitty y la otra volvió a reírse.

—Menuda mojigata.

—No soy mojigata. Me alegro por ellos, pero no necesito oír nada de eso.

—¿Entonces por qué preguntas tanto?

## Capítulo 142

La respuesta de Lydia llegó a media mañana del día siguiente en forma de mensaje de grupo a Jane, Liz, Mary y Kitty: «Esta noche volvemos y lo celebramos os traeis bebida?».

Le siguió otro mensaje: «En casa nuestra sobre las 9».

Y un tercero: «Nada de champan dulzon sino tequila o sidra no baratucha».

Se desató una explosión de sororidad.

Kitty: «Norabuena!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!».

Jane: «Ojalá pudiese ir, ¡enhorabuena!».

Mary: «Le has pillado el gusto a lo de ser lesbiana?».

Liz: «Creo que es importante que aviséis a p y m».

Kitty: «Están para el arrastre».

Liz: «Dile a Ham que estoy deseando tenerlo de cuñado».

Mary: «Cuñado».

Lydia: «Hazme caso Mary ham es mas masculino que el 99% de los tíos».

Lydia: «P y m que piensen lo que les de la gana».

Lydia: «Usamos un consolador de 22 centímetros Mary deberías probarlo igual asi no estarias tan cascarrabias».

Lydia: «Que cosas. La mas joven y la 1ª en casarse!!!».

## Capítulo 143

Los comentarios que habían reverberado hasta entonces en la mente de Liz —«Estoy enamorado de ti, no puedo dejar de pensar en ti»— fueron sustituidos. Mientras se aclaraba el champú del pelo en la ducha, mientras se comía un sándwich de pavo, mientras conducía a Hyde Park Wine & Spirits y compraba obedientemente unas botellas de tequila y sidra no demasiado baratas para encaminarse luego a Joseph-Beth Booksellers, donde se llevó una edición de bolsillo de *Transexualidad 101: Una guía sencilla sobre un asunto complejo*, la frase que reverberaba en su mente era: «Supongo que te habrás enterado de lo de mi hermano y Caroline». Recorría Edwards Road pensando: «Supongo que te habrás enterado de lo de mi hermano y Caroline. Supongo que te habrás enterado de lo de mi hermano y Caroline. Supongo que te habrás enterado de lo de mi hermano y Caroline».

De vuelta en su habitación, buscó en internet la ubicación y los horarios de reunión de un grupo de apoyo para familias con miembros transexuales. Luego encontró los nombres de tres psicólogos que hacían terapia familiar, se apuntó la información a mano, dobló el papel, lo metió en un sobre donde escribió «Mamá y papá» y pegó el sobre al libro *Transexualidad 101* con un trozo de celo. Para acabar, cuando ya no se le ocurrieron más gestos para convencerse de que estaba siendo una hija y hermana diligente, se compró un billete a Nueva York para el día siguiente.

## Capítulo 144

Lydia llevaba un vestido de verano amarillo y zapato plano, y realmente parecía imbuida de una dicha de recién casada que Liz no habría creído jamás que existiese. A modo de saludo, la novia levantó en alto la mano izquierda hacia Kitty y Liz (Mary había decidido no asistir a la fiesta) y una enorme alianza de matrimonio con una esmeralda tallada lanzó un destello.

—Los cogimos en Tiffany en el Magnificent Mile. Nos costaron 22.000 dólares los dos.

—Son preciosos —dijo Liz.

—¿Y Ham pagó al contado? —le preguntó Kitty.

Ham se les acercó y, a pesar de que Liz detectó cierto recelo disimulado al abrazarse, también parecía verdaderamente feliz.

—Enhorabuena. Bienvenido a la familia —le dijo.

—Ya sé que las cosas no han ido de la mejor de las maneras —comenzó Ham—, aunque espero que sepáis ambas que tengo intención de respetar y cuidar a vuestra hermana.

Aquella franqueza les resultó tan conmovedora como embarazosa; además, Liz era consciente de que estaba observando su perilla de un modo distinto.

—Por supuesto —murmuró.

—Tengo pensado tener paciencia con vuestros padres. Creo que ahora es mejor dejarles un poco de espacio, pero no me voy a rendir.

—Me alegro de oír eso —respondió Liz, y entonces una mujer pelirroja a la que no conocía abrazó a Ham, interrumpiendo así la conversación.

Como treinta invitados más (hombres y mujeres claramente atléticos en la veintena, la treintena y la cuarentena, más un grupito de chicas en edad de ir a la universidad, amigas de la infancia de Lydia) se agolpaban por allí. La casa de Ham era una vivienda estrecha e impoluta de tres plantas situada en Mount Adams, tenía una cocina revestida de granito y contaba con una azotea. Liz colocó el tequila y la sidra en la mesa del comedor, donde habían montado la barra de bebidas (de hecho, había algunas botellas de champán, una de las cuales cogió para servirse), y allí la abordó Jenny Teetelbaum, la mejor amiga de Seven Hills de su hermana. A un volumen normal, le dijo:

—Menuda locura lo de Ham, ¿no? Yo no lo hubiese adivinado a primera vista.

Con la intención de dar ejemplo, Liz bajó la voz:

—Estoy emocionada por ellos.

—He oído que tus padres se suben por las paredes, como es comprensible.

—¿Sigues de maestra en la guardería? —le preguntó Liz.

Después de oír la relación detallada de los caprichos de un montón de niños de cinco años, Liz

se vio en el salón, cerca de un grupo que charlaba sobre si el mejor ejercicio de *crossfit* eran los dos tiempos o las dominadas con flexión en el suelo, cuando Ham golpeó con un tenedor su vaso.

Se plantó con Lydia delante de la chimenea.

—Gracias a todos por venir esta noche —dijo, y aquel simple comentario provocó una salva de aplausos y el griterío de los presentes—. Solo quiero decir, en nombre de Lydia y en el mío, que estamos emocionados de teneros aquí celebrando esto con nosotros, y que apreciamos vuestro apoyo en esta nueva etapa de nuestras vidas. Y quiero decirle a Lydia, cariño: ¡gracias por hacerme el tío más feliz del mundo!

Se miraron, se besaron y el entusiasmo que siguió fue ensordecedor. Al separarse del abrazo, Lydia levantó las manos sobre la cabeza como una esquiadora de las olimpiadas que acabase de completar una carrera victoriosa.

—¡Encended la música! —gritó, y Liz no fue capaz de distinguir si el baile que se desarrolló a continuación siguiendo «I Don't Want to Miss a Thing» estaba planeado o fue cosa improvisada.

Lo que estaba fuera de toda duda era que Lydia y Ham estaban enamorados.

Minutos después, mientras Lydia bailaba con Jenny Teetelbaum, Liz le tocó el hombro a su hermana.

—Me voy yendo. Enhorabuena de nuevo.

Lydia puso cara de pocos amigos.

—¡No son ni las once!

—Me vuelvo a Nueva York por la mañana, Lydia. Espero que de verdad te pongas en contacto con papá y mamá.

—No me incordies ahora en plena fiesta.

—Igual son viejos y cerriles, pero son los padres que te han tocado.

—Ay, Dios mío, ¿puedes dejarlo estar un segundo? —Lydia agarró de una mano a su hermana y empezó a contonearse entre sus brazos—. ¿Es que ya no sabes disfrutar de nada? —Le preguntó.

Y Liz pensó: «A lo mejor no».

Se adelantó y abrazó a su odiosa y encantadora hermana pequeña.

—Tenme al tanto —le dijo.

## Capítulo 145

Fuera, Liz caminó alegremente hacia el coche de su padre y cuando estaba a pocos metros oyó que la llamaban. Se volvió y vio a Ham corriendo hacia ella.

—Te escabullías sin darme oportunidad de darte de nuevo las gracias por venir. De verdad.

—Gracias por incluirme —respondió automáticamente, y acto seguido se quedaron callados los dos y Liz se preguntó si en las próximas décadas sus vidas continuarían formando parte las

unas de las otras..., si Ham y Lydia permanecerían casados.

—Espero que no te sientas —Ham se calló—... Es decir... engañada.

—No me importa que seas transexual. Y aunque así fuese, ya sé que no necesitas de mi aprobación. Lo que sí sería una putada es que Lydia rompa del todo con nuestros padres.

—Nadie tiene más ganas de que nos llevemos bien que yo. Yo no tenía intención de..., fue a ella a quien se le ocurrió lo de fugarnos. Podría haberme negado, claro, pero ¿y si luego tus padres se salían con la suya y la ponían en mi contra?

Liz se preguntó si algún día experimentaría lo que era ser adorada de la manera en que Ham adoraba a Lydia.

—Decidí que la mejor estrategia era dejar las cosas atadas y luego dedicar todo el tiempo que fuera necesario a convencer a tu padre y a tu madre de que soy buena gente. Esa sigue siendo mi intención, y tus consejos serán bienvenidos.

—¿Y qué hay de lo que me contaste sobre ti? ¿Y tu biografía de la web? Si es que no, lo comprendo, ¿pero es todo verdad? ¿Estuviste en el Ejército y te criaste en Seattle?

—Todo verdad —respondió Ham—. Me reclutó el Signal Corps como mujer y con un nombre distinto, pero sí.

Liz suspiró.

—¿Tú crees que el trastero en el que metimos todas las cosas del sótano está infestado de arañas?

—Se me ha pasado por la cabeza. Puedo comprobarlo. Liz, sé que Lydia a veces se pasa contigo, pero tu opinión nos importa mucho a los dos. Estoy muy contento de que podamos contar contigo, y te prometo que arreglaré las cosas con tus padres.

—Te creo. Ahora vete dentro. Te estás perdiendo tu propia fiesta. —Cuando Ham se inclinó para volver a abrazarla, Liz le dijo—: Lydia tiene suerte de haberte encontrado.

## Capítulo 146

El vuelo aterrizó en el JFK poco después de las once de la mañana y, mientras rodaba hacia la puerta de embarque, Liz desactivó el modo avión del móvil. De inmediato irrumpieron tres mensajes en la pantallita, uno de los cuales era de Talia, su editora, el segundo de Jane y el tercero, de Darcy, que decía: «Soy Darcy. Espero que las cosas con la familia anden bien. Podemos tomar

algo este fin de semana?»).

Se le dilató y encogió el corazón. ¿Por qué ahora? Ahora, ¡cómo no! «Supongo que ya sabes lo de mi hermano y Caroline», pensó, y la idea de tenerlo delante en un bar explicándole su romance renovado hizo que se alegrase de haberse marchado de Cincinnati.

Estaba lista —más que lista— para retomar su vida en Nueva York. El caso es que no había salido bien lo de Darcy; tenía treinta y ocho años, no había salido bien con muchos tíos. «La cosa es que estoy ya en Nueva York», escribió a toda prisa. «Se ve que lo nuestro ha sido flor de un día. Cuídate». Pulsó «Enviar» y a los pocos minutos estaba fuera del avión y se apresuraba por la terminal, sostenida (tal vez temporalmente) por el alivio de la resolución.

## Tercera parte

### Capítulo 147

Para la mañana del almuerzo de la Liga Femenina, Liz había encargado que entregasen en la casa de estilo Tudor un ramo enorme de rosas pálidas, *Hypericum* y guisantes de olor con una tarjeta que llevaba su nombre y el de Jane. Durante el almuerzo, mensajó a Mary y Kitty para preguntarles cómo se iba desarrollando.

«Bien. A punto de acabar», le respondió Mary.

«Imaginate una hermandad que haya viajado cincuenta años atrás, solo que más borrachas», le contestó Kitty.

Aquello no respondía demasiado a la pregunta de Liz.

El día de antes, Shane Williams le había contado que otra pareja estaba pensando en hacer una oferta por la casa, y ella se había reservado aquella información hasta que terminase el almuerzo.

Al llamar a casa aquella tarde, el señor Bennet le informó de que su madre se había ido a la cama.

—¿Derrotada o triunfal?

—A veces es difícil saberlo, ¿no?

### Capítulo 148

La oferta inicial fue de 899.000 dólares; tras negociar, se quedó en 920.000, cifra que Shane recomendó encarecidamente por teléfono a Liz y al señor Bennet que aceptasen.

—A menos que quieran sacarla de circulación, hacer mejoras y volverla a poner a la venta en

primavera. Pero con el curso escolar empezado y las vacaciones ya en mente no es cuando la gente está pensando en mudarse.

Esta segunda vez ya no hubo sorpresas; se acordó una reunión para cerrar el trato el 18 de octubre y Liz se compró un billete a Cincinnati.

## Capítulo 149

En Nueva York, septiembre aún tendía a un desagradable bochorno, pero en octubre, que siempre había sido el mes favorito de Liz, la ciudad estaba como nunca: las hojas de los árboles de Central Park cambiaban de color, las mujeres elegantes que trabajaban en *Mascara* y revistas de la misma cuerda iban con abrigos abotonados, y en su tienda preferida de *delicatessen* tenían sopa de calabaza. A Liz se le había pasado por la cabeza que una estancia tan prolongada en Cincinnati iba a distanciarla de sus amigos neoyorquinos e incluso de sus hábitos, pero lo cierto era que disfrutaba de la ciudad como de algo nuevo, y el afecto parecía recíproco: salía de copas, de cena, de *brunch*, en muchos casos con gente con la que llevaba más de un año sin quedar, por lo que tenían mucho de lo que charlar y chismorrear. Aunque tenía la precaución de llamar a sus padres

cada noche y de mensajearse con sus hermanas de vez en cuando, la ausencia de obligaciones familiares constantes hacía que le pareciese que le habían insertado horas de más en la jornada, horas en las que podía leer novelas, ir al cine, salir a correr o visitar exposiciones que la primavera anterior posiblemente, aun habiendo querido, no se habría decidido finalmente a ver, convencida de estar demasiado ocupada.

Pasaron unas cuantas semanas antes de que se diese cuenta de que aquellos pedazos de tiempo

suplementarios no había que atribuirlos únicamente a haberse liberado de las órdenes de su familia, sino también a la conclusión de su relación con Jasper. Fue durante la segunda semana de octubre, sin satisfacción ni instinto de venganza algunos, cuando tiró a la basura el osito de peluche rojo y la ropa interior a juego, que nunca había usado, que le había enviado él a Cincinnati. También reutilizó el trozo de papel de impresora donde, una década y media atrás, había escrito lo que en su momento consideró que era la mejor frase de Jasper: «Hablo contigo

con más franqueza que con ella. A veces pienso que tú y yo haríamos buena pareja. Te quiero en

mi vida». Qué escasas habían terminado siendo aquellas propuestas, qué provisionales sus cumplidos. Aunque, desde luego, tan culpable era ella como él; al recordar la naturalidad con la que especulaba sobre cuándo iba a morir la abuela de la mujer de Jasper para que pudiesen divorciarse, se preguntó si podía haber una señal más clara de la corrupción esencial de una pareja cuya realización dependía del fallecimiento de un ser humano.

En cualquier caso, cuando las noches de otoño llenaban a Liz de una sensación cercana a la añoranza (cuando al salir del trabajo olía los anacardos garrapiñados y las hojas caídas flotaban en la brisa) la

persona en la que pensaba no era Jasper.

## Capítulo 150

«¡Enhorabuena, Kathleen Bennet. El Instituto Kenwood de Cosmética tiene la satisfacción de ofrecerte una plaza en nuestro “Curso intensivo y puntero de 16 semanas de manicura”; sus clases comenzarán el lunes 4 de noviembre de 2013», decía el correo electrónico que Kitty le reenvió a

Liz.

«Ya estas contenta?», había escrito Kitty encima del membrete digital del instituto, y Liz le respondió: «Sí, mucho. ¡Bien hecho!».

## Capítulo 151

Fue la señora Bennet quien llamó a Liz, algo muy poco habitual a menos que hubiese una oferta de alfombras de baño en Gattle’s.

—¿Te puedes creer que tu padre se ha ido a una conferencia con ese desviado? —le dijo prácticamente siseando.

—¿Te refieres a Ham?

—No sé en qué piensa.

Liz se había alegrado de saber que el señor Bennet y Lydia habían desayunado juntos más de una vez en el Echo, pero por lo que ella sabía hasta la fecha no había quedado con Ham desde la fuga.

—¿Sobre qué es la conferencia? —le preguntó a su madre.

—Eso no tiene nada que ver.

Una búsqueda rápida reveló que los dos hombres habían asistido a la charla de un profesor de la Universidad de Cincinnati sobre leyes y política en la antigua Grecia.

«¿Es que eres aficionado a la Historia?», le escribió a Ham.

«Y lo que haga falta, Liz, lo que haga falta :)», le respondió este.

## Capítulo 152

Con la ayuda de una aplicación de móvil para encontrar pareja que no existía la última vez que



estuvo soltera, Liz se embarcó en una serie de citas que no resultaron ni particularmente desastrosas ni prometedoras. El quinto hombre con el que quedó para tomar una copa resultó ser uno con el que había salido en una ocasión siete años antes, aunque no se dieron cuenta hasta que llevaban diez minutos charlando en un restaurante de la 36 Este. Se llamaba Eric y vivía en la periferia de Nueva Jersey, divorciado y padre de un niño de cinco años y de otro de dos.

Era una persona agradabilísima, pero a medida que iban conversando todo lo que le molestó la última vez le seguía molestando; solo habían cambiado detalles leves. No había sido consciente de que llevase siete años con aquella lista de Elementos Disuasorios para No Volver a Salir con Eric Zanti almacenada en su cerebro, pero en cuanto se reactivó no hubo manera de ignorarla: no leía mucho, decía, porque estaba demasiado ocupado. Le gustaba la caza menor, aunque en una salida de fin de semana con unos amigos hacía poco había abatido un ciervo de cola blanca de dos metros. Consideraba que su exmujer pasaba demasiado tiempo en Facebook.

De veinteañera, Liz compartió piso con una tal Asuka a quien le repugnaba hacer la compra en el supermercado; decía que ver toda aquella comida en los pasillos, pensar en las comidas que tenía que prepararse día tras día y año tras año, la desesperaban. Al separarse de Eric fuera del restaurante (se besaron en las mejillas y ella reprimió una broma sobre que ya se verían dentro de siete años), Liz comprendió la desesperación de Asuka, aunque con hombres en lugar de con comida. Antes incluso de llegar a su apartamento ya había borrado del teléfono la aplicación.

## Capítulo 153

Liz se pasó las cuarenta y ocho horas que estuvo en Cincinnati para la mudanza de sus padres y la firma en el Registro de la Propiedad buscando a Darcy. Miró a ver si lo descubría corriendo por Madison Road mientras iba y venía en coche (los viajes se alternaban con los de sus padres) entre la Tudor y el Grasmoor, el edificio donde finalmente habían decidido vivir los Bennet, a pesar de que podían haber alquilado un piso de dos dormitorios en lugar de comprar uno de tres para gastarse el fondo que debería haber servido para la entrada en seguir siendo socios del club de campo. Buscó a Darcy por el centro cuando iba con su padre a la oficina del Registro de la Propiedad (nunca se había cruzado con Darcy en el centro), y mientras esperaba en el Dewey's de Oakley para recoger una *pizza*, la primera cena de sus padres en la nueva vivienda. Lo buscó al día siguiente mientras corría, y mentiría si dijese que no pensó en pasarse por su apartamento, pero eran las siete y veinte de la mañana y el hombre tenía un horario de trabajo complicado y novia. («Supongo que te habrás enterado de lo de mi hermano y Caroline»).

Antes de coger el vuelo de vuelta, Liz quedó para comer con Ham y Lydia en Teller's.

—No sé si Lydia te comentó que le escribí una carta a tu madre. Por desgracia, no me ha contestado.

Mientras se comían la *pizza* la noche anterior, Liz había preguntado si su madre pensaba volver a hablarles a su hermana pequeña y a su marido. «Pues claro que no», había declarado la señora Bennet.

—Creo que todavía necesita tiempo —le dijo a Ham—. Igual cuando ya estén instalados en la casa nueva está más receptiva. Pero me alegro de que lo intentes.

—Lizzy, tengo una pregunta —dijo Lydia—. ¿Alguna vez te has hecho las cejas con hilo?

Ya se habían levantado para marcharse del restaurante cuando vieron a una mujer de mediana edad que Liz identificó como Gretchen Keefe, que décadas atrás, de adolescente, había sido su niñera y vecina en Grandin Road. Iba con otra mujer, las dos vestidas con *leggings* negros, unas sudaderas con capucha que saltaba a la vista que eran caras y con enormes anillos de diamantes.

—¡Ey, chicas! —saludó Gretchen cordialmente—. ¿Es verdad que Mary se fugó con un travesti?

Liz dio un respingo mientras Ham les tendía la mano y respondía con idéntica cordialidad:

—Lo cierto es que soy transexual, y me casé con Lydia, pero encantado de conoceros.

Hamilton Ryan.

—Ay, Dios mío.

En lugar de estrecharle la mano, Gretchen se la llevó a la boca; la jovialidad había desaparecido de su cara.

—¿Es verdad —le preguntó Lydia con alegría fingida— que llevas quince años sin acostarte con tu marido? Porque eso es lo que le contó él a Kitty mientras ella intentaba hacerse unas piscinas.

—No me he dado cuenta... —empezó Gretchen.

Pero Liz la interrumpió alzando la voz:

—Pues sí, un montón de cambios en la familia. De hecho, mis padres se fueron de Grandin Road ayer. La casa se les había quedado grande.

Eso era lo que la señora Bennet le había contado a Abigail Rycraw, una viuda y miembro de la Liga Femenina con la que se habían topado en el aparcamiento de Grasmoor, y su madre lo había

dicho de manera tan convincente que por un momento hasta ella se lo creyó.

Gretchen parecía a punto de echarse a llorar, así que Liz le dijo:

—Bueno, ¡encantada de verte! —Echó una mirada a Ham y a Lydia y señaló hacia la salida del restaurante—. ¿Nos vamos?

Ya en la calle, Lydia dijo:

—Menuda arpía, la Gretchen Keefe.

—No puedes tener la piel tan fina, cariño —le dijo Ham—. Ya te acostumbrarás.

—Lo siento —dijo Liz, y Ham se encogió de hombros.

—Peores cosas me han dicho.

## Capítulo 154

«Te acuerdas del tío ese que te hablo mal en la barbacoa de los Lucas?», le escribió Mary a Liz en Halloween. «Lo acabo de ver en el Skyline pero ha sido exageradamente amable».

Liz estaba tras su escritorio en *Mascara*, preparándose para entrar a una reunión en breve.

Le llegó otro mensaje de Mary: «Igual es bipolar».

«¿De qué habéis hablado?», escribió Liz, pero acto seguido lo borró.

«¿Iba con Caroline, la hermana de Chip?», escribió, y también lo borró.

«¿Dijo algo de mí?», y una vez más borró.

Al final escribió: «Se ve que le gusta el chili», y este fue el mensaje que envió.

## Capítulo 155

El cuadragésimo cumpleaños de Jane cayó en el primer sábado de noviembre, así que Liz fue en tren a Rhinebeck para ayudarla a preparar una cena que celebraban en su honor Amanda y Prisha.

Liz ya había ido dos veces a Rhinebeck y en las dos ocasiones se había quedado tranquila al ver el aspecto lozano de su hermana; se la veía animada y un bulto mínimo y encantador comenzaba a

destacarse de su abdomen a cada visita. Al llegar el cumpleaños, Jane estaba de veintidós semanas y rotundamente voluptuosa. Llevaba camisas largas de cintura alta que le hacían resaltar los pechos y unos tejanos con una faja incorporada que le enseñó a Liz divertida.

—Eres como una diosa de la fertilidad.

Jane se echó a reír, pero no pareció que le molestase.

El señor y la señora Bennet llamaron por la tarde para cantarle el «Cumpleaños feliz» (aquel era el único dueto que Liz había oído cantar a sus padres) y los invitados llegaban hacia las siete: amigos de Amanda y Prisha a los que Jane conocía desde hacía poco, una compañera de Barnard que vivía con su marido cerca de Kingston, un par de colegas del centro de yoga que, al igual que Liz, habían venido desde la ciudad. Aunque Jane no bebía, Amanda abrió varias botellas de lo que Liz identificó como un vino muy caro. Ella había llevado pastel del horno de Cobble Hill (fue sentada en el tren atestado con el paquete en el regazo como una niña obediente, sosteniendo el libro que estaba leyendo por encima) y a pesar de la copiosa comida nadie rechazó un pedazo.

Liz compartió la habitación de invitados con su hermana y su almohada ergonómica, y el domingo por la mañana, mientras Amanda y Prisha dormían y su hijo veía la televisión, salieron

a dar un paseo por los caminos sin aceras y ribeteados de bosque que rodeaban la casa de las anfitrionas.

—¿Cumplir cuarenta te hace sentirte estupenda y sexi? —le preguntó.

—Más bien fatigada y tonta —respondió Jane, pero el tono era alegre—. Gracias por venir a celebrarlo.

—¿Qué tal vas de dinero?

Jane negó con la cabeza.

—Amanda no me deja pagar nada, y sus amigos han sido muy espléndidos a la hora de echar una mano. Ahora solo tengo que decidir cómo se lo digo a papá y mamá. Mamá sigue sin hablarse con Lydia y Ham, ¿verdad?

—Eso creo. ¿Te has enterado de que Lydia puso lista de bodas? Y no es por seguirle la corriente a mamá, pero ¿eso está permitido si te has fugado?

—Tendré que comprarles algo.

—¿Qué tal una vajilla de porcelana de 240 dólares el cubierto? O tal vez prefieras una exprimidora de 650.

—¿Te lo estás inventando o son los precios reales?

—Para ser justos, la exprimidora también corta y tritura.

Jane se echó a reír.

—Igual me puedo permitir comprarles medio tenedor. Lizzy, no sé cuál pensaba que iba a ser mi situación económica a los cuarenta, pero esto de gorronear a los amigos... seguro que no.

Lo sorprendente, pensó Liz, no era que unos ricos convinieran en subvencionar el embarazo de Jane; lo sorprendente era que Jane hubiese llegado a un punto en el que necesitase tal subsidio.

Era tan refinada y delicada, tan encantadora y querida, que cierto aire de inevitabilidad había rodeado el cortejo con Chip, y la ruptura más que el emparejamiento era lo que se percibía como un giro del guion. Además, Liz se preguntaba si era poco decoroso por su parte sentirse aliviada de que quien le prestase apoyo a su hermana fuese Amanda en lugar de una mediocre como ella misma... ¿Acaso debería ser Liz quien se responsabilizase de Jane en calidad de miembro de la familia? Dijo en voz alta:

—Yo las veo a gusto con lo que tú llamas gorroneo.

—Tú no lo habrías permitido. De hecho, todo lo contrario: ¿o no estás pagándoles el alquiler a Kitty y Mary?

—Solo hasta que acaben los estudios y consigan empleo. Tengo que contarte otra cosa de Lydia. Ha adoptado el apellido de Ham, así que ahora es Lydia Ryan.

—Mmmm. Supongo que a fin de cuentas es una mujer tradicional.

## Capítulo 156

No la sorprendió toparse con Jasper; teniendo en cuenta lo reducido del mundillo de la prensa en Manhattan, la cuestión era cuándo iban a cruzarse. La respuesta resultó ser la fiesta de publicación de unas memorias sobre la Casa Blanca de un exconsejero de Seguridad Nacional también conocido por sus maravillosamente bien torneados gemelos un miércoles por la tarde.

La fiesta tuvo lugar en un salón de actos de la planta veintidós del Columbus Circle. En el ascensor del vestíbulo entraron otras tres personas con Liz y, justo cuando se cerraban las puertas, un brazo pasó entre las hojas seguido de una voz masculina que decía: «¡No cierren!».

Acto seguido apareció el resto del cuerpo de Jasper. Se miraron y él sonrió.

—¡Ey, eres tú!

Ella respondió con cautela:

—¿Qué hay?

Siempre había sido guapo y seguía siéndolo, pero Liz se fijó por primera vez en lo viejo que parecía: el pelo rizado y rubio lo tenía ahora plateado, y le habían salido patas de gallo. ¿Cuándo había sucedido? No experimentó placer alguno al observarlo, sino que la entristeció.

Salieron todos en el piso veintidós y Jasper la agarró de la manga del abrigo para retenerla.

—Estoy intentando respetar tus deseos, pero ¿de verdad tienes que ningunearme?

—Yo no te estoy ninguneando.

—¿Entonces qué?... ¿se acabó? ¿Después de todo lo que hemos pasado juntos?

—Tuviste tu oportunidad.

—Si te estás tirando a otro, dime que no es Darcy.

Ella no respondió y, cuando de otro ascensor salió otro grupo de gente, Jasper añadió:

—¿Podemos tomarnos un café, por lo menos? Echo de menos nuestras conversaciones.

Ella se soltó de un tirón y le respondió:

—Entonces a lo mejor no deberías haberme tratado así.

## Capítulo 157

El mensaje de Kitty le llegó mientras sacaba la colada de la secadora en el sótano del edificio:

«Anoche m y p nos llevaron de cena al club de campo a H y a mí. Digo yo que querrás saberlo».

Liz llamó a su hermana de inmediato.

—Esto es tremendo, ¿no te parece?

—Supongo —contestó Kitty con tono decaído, tal vez aburrido.

—¿Te estás pintando las uñas o qué?

—¿Cómo te iba a escribir si no?

## Capítulo 158

A continuación, Liz llamó a su madre:

—Me he enterado de que anoche cenasteis con Lydia y Ham.

—Tienen una pasta con langostinos nueva en la carta —respondió la madre—. No me apetecía marisco, pero creo que la próxima vez me lo voy a pedir. Y Lydia tomó *filet mignon...*; en el club siempre lo hacen bueno.

Consciente de que igual debería dejarlo estar, le preguntó:

—¿Llevas bien lo de que Ham sea transexual?

—Ah, eso es una malformación congénita —respondió la señora Bennet rápidamente—. Es como tener labio leporino. No nos toca a nosotros reprochar nada al plan de Dios; no tienes más que echar una mirada a tu alrededor para ver que la gente no siempre nace como debería.

¿Aquella teoría aparecía en *Transgénero 101: Una guía sencilla para un asunto complejo*? Dado que no había leído el libro, no podía asegurarlo.

—Ham se está planteando abrir un segundo gimnasio —estaba diciendo la señora Bennet—.

Tiene listas de espera en todas las clases, así que tiene sentido que se expanda. —Sonaba, pensó Liz, extrañamente a la versión de sí misma que siempre había querido ser: una suegra que presumía de su exitoso yerno y de su hija. Entonces añadió—: Lizzy, no soy capaz de encontrar

un cojín muy bonito que compré en la otra casa. Tenía una piña bordada. ¿Recuerdas haberla visto?

Liz se quedó helada por unos segundos y terminó diciendo:

—A lo mejor se mezcló con las cosas que donamos para la subasta.

## Capítulo 159

El mensaje de Darcy, que le llegó justo a las diez en punto un jueves por la noche decía así: «Ey, Liz, la semana que viene estoy en NY y me gustaría sacaros a cenar a Jane y a ti. ¿Estáis libres martes o miércoles? Sé que aviso con poco tiempo».

¿La dejaron perpleja aquellas frases! ¿Para qué querría cenar Darcy con Jane y con ella? ¿No se acordaba de que Jane ya no vivía en la ciudad? Tal vez, pensó, esperaba así plantear una invitación que, de otro modo, habría sonado a cita.

Y entonces, como a veces sucede, el recuerdo de la declaración de Darcy (había estado enamorado de ella, había querido ser su novio) cruzó su mente, seguido de aquel eco fatídico:

«Supongo que te habrás enterado de lo de mi hermano y Caroline».

Sí, se habían dado circunstancias atenuantes; pero ninguna, consideraba Liz con pena y remordimientos, lo suficientemente atenuante como para hacerse perdonar por Darcy.

## Capítulo 160

La reseña sobre Kathy de Bourgh apareció en el número de diciembre de *Mascara*, y el artículo de Jasper sobre la tradición de *squash* en Cincinnati como centro neurálgico apareció en el número de diciembre de *Sporty*; ambas revistas llegaron a los quioscos con pocos días de diferencia a principios de noviembre. Hacia la tarde, seis personas le habían mandado mensajes sobre el artículo de él, cuatro de las cuales lo conocían y sabían que Liz era de Cincinnati. Lo leyó por la noche.

Hasta que no lo terminó (se centraba de forma alternativa entre el entrenador y el chaval de once años cuyo padre era un tanto fanático), no se dio cuenta de que en parte había esperado que el artículo pasase del género deportivo y rompiese la cuarta pared para dirigirse directamente a ella o para hacer una posmoderna confesión autoexculpatoria. Pero no era ni una cosa ni la otra; iba solo de *squash*. ¿Se sentía decepcionada o aliviada? Había esperado lo primero, pero lo que sintió fue lo segundo.

Al día siguiente, Liz descubrió que después de irse a la cama había recibido un correo de dos frases de Kathy de Bourgh: «Querida Liz: Gracias por tomarte el tiempo de describirme con respeto y precisión. Me encantó conocerte y lo valoro muchísimo. Kathy».

Liz nunca se había comunicado directamente con Kathy de Bourgh hasta entonces, así que por un momento dudó sobre cómo dirigirse a ella. Al poco, decidida, tecleó: «Kathy: El placer fue mío. Me alegra mucho que te haya gustado el artículo. Liz». Reenvió el correo a su editora, Talia, poniendo primero en el asunto: «Qué bien», seguido de tres signos de exclamación.

## Capítulo 161

Por medio de un intercambio de mensajes que no se desviaron de lo puramente logístico, Liz había quedado con Darcy en que Jane y ella lo esperaban a las siete en un *bistró* de la parte baja de Manhattan. Jane, que era reticente pero notaba a las claras el deseo de Liz de que la acompañase, llegó a Nueva York en tren por la tarde.

Aunque Liz pensaba que ojalá le resultase a Darcy tan distinta como iba a parecerle Jane, una curiosidad irresistible la atenazaba. Saldría de aquella noche o dolida o arrepentida, pero necesitaba saber por qué quería verlas. Al entrar en el restaurante, el corazón se le desbocó y comenzó a bombearle sangre con una energía tremenda.

Siguieron al *maître* y Liz cruzó una mirada con Darcy desde varios metros de distancia; cuando este se puso en pie (levantó la mano derecha sin sonreírle) la invadió una extraña felicidad.

—Dios mío, está aquí Chip —dijo Jane.



Era verdad, Liz estaba tan concentrada en Darcy que no se dio ni cuenta de que Chip las esperaba en la misma mesa.

Le echó una mirada a su hermana y dijo:

—No tenía ni idea, te lo juro. —Jane se mordió el labio y Liz le propuso—: Podemos irnos.

¿Estás bien?

—Estoy bien —dijo Jane en voz baja.

Antes incluso de llegar a la mesa, se dio cuenta de que ya estaba sonriendo forzosamente y hablando demasiado alto y con excesivo entusiasmo.

—¿Qué hay? —les dijo a ambos—. ¡Chip! ¡Menuda sorpresa!

También Chip estaba de pie, y era muy complicado discernir cómo saludarse, de modo que, a pesar de su recelo, Liz le dio a Chip un amistosísimo abrazo del Medio Oeste en toda regla y él más o menos hizo lo mismo mientras le besaba una mejilla. A continuación, abrazó a Darcy. ¿Se habían abrazado alguna vez? Vestidos no, estaba bastante segura. Mientras formulaba este pensamiento el abrazo concluyó y ya estaban sentados. Se preguntó si estarían sorprendidos por el tamaño de la barriga de Jane.

—¿Cómo tú por aquí? —le preguntó a Chip enérgicamente y, aunque deseó bajar el volumen y la cordialidad un poquito, la extraña y ambigua situación la impelía a tomar las riendas de la conversación—. ¿Te quedas mucho tiempo en Nueva York?

—No. —Si bien estaba considerablemente más calmado que Liz, su voz era tan sincera y amable como de costumbre—. Pero me alegro mucho de veros a las dos. —Quedaba claro que el

sentimiento iba dirigido a Jane; cada molécula del cuerpo de Chip parecía dirigirse a y sintonizarse con ella. ¿Acaso era posible que aquella versión exuberante y voluptuosa de Jane le pareciese más hermosa aún que a la propia Liz? Cuando le dijo—: Espero que te haya ido bien —

imprimió a su voz tal emoción que no pareció un comentario fuera de lugar.

—He estado viviendo en Rhinebeck: muy relajante. —Jane cogió la servilleta que tenía delante y se la colocó sobre el regazo—. ¿Sigues en California?

Chip asintió.

—Terminamos con la grabación de *Tal para cual* en octubre.

Liz quería preguntarle si había encontrado el amor, ya fuese genuino o guionizado, pero en presencia de Jane parecía un tanto cruel. Lo que le preguntó fue:

—¿Y ahora qué haréis?

—Tiene su gracia que lo preguntes. Me he buscado una agente que está apalabrando la posibilidad de que presente un programa de entrevistas sobre Medicina para la televisión por cable. Sería algo en plan mesa redonda..., yo, una enfermera, alguien con otro perfil como un acupuntor o un quiropráctico. Me gustaría que fuese una manera de usar mis conocimientos sin

tener que pelear en las trincheras como este. —Señaló con el pulgar a Darcy y añadió alegremente

—: Por si quedaba alguna duda de que soy un pelagatos.

«Ninguna duda», pensó Liz, pero Jane dijo, con una vehemencia que no se esperaba de su hermana:

—Creo que estás siendo demasiado duro contigo mismo. Si trabajar en urgencias no es lo que quieres, no hay necesidad de que seas desgraciado.

¿Hablaba solo de medicina?, se preguntó Liz.

Se les acercó el camarero y Darcy dijo:

—¿Pedimos una botella de vino? Jane, no sé si bebes.

Chip y él ya tenían un cóctel.

—No.

—Pero para ser médico te ha quedado tremendamente tolerante, Darcy —comentó Liz.

La expresión de este fue difícil de descifrar, tal vez fuese irritación, así que Liz pensó: «Eres tú quienes nos has invitado a venir».

—Estoy convencido de que Jane sabe que no tiene por qué responderme —dijo Darcy, pero con rigidez, y a Liz se le ocurrió por primera vez que tampoco él estaba cómodo, que era lo único que necesitaba ella para que su nerviosismo se disipase. Además, eran los dos hombres de la mesa quienes les habían roto el corazón a ellas. ¡No se merecían que ellas se pudiesen nerviosas!

Liz preguntó:

—Chip, ¿te has planteado presentarte al *casting* de ese concurso de baile que dan ahora?

—Lo creáis o no, es muy difícil hacerse un sitio. Por no decir que seguro que no valgo para eso.

No: si tengo algo de dignidad, el reencuentro de *Tal para cual* será mi canto del cisne en materia de

*realities*. Si me quedo en televisión, me gustaría que fuese para algo más orientado a los servicios.

Pidieron y les llevaron sus platos, y en aquel rato Chip y Liz fueron quienes hablaron más, mientras que Darcy y Jane intervenían de forma intermitente. Chip no pronunció en ningún momento las palabras «embarazada» ni «embarazo», pero aludió varias veces al estado de Jane sin

incomodidad aparente y le preguntó cómo se encontraba, dónde tenía pensado dar a luz y si se

veía impartiendo clases de yoga después de que naciese el bebé. Darcy pagó la comida (cuando Liz se sacó el bolso, sacudió la cabeza con tozudez) y, después de darle la tarjeta al camarero, Jane se fue al cuarto de baño. Al levantarse, los dos hombres la imitaron. Durante su ausencia, Chip le dijo a Liz:

—Parece que está muy bien.

—Pues sí.

—Y..., y está establecida en Rhinebeck, por lo que se ve.

¿Deseaba que lo contradijera? Durante la comida, Liz había llegado a la conclusión de que se

habían reunido para que Chip y Darcy se perdonaran a sí mismos; así podrían seguir con sus vidas convencidos de que no habían perjudicado a las hermanas Bennet de una manera profunda

ni permanente, tranquilos de ver que quedaban en términos amistosos desde un punto de vista pijo. Y aquella sospecha de que se suponía que ellas tenían que darles la absolución le parecía lo más autoindulgente que se había echado a la cara. ¿O acaso estarían allí para que Chip pudiese

reparar su relación con Jane? La posibilidad era fascinante y perturbadora.

Liz dijo con prudencia:

—Creo que no tiene un plan concreto para cuando nazca el niño.

—Me alegro de que... —Y en aquel momento le sonó el teléfono. Cuando miró la pantalla dijo

—: Disculpadme un momento: es Caroline.

Se apartó de la mesa y Darcy y Liz se quedaron solos.

—¿Quieres ir a hablar con ella?

La pregunta le salió menos chistosa y más amarga de lo que pretendía.

Darcy la miró con curiosidad.

Liz sostuvo en alto su móvil.

—Me he descargado una aplicación de solitario, así que me puedo entretener mientras. —Al ver que seguía sin decir nada, añadió—: Suena a un eufemismo para decir que me voy a masturbar, ¿eh? —Se dijo para sus adentros: «¡Liz! ¡Para! ¡Te ordeno que pares de una vez!», y en voz alta—: De todas formas, ¿por qué estás en Nueva York?

Él hizo un gesto con la cabeza hacia la mesa.

—Por esta cena.

—No, en serio. ¿Por qué?

—He cogido un avión a Nueva York esta tarde y me vuelvo a Cincinnati a las seis de la madrugada.

Una nueva sensación de perplejidad invadió a Liz.

—¿Chip se marcha mañana?

Darcy negó con la cabeza.

—Él se queda unos días. Parece que tus padres han acabado asumiendo lo de la boda de Lydia.

Liz entrecerró los ojos.

—¿Quién te lo ha contado?

—Son buenas noticias, ¿no?

—Sí, son buenas noticias.

—A lo mejor también te interesa saber que Georgie ha donado Pemberley como monumento histórico. Quiere que celebremos no sé qué ritual de despedida antes de entregarlo y por lo visto te tengo que dar las gracias a ti.

—La verdad es que eso es competencia de Jane, no mía. Así se lo conté a Georgie.

Liz quería preguntarle por la salud de Georgie, pero se lo impedía la enemistad reinante.

Agradeció que Jane volviese, y un minuto después apareció Chip.

—Espero que no os parezca una falta de delicadeza si propongo dar una vuelta con Jane a solas.

¿Tú estarías dispuesta, Jane?

Jane se ruborizó toda radiante. Le echó una mirada a Liz.

—¿Nos espera alguien esta noche? —Liz era consciente de que su hermana sabía que la respuesta era que no.

—Pues no.

Jane se volvió hacia Chip y dijo:

—Entonces me encantaría.

Liz y Chip volvieron a abrazarse y Jane le dio las gracias gravemente a Darcy por la cena (Liz volvió a envidiar el hecho de que su hermana no se viese obligada ni a una amabilidad forzada ni al sarcasmo evidente). Acababan de marcharse ellos dos cuando Liz le preguntó a Darcy:

—¿Va a intentar que vuelvan?

—Eso que lo responda él.

Liz puso los ojos en blanco.

—Le das demasiada importancia a la discreción.

Él sonrió levemente.

—O igual es que tú no le das la suficiente.

Se hizo un silencio, un silencio durante el cual no desviaron la mirada ni trastearon con sus móviles; daba la sensación de que la analizaba. Liz notó que como no fuese con cuidado acabaría espetándole: «¿Cómo pudiste escoger a Caroline Bingley en lugar de a mí?».

Lo que estaba muy pero que muy claro era que él tenía que decir algo. Pero no. Se quedó callado, y fue Liz quien, cuando ya no pudo soportarlo más, dijo:

—Imagino que tendrás que levantarte al amanecer, ¿no?

—A las cuatro pasa a recogerme un coche.

—En ese caso, no deberías acostarte siquiera. Deberías aguantar del tirón.

—Yo creo que mis pacientes de mañana preferirían que no.

¿Acaso habría entendido que con aquel chiste había tanteado el terreno por si le apetecía tomar una copa después de la cena? Se retiró de la mesa y cogió el abrigo.

—Entonces voy a dejar que descanses. —Se colgó el bolso en un hombro—. Cuídate.

No esperarlo y salir del restaurante sin él era grosero hasta decir basta, se daba cuenta; era cruel hasta decir basta despedirse de él agitando la mano con falsa vivacidad en lugar de darle un abrazo al estilo Ohio o un beso neoyorquino en la mejilla. Pero que se quejase de su mala educación a

Caroline, ¿qué le importaba a ella a esas alturas? Y, de todas formas, cuando se le saltasen las lágrimas y le corriesen por las mejillas, Liz quería estar lejos de él, sola en la acera en medio de la fría noche.

## Capítulo 162

Liz se había quedado dormida en el sofá del salón esperando a Jane, de modo que las luces estaban encendidas y se le había caído al suelo la novela que estaba leyendo cuando la hermana

llamó a la puerta. No estaba del todo despierta cuando abrió la puerta.

—No tenía ni idea de que Chip fuese a estar allí. Me crees, ¿verdad?

Jane posó una mano sobre la barriga.

—Lizzy: me ha pedido que me case con él.

—¿Qué? ¿Hablas en serio?

Jane asintió.

—La hostia puta. ¿Y tú que has dicho?

Jane susurraba, prácticamente:

—Le he dicho que sí.

—¡Ay, Dios mío! —Liz abrazó a su hermana—. Menuda locura. Empieza por el principio.

—Deja que beba un poco de agua. ¿Tú quieres?

—No, gracias. —Se miró el reloj y vio que eran las tres y media—. ¿Os habéis acostado?

Jane pasó del fregadero de la cocina al salón. Con tanta gracilidad como le era posible a una mujer embarazada de veinticuatro semanas, se sentó en el reposabrazos del sofá, al que Liz había vuelto. Tenía una expresión a un tiempo tímida y dichosa.

—Tenía miedo de que —hizo un gesto con la mano señalándose el abdomen— se asustase. Y creo que al principio se le hizo extraño, pero luego todo fue muy bien.

—¿Antes o después de que te pidiese casarte con él?

—Después. Lizzy, sé que piensas que se comportó de una manera estafalaria, pero también yo era ambivalente por entonces. La situación era muy confusa, pero ahora ambos sabemos lo que queremos.

—Doy por hecho que no llevaba encima un anillo, ¿no?

Jane negó con la cabeza.

—No tenía ni idea de cómo iba a reaccionar yo. —Arrugó la frente—. Hay un punto bien extravagante en todo esto. El reencuentro de *Tal para cual* empezará a emitirse en enero y, obviamente, la cadena quiere que lo sucedido sea una sorpresa. En esta clase de programas hacen firmar a los concursantes un acuerdo de confidencialidad, y estos acuerdos están vigentes hasta que termina de emitirse la temporada. Aun en el caso de que una pareja se enamore durante la grabación, se supone que no deben verse en los meses siguientes hasta que hayan dado el último capítulo. Si infringen el contrato ponen en peligro el presupuesto total del programa, que es como de unos cinco millones de dólares.

Jane tomó un sorbo de agua y prosiguió:

—El reencuentro se celebró en un recinto a la última en la costa de Malibú, y Chip me contó que en cuanto llegó allí fue consciente de que había cometido un error (no por dejar la medicina, sino por dejarme a mí). Había permitido que sus dudas sobre ser o no médico, algo que le rondaba la cabeza desde hacía años, enturbiase su discernimiento sobre nuestra relación, y después de descubrir mi embarazo se sintió abrumado. Pero cuando llegó a California y se suponía que se encontró en un entorno romántico con otras mujeres no podía pensar más que en mí. Quiere criar a mi hijo como si fuese suyo. Lo malo es que, a causa del contrato que firmó no podemos estar juntos en los próximos cuatro meses..., a menos que (y aquí viene la parte más loca) nos casemos ahora siempre que yo esté dispuesta a participar en el especial de *Tal para cual*.

Durante el reencuentro, le habló mucho de mí a una productora que conocía desde la primera temporada, y esta intentó convencerlo de que me invitase al programa, que fuese a Malibú, pero él pensó que no era justo para mí, porque habrían grabado todo. De hecho, no tenía intención de ponerse en contacto conmigo hasta que Darcy se lo sugirió; Chip estaba preocupado de que lo odiase. El caso es que se reunió con la productora la semana pasada y ella le comentó que estaba bastante segura de que si nos casábamos en directo nos alquilarían una casa en algún lugar apartado mientras esperamos al bebé.

—Es de locos —dijo Liz.

—No me presiona para que acepte. Dice que la elección es mía y, si tenemos que esperar hasta marzo o abril para estar juntos, por él, bien. Pero, Lizzy, para marzo tendré un recién nacido.

Estaré en una fase emocional distinta, al igual que Chip. Quiero que seamos padres juntos. Nada

nos garantiza que si retomamos más tarde lo que comenzamos anoche la cosa vaya a funcionar.

Tras unos segundos, Liz dijo:

—Me gustaría no estar de acuerdo contigo. Pero, mira, lo que no pillo es lo siguiente: ¿por qué no podéis mudaros a Los Ángeles, alquiláis un apartamento y os veis con discreción?

—Eso le pregunté yo también, y me respondió que cree que los productores no se lo permitirían. Cree que no les molesta que estemos juntos siempre que nos tengan bajo control, o siempre que se beneficien de ello, pero de lo contrario opinarán que es demasiado arriesgado. A Chip lo reconocen mucho más por Los Ángeles que en otros sitios.

—Caray. Y yo que pensaba que mamá nos mangoneaba. —Se quedaron calladas hasta que Liz continuó—: Es que la sola idea de verte a ti, mi tierna yoguini, casándote en directo para toda la nación... es muy estrafalaria.

—Lo sé. Yo tenía opiniones muy firmes sobre cómo consideraba que debía ser una boda. ¿Te acuerdas de aquel juego en el que elegíamos damas de honor? Pero de eso hace mucho. He cumplido cuarenta y estoy a punto de tener un niño. Me da lo mismo la ceremonia. Prefiero casarme con Chip para seguir con nuestras vidas y punto. —Le echó una mirada a su hermana—.

A lo mejor he perdido la chaveta.

—Bueno, estoy de acuerdo en que pondrás los índices de audiencia por los aires. Yo sintonizaré el canal para ver cómo se casa Chip Bingley con una preñada preciosa. ¿Pero eres consciente de a qué te expones? Saldrás en las portadas de las revistas de cotilleos.

—¿En serio?

—Sí, Jane. Sin duda. Tendrás que firmar un contrato como el de Chip, y una de las cosas que te pedirán es que hables con la prensa. Además, un montón de sitios web con los que no habrás hablado dirán lo que les apetezca sobre vosotros. ¿Chip te ha comentado algo de compensaciones?

—¿Dinero, dices?

Liz asintió.

—Muy por encima —dijo Jane—. Ahora mismo no es seguro que *Tal para cual* quiera hacer un



especial con nuestra boda. El siguiente paso es reunirnos los dos con su agente y esa productora.

—¿La productora te ha visto en fotos?

—No lo sé.

—Seguro que Chip le ha enseñado una. Hazme caso, Jane: van a querer hacerlo.

—La única manera de que yo acepte es si podéis asistir todos. Mamá y papá, evidentemente; Mary, Kitty, Lydia y tú, y ahora Ham. ¿Tú crees que vendrían a la televisión para mi boda?

Liz soltó una carcajada.

—Algunos sí.

—¿Tú vendrías?

—Claro. Por ti sí.

—¿Te parece una locura?

—Sí, pero creo que Chip y tú estáis enamorados de verdad. —Le dio unas palmadas en el brazo a su hermana—. Me alegro de que haya espabilado.

## Capítulo 163

Casi de inmediato se puso en marcha un torbellino de actividad. A la noche siguiente, cuando en

Los Ángeles todavía era media tarde y desde el apartamento de Liz, las dos hermanas y Chip participaron vía manos libres en una conversación con la agente de este último, que se llamaba Anne Lee. Se decidió que en dos días, cuando Chip volviese a Los Ángeles, Jane lo seguiría en un vuelo distinto. Mientras tanto, la interesada tendría que rellenar varios formularios para facilitar la comprobación de su historial.

—¿Por qué tienen que comprobar mi historial si ya nos conocemos? —le preguntó Jane a Chip al finalizar la llamada.

Chip y Liz respondieron a la vez:

—Son puntillosos —contestó Chip.

—Porque no quieren que la familia de Chip los demande si resultas ser una psicópata que lo asesina en la noche de bodas —dijo Liz.

Jane y Chip estaban sentados en el sofá con las manos entrelazadas.

—Ni siquiera conozco a tus padres. Espero que no se enfaden conmigo.

—¿Quién va a enfadarse contigo? —le dijo Chip, y la besó.

Pero teniendo en cuenta que los padres de Chip eran también los de Caroline, pensó Liz, a saber cómo eran. Aun en el caso de que fuesen absolutamente geniales, ver que su hijo se casaba

en la televisión nacional con una mujer embarazada a la que no conocían no era un sueño, precisamente. Aunque, claro, teniendo en cuenta que este mismo hijo había aparecido en dos temporadas distintas de *Tal para cual*, igual los padres comprendían que podrían haber terminado con una nuera mucho peor que Jane.

En cuanto a la propia Caroline, pasar tiempo con ella en la boda llenaba a Liz de un pavor tremendo, pues daba por hecho que su pareja sería Darcy. No habría transigido con algo así por

nadie más que por Jane.

## Capítulo 164

Por la mañana, Chip y Jane alquilaron un coche y se fueron juntos a Rhinebeck, donde pasarían la noche para que ella recogiese sus pertenencias y se despidiese de Amanda y Prisha.

Al día siguiente, Amanda llamó a Liz y le dijo:

—¿Esto es lo que quiere Jane, realmente? ¿Casarse en televisión con el tío que la dejó tirada en cuanto se enteró de que esperaba un bebé?

A Liz la intimidaba un poco Amanda incluso en circunstancias normales (si no sospechase que no se lo iba a tomar a broma, le habría encantado escribir sobre ella en «Mujeres osadas»), así que trató de no parecer ni dócil ni a la defensiva y dijo:

—Desde luego, no la he convencido yo. Y, si estás preocupada por que deje el trabajo, deberías hablar con ella, no conmigo.

—Podemos encontrar otra monitora de yoga. Pero siempre he pensado que Chip Bingley era un falso.

—¿Lo conocías de antes?

—No, pero estoy convencida de que lo del final de la temporada fueron lágrimas de cocodrilo.

—Y añadió rápidamente—: Yo no veo el programa, pero Prisha sí. Liz: si Chip la vuelve a dejar, llegaremos a las manos.

—Ya llegaré yo por ti —le respondió Liz.

—Prisha quiere decirte algo.

Se hizo una breve pausa mientras se pasaban el teléfono y Prisha dijo con voz emocionada:

—¿Podremos asistir a la boda?

## Capítulo 165

Lo que los productores tenían en mente, le contó Jane a Liz por teléfono desde California, era una celebración de tres días en un complejo hotelero de Palm Springs. La primera noche estarían

separados, dos despedidas de soltero simultáneas. La segunda sería un ensayo del banquete. La tercera tarde se celebraría la boda. Jane y Chip podían invitar a veinte personas en total, las cuales se hospedarían en el hotel con los viajes y todos los gastos pagados. La pareja recibiría 200.000

dólares que Chip insistía en que debían ser para Jane, mientras que ella optaba por dividirlo a partes iguales entre los miembros de su familia después de que la agente de Chip (que ambos compartían ahora) se llevase su 10 por ciento.

—No tienes que pagarme para que asista a tu boda —le dijo Liz. Estaba lavando los platos cuando llamó Jane, así que cerró el grifo—. Me dejaría más tranquila que abrieses una cuenta secreta y depositases allí el dinero. ¿Vais a firmar un acuerdo prematrimonial?

—No lo hemos hablado, pero si no confiásemos el uno en el otro no nos casaríamos.

«Dijo como la mujer cegada de amor que era», pensó Liz, pero un contrato prenupcial no favorecería para nada a su hermana.

—Quieren que la cosa se haga de aquí a dos semanas. De miércoles a viernes, porque es cuando pueden alquilar el complejo hotelero entero. ¿Tú crees que a la gente le irá bien?

—La que tiene un calendario menos flexible es Kitty, quizá, ahora que estudia. Pero seguro que puede perderse unos días.

—Una de las cosas que la agente ha negociado es que los de maquillaje y peluquería nos preparen a todos, no solo a mí. De modo que igual puede aprender de ellos.

—Y, si no, da igual. Jane: no pasa nada si eres un poco protagonista de tu propia boda.

—No te he contado el motivo por el que los productores quieren hacerlo tan pronto. —Sonó

irónica—. En palabras de Anne Lee: «Porque no estás adelgazando, que digamos, Jane, y las fantasías de las mujeres norteamericanas de casarse con Chip Bingley no incluyen la de estar como

una foca».

—Caray. Menudo tacto.

—No, lo dije en plan de broma. No me ofendió. Los productores son majos y listos. Me recuerdan a ti y a tus amigos de la revista.

—No son amigos tuyos, Jane. Su objetivo es conseguir entretenimiento televisivo.

—Lo sé. —Jane parecía tranquila—. Aunque también nos dan las alianzas gratis, ¿te lo había dicho?

—Seguro que algún joyero las pone como parte de un contrato publicitario. —Pero Liz notó

cinismo en su tono y añadió en tono más conciliador—: ¿Cómo son?

Jane se echó a reír.

—Eso me pregunto yo.

## Capítulo 166

—Tengo que contaros una cosa —dijo Jane por el móvil—. De hecho, unas cuantas cosas.

Era Acción de Gracias y Jane estaba de nuevo en Nueva York. Las esperaban en dos horas a ella, a Liz y a un pastel de boniato recubierto de malvavisco en la casa de Park Slope de Talia, la editora. En Cincinnati, los Bennet iban a celebrar la fiesta, como tantas otras veces, en casa de los Lucas. Liz y Jane habían logrado tras mucha insistencia que la familia se reuniera para hablar con ellas por teléfono antes de la comida de Acción de Gracias en el salón del piso del señor y la señora Bennet en el Grasmoor.

Jane vaciló, y el señor Bennet le dijo:

—Venga, adelante.

Las dos hermanas cruzaron unas miradas, Jane se mordió el labio y frunció el ceño. Liz asintió.

—Estoy embarazada. —Se oyeron las súbitas exclamaciones de varios miembros de la familia, era difícil determinar si se trataba de comentarios de apoyo o de oposición—. Esperad, que hay más. Me he quedado embarazada gracias a un donante de esperma anónimo. Salgo de cuentas a finales de febrero.

En un tono agudo y emocionado, la señora Bennet dijo:

—Jane, no tenía ni idea de que...

—No. Que todavía hay más. Me voy a casar con Chip Bingley y, sé que puede sonar raro, pero hemos decidido permitir que se grabe la ceremonia para que forme parte de un programa especial de *Tal para cual*. Aunque no se va a emitir hasta abril, se supone que vamos a hacerlo muy pronto..., entre el 11 y el 13 de diciembre en Palm Springs. La cosa es que lo que más deseo en esta vida es que estéis todos allí. Vale, ahora ya está.

Se oyó una cacofonía de voces, y al final Liz dijo:

—Es muy difícil entender lo que decís si no habláis de uno en uno.

—Yo pensaba que Chip estaba de nuevo en Los Ángeles, y que tú vivías con aquellas señoras en el campo —dijo la señora Bennet.

—Y así es. Y allí he estado yo, pero me mudo a Los Ángeles, Chip vino a visitarme.

—Me pregunto si te van a grabar de cuello para arriba —continuó la madre—. O pueden hacer como cuando aquella chica del pelo rizado de la serie esa se quedó preñada y te hacen llevar una bolsa de la compra por delante.

—El embarazo no será un secreto. Se va a ver de todas todas.

—¿Pueden decir que el bebé es de Chip? —preguntó la señora Bennet.

—¿No estáis emocionados por ir a ser abuelos? ¿Y tíos?

—Jane, ahora que lo dices, tenías las tetas muy grandes cuando te marchaste —comentó Lydia.

—No pienso ir a *Tal para cual* —dijo Mary—. Y ¿por qué vas a querer casarte con Chip? No tiene pelotas.

—Mary, a veces los hombres están confusos —intervino la señora Bennet—. Chip viene de una familia encantadora y será un marido fiel.

Desplegando una estrategia que tenían hablada de antemano, Jane dijo:

—Mary, yo esperaba que leyese un poema durante la ceremonia.

—No.

—Jane, enhorabuena —dijo Ham—. Estupendas noticias.

Hasta que no habló, Liz no sabía seguro si estaba presente.

—Ya que estamos dando noticias —interrumpió Kitty—, entonces yo tengo también una.

Estoy saliendo con Shane, así que vendrá conmigo.

El señor y la señora Bennet dijeron al unísono:

—¿El agente inmobiliario?

Y la señora Bennet añadió:

—¿El negro?

—Estamos favoreciendo vuestra amplitud de miras —repuso Kitty—. Bienvenidos al siglo XXI.

—Entonces yo también tengo que contar una cosa. —dijo Lydia, y su voz sonó más prudente de lo habitual—. Mary: sigues sin caerme bien, pero no debería haberte obligado a salir del armario. Tu lesbianismo es cosa tuya.

Mary replicó arisca:

—No soy lesbiana.

—Juega a los bolos —dijo Kitty—. Eso es lo que hace.

Con voz trémula, la señora Bennet preguntó:

—A ver, ¿qué significa «jugar a los bolos», por Dios?

—Juega a bolos con bolos —dijo Kitty—. El deporte.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Mary.

—Mary: ahora soy tu compañera de piso.

El señor Bennet carraspeó.

—¿Alguien más tiene que hacer alguna confesión? ¿Lizzy?

—Hoy no.

La señora Bennet dijo:

—Jane, tenemos que invitar a los Lucas, a los Hickman y a los Nesbit a tu boda. Ah, y a los Hoff. De lo contrario, se ofenderán.

—Solo nos dejan invitar a veinte personas.

—Todo el mundo sabrá que va solo la familia más cercana, mamá —dijo Liz—. Quedará probado en televisión.

—Tenéis que firmar todos unos contratos de confidencialidad, y los productores se lo toman muy en serio. Eso quiere decir que no podéis hablar de la boda antes de que se emita. Sobre todo no en la prensa, Kitty y Lydia. Pero lo divertido será que nos vestirán y maquillarán para que estemos estupendos. ¿No os parece chulo?

—Diles que mi *look* es contemporáneo pero clásico —dijo la señora Bennet—. Y que no me gusta el azul marino.

—Yo no me maquillo —dijo Mary—. El tacto de la base me da asco.

—Papá, ¿cómo lo ves? No has dicho nada.

Antes de que al señor Bennet le diese tiempo a contestar, su mujer dijo:

—¿Por qué no vienen aquí y graban en la iglesia de Knox? En Knox celebran una misa muy elegante.

—Creo que para ellos es más fácil grabar en California —respondió Jane—. ¿Papá?

—Tienes cuarenta años, Jane. Si quieres dar la nota, no veo cómo voy a impedirlo.

—Fred, Chip es doctor en Harvard y su familia fundó Bingley Manufacturing —dijo la señora Bennet—. Es un hombre muy distinguido.

—¿Eso es lo que piensas de verdad, papá? —Jane parecía desconsolada.

—Jane, deja que le den vueltas a la idea —le dijo Liz—. No puedes esperar que salten de alegría de golpe.

—Sabes que te oímos, ¿no, Liz? —comentó Mary.

—Diles lo último, Jane.

El señor Bennet apostilló:

—Para que sea peor que lo que acabo de oír tendrá que ver con abducciones alienígenas o con zoofilia.

—Os pagarán 30.000 dólares a cada uno —dijo Jane—. Lo siento, Ham, a ti no. Pero a los demás, sí.

—Ja —dijo Kitty—. ¿Sigue sin gustarte la base de maquillaje, Mary?

—En ese caso, suena a una oportunidad excelente para toda la familia —dijo el señor Bennet.

## Capítulo 167

Doce días más tarde, en el avión rumbo a Fénix donde harían transbordo hacia Palm Springs (a Liz la decepcionó, aunque no la sorprendió, que ambos vuelos fueran en clase turista), Jane dijo:

—Con tanto jaleo no te lo he preguntado formalmente, pero doy por hecho que vas a ser mi madrina, ¿no?

—Por supuesto —respondió Liz.

—Solo para que lo sepas: Darcy será el padrino de Chip. Te parece bien, ¿no? Tú y Darcy os comportasteis con bastante civismo en el restaurante.

Que Darcy fuese a asistir a la boda era una probabilidad que Liz tenía asumida; después de todo, como amigo de Chip y prometido de Caroline, estaba conectado por partida doble con los

Bingley. Había barajado la posibilidad de que lo que ella catalogaba como desdén por los *realities*, combinado con un calendario inflexible, le impedirían estar presente, pero era consciente de que era iluso por su parte esperar tal desenlace. Sin embargo, que fuese el padrino era una perspectiva nada halagüeña.

—Chip se siente en deuda con Darcy. No estaríamos a punto de casarnos si este no hubiese organizado la cena.

—O tal vez, de no ser por él, no habríais roto en un primer momento.

—Pero yo seguiría embarazada. —Una expresión de preocupación cruzó los hermosos rasgos de Jane—. Lizzy, lo de la prensa se extinguirá rápido, ¿verdad? Cuando la gente aparece en la prensa sensacionalista todo el tiempo, ¿no es porque está conchabada con los periodistas?

—Más o menos. Pero, como el bebé nacerá para cuando emitan la boda, seguro que se matarán por conseguir una foto del descendiente de *Tal para cual*.

Jane dio un respingo.

—¿Chip espera que ahora Caroline también sea tu mánager? ¿Te quieren de señuelo para, pongamos, una marca de pañales?

Jane negó con la cabeza.



—La noche que me pidió matrimonio me dijo que soy la única persona que ha conocido desde

que salió en televisión que lo quiere por lo que es, sin intentar aprovecharse. Sabe que no me tienta la fama. No sería capaz de decirlo pero yo creo que se pregunta incluso si Caroline no lo utiliza un poco.

—¿Un poco? —repitió Liz—. ¿Se lo pregunta?

—La casa en la que vamos a vivir después de la boda está en una zona residencial cerrada de Burbank. Espero que no sea raro estar aislados. La verdad es que estoy emocionada por lo de Los Ángeles, pero me alegraré cuando se acabe todo esto de *Tal para cual*.

—Lo sé —dijo Liz, aunque lo que pensó fue: «Lo de *Tal para cual* aún no ha empezado siquiera».

## Capítulo 168

Liz, Jane y Chip habían llegado a Palm Springs un día antes que sus familias para que la pareja se ocupase de varias obligaciones entre las que se incluían tomarse las medidas para los trajes de boda, entrevistas a cámara y rodar algo de metraje de archivo (Jane caminó pensativa y sola por el campo de golf del complejo hotelero, y luego se sentaron los dos junto a la piscina contemplando la puesta de sol con las manos posadas sobre el vientre de ella con gesto protector). Un equipo de seis personas de la cadena de joyería nacional que patrocinaba, finalmente, el programa les consultó qué anillos querían de entre una serie de opciones; esta reunión también quedó grabada, por supuesto.

Liz había esperado que el Hermoso Desert Lodge estuviese prácticamente vacío a su llegada,

pero, después de versex en la cinta de recogida de equipajes iluso por su parte (que resultó ser una mujer lista y modesta con el pelo negro peinado con elegancia y de sonrisa fácil) junto con un chófer que cargó las maletas en una furgoneta blanca, descubrió que en el complejo andaba ocupado ya un equipo de producción de unas ochenta personas. De hecho, el terreno entero (la

sala principal, estucada de rosa por fuera y con un tejado de teja española; el elegante patio provisto de un *jacuzzi* de pizarra y una piscina infinita termal; el exuberante campo de golf de dieciocho hoyos salpicado de palmeras, al final del cual se alzaban las montañas pardas cubiertas de maleza) parecía una pequeña pero atareada aldea. Había hombres y mujeres, aunque sobre todo hombres, con camisetas oscuras y pantalones de trabajo, que se movían con brío y se comunicaban por medio de *walkie-talkies*; iban y venían furgonetas y camiones del aparcamiento, en cuyo perímetro se habían dispuesto caravanas y tiendas; escaleras plegables, enormes cubos negros de plástico, rollos naranjas de gruesos alargadores eléctricos y misteriosos aparejos guardados en maletas negras iban cargados en grandes plataformas móviles; había largas

mesas de *catering* separadas a intervalos por todo el aparcamiento, los miembros del equipo se arremolinaban alrededor y al momento la gente y la comida desaparecían de nuevo. Al final, Liz

dedujo que estaban preparando una especie de sala de control en la *suite* de invitados de la primera

planta que se abría al patio; desplegaron unas telas negras de sarga para tapar las ventanas por dentro y la gente parecía entrar y salir apresuradamente.

La habitación que compartían Liz y Jane tenía dos camas dobles, una terraza (el observatorio de Liz) y una chimenea. En el escritorio había una cesta de regalo con una gruesa vela aromática blanca, dos pares de pendientes de perlas, crema depilatoria, cuchillas de afeitar, minibotellitas de ron y vodka, y tres biquinis mínimos con sujetadores de relleno. La tarjeta adjunta decía: «Liz y Jane, bienvenidas a Palm Springs, ¡de parte de vuestros amigos de *Tal para cual!*».

Liz sostuvo en alto la parte de arriba de un biquini:

—¿Se supone que es para mí?

Jane sonrió.

—Desde luego, para mí no es.

En la otra mano sostenía el paquete de cuchillas rosas:

—Muy sutiles.

Muchas cosas no eran como Liz se esperaba: no le iban a confiscar el móvil y no les habían quitado el televisor de la habitación.

—Eso es solo para grabaciones muy largas —les había explicado Anne Lee cuando las acompañaba escaleras arriba antes de señalar algo a lo que llamó «cámara Pelco» (a Liz le pareció una cámara de seguridad) colocado en un rincón del cuarto, casi en el techo—. Para pillar alguna conversación divertida que tengáis de repente —dijo como si nada, y Liz, por respeto a Jane, se abstuvo de bromear sobre la vigilancia comunista.

Los peluqueros y maquilladores que Jane había mencionado solo trabajarían con los invitados durante la propia boda (Jane pareció sorprendida al enterarse y le pidió disculpas), de modo que Liz tenía que ocuparse de su aspecto. Y, aunque, como hermana de la esposa en ciernes, había pensado que disfrutaría de las instalaciones del complejo hotelero (encargaría un masaje o igual, antes de darse cuenta de hasta qué punto era público, se metería en el *jacuzzi*), también a ella la mantuvieron ocupada.

Su propia entrevista grabada tuvo lugar la primera noche, mientras Jane y Chip celebraban una cena «íntima» en el restaurante del hotel que luego le contarían que habían grabado dos equipos de filmación de seis personas en total (al enterarse de que antes de la boda quienes compartirían habitación serían ella y Jane en lugar de los novios, Liz dio por hecho que por las noches su hermana

se escabulliría para ir a ver a su prometido. Pero, si lo hacía, seguramente la cámara Pelco avisaría a los productores y un equipo de grabación se presentaría allí).

Fue Anne Lee quien dirigió la entrevista en el salón de la *suite* de la primera planta. Detrás de la cámara fijada en un trípode, un hombre. En otros dos trípodes habían montado dos paneles luminosos, y se hicieron abundantes ajustes relativos a las luces, el mobiliario e incluso la postura de Liz. Se sentó en una silla cubierta de brocados y Anne en otra idéntica fuera de plano.

—Estamos emocionadísimos con la fabulosa historia de amor entre tu hermana y Chip —  
comenzó Anne con cordialidad—. Y el país también se emocionará.

Anne había sido el contacto principal de Jane desde la primera llamada; cuando su hermana hablaba bien de la gente que había conocido en *Tal para cual* se refería sobre todo a Anne, y de hecho era Anne con un equipo de cuatro personas quien había volado a Cincinnati la semana antes para entrevistar a algunos Bennet. Liz había tenido el impulso de irse allí para supervisar e intervenir si tocaba, pero le habían encargado a su vez ocuparse de dos entrevistas en Nueva York para *Mascara* en días consecutivos; además, ¿todo aquel lío de *Tal para cual* no quedaba fuera de su jurisdicción? Aun así, los elogios generalizados que de Anne (o, como dijo la señora Bennet,

«la chinita educada», aunque Liz intuía que era de sangre coreana) hizo su familia más que tranquilizarla la inquietaron. Cuanto más favorable era la opinión de los demás, más recelaba de ella, y conocerla en persona no disipó sus preocupaciones. El caso es que era tan vivaz, era tan fácil hablar con ella, era tan tranquilizadora en medio de aquella locura, y sobre todo tan diametralmente opuesta a una impresión de falsedad que Liz desconfió de ella basándose en su capacidad para parecer alguien en que se podía confiar; no la sorprendía que, a petición de esta mujer, cientos de norteamericanos se hubiesen emborrachado, peleado, desnudado, magreado y hubiesen contado secretos mientras los grababan las cámaras.

—Lo que necesito —decía Anne— es que hables con frases enteras, cosa que no te va a costar porque está claro que eres superlista. Pero, si te pregunto «¿Cuál es tu color favorito?», necesito que respondas «Mi color favorito es el azul», y no solo «Azul». ¿Entendido?

—Supongo que sabrás que soy periodista. Soy redactora en *Mascara*. Así que no me pilla de nuevas lo de las entrevistas, aunque estoy acostumbrada a verme en el otro lado.

—Genial —respondió la otra con alegría—. Mira: la televisión es un medio completamente distinto, y yo no voy a responderte «ajá» ni me voy a reír aunque digas la cosa más desternillante del mundo, porque no quiero hacer ruido mientras hablas. Si pierdes el hilo de lo que estabas diciendo, ningún problema: te paras y vuelves a empezar. Y no te autocensures: habla como hables normalmente y si sueltas alguna palabrota ya la borraremos. No es directo.

—Pero, por favor, no me «frankenstenéis» —pidió Liz, y Anne la miró como si no la entendiese—. ¿No se dice así? Cuando cortáis una palabra que he dicho aquí y otra que he dicho

allá y las juntáis para formar una frase en *off*...

—No lo había oído nunca. —Anne no perdía la sonrisa—. Pero muy gracioso, oye. Vale, para ir empezando, ¿qué te parece si me dices tu nombre, tu relación con Jane, tu edad y de dónde eres?

«Los cojones. Los cojones que no lo habías oído nunca», pensó Liz. En voz alta dijo:

—Soy Liz Bennet. Soy la hermana de Jane, la que va justo detrás de ella. Tengo treinta y ocho años y vivo en Nueva York.

La entrevista duró una hora y Liz tuvo que admitir que Anne estuvo más que competente (le preguntó todo lo que ella misma habría preguntado) y habilidosa a la hora de disimular sus intentos de buscar puntos de conflicto o vulnerabilidad. El grueso del cuestionario trataba sobre Jane (su «periplo» como mujer soltera, su «historia de amor» con Chip), aunque también preguntó por desavenencias y alianzas en la familia Bennet y sobre la vida amorosa de la propia

Liz (a este respecto, se mantuvo educadamente escueta). Descubrió con alivio que Anne ya sabía

lo de la transexualidad de Ham, así que no le tocó a ella contarlo ni ocultarlo; pero no quedó contenta con su propia falta de discreción en un punto:

—Conoces a Caroline, la hermana de Chip, ¿verdad? —le preguntó Anne cuando ya llevaban casi una hora.

—Sí, conozco a Caroline Bingley.

—¿Qué opinión te merece?

Liz estaba cansada del viaje (era medianoche en horario de la Costa Este) y de responder preguntas.

—Es maja.

—Suenas un poco tibio —dijo Anne y, como siempre, el tono era amistoso—. ¿Seguro que eso es lo que piensas?

—Caroline Bingley es encantadora. Es una delicia de persona —respondió entonces con voz impostada. Miró directamente al de la cámara y le dijo—: Esto no lo pongas.

—¿Por qué no quieres que lo ponga? ¿Estabas siendo sarcástica?

En ese momento, la invadieron los remordimientos y tuvo ganas de hablar en confianza con Anne y decirle: «Estoy agotada. Necesito volver a mi habitación y dormir. No me cae bien Caroline Bingley pero, como comprenderás, despreciar a la nueva cuñada de mi hermana no va a

causar más que problemas más allá de la duración de este programa tuyo. De profesional a profesional: vamos a sacar eso de la entrevista».

—¿Acaso ha pasado algo entre Caroline y tú?

Liz negó con la cabeza.

—Me cae bien Caroline. Estaba de broma.

—¿La ves mala persona? Más de uno me ha dicho que la ve mala persona.

Liz se echó a reír. No pudo evitarlo.

—¿Quién?

—Eso se rumorea.

Liz se sintió tentada de nuevo de admitir lo absurdo de la conversación y decirle: «Sé lo que intentas». En cambio, lo que dijo con firmeza fue:

—Bueno, pues yo siempre me he llevado bien con Caroline.

Al volver a su habitación, Liz buscó en internet el verbo «frankensteinear». Había muchos resultados, se remontaban hasta 2004 y significaba exactamente lo que ella había supuesto.

## Capítulo 169

—Lizzy, no sé por qué no te has casado —dijo Lydia—. Es muy divertido. Le preparo un filete a

Ham cuando llega de trabajar por la noche y me siento como una adulta de verdad.

Poco después de la llegada del contingente de Cincinnati al Hermoso Desert Lodge (eran un

grupo de siete, contando a Ham y Shane), Lydia y Kitty habían ido a inspeccionar el cuartel general de sus hermanas. En el mismo pasillo compartían habitación Lydia y Ham, además de Kitty y Shane; a Mary le asignaron un cuarto para ella sola, cosa que le hizo preguntarse a Liz por qué a ella no, hasta que se acordó del comentario de Anne Lee sobre pillar alguna conversación

«divertida y repentina» con Jane. Liz renovó su propósito de no darles ese gusto.

Jane estaba fuera, pero Lydia y Kitty se tumbaron en su cama sin rodeos, a pesar de que Liz

estaba sentada al escritorio con el portátil abierto, intentando acabar la redacción del brindis que pensaba hacer en la fiesta.

Sin levantar la mirada, le respondió a Lydia:

—Yo me sentí adulta cuando empecé a trabajar a jornada completa y a pagarme el alquiler. Y

de eso hace... —Fingió que lo calculaba—. Dieciséis años.

—¿No quieres tener a alguien que te espere en casa por las noches? Yo me moriría de aburrimiento si viviese sola.

—Entonces menos mal que no vives sola.

—Si el bebé de Jane es guapo, igual Ham y yo usamos al mismo donante de esperma.

—Vuestros hijos serían parientes por partida doble —dijo Kitty—. Eso es chungo.

—Es la corrida de un tío, nada más. No va a formar parte de sus vidas. Además, a veces dos hermanos se casan con dos hermanas y sus niños son primos dobles. Jessica y Rachel Finholt se casaron con dos hermanos.

—Detesto a Jessica Finholt —dijo Kitty—. En la guardería me robó una muñeca de mi cubículo. —Estaba hojeando un folleto que había en la mesilla de noche—. ¿Tenemos que pagar los servicios del balneario?

Liz la miró sin acabar de darse la vuelta.

—Seguro.

—Qué desaprovechamiento que Jane se case en *Tal para cual* cuando ni siquiera lo ve. ¿No creéis que Ham y yo lo haríamos bien en un *reality*?

No se equivocaba, aunque no por ello era una buena idea. Sin poner mucho empeño, para no animarla a lo contrario, Liz le dijo:

—Seguro que acababais hartos de tanta cámara. —Se puso en pie—. Venid conmigo las dos.

Se metió en el baño y Lydia y Kitty se miraron con curiosidad.

—¿Nos vas a enseñar cómo examinarnos las tetas periódicamente?

—Entrad de una vez.

Cuando estuvieron dentro, cerró la puerta y bajó la voz.

—¿Os habéis fijado en una cámara que hay en un rincón del cuarto? No digáis nada que no queráis que salga en televisión. En serio.

—¿Como qué? —preguntó Lydia.

La advertencia, seguramente, caería en saco roto; igual incluso las animaba a comportarse de la manera opuesta a como Liz esperaba.

—A los productores les da igual si quedamos bien o mal. Solo les interesa crear un programa que la gente vea. No digáis nada feo de nadie y no busquéis pelea. —Era difícil no pensar en los comentarios intempestivos que ella misma había hecho la noche anterior a propósito de Caroline Bingley—. Van a estar pendientes de cualquier conflicto que pueda surgir.

Lydia se echó a reír.

—No creo que tengan que esforzarse mucho.

Liz suspiró.

—Vale. Haced lo que queráis, pero ya os he avisado.

## Capítulo 170

En la habitación de sus padres, Liz se encontró a su madre toda afanosa y a su padre sentado en una butaca con un libro sobre el Renacimiento abierto en el regazo. Tenían solo una cama de matrimonio; seguramente era la primera vez en años que dormían bajo las mismas sábanas, pensó.

Desde el cuarto de baño, su madre dijo:

—No encuentro el secador de pelo. Cuando he llamado a recepción me han dicho que había uno, pero se han olvidado de ponerlo.

Liz entró en el baño y señaló un estante encima del lavabo.

—Está ahí, mamá.

La señora Bennet replicó irritada:

—Vaya, pues ahí no estaba hace un momento. —Mientras lo cogía empezó a decir—: Yo creo que es mejor que digan que Chip es el padre. La gente que lo vea se va a liar.

—¿Aún no has visto a Jane? Tiene buena pinta, ¿eh?

Como si se tratara de una gran confidencia, la madre le dijo:

—Tiene la barriga baja, eso es que es niño. —Con el mismo susurro que empleaba para los modales

delicados, continuó—: Liz, no sé si Kitty y Shane van en serio, pero la vida puede ser muy dura para los niños mulatos.

Liz se quedó perpleja.

—No les pienso decir eso.

—Fitzwilliam Darcy es el padrino de Chip. —Ahora sonaba extrañamente aprobadora, incluso antes de añadir—: Dice mucho de Chip que tenga amistades de tal nivel. ¿Es soltero?

¿Cuándo y dónde había desarrollado su madre una opinión favorable de Darcy? El pasado julio, en la fiesta de los Lucas, la había ofendido al meterse con Liz.

—Sale con la hermana de Chip.

—Qué lástima. —La señora Bennet frunció el ceño—. Ahora tenemos que asegurarnos de que la china diga en el programa que lo de Ham es una malformación congénita. Si no, a la gente le va a parecer desagradable, pero sabiendo que es una malformación congénita lo entenderán.

El convencimiento de su madre de que podía controlar la narrativa del especial *Tal para cual* por medio de Anne Lee era un desatino tan tremendo que no tenía sentido ni intentar corregirla.

Como si percibiese los pensamientos desleales que ocupaban a su hija, la señora Bennet le clavó la mirada y le dijo:

—¿Acaso no te parece muy lioso decir que Jane se quedó embarazada de un hombre al que no conoce?

—Mamá, nadie describiría así la inseminación artificial. Y no: no creo que sea un concepto difícil de pillar.

—Yo creo que es más bonito si dicen que Chip es el padre.

—Pero no es verdad.

—Ay, por Dios, eso no importa —replicó la señora Bennet.

## Capítulo 171

Liz estaba todo el tiempo en constante alerta por la posibilidad de toparse con Darcy, igual que cuando volvió a Cincinnati para cerrar la casa. Teniendo en cuenta que las despedidas de soltero se celebraban aquella noche en pocas horas, seguro que había llegado ya a la propiedad, pero ni siquiera asomándose desde la terraza y examinando todo el terreno cada dos por tres había



conseguido divisarlo. Aunque, reflexionó, a lo mejor no verlo era mejor que verlo paseándose del brazo con Caroline por el campo de golf.

La terraza le brindó una vista privilegiada del encuentro entre el matrimonio de los Bennet y el de los Bingley en el patio, al que también asistían, cómo no, Jane y Chip. La cumbre tuvo lugar

alrededor de una mesa con un hermoso centro floral y copas de champán, sin comida. Aunque Liz no oía la conversación, no había duda de que quedaría para la posteridad; un hombre sostenía un micrófono a varios centímetros por encima de las cabezas de la familia, otros dos iban con cámaras al hombro por detrás y unos focos móviles iluminaban lo que sucedía a medida que iba cayendo la noche.

La señora Bingley era una mujer esbelta con la melena rubia cortada recta a la altura de las mandíbulas, llevaba unos capris beis con una chaqueta beis a juego, chanclas beis, un pañuelo morado de seda y no sonreía; Liz la identificó como la clase de mujer que jugaba al tenis en el

Club de Campo de Cincinnati, parecida a ciertos amigos de la señora Bennet, más regordeta y menos peripuesta. El señor Bingley parecía una versión envejecida de Chip: el pelo gris con la raya a un lado; llevaba un traje azul oscuro, una camisa blanca y una pajarita verde. Liz estaba demasiado angustiada por Jane como para observar la interacción por completo, así que pronto

volvió al interior de la habitación, se duchó y se vistió para la noche.

Jane volvió al cuarto una hora después acompañada por Anne Lee, dos maquilladores y un estilista.

—¿Cómo ha ido con los Bingley? —le preguntó Liz.

—Genial. Su madre hace un montón de yoga.

Jane iba microfonada a las claras (llevaba el transmisor a la espalda y el micro en sí enganchado por dentro del cuello de la camisa), pero si pretendía enviarle alguna clase de mensaje contradictorio con lo que decía, Liz no lo detectó: su felicidad parecía auténtica. Mientras le retocaban el maquillaje a su hermana en el dormitorio, Liz hizo lo propio en el baño, con la puerta cerrada, antes de reunirse con los demás. Según el horario estipulado, un ayudante de producción llamó a la puerta cuando el proceso de embellecimiento de la novia estaba a medias.

El del audio le puso un micrófono a Liz, y el ayudante la acompañó a la entrada del complejo.

Dos equipos de grabación y una limusina negra esperaban en el camino de entrada, y cuando Liz

se metió en el coche (en previsión, se había puesto unos tejanos elegantes y no una falda) tuvo cuidado de poner el culo lo menos en pompa posible. Dentro de la limusina se encontró otro equipo de rodaje esperándola, aunque era la primera invitada. Se dirigió al que llevaba la cámara (un tío de unos cuarenta y tantos con barba canosa de pocos días y una gorra de béisbol) y le preguntó:

—¿Vamos a un restaurante o es más bien un club nocturno?

Se hizo un silencio y el hombre respondió:

—Se supone que no podemos hablar contigo sobre el programa. Si tienes preguntas, házselas a un productor.

El ayudante de producción que la había acompañado desde la habitación se había esfumado.

Paseó la mirada y se fijó en los demás, un tipo con unos auriculares negros enormes y un tercero que parecía ocuparse de la iluminación. Les dijo:

—¿Trabajáis en *Tal para cual* a jornada completa?

—Yo sí —dijo el de la cámara. Señaló con un gesto de la cabeza a los otros dos—. Ellos no.

—¿Cuánto tiempo llevas...? —Pero no pudo acabar la frase porque se subió a la limusina Caroline Bingley. En los breves instantes durante los cuales se miraron, Liz juraría que la vio arrugar la nariz con asco.

—Hola, Liz —la saludó como si nada.

—Ey, Caroline. —Liz era superconsciente del equipo y de la petaca del micrófono—. Supongo que no nos veríamos aquí si no hubieses metido a Chip de nuevo en *Tal para cual*, ¿eh?

—Tu familia tiene que estar que no se lo cree —le replicó Caroline.

Liz intentó infundir a su voz un extra de amabilidad y respondió:

—Y la tuya más, si cabe.

La experiencia de Liz como actriz se limitaba a un papel de coro en una representación de *Oliver!* en el instituto Seven Hills. Y sin embargo, en el transcurso de la noche, tuvo la sensación de estar en una obra de teatro de nuevo, de verse obligada a no salirse del personaje por nada del mundo, siendo el personaje en este caso el de la amable y empática hermana de la novia. Se les

unieron Mary, luego Kitty y Lydia, que aparecieron juntas, y después la hermana mayor de Chip,

Brooke, cuya existencia desconocía Liz hasta que se subió a la limusina (era la mayor de los tres, por lo visto, casada y madre de dos niños de ocho y diez años con los que vivía cerca de sus padres en las afueras de Filadelfia). Por fin apareció Jane, recibida con un aplauso, por lo menos por parte de Liz, de todo corazón. Cuando la limusina se alejó del complejo hotelero, la ventanilla tintada que separaba al conductor de los pasajeros descendió y apareció Anne Lee sonriendo con dos botellas de champán en alto (pues claro que Anne Lee iba con ellas, y claro que sostenía en alto dos botellas de champán).

—¿Quién está lista para la mejor despedida de soltera del mundo? —gritó.

## Capítulo 172

Cenaron en un reservado de un restaurante donde, al principio, la conversación era muy encorsetada; cuando Liz fue al cuarto de baño, Anne Lee, que había estado de pie tras la cámara, la interceptó y le preguntó a su manera natural digna de desconfianza:

—¿Cómo crees que está yendo?

—Bien.

—¿No te parece que la cosa está un poco rígida?

—No conocemos tan bien a las hermanas de Chip. A Brooke la acabo de conocer.

—Y luego está esa tensión entre Caroline y tú. —El semblante de Anne Lee era de pura compasión—. Tal vez lo mejor es soltarlo antes de la boda. En plan: poner las cartas sobre la mesa para dejar las cosas claras, ¿sabes?

Liz había decidido de antemano que no se tomaría más de dos copas; después del champán de la limusina, un cóctel de vodka al llegar al restaurante y un vaso de vino con la carne, ya había sobrepasado dicho límite. Pero todavía estaba lejos de parecerle convincente Anne. Sonrió con la boca cerrada.

—Ya te dije que no tengo ningún problema con Caroline.

Poco después de que retirasen los aperitivos oyeron un golpe en la puerta del reservado; Liz se imaginó que sería Chip, pero al abrirse la puerta aparecieron un policía y un bombero, o, como enseguida discernió a través de su cuarta copa, un par de *strippers* disfrazados de policía y bombero. Pronto se le quedaría grabada para siempre en la mente la imagen de aquellos dos contoneándose alrededor de una Jane preñada y sobria (era la única que no bebía), con los pectorales aceitados al aire conforme se iban quitando ropa, hasta quedarse en calzoncillos (en el caso del bombero, además, un casco, tirantes y botas; y en el del policía, una gorra azul y unas esposas colgando de una de las muñecas). Se pusieron a bailar con las demás mujeres al ritmo de

«Single Ladies», de Beyoncé: Lydia y Kitty cimbrearon las caderas y menearon los culos con particular entusiasmo, Liz ensayó un bamboleo para no dar la impresión de que no participaba, e

incluso Brooke perreó un poco ante el bombero, cosa que hizo que a Liz le cayese mucho mejor;

pero tanto Mary como Caroline contemplaban aquello con desdén y negaron con la cabeza cuando se las instó a unirse al baile.

Los *strippers* acababan de irse cuando se oyó otro golpe en la puerta y tampoco era Chip; esta vez era Rick Price, el presentador de *Tal para cual*. Se alzó entre las mujeres una serie de vítores

espontáneos a los que, para su sorpresa, se sumó la propia Liz, y fue entonces cuando (iba por la quinta copa) se dio cuenta de que estaba completamente borracha (no con el puntillo; no un poco mareada) y también de que estaba más contenta que una o dos horas antes. Sintió un remordimiento retroactivo por todos los concursantes de *Tal para cual* a los que había considerado cutres e idiotas desde la comodidad de su salón; por lo visto, al igual que sobre la *pizza teriyaki* y las cremas faciales de veneno de abeja, no se podía opinar a la ligera sobre pillarse un ciego en un *reality* hasta que no lo probabas.

—Me han contado que la cosa se está saliendo de madre por aquí —dijo Rick Price en tono juguetón, y las mujeres volvieron a lanzar sus vítores—. Vengo de ver a los chicos, y os han propuesto un reto. Quieren que vengáis a un club supermolón para jugar a un juego que llamaremos el Juego de Casi Casados. ¿Aceptáis, chicas?

Todavía chillaron más alto, y al disiparse el griterío oyó a Mary que decía:

—¿Me puedo volver al hotel?

Cuando estuvieron de nuevo metidas en la limusina, sin embargo, Mary estaba a su lado.

—Esto es una mierda. Es exactamente tal y como me lo imaginaba.

—Por lo menos te pagan.

Seguramente, la afirmación de que la cosa iba de dinero no se emitiría pero, por si acaso y solo porque sí, Liz miró directamente a la cámara y sonrió de oreja a oreja.

En el club no había nadie, aparte del séquito de Chip. El juego tenía que celebrarse en la zona de descanso, llena de sofás y sillas rojas y naranjas; antes incluso de entrar, Liz vio a Darcy sentado entre Shane y Chip con un vaso de whisky y expresión ceñuda. Los demás hombres presentes eran Ham y el cuñado de Chip, que se llamaba Nick; a Liz se le ocurrió de repente que, si la cena de las mujeres había sido un poco estirada, la de los hombres debía de haber sido casi insoportable. Porque lo cierto es que Shane y Ham eran completos desconocidos para los demás, por no decir entre ellos.

Le resultó desagradable ver a Caroline irse directamente hacia Darcy. Se pusieron a hablar y entonces los ojos de él se cruzaron con los de Liz. ¿La estaría insultando Caroline? Desvió la mirada.

El juego consistía en que los grupos de Jane y Chip se turnasen para adivinar cómo completarían los novios frases del tipo: «Supe que me había enamorado cuando...».

Rick Price, que era quien hacía las preguntas, se colocó de pie en la entrada de la sala; Jane y Chip se sentaron flanqueándolo en sillas que figuraban ser tronos; los equipos femenino y masculino, uno enfrente del otro, y, en una mesa baja entre ambos, una hilera de vasos de chupito alineados (Liz calculó no menos de un centenar), llenos de líquido de distintos colores. Al principio entendió que se

bebía cuando fallabas la respuesta, pero también parecía que bebías si acertabas.

¿Era una sorpresa que el juego fuese tremendamente divertido? Desde luego, salía ganando si lo comparaba con las charadas de Cincinnati, o igual era porque esta vez Liz era la mejor jugadora. Tanto si la pregunta era «Nuestra primera cita fue en...» como si era «Nos prometimos en...», Liz apenas vacilaba. A pesar de que Rick Price la animaba a deliberar con sus compañeras, enseguida se vio gritando respuestas, pero para entonces había estallado un caos general: Lydia estaba sentada en el regazo de Ham y Brooke vomitó en un rincón, se restregó la boca con el dorso de la mano y volvió con el grupo alegremente («¡Sois estupendas, tías!», le dijo a Liz, y esta tuvo que esforzarse para no contestarle: «¡Menos mal que no eres horrible como Caroline!»).

Rick Price les iba recordando que no se interrumpiesen al hablar, y para algunas preguntas los de las cámaras tuvieron que hacer tomas adicionales porque había mucha gente hablando a la vez.

Cuando Liz gritó por cuarta vez: «¡Su primera cita fue en Orchids!», se preguntó si no se merecería un Óscar a la Mejor Actriz de Reparto.

De repente se vio en otra parte del club, bailando con Kitty un rap del que las dos se sabían la letra entera, y su hermana llevaba en la cabeza una diadema de plástico de la que pendían bamboleándose unas antenas con forma de pene a tamaño real de un rosa vivo. ¡Qué maravilla de

diadema! Pero maravilla de maravillas: Kitty le señaló que ella misma llevaba puesta otra idéntica. Desde luego, aquella era una noche mágica. Liz le había perdido la pista a Darcy (no estaba bailando), pero no recordaba la última vez que se lo había pasado tan tremendamente bien

con sus hermanas.

Cuando Lydia se les acercó en la pista de baile, se le pegó a la oreja y le chilló para que la oyera con la música:

—¿Sabes quién es el padrino de bodas de Chip?

Aunque estaban a pocos centímetros, Liz apenas entendió lo que decía su hermana.

—Es Darcy —le gritó.

—¡Darcy! ¡Le odio! Es el que le dijo a mamá esa chorrada de los transexuales y las malformaciones congénitas.

—¿Te refieres a esa mierda que va repitiendo del labio leporino? ¿Eso es cosa de Darcy?

Lydia asintió.

—Se acaba de marchar, pero cuando lo vea mañana le voy a decir que no se meta en los asuntos

de los demás.

—Pero tienes que admitir... —Por alguna razón, la pista de baile no parecía el sitio adecuado para aquella conversación; aun así, argumentó a voz en grito como pudo—. ¿No te parece que a mamá le sirvió para situarse mentalmente y comprender a Ham?

—Si mamá no entiende a Ham es su problema. Ham no le va a pedir permiso a nadie para existir —replicó a gritos Lydia.

—Pero ¿no es mejor la vida cuando puedes hablarte con tu madre?

Lydia sonrió burlona.

—No sé qué decirte.

—¿Por qué hablaron mamá y Darcy?

—Porque se cree el tío más inteligente del mundo y le gusta hacerse oír.

—No —gritó Liz—. O sea: ¿cómo se enteró de que había que hablar con ella?

—Exacto: no había ninguna necesidad.

## Capítulo 173

Menos de una hora después, Liz estaba tumbada en la cama de su habitación, que no dejaba de dar vueltas, a oscuras mientras la pobre Jane aguantaba todavía en el patio otra entrevista frente a los cegadores focos; aunque Liz acababa de pasar una de las mejores noches de su vida, a aquellas alturas seguro que su hermana estaba planteándose si había escogido la mejor manera de casarse.

De repente, movida por una especie de náusea, Liz se incorporó, encendió la lámpara de la mesilla, se levantó de la cama, agarró la tarjeta de plástico que hacía las veces de llave del cuarto y corrió pasillo abajo.

Mary abrió la puerta con un cepillo de dientes en la boca y los labios llenos de pasta dentífrica.

—¿Qué?

—Aquella vez que te cruzaste con Darcy en el Skyline, ¿le contaste que mamá seguía sin hablarse con Lydia?

Recelosa, Mary le preguntó:

—¿Por qué?

—Creo que acabó hablando con ella.

—Ah —respondió Mary en un tono un poco más amable—. Pues sí. —Se volvió al cuarto de baño y Liz la siguió. Escupió en el lavabo y enjuagó las cerdas del cepillo—. Me pidió permiso.

Pensaba que, por su profesión, podía explicarle a mamá el asunto en términos relacionados con el cerebro de Ham.

—¿Y va y le dice que es como una malformación congénita?

—Yo no estaba, pero se ve que ese es el único punto al que se agarra mamá.

Esto significaba que Darcy había velado por la felicidad de su familia no solo en una, sino en dos ocasiones; además de hacer que Jane y Chip volviesen, había facilitado la reconciliación entre Lydia y la señora Bennet. Pero ¿por qué? ¿Para beneficiar a quién? Ninguna de aquellas situaciones lo afectaba directamente, y en ningún caso había querido arrogarse el mérito de nada (de hecho, Liz se acordó de repente de que había evitado responder a cómo sabía que la señora

Bennet y Lydia se volvían a hablar), y sin embargo sus esfuerzos habían ido más allá de la simple amabilidad.

Mary cerró el grifo; las hermanas se miraron a los ojos en el espejo.

—Por si no eres consciente —le dijo Mary—. Te has pillado una borrachera brutal y ahora mismo apestas.

## Capítulo 174

A las nueve de la mañana, Ham dirigió una clase de *crossfit* en el patio; la noche anterior le había dicho a Liz que podía asistir quien quisiera, incluidos los padres, y que amoldaría los ejercicios a la forma física de los participantes. Pero no había manera de amoldarse al estado de deshidratación y jaqueca con el que se levantó ella. No se presentó a la clase; tampoco se presentó al almuerzo de mediodía con las dos familias; y solo un poco antes del ensayo de la cena, que se celebraba también en el patio, se obligó a salir de la cama. El ensayo de la cena se suponía que era informal; eran bienvenidos (los productores habían insistido mucho en ello) incluso los bañadores.

Liz se maquilló, se bebió una taza de café solo que hizo en una cafetera en el cuarto de baño y la fueron a buscar el mismo ayudante de producción y un técnico de sonido distinto al de la noche anterior.

Que el ensayo de la cena funcionase a la vez como ensayo auténtico para la boda y como acontecimiento por sí solo le suponía un enigma que le daba dolor de cabeza, pero la cabeza le dolía por otros motivos, y estaba más preocupada por qué mejunje del demonio se tomaría para

contrarrestar la resaca en cuanto terminara el repaso de la ceremonia. Mientras charlaba de cualquier cosa con el señor Bingley, cogió una copa de vino blanco de una bandeja que paseaban.

Cuando se enteró de a qué se dedicaba, el señor Bingley le confesó que siempre había querido escribir una novela. Con el vino en la mano, el ánimo con el que Liz afrontaba la noche mejoró enormemente.

Liz llevaba un vestido corto en lugar de un bañador; en cambio, Lydia, Kitty, Ham, Shane y

Caroline se metieron en la piscina (Liz intentó no mirar el pecho de Ham, pero en cuanto lo hizo se quedó impresionada por lo masculinamente definido que lo tenía; por encima y por debajo del

ombligo le crecía una línea de vello, y el único rastro de que hubiese sido una mujer eran dos finas cicatrices rojas bajo unos pezones de aspecto masculino). Las mujeres llevaban todas biquinis, que Liz dio por hecho eran cortesía de las cestas de bienvenida; el de Caroline era blanco, y en un momento dado emergió del agua, se acercó a Darcy (que iba con caquis y una camisa de manga larga con el cuello desabotonado) e intentó claramente convencerlo de que entrase en la piscina. Él negó con la cabeza; ella tembló toda sexi; aún así, él sacudió la cabeza.

Jane, al lado de Liz, dijo:

—¿Tú te vas a meter?

—Tengo miedo de convertirme en el ejemplo del tipo de mujer norteamericana que no debería llevar biquini y aun así se lo pone.

Jane se señaló la barriga.

—Entonces, que Dios me ayude.

—Venga, ya. Tú tienes carta blanca.

Había un montón de temas de los que quería hablar con su hermana, y no tenía ninguna posibilidad de abordarlos con garantías de que luego no lo emitiesen. ¿Lo estaba pasando fatal o el espectáculo le resultaba divertido? ¿Le caían bien los Bingley o lo estaba fingiendo? ¿Sus padres se estaban comportando o su madre había soltado alguna burrada ante las cámaras? Para

gran diversión de Liz, el señor Bennet y el señor Bingley habían descubierto un gusto común por el *cribbage* y los puros, y por lo visto se habían pasado casi todo el día en una mesa del patio fumando y echando partidas.

En la piscina emprendieron una lucha: Lydia subida a los hombros de Ham y Kitty encima de

Shane; Liz le preguntó a Jane:



—¿Estás nerviosa por lo de mañana?

Jane sonrió.

—Estoy preparada para vivir el resto de mi vida.

Como no podía evitarlo, Liz volvió a mirar directamente al de la cámara y al de sonido, que estaba a un metro y medio de ellas.

—Sois bienvenidos —dijo.

## Capítulo 175

Liz recorría el vestíbulo con Mary y el señor Bennet de camino a los ascensores para volver a sus habitaciones al terminar el ensayo de la cena cuando oyó que la llamaban. Al volverse la sorprendió toparse con Caroline Bingley, que andaba con brío hacia ella.

—Id yendo —les dijo a su padre y a su hermana, y esperó con recelo a Caroline. La mujer se había quitado el biquini blanco y llevaba unos tejanos oscuros y una sudadera con capucha gris entallada que parecía ser de cachemira.

Cuando estaba a pocos centímetros de ella, Liz le espetó:

—¿Qué quieres?

—Tú no pegas para nada con Darcy.

—¿Disculpa?

—No te hagas la tonta conmigo, Liz. Es evidente que le tienes echado el ojo desde aquel horroroso Cuatro de Julio en la barbacoa. Pero entonces no estaba disponible y ahora tampoco.

—Vale.

«¿Qué coño había motivado aquella confrontación?», se preguntó.

—Tu hermana tiene suerte de casarse con Chip. Mucha suerte. Pero tú no te hagas ilusiones. Sé que tu familia se considera —abrió comillas con los dedos— de «la alta sociedad de Cincinnati», pero eso es un oxímoron. Y lo de Darcy y yo viene de lejos. Siempre se ha dado por hecho que terminaremos juntos. Tenemos mucha química, y ahora por fin ha llegado el momento de ir en serio.

Liz sonrió con tanta malignidad como fue capaz.

—Qué maravilla para los dos.

—Si Darcy va detrás de ti, es solo porque ha perdido perspectiva a raíz de vivir en Ohio. Es como cuando la gente empieza a empatizar con sus secuestradores.

«Si Darcy te va detrás»..., ¿es que no eran pareja aquellos dos? Porque si lo eran, entonces esta salida de tono todavía era más desquiciada que si no. «Supongo que te habrás enterado de lo de mi hermano y Caroline», pensó Liz, y la revelación de su propia estupidez surgió como un relámpago en su cerebro. Al recibir el mensaje de Georgie, evidentemente, se preguntó: «¿Que me he enterado de qué?», pero pasó enseguida de preguntarse a sospechar que sabía

perfectamente de qué se trataba. Cuando escribía un artículo jamás sacaba conclusiones con tanta precipitación, jamás se habría permitido dar por hecho un dato sin esclarecerlo. Confiar, pero verificar: eso es lo que habría hecho. Sin embargo, en tres meses no había intentado verificar nada. ¡Con qué torpeza y con qué pocas pruebas se había entregado a la decepción de sus propios

deseos! ¿Por qué había estado tan dispuesta y había ayudado a la negación de lo que más quería?

—Pero, si Darcy va detrás de ti —le dijo lentamente a Caroline—, será un enlace más adecuado. Nadie se pondrá en ridículo.

—Mira. No es ningún secreto que tu padre ha llevado a tu familia a la bancarrota. Tu madre y tus hermanas son idiotas, y ahora tenéis un cuñado desviado. No eres la novia ideal para Fitzwilliam Darcy.

—A ver si lo entiendo. Tu hermano es el protagonista de un *reality* que tú has puesto en marcha. Pero mi familia es la que resulta demasiado chabacana para Darcy.

—Lo de la tele es cuestión de negocios. *Tal para cual* solo ha sido un medio para convertir a Chip en una marca y presentarlo para futuros proyectos.

—Hay que decir en tu defensa que crees lo que dices, aun cuando sea completamente ilógico.

Pero, de todas maneras, Darcy es un adulto que toma sus propias decisiones.

Caroline entrecerró los ojos.

—¿Ya estáis juntos?

Liz se echó a reír.

—¿Cómo vamos a estar juntos si es un delito contra la propiedad? Eso sería casi peor que vestir de blanco después del Día del Trabajador. O peor que usar el tenedor de la ensalada para el plato principal.

—Te crees muy lista. Eso ya lo sabemos.

—Ahora me voy a la cama. Buenas noches, Caroline. —Pero no había dado ni dos pasos hacia el ascensor cuando se volvió—. Por cierto: estamos encantados de que Ham forme parte de la familia, y eso de desviado ya no se dice. O, por lo menos, no lo dice la gente bien educada.

Hasta que no estuvo dentro del ascensor e hizo el breve trayecto de tres plantas no sea acordó de que había llevado micrófono durante toda la conversación.

## Capítulo 176

En la habitación del hotel, Liz cogió su móvil del escritorio donde lo había dejado antes del ensayo y buscó frenéticamente el mensaje de Georgie. Después de releerlo («Supongo que te habrás enterado de lo de mi hermano y Caroline y ahora me siento fatal por la conversación que tuvimos. Ojalá hubiese cerrado el pico») se puso a escribir a toda prisa.

«Georgie lo siento por no responderte al mensaje. Fue genial conocerte también para mí. Sé que no viene a cuento pero a qué te referías con lo de que ya me habría enterado de lo de tu hermano y Caroline?».

A lo largo de los siguientes diez minutos, Liz estuvo tan desconcertada e impaciente que empezó a dar saltos con las piernas separadas dando palmas en el aire para distraerse; después de unos cuantos, por deferencia a quien estuviese en la habitación del piso de abajo, pasó a hacer sentadillas. Aunque llevaba años sin fumar, se planteó ponerse a buscar un cigarrillo cuando, por fin, llegó la respuesta de Georgie: «Me refería al accidente de coche. Tu artículo de Kathy de Bourgh fue estupendo! Tal y como esperaba».

«Qué accidente de coche? Gracias por lo del artículo!».

La respuesta de Georgie se desgranó en tres burbujas distintas.

«No sé cuánto sabes ahora mismo, pero al volver de la excursión aquel día, otro coche chocó con el de mi hermano en las estribaciones y Caroline se fracturó la clavícula».

El segundo mensaje decía: «No fue culpa de Fizzy pero se sentía responsable porque conducía él. Caroline NO estuvo muy contenta el resto del fin de semana. Creo que ahora está mejor!».

El tercer mensaje decía: «Estáis todos en la boda de Chip y tu hermana, verdad? Qué gracia

imaginarme a Fitz en Tal para cual. Le pedí que se hiciese un selfie con Rick Price pero igual se le “olvida” así que recuérdaselo por favor!».

¿Acaso que Caroline hubiese tenido un accidente significaba que Liz tenía que sentir más compasión y menos aborrecimiento por ella?

«Para confirmarlo: tu hermano y Caroline no son pareja ni lo eran cuando estuvimos en Atherton?».

«Qué va!».

Por esto, decidió Liz, no debía aborrecer a Caroline: no porque no fuese aborrecible, sino porque no era nada de Darcy. Y entonces comprendió con repentina urgencia lo que tenía que decirle a Darcy y (todavía más importante) lo que tenía que preguntarle. De hecho, la urgencia

era tal que se planteó enviarle un mensaje de inmediato o averiguar en qué habitación se hospedaba y llamar a su puerta. Pero estaba claro que aquella conversación no podía abordarse de forma impulsiva.

«Gracias Georgie. Veré qué puedo hacer para conseguir una foto de Rick con tu hermano».

## Capítulo 177

Aunque las lágrimas de Chip durante los votos no sorprendieron a nadie, la duración y la magnitud del llanto fueron un espectáculo como Liz jamás había presenciado. Empezaron en cuanto Jane apareció, seguida por la procesión de sus hermanas y futuras cuñadas: la novia estaba resplandeciente, con su vestido de organza de seda de marfil; la melena rubia recogida en un moño no muy tenso; llevaba un velo de tul delicadamente salpicado de perlas de agua dulce y un

ramo de rosas blancas en la mano. Iba calzada con unos zapatos altos de satén dorado que le dejaban los dedos al descubierto y cuyos tacones, pensó Liz con cierta consternación, no estaban diseñados para sostener a alguien en el estado de Jane, aunque era innegable que contribuían a darle un porte general de una exquisita y hasta mágica belleza; Jane parecía prácticamente un ángel embarazado.

La acompañó al altar el señor Bennet, de flamante esmoquin. En la maleta se había llevado a

California uno que se compró en 1968 en Brook Brothers para la presentación en sociedad de una

chica llamada Peggy Isborne en el Cincinnati Bachelors Cotillion, y habían necesitado a varias jóvenes y atractivas miembros del departamento de vestuario de *Tal para cual* para convencerlo de que estaría mucho más elegante si ponían al día su atuendo. Las damas de honor vestían de color lavanda con ceñidores de gasa púrpura, y a pesar de que Liz recelaba en casi todo de *Tal para cual* le pareció bien que el departamento de vestuario hubiera escogido cortes personalizados que favorecían el cuerpo de cada mujer; el suyo no tenía mangas, se abría en un

cuello de pico y le llegaba por debajo de la rodilla.

La ceremonia tuvo lugar en el jardín; durante la noche, casi como por arte de magia, habían tapado la

piscina con una cubierta de acrílico transparente y allí reposaban las sillas de los invitados, divididas en dos grupos para formar un pasillo. En un extremo de la piscina se alzaba un altar de madera del que colgaban lienzos de tela de un blanco diáfano adornados con perlas de agua dulce siguiendo un diseño que imitaba el del velo de Jane. Había un equipo de rodaje de seis personas, una de las cuales se ocupaba de la cámara telescópica montada en una enorme grúa.

También en una grúa había un delgado panel rectangular de unos dos por tres metros. Oficiaba el acto Rick Price.

En cuanto divisó a Jane, la cara de Chip se contrajo; y la subsiguiente catarata de lágrimas habría bastado sin duda para bañar a un perro de tamaño mediano, un corgi galés o un border collie. Como dama de honor, Liz se quedó detrás de Jane y tuvo una vista privilegiada de la tormenta que retorció el semblante del novio. Cuando Jane y el señor Bennet hubieron recorrido

el pasillo y el padre hubo levantado el velo de la novia y la besó en la mejilla, le cogió la mano derecha y se la ofreció a Chip (ojalá, pensó Liz ante esta secuencia que se repitió una vez más para las cámaras, fuese de las que veía esta tradición como algo encantador y no repugnantemente patriarcal). Al sentarse el señor Bennet, Chip pío un «Estás tan precio...» pero fue incapaz de terminar, interrumpido por un nuevo torrente de emociones. Jane le puso la mano en el hombro y

le dio unas palmaditas y, aunque Liz no pudo ver la expresión de su hermana, estaba convencida de que era de profundo afecto.

—Bienvenidos —entonó Rick Price—. Estamos aquí reunidos hoy en este dichosísimo

acontecimiento, una celebración que supone la cumbre de la vida y el amor. Chip y Jane, delante

de vuestros familiares, Dios y el mundo, vais a prometeros el uno al otro. —Hizo una pausa y guiñó un ojo a los asistentes—. Bueno, ¿quién está listo para un poco de diversión?

Siguió un silencio incómodo y Jane dijo:

—Yo.

Chip intentó hablar pero le fue imposible, sorbió por la nariz mientras le chorreaban más lágrimas y se limitó a asentir.

Un productor barbudo que estaba detrás de uno de los equipos de grabación colocados por el medio dijo:

—Rick: vamos a repetirlo sin el guiño.

Y la ceremonia prosiguió de la siguiente manera: una serie de repeticiones y lágrimas que supuso que lo que habría sido un rito de diez minutos durase casi una hora. De vez en cuando los maquillaban de

nuevo, sobre todo a Jane, pero también a Chip, Rick Price y al resto de invitados; hicieron un descanso cuando Jane, acompañada por Liz y tres miembros de vestuario, fue a orinar; y, durante muchos minutos en cada toma, se limitaron a esperar mientras Chip se recomponía y la novia le murmuraba palabras tranquilizadoras que, de hecho, todos oían.

Aunque Liz no se aburrió en ningún momento, la ceremonia entera fue un purgatorio

surrealista y delicioso que, por ella, muy bien podría haber durado eternamente mientras cruzaba miradas de flirteo imposibles de interpretar con Fitzwilliam Darcy. Había recorrido el pasillo la última como dama de honor tras Jane y se las había arreglado para ignorar a Chip y a Rick Price

delante de ella y ver solo a Darcy: altísimo, serio y guapo. Su atractivo era asombroso. Pero la importancia de lo que quería decirle, combinada con la incertidumbre sobre cómo reaccionaría,

hacía que no tuviese prisa en que la ceremonia llegase a su conclusión. Dado que Darcy no era

novio de Caroline, y dados también los rumores de que sentía algo por Liz (un rumor que la extasiaba, propagado de forma inesperada por Caroline), experimentaba cierto grado de

optimismo. Pero el optimismo podía verse aplastado y podían romperle el corazón una vez más.

Al final, y pese a las abundantes lágrimas de Chip, la ceremonia tocó a su fin. La pareja hizo su paseo de la victoria pasillo abajo como marido y mujer y arrancó un furioso aplauso; acto seguido, como para asegurarse de que las cámaras no se perdían ni un detalle, dieron media vuelta y repitieron el paseo dos veces más. A partir de entonces dejaron que los invitados se mezclasen, aunque Liz sabía que todavía quedaba mucho por delante, incluido su brindis. Lo más probable

era que la grabación del primer baile y el momento de cortar la tarta de bodas requiriesen también más paciencia aún. Pero estaban sirviendo el champán, pasaban los aperitivos

(champiñones rellenos, *crostini* untados en queso de cabra) y pudieron disfrutar por unos minutos, al menos, un respiro de cierta libertad. Darcy estaba junto al *jacuzzi* charlando con Shane, y cuando Liz se apresuraba hacia él la interceptó Lydia.

—Este es el día más aburrido de mi vida —le dijo con la boca llena de champiñón—. ¿Tú no te aburres?

—Se ve que no estás hecha para la televisión. Y es bueno saberlo, ¿no?

—¿A Jane le van a dejar que se quede con el vestido?

—Tengo que hacer una cosa. Vuelvo en un segundo.

Se abrió paso entre Jane, Chip y un pequeño grupo que los rodeaba para darles la enhorabuena,

apagó el micrófono discretamente prendido al interior del vestido, cerca de la clavícula. En el borde

del *jacuzzi*, le dio un golpecito a Darcy en un brazo. Cuando él la miró, le dijo:

—Ey. Ey, Shane. ¿Te puedo robar a Darcy un segundo?

De cerca veía perfectamente el maquillaje que llevaba Darcy (base en polvo, por lo visto), cosa que le habría resultado desconcertante de no estar tan preocupada con la misión que se había autoasignado.

—Estás fantástica, Liz —le respondió Shane. Alzó su copa—. Chinchín.

Liz no levantó su copa, pero repitió:

—Chinchín. —Y le dijo a Darcy—: ¿Me acompañas?

—¿Adónde? —le contestó este sin demasiada cordialidad.

Había pensado en un punto más allá del camino que flanqueaba el complejo. Lo señaló.

—Por allí. ¿Y puedes apagarte el micro?

—¿Que qué?

Era más fácil hacerlo que explicarlo: se puso de puntillas, llevó una mano a la solapa de su americana y se lo apagó ella misma. Se dio la vuelta y se dirigió rápidamente hacia el caminito, todavía con el ramo en la mano, evitando cruzar miradas con la familia y los miembros del equipo, y con la esperanza de que nadie más que Darcy la estuviese siguiendo; seguro que algún

técnico de sonido, o igual alguien en la sala de control, se habría dado cuenta de que había perdido la señal de la madrina y del padrino e iba de camino para arreglar el problema.

Echó una mirada por encima del hombro (Darcy la seguía), se salió del camino y se metió detrás de una enorme roca rodeada de matorrales del desierto y suelo de arena blanqueado. Él la alcanzó con semblante inquisitivo y se quedaron mirándose.

—Hablaste con mi madre de lo de Ham, ¿verdad? —Él pareció sorprendido—. Lydia y Mary me lo contaron de pasada.

Darcy la escrutó antes de decir:

—Me temo que la explicación de la malformación congénita no es un ejemplo políticamente correcto, pero intentaba encontrar la manera de hacerlo inteligible para alguien de su generación.

—¿Hablaste con ella por teléfono o en persona? —Liz no tenía pensado preguntarle aquello, pero se dio cuenta de que sentía curiosidad.

Darcy sonrió.

—Una pregunta muy lizbennetiana. Me llevé a comer a tus padres.

—Qué valiente. —Tras una pausa, añadió—: Una pregunta lizbennetiana ¿es algo bueno o malo?

—El caso es que esa también es una pregunta muy lizbennetiana.

—No iríais al Skyline, ¿no?

—Fuimos a Teller's. ¿Quieres saber lo que pedimos?

Pero en el tono de su voz se detectaba un afecto creciente, no sarcasmo. Y pensar en Darcy invitando a su madre y a su padre a comer, sentándose en una mesa en Teller's, ayudándoles, con

la autoridad que le confería su título de médico, haciéndoles entender que tener un yerno transexual no era algo terrible... era muy conmovedor.

—Gracias. Y gracias también por hacer que Jane y Chip se reconciasen, por organizar la cena de Nueva York.

—Me alegro de que te lo tomes así después de todo lo que hemos pasado estos últimos días. —

Se acarició la mandíbula con los dedos—. Y yo aquí maquillado como un tonto.

—Pues la verdad es que te pega. ¿Al centro no le parece mal que hayas pedido días libres?

—Voy a tener que trabajar en Navidades y en Año Nuevo, así que bien. Georgie viene a Cincinnati en vacaciones. —Sus miradas se cruzaron de nuevo—. Georgie me llamó anoche.

Estaba preocupada por si te había enviado un mensaje confuso el Día del Trabajador.

—No fue culpa de Georgie. Si yo me hubiese dignado... —Liz tragó saliva—. Me precipité al

sacar conclusiones. No sabía que Caroline y tú habíais tenido un accidente de coche, y pensé que estabais juntos, en plan pareja. No me pareció una idea disparatada, porque me di cuenta de que

te había molestado que interrumpiese nuestro desayuno y me fuese a Cincinnati cuando Lydia se

fugó. Luego, cuando me mandaste un mensaje justo al volver a Nueva York, ojalá no hubiera respondido con tanta frialdad, pero fue por eso. Y también por eso no me comporté muy bien en

la cena con Jane y Chip.

—Sí, aquella noche me di cuenta de que había hecho algo que te había disgustado. Aunque no

tenía muy claro qué.



—La verdad es que quise preguntarte cómo estaba Georgie, aquella noche.

—Mucho mejor. Gracias.

Se hizo un breve silencio y Liz se atrevió a añadir.

—Lo siento. Siento haber sido grosera, porque no te merecías mis groserías. En Atherton sentí que estábamos como nunca. Me lo pasé muy bien contigo y pensé que tal vez me habías perdonado a pesar de haberme portado fatal en Cincinnati. Pero, después de fugarse Lydia, fue como si hubiese dado al traste con nuestra oportunidad.

—Yo no estaba enfadado aquella mañana. Estaba desilusionado. Y luego me maldije por tardar tanto en reaccionar, pero tú estabas tan abrumada con lo de tu familia que me pareció mejor dejarte espacio.

—Bueno, tenías razón en lo de que mi familia es un desastre, como pronto va a saber todo el país. Y en lo de que soy una cotilla y menos divertida de lo que me creo.

—Liz. —Darcy le cogió un antebrazo y aquel gesto hizo que el corazón se le desbocase—.

Espero que sepas que tu talento para el cotilleo es una parte importante de la razón por la que me gusta estar contigo. —La estaba mirando con una mezcla de admiración y ternura—. Nunca he conocido a nadie que se interese tanto por los demás. No soy capaz de predecir quién te va a caer bien y quién no, pero siempre sé que tus motivos serán muy concretos y que los expresarás con una vehemencia tremenda. Tampoco he conocido nunca a nadie que sea tan leal a su familia.

—¿Estás de coña? Ni siquiera todas mis hermanas me caen bien. Ni mis padres.

—Y aun así ni te lo piensas a la hora de meterte en un avión en plena canícula para ir a ayudarlos en cuanto te necesitan. —Darcy desvió la mirada, aunque no la soltó del brazo, electrizante—. Por si no está claro, yo también me equivoqué en un montón de cosas. Aquella mañana en el apartamento de tus hermanas, supongo que pensé... —Se calló—. Pensé que tenía

que ser grosero para compensar lo de estar enamorado de ti. Tenía miedo de andar persiguiéndote como un chavalín y que te pareciese cutre. Pero se me fue la mano.

Liz experimentó simultáneamente un arrebató de esperanza al oír la referencia a que estaba enamorado de ella y pánico de que ya no fuese así. ¿Acaso no podía indicarle si sí o si no para acabar con su sufrimiento? Le costaba hablar, pero dijo muy despacio:

—Caroline me dijo anoche que no puedo ser tu novia, porque mi familia es chabacana y tal.

Pero eso me hizo preguntarme... —Liz vaciló—. Me hizo preguntarme si ella estaba equivocada.

Si temía que fueses a decirme que estabas interesado en mí porque no sabía que ya lo habías hecho.

Darcy la miraba con gravedad.

—Si te dijese de nuevo que estoy interesado en ti..., ¿te parecería buena idea?

Liz asintió. Trató de que no le temblase la voz al decir:

—Soy lo suficientemente mayor para saber que a veces no hay segundas oportunidades.

—Cariño mío... —Darcy llevó una mano a su mejilla mientras se inclinaba hacia ella; Liz pensó que se le iban a escapar las lágrimas y cerró los ojos—. Yo te daría..., te daré tantas oportunidades como necesites. Lo que siento por ti no ha cambiado. Y todas las frases pastelosas que fui demasiado cobarde para decirte entonces siguen siendo igual de verdaderas. Eres distinta a cualquier otra mujer que haya conocido. Incluso cuando discutes conmigo estoy a gusto. Y

cuando venías a mi apartamento... de las veces que mejor me lo he pasado en la vida.

Liz abrió los ojos.

—Te pasas el día viendo cerebros enfermos. No te ofendas, pero tu baremo de lo que es divertido debe de ser más bien bajo.

—No. Qué va. Cuando te marchabas con tu ropa de deporte, te miraba por la ventana y pensaba: «Un día se irá y será la última vez que la vea». Me destrozaba. No quería que fuese nuestro último día, y así fue como me di cuenta de que me había enamorado de ti.

Tamaños cumplidos eran emocionantes pero casi imposibles de digerir en tal cantidad y tan seguidos. Era como si la estuviesen rociando con un granizo maravilloso, y pensó que ojalá pudiera guardarse las piedrecillas para examinarlas más tarde una a una, pero la potencia de su ser estaba circunscrita a aquel momento. Y, de todas formas, el reloj seguía avanzando.

Todavía tenía el ramo en las manos, así que se agachó como pudo con los zapatos de tacón morados, dejó las flores en el suelo irregular; luego se puso en pie de nuevo y le tendió los brazos a Darcy. Tras una breve vacilación durante la cual Liz invocó el espíritu guía de Kathy de Bourgh, él le cogió de las manos.

—Darcy. Fitzwilliam Cornelius Darcy V. Sé tu nombre completo porque lo googleé. ¿Te parece escalofriante o te impresiona?

—¿Voy a herir tus sentimientos si te digo que ni una cosa ni la otra?

Ella sonrió con sorna.

—Fitzwilliam Cornelius Darcy, te admiro muchísimo. Por el trabajo que desempeñas, por cómo salvas vidas literalmente, por el respeto a tus principios..., eres la persona con más principios que conozco. Aunque eso suponga que a veces resultes insultante, eres la única persona que conozco, aparte de mí, que jamás miente. Y eres asombrosamente listo y, cuando no estás diciendo verdades hirientes, eres increíblemente atento, amable y honesto. Te quiero, Darcy: te

quiero con todo el fervor de que soy capaz. Y quiero que sepas... —Uno de los dos, o tal vez ambos, estaba temblando; les temblaban las manos entrelazadas, y a Liz el corazón le iba a mil

por hora. Levantó la mirada hacia él y dijo—: Quiero preguntarte si te casarías conmigo. ¿Me harías el honor de ser mi esposo?

No tenía ni idea de que Darcy pudiese sonreír de aquella manera.

—Pensaba que no me lo ibas a pedir nunca.

—No traigo anillo, pero ten.

Se inclinó y le besó la base del dedo anular de la mano izquierda, con la que seguía tomándole la suya.

Darcy se inclinaba hacia ella y Liz levantaba la cara cuando dijo:

—Ah, y pienso firmar un acuerdo prematrimonial. Evidentemente, tu familia tiene millones de dólares y la mía está al borde de la quiebra, pero eso no tiene nada que ver con que quiera casarme contigo.

—Qué romántico. Creo que podemos ocuparnos de esos detalles sobre la marcha.

—Y entiendo que tendré que mudarme a Cincinnati. No puedo creer que vaya a decir esto, pero ni siquiera me importa. Menuda ironía, ¿eh?

—¿Liz?

—¿Sí?

—¿Te vas a callar un segundo para que pueda besarte como Dios manda?

Liz soltó una risilla.

—Si no te preocupa que se nos corra el carmín.

—La verdad es que ese es el único cosmético que no llevo encima ahora mismo —respondió él,

y entonces (fuera del complejo, tras la roca, él de esmoquin y ella con el vestido de madrina color lavanda) sus cabezas se juntaron y se dieron un beso tan largo que pasó por múltiples fases, incluyendo una en la que ambos sonreían, prácticamente partiéndose de risa, y otra en la que Liz se olvidó de dónde estaba.

Cuando, al final, pararon, Darcy dijo:

—Supongo que irnos a mi habitación ahora mismo supondría una infracción de nuestros contratos con *Tal para cual*.

Se miraban a los ojos, deliberando en silencio, cuando Anne Lee rodeó la roca, seguida de cerca por un equipo de grabación. Darcy y Liz se separaron instintivamente.

—Chicos, tenéis los micrófonos apagados —les dijo con tono alegre—. Tenemos que arreglarlos. —Ya había un técnico de sonido hurgando en el vestido de ella; lo hacía con profesionalidad, pero seguía siendo raro—. ¿Os habéis desconectado los micros adrede?

Liz dijo:

—No.

Y Darcy:

—Sí.

Anne paseó la mirada de uno a otro.

—¿Por qué los habéis desconectado?

—Queríamos intimidad —respondió Liz.

—¿Estáis liados?

Tras otra pausa, Darcy contestó:

—Eso apenas importa.

—Sé que sí. Os acabo de ver enrollándoos.

¿Era un farol?

—Entonces supongo que eso responde a tu pregunta —le dijo Liz.

—¿Cuánto tiempo lleváis saliendo?

De nuevo se hizo un silencio y, con irritación indisimulada, Anne dijo:

—Vale. Os quiero en el banquete ahora mismo.

Mientras la seguían por el caminito de vuelta al jardín, Liz notaba la presencia de Darcy tras ella y se estremeció regocijada. «Un polvo de odio», pensó exultante. «¡Un polvo de odio, pero sin el odio!».

El banquete duró hasta pasada la medianoche y en todo aquel rato Darcy y ella estuvieron muchas veces uno al lado del otro, pero apenas se hablaron salvo para hacerse comentarios amables y banales:

—¿Te lo estás pasando bien? —le preguntó él en un momento dado con la mayor de las cortesías.

—Sí. ¿Y tú?

—Yo también.

Solo bailaron juntos una vez (por lo visto, Darcy solo sabía bailar lentas, y aun así con algo de torpeza, cosa que no la sorprendió) y apenas si hablaron; pero ella apoyó la cabeza contra su pecho y su solidez fue como la promesa de un futuro juntos.

A medida que los diversos rituales de un banquete de bodas iban siendo reproducidos y grabados, su brindis incluido (irónicamente, su distracción pareció ayudar a que la cosa fuese fluida), Liz comprendió que el equipo de *Tal para cual* solo hacía lo que se suponía que tenía que hacer, lo que las familias Bennet y Bingley les habían dado permiso para hacer. Aun así, no pensaba darles acceso a su nuevo y maravilloso romance; amaba a Darcy demasiado como para

intentar demostrárselo a nadie más que a él.

**Cuatro meses después**

## **Capítulo 178**

Se sucedieron conversaciones sin llegar a ponerse de acuerdo sobre cómo verían los Bennet el especial boda de *Tal para cual*, y al final la opción que más les cuadró fue que Ham y Lydia organizaran una cena en su casa para verlo en el salón cuando se emitiese. Liz y Darcy seguían en el piso de Madison Road de él (ella se había vuelto de Nueva York en febrero y habían comprado,

aunque todavía no se habían mudado, un apartamento en el centro, en el barrio de Over-the-Rhine); a Liz lo cierto es que no le hacía gracia ver el programa con la familia. La vanidad de sus miembros podía salir tan magullada que, se temía, luego requeriría que ella los reparase.

Resultó que la primera aparición de Jane no fue en *Tal para cual: Chip y Jane camino del altar*, sino dos semanas antes del especial, en *Tal para cual: Especial reencuentro de favoritos de los fans*, y a

los de Cincinnati les cogió por sorpresa. Aunque Liz esperaba tener que apartar la mirada de la pantalla para no ver a Chip abriéndose paso por la temporada a fuerza de morreos, lo cierto es que llegados a aquel punto del programa solo se había emparejado una vez. Y, si bien fueron testigos de un magreo en una hamaca entre él y Rachelle B. (no confundir con Rachelle T.) que

parecía más que consensuado, al día siguiente Chip le había dicho con gran pesar a la chica que su corazón pertenecía a otra persona. En el siguiente episodio mencionaba a Jane durante un confesionario, pero ni aun así estaban ni Liz ni el resto de los Bennet listos para verla aparecer en el penúltimo episodio del reencuentro a la semana siguiente.

Los concursantes se recuperaban en el *jacuzzi* de una carrera de obstáculos desnudos cuando sonaba un teléfono. Una de ellos, llamada Lulu, salía del agua y corría adentro con el biquini goteando. Descolgaba el aparato de un teléfono negro de disco que Liz estaba convencida de que

era atrezo, en una mesa del salón de la casa principal; estaba segura de que hasta ese momento no había habido ningún teléfono en el recinto.

—Chip —gritaba Lulu—, ¡es para ti!

Chip respondió y entonces se partió la pantalla y apareció Jane. Estaba tumbada en una cama que su hermana reconoció como la habitación que habían compartido en el Hermoso Desert Lodge.

—Soy Jane. Tengo noticias. Sé que ya no estamos juntos... —La toma se abría para mostrar su barriga, que palmeaba—. Estoy embarazada.

Chip se quedó boquiabierto y pasaron a publicidad.

Estaba claro que ambos eran cómplices del engaño, aunque Liz dudó si llamar a su hermana para preguntarle, porque Adelaide Bennet Bingley, que había nacido tres semanas antes con tres

kilos doscientos gramos de peso, era un poco movida a última hora de la tarde, y en Los Ángeles

eran en aquel momento las seis y media. En escenas adicionales, Jane y Chip se confiaban por teléfono su amor pese a todo, y Chip daba una gran caminata por la playa, una excursión caracterizada (a juzgar por su expresión) por la contemplación deprimida o una molestia gastrointestinal. El teléfono de Liz no paraba de zumbar con los mensajes de Lydia y Kitty, que

estaban viendo el programa en el Grasmoor («WTF! Sabiais esto? Jane no estaba en el reencuentro no?»). A la siguiente pausa publicitaria, no pudo resistirlo más y le escribió a Jane:

«Sabes que estás saliendo en el reencuentro de Tal para cual ahora mismo?».

Poco después, le sonó el teléfono:

—Los productores querían presentarme durante el reencuentro para predisponer a la audiencia

a desear que Chip y yo acabásemos juntos. ¿Les está quedando convincente?

—La verdad es que sí.

De fondo, Liz oía un quejido de Adelaide. Tres días después de que naciese, viajó a Los Ángeles para conocerla; era una personita milagrosa y diminuta a la que adoró de inmediato, a la vez que sentía alivio de no ser su madre.

—¿Cómo está mi sobrina?

—No le da la gana de dormirse si no es en brazos de alguien, y aun así hay que dar las gracias.

—La voz de Jane se volvió aguda y cantarina; sonaba radiante—: ¿Verdad, Addie? ¿Eh que sí, pequeñina? ¿Para qué vas a querer cerrar los ojos con todo lo que hay que ver?

—Dame. —Oyó que decía Chip—. Dámela. Y dile hola a Liz de mi parte.

—¿Lo estáis viendo?

—No teníamos pensado verlo —replicó Jane riéndose—. A ver: es que ya sabemos lo que pasa.

## Capítulo 179

—¡Fred! ¡Ven rápido! —le había gritado la señora Bennet a su marido al ver a su hija mayor en la pantalla—. Por Dios y la Virgen, Lydia, dile a tu padre que venga de inmediato.

—¡Papá! —gritó Lydia sin levantarse del sofá—. Es una emergencia.

El señor Bennet llegó a paso reposado desde su dormitorio.

—¡Es Jane! ¡Ahí! —La señora Bennet señalaba la televisión.

Continuó soltando exclamaciones durante la pausa publicitaria y cuando retomaron el programa, hasta que Kitty dijo:

—Mamá, si hablas no oigo.

«De haberlo sabido, no me habría marchado», le estaba diciendo Chip a Jane por teléfono.

«Jane, no soy de los que abandonan a la madre de su hijo. Siempre te he amado, y siempre he querido que lo nuestro funcionase».

—¡Ay! —La señora Bennet aplaudió—. ¡Van a decir que la niña es suya! ¡Lo sabía, lo sabía!

¡Así tiene mucho más sentido!

—Pero es mentira —dijo Kitty.

—Kitty: se le llama *reality*, pero no es la realidad —le replicó Lydia.

Ni Ham ni Shane estaban esa noche en el Grasmoor; después de hacerse amigos en Palm Springs, Shane se había apuntado al gimnasio del otro y les había dado por salir a cenar de barbacoa coreana los jueves por la noche, cuando Ham terminaba su clase.

—¿No es curioso que en el primer episodio que veo en mi vida de *Tal para cual* salga mi hija?

El señor Bennet bufó con sorna.

—Esa no cuela ni de broma, Sally.

—No sé a qué te refieres.

—Mamá, si lo ves con nosotras cada semana —le contestó Kitty.

—Bueno, veo trocitos sueltos, pero no el programa entero. —Kitty, Lydia y el señor Bennet se miraron entre sí y la mujer añadió—: ¡Que no lo veo! Ya me conocéis, siempre ando de aquí para allá.

De hecho, como de costumbre, llevaba sentada todo el episodio, que ya iba por su segunda hora larga; había estado hojeando sus catálogos de menaje, pero durante los anuncios, principalmente.

—Nunca he sido muy de ver la tele —se defendió y, con independencia de que los demás la creyesen o no, estaba clarísimo que ella sí se lo creía; hablaba con seguridad y satisfacción cuando dijo—: Siempre he preferido un buen libro.

**Dos semanas más tarde**

**Capítulo 180**

—Tenía la idea de que este programa era horroroso —comentó Darcy a los siete minutos de *Tal para cual: Chip y Jane camino del altar*—. Pero es literalmente insoportable de ver.

—Literalmente no —apostilló Liz—. No se te derriten las pupilas.

Estaban acurrucados el uno contra el otro en el sofá, tapados con una manta; aun estando a principios de abril, todavía hacía frío en Cincinnati.

Darcy se tiró de los párpados inferiores con la punta de los dedos.

—¿Tú estás segura?

—Te propongo un trato. Si me prometes aguantar los tres próximos programas, yo no te vuelvo a



hacer ver nunca más *Tal para cual*.

Darcy sonrió burlón.

—¿A ti te parece que me tiene eso? No es que esté obligado a verlo, que digamos.

—En realidad sí, no te creas. Porque tú sales y yo también, y uno y otro somos el amor de la vida del otro.

Darcy se inclinó hacia ella y la besó.

—Uno y otro somos el amor de la vida del otro, pero eso no tiene nada que ver con *Tal para cual*.

Lo que Liz no sabía aún pero estaba a punto de descubrir, era que la humillación de *Tal para cual: Chip y Jane camino del altar* le estaba reservada principalmente a ella. Liz, sus hermanas y las hermanas de Chip aparecían en pantalla con letreros donde no solo se leían sus nombres, sino (tal vez con el objetivo de diferenciar aquella recua de mujeres) sus identidades, o las identidades estereotipadas que habían querido endilgarles con independencia de la realidad. Brooke Bingley era la «Ama de casa», cosa que no era mentira; pero Caroline Bingley era la «Romántica». Lydia Bennet era el «Espíritu libre», Kitty la «Emprendedora», Mary la «Estudiante», y Liz (¡ay, cómo le escoció esto!) la «Fiestera». Poco después de una secuencia en la que Kitty declaraba: «Lo que me interesa a largo plazo es abrir una cadena de salones de belleza que se ocupen no solo del físico, sino también del bienestar interior», aparecía Liz diciendo: «Me describiría como una persona centrada y con los pies en la tierra», y acto seguido un montaje de ella trasegando vino, bebiendo chupitos y en un momento dado no ya con una copa en la mano, sino con dos copas de champán de las que bebía a la vez. Cosa que sucedió en realidad durante el banquete, pero solo porque le había sostenido la copa a su madre y como estaba demasiado llena le había dado un sorbo para que no se le derramase.

Por supuesto, el enfrentamiento con Caroline aparecía sin cortar, contextualizado previamente por múltiples entrevistas en las que aquella rajaba sobre Liz y comentaba con sorprendente franqueza (si es que un delirio puede considerarse franco) su convencimiento de que Darcy y ella estaban destinados el uno al otro. Un equipo de grabación, aunque sin sonido y a una distancia de unos doce metros, captó la proposición de Liz a Darcy y el abrazo subsiguiente; una cosa y otra aparecían interrumpidas por tomas de Caroline llorando furiosa como si estuviese observando la escena en el momento, cosa que Liz dudaba que hubiese sucedido. Pero igual aquel llanto delante

de las cámaras fue el precio que Caroline había tenido que pagar para convertirse en la estrella de la siguiente temporada de *Tal para cual*; el anuncio de su participación, haciendo hincapié en que era la primera vez en la historia del programa que dos hermanos habían sido protagonistas uno

después del otro, se haría a la semana siguiente.

Liz había dado por hecho que no era lo suficientemente interesante como para que le prestasen demasiada atención durante el especial de la boda, teniendo en cuenta que rondaba los cuarenta, no tenía una relación transexual ni interracial y no se ponía biquini. Descubrir lo equivocada que estaba habría sido halagador si no resultase tan embarazoso.

—No creo que me atreva a salir del apartamento nunca más —le decía a Darcy—. ¿No te mortifica que la gente sepa que estás prometido con la «Fiestera»?

Iban a casarse en agosto en la iglesia de Knox. Se plantearon celebrarla en Pemberley, justo antes de que la propiedad pasase al Fondo Nacional para la Preservación Histórica, pero Liz llegó a la conclusión de que su madre era quien más se preocuparía de los preparativos, y que debido a una confluencia de circunstancias inimaginables resultaba que era la hija que mejor podía cumplir los sueños de boda de la mujer, así que ¿por qué no?

Darcy la miraba divertido.

—¿Qué me importa lo que piense la gente? —Besó a Liz en la frente y añadió—: Además, ¿quién no querría casarse con la «Fiestera»?

## Capítulo 181

Mary estaba firmemente convencida de que si una mujer (lo que, aunque no todos lo supiesen, era lo mismo que decir «cualquier mujer») era capaz de satisfacer sus propios deseos no tendría que verse obligada jamás a humillarse persiguiendo a un hombre. El consolador de veintidós centímetros del que fanfarroneaba Lydia sonaba llamativo pero, después de experimentar a lo largo de los años, había optado por un elegante y ergonómico vibrador con cinco modos de estimulación y un motor casi inaudible. Lo usaba cada noche antes de acostarse y a veces también por las mañanas, después de que sonase la alarma para ir a su puesto de encargada de contabilidad en Procter & Gamble.

Asistió al Macalester College para cursar estudios universitarios, y allí se lió con dos hombres y con una mujer, sucesivamente, y la lección que sacó de todo ello fue que el sexo no le importaba gran cosa, y menos aún compartir cama. Por entonces, antes de que los sitios web de ligoteo estuviesen a la orden del día, la intimidad física implicaba tal embrollo... Empezabas con comidas y conversaciones con alguien a lo largo de semanas y meses antes de obtener una gratificación tangible y, aun entonces, la gratificación no estaba garantizada; era un procedimiento tremendamente ineficaz. En cuanto a lo de compartir cama, los ronquidos del otro

y lo de pelearse por la manta, las charlitas de conveniencia al acostarse o levantarse..., a ver, ¿qué sentido tenía todo eso? Mary prefería ocupar todo el colchón y apagar o encender la luz cuando le apeteciese.

Explicar su punto de vista a sus hermanas o cualquier otra persona era algo que ni se planteaba.

Toda la gente que conocía andaba preocupada por encontrar pareja, ya fuese para ellos o para los demás, así que comprendía que intentar convencerlos le costaría un esfuerzo tedioso e inútil (y

hablando de esfuerzo: esa era otra de las cosas que no hacía Mary; ni dieta, ni depilarse las piernas, las axilas o las cejas, ni maquillarse. Se duchaba a diario, se cepillaba los dientes y se ponía desodorante, una rutina con la que consideraba haber cumplido su cuota de higiene de cara

a la sociedad).

Aunque sabía que sus hermanas la consideraban un bicho raro y que aquella opinión no haría

sino empeorar si a ella le daba por explicar cómo se planteaba realmente la vida, observaba con

una sorna de casi antropóloga sus elaborados rituales de *fitness*, las lociones perfumadas artificialmente y las horas (qué digo horas, ¡años!) que dedicaban a hacer que un hombre las viese a través de un prisma concreto; le recordaban a esas bailarinas de plástico que van dentro de las cajas de música y dan vueltas en sus privadas órbitas de narcisismo.

No las detestaba, no las consideraba malas (sí superficiales, pero no malas) y aun así no les tenía apego, no pasaría tiempo con ellas por voluntad propia. Aunque hay que decir que no era de pasar tiempo con casi nadie, en general.

Ni siquiera los miembros de la liga de bolos, que era lo más parecido que Mary tenía a una comunidad, eran gente con la que se viese más allá de los martes por la noche. El equipo lo formaban otras dos mujeres y dos hombres, y la persona más cercana en edad le llevaba dieciocho

años. Entre las virtudes que les veía, una de ellas era que no había posibilidades de encontrárselos en el Club de Campo de Cincinnati.

En realidad, fue el deporte más que la gente lo que atraía a Mary una semana tras otra al Madison Bowl. Cada vez que entraba en el edificio, con aquel olor a gimnasio y a patatas fritas, con su rítmico entrecuchar de poliuretano contra la madera, la emoción le activaba las glándulas salivales.

Si el primer capítulo de *Tal par cual: Chip y Jane camino del altar* hubiese caído en cualquier noche que no fuese de martes, Mary igual lo habría visto (o no); la decisión habría dependido de si la pillaba en medio de fechas de entrega para Procter & Gamble o de una lectura placentera, o no.

Resultó que el primer episodio se emitió un martes, de modo que a Mary ni se le pasó por la

cabeza saltarse los bolos. Por lo tanto, en el momento exacto en que su imagen apareció por primera vez en las pantallas de todo el país («Mary Bennet: la “Estudiante”»), estaba esperando

su turno en la pista 10. Cuando Felicia, que era la compañera de equipo de cincuenta y siete años, profesora de Educación Especial, se apartó, ella se dirigió hacia el mecanismo de vuelta de las bolas, insertó los dedos en la suya (usaba una que pesaba seiscientos gramos), la levantó del raíl, se acercó decidida a la línea de falta a la vez que estiraba el brazo derecho por detrás de la espalda, miró fijamente los bolos y la soltó. La bola recorrió la pista de madera encerada. En los segundos que precedieron a la colisión, Mary supo que iba a conseguir un pleno, y así fue: todos los bolos cayeron y, cuando cayeron, la cosa fue tan y tan satisfactoria... El mecanismo que recolocaba los

bolos descendió y Mary cerró el puño, dobló el brazo y lo hincó en un gesto de victoria. Sus hermanas, pensó, tendrían sus amoríos y sus noviazgos, sus melodramas y sus reconciliaciones;

para ella, aquello era la gloria.

## **Agradecimientos**

Tengo la increíble suerte de trabajar con un trío de mujeres fuertes, listas y divertidas: mi agente, Jennifer Rudolph Walsh; mi editora, Jennifer Hershey; y mi publicista, Maria Braeckel.

Por creer en mí, y por ser gente con la que siempre es un placer relacionarse, estoy muy agradecida a tantas otras personas de WME; entre ellas: Cathryn Summerhayes, Raffaella DeAngelis, Tracy Fisher, Alicia Gordon, Erin Conroy, Suzanne Gluck, Claudia Ballard, Eric Zohn, Maggie Shapiro, Katie Giarla y Elizabeth Goodstein.

En Random House, he sacado un gran provecho del apoyo y de la sabiduría de Gina Centrello, Avidah Bashirrad, Theresa Zoro, Sally Marvin, Leigh Marchant, Susan Kamil, Tom Perry, Sanyu Dillon, Caitlin McCaskey, Anastasia Whalen, Anne Speyer, Sarah Goldberg, Christine Mykityshyn, Janet Wygal, Bonnie Thompson, Alaina Waagner, Maggie Oberrender, Paolo Pepe, Robbin Schiff y Liz Eno.

De Reino Unido, estoy en deuda con Louisa Joyner y Katie Espiner, que me abordaron con la idea de este libro, así como con Kate Elton, Cassie Browne, y Suzie Dooré de Borough Press, que lo acompañaron hasta llevarlo a buen puerto. Valoro el trabajo de mis amigos de Transworld; entre ellos: Marianne Velmans y Patsy Irwin, que hicieron posible una excursión para documentarme.

Entre mis generosos primeros lectores están Emily Miller, Susanna Daniel, Samuel Park, Jynne Dilling Martin, Sheena Cook, Eric Bennett, Rory Evans, Anne Morriss, Susan Marrs, Tiernan Sittenfeld, Jo Sittenfeld, y, como referente para cualquier duda relacionada con Cincinnati, P. G.

Sittenfeld. Mis padres, Paul y Betsy Sittenfeld, no deben ser confundidos (gracias a Dios) con Fred y Sally Bennet, aunque estoy segura de que se habrán cruzado con uno u otro en alguna velada nocturna.

Mi marido, Matt, y nuestros niños son mis chicos del Medio Oeste preferidos.

Disfruté de muchas conversaciones entretenidas y de riquísimos aperitivos con la gente de mi club de lectura de Austen: Hillary Sale, Maggie Penn, Becky Patel, Stephanie Park Zwicker, Jane Price, Susan Appleton, Susan Stiritz y Kristin Maher.

Mi especial afecto para la gente que sabe más que yo de ciertos temas y que me permitió darles la vara, a menudo pasándome de concienzuda: Ben Hatta, Jute Ramsay, Elizabeth Randolph, Liz Rohrbaugh, Mariagiovanna Baccara, Bruce Hall, Wyman Morriss, Cynthia Wichelman, Craig Zaidman, Stephanie Park Zwicker (¡otra vez tú!), Maurizio Corbetta, John Stewart, Jarek Steele, Kris Kleindienst y Tricia Sanders.

En cuanto a investigación, también quiero dejar consignado el uso que hice de las instalaciones de Filoli, en Woodside, California, y de un artículo sobre arañas de octubre de 2014 del *St. Louis Post-Dispatch*, firmado por Susan Weich. *Transgender 101: A Simple Guide to a Complex Issue* es un libro real de Nicholas M. Teich.

Para acabar, no hará falta decirlo pero lo diré de todas formas: le estoy muy agradecida a Jane Austen, cuyos libros han proporcionado placer a tantos lectores, a mí incluida.

Título original: *Eligible*

Edición en formato digital: enero de 2017

En cubierta: fotografía de © Bill Diodato / Stone / Getty Images

© Curtis Sittenfeld, 2016

© De la traducción, Rubén Martín Giráldez, 2017

© Ediciones Siruela, S. A., 2017

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16964-94-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

# Document Outline

- [Portadilla](#)
- [Sin compromiso](#)
- [Primera parte](#)
  - [Capítulo 1](#)
  - [Capítulo 2](#)
  - [Capítulo 3](#)
  - [Capítulo 4](#)
  - [Capítulo 5](#)
  - [Capítulo 6](#)
  - [Capítulo 7](#)
  - [Capítulo 8](#)
  - [Capítulo 9](#)
  - [Capítulo 10](#)
  - [Capítulo 11](#)
  - [Capítulo 12](#)
  - [Capítulo 13](#)
  - [Capítulo 14](#)
  - [Capítulo 15](#)
  - [Capítulo 16](#)
  - [Capítulo 17](#)
  - [Capítulo 18](#)
  - [Capítulo 19](#)
  - [Capítulo 20](#)
  - [Capítulo 21](#)
  - [Capítulo 22](#)
  - [Capítulo 23](#)
  - [Capítulo 24](#)
  - [Capítulo 25](#)
  - [Capítulo 26](#)
  - [Capítulo 27](#)
  - [Capítulo 28](#)
  - [Capítulo 29](#)
  - [Capítulo 30](#)
  - [Capítulo 31](#)
  - [Capítulo 32](#)
  - [Capítulo 33](#)
  - [Capítulo 34](#)
  - [Capítulo 35](#)
  - [Capítulo 36](#)
  - [Capítulo 37](#)

- [Capítulo 38](#)
- [Capítulo 39](#)
- [Capítulo 40](#)
- [Capítulo 41](#)
- [Capítulo 42](#)
- [Capítulo 43](#)
- [Capítulo 44](#)
- [Capítulo 45](#)
- [Capítulo 46](#)
- [Capítulo 47](#)
- [Capítulo 48](#)
- [Capítulo 49](#)
- [Capítulo 50](#)
- [Capítulo 51](#)
- [Capítulo 52](#)
- [Capítulo 53](#)
- [Capítulo 54](#)
- [Capítulo 55](#)
- [Capítulo 56](#)
- [Capítulo 57](#)
- [Capítulo 58](#)
- [Capítulo 59](#)
- [Capítulo 60](#)
- [Capítulo 61](#)
- [Capítulo 62](#)
- [Capítulo 63](#)
- [Capítulo 64](#)
- [Capítulo 65](#)
- [Capítulo 66](#)
- [Capítulo 67](#)
- [Capítulo 68](#)
- [Capítulo 69](#)
- [Capítulo 70](#)
- [Capítulo 71](#)
- [Capítulo 72](#)
- [Capítulo 73](#)
- [Capítulo 74](#)
- [Capítulo 75](#)
- [Capítulo 76](#)
- [Capítulo 77](#)
- [Capítulo 78](#)
- [Capítulo 79](#)
- [Capítulo 80](#)
- [Capítulo 81](#)
- [Capítulo 82](#)



- [Capítulo 83](#)
- [Capítulo 84](#)
- [Capítulo 85](#)
- [Capítulo 86](#)
- [Capítulo 87](#)
- [Capítulo 88](#)
- [Capítulo 89](#)
- [Capítulo 90](#)
- [Capítulo 91](#)
- [Capítulo 92](#)
- [Capítulo 93](#)
- [Capítulo 94](#)
- [Capítulo 95](#)
- [Capítulo 96](#)
- [Capítulo 97](#)
- [Capítulo 98](#)
- [Capítulo 99](#)
- [Capítulo 100](#)
- [Capítulo 101](#)
- [Capítulo 102](#)
- [Capítulo 103](#)
- [Capítulo 104](#)
- [Capítulo 105](#)
- [Capítulo 106](#)
- [Capítulo 107](#)
- [Capítulo 108](#)
- [Capítulo 109](#)
- [Capítulo 110](#)
- [Capítulo 111](#)
- [Segunda parte](#)
  - [Capítulo 112](#)
  - [Capítulo 113](#)
  - [Capítulo 114](#)
  - [Capítulo 115](#)
  - [Capítulo 116](#)
  - [Capítulo 117](#)
  - [Capítulo 118](#)
  - [Capítulo 119](#)
  - [Capítulo 120](#)
  - [Capítulo 121](#)
  - [Capítulo 122](#)
  - [Capítulo 123](#)
  - [Capítulo 124](#)
  - [Capítulo 125](#)
  - [Capítulo 126](#)

- [Capítulo 127](#)
- [Capítulo 128](#)
- [Capítulo 129](#)
- [Capítulo 130](#)
- [Capítulo 131](#)
- [Capítulo 132](#)
- [Capítulo 133](#)
- [Capítulo 134](#)
- [Capítulo 135](#)
- [Capítulo 136](#)
- [Capítulo 137](#)
- [Capítulo 138](#)
- [Capítulo 139](#)
- [Capítulo 140](#)
- [Capítulo 141](#)
- [Capítulo 142](#)
- [Capítulo 143](#)
- [Capítulo 144](#)
- [Capítulo 145](#)
- [Capítulo 146](#)
- [Tercera parte](#)
  - [Capítulo 147](#)
  - [Capítulo 148](#)
  - [Capítulo 149](#)
  - [Capítulo 150](#)
  - [Capítulo 151](#)
  - [Capítulo 152](#)
  - [Capítulo 153](#)
  - [Capítulo 154](#)
  - [Capítulo 155](#)
  - [Capítulo 156](#)
  - [Capítulo 157](#)
  - [Capítulo 158](#)
  - [Capítulo 159](#)
  - [Capítulo 160](#)
  - [Capítulo 161](#)
  - [Capítulo 162](#)
  - [Capítulo 163](#)
  - [Capítulo 164](#)
  - [Capítulo 165](#)
  - [Capítulo 166](#)
  - [Capítulo 167](#)
  - [Capítulo 168](#)
  - [Capítulo 169](#)
  - [Capítulo 170](#)

- [Capítulo 171](#)
- [Capítulo 172](#)
- [Capítulo 173](#)
- [Capítulo 174](#)
- [Capítulo 175](#)
- [Capítulo 176](#)
- [Capítulo 177](#)
- [Cuatro meses después](#)
  - [Capítulo 178](#)
  - [Capítulo 179](#)
- [Dos semanas más tarde](#)
  - [Capítulo 180](#)
  - [Capítulo 181](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Créditos](#)